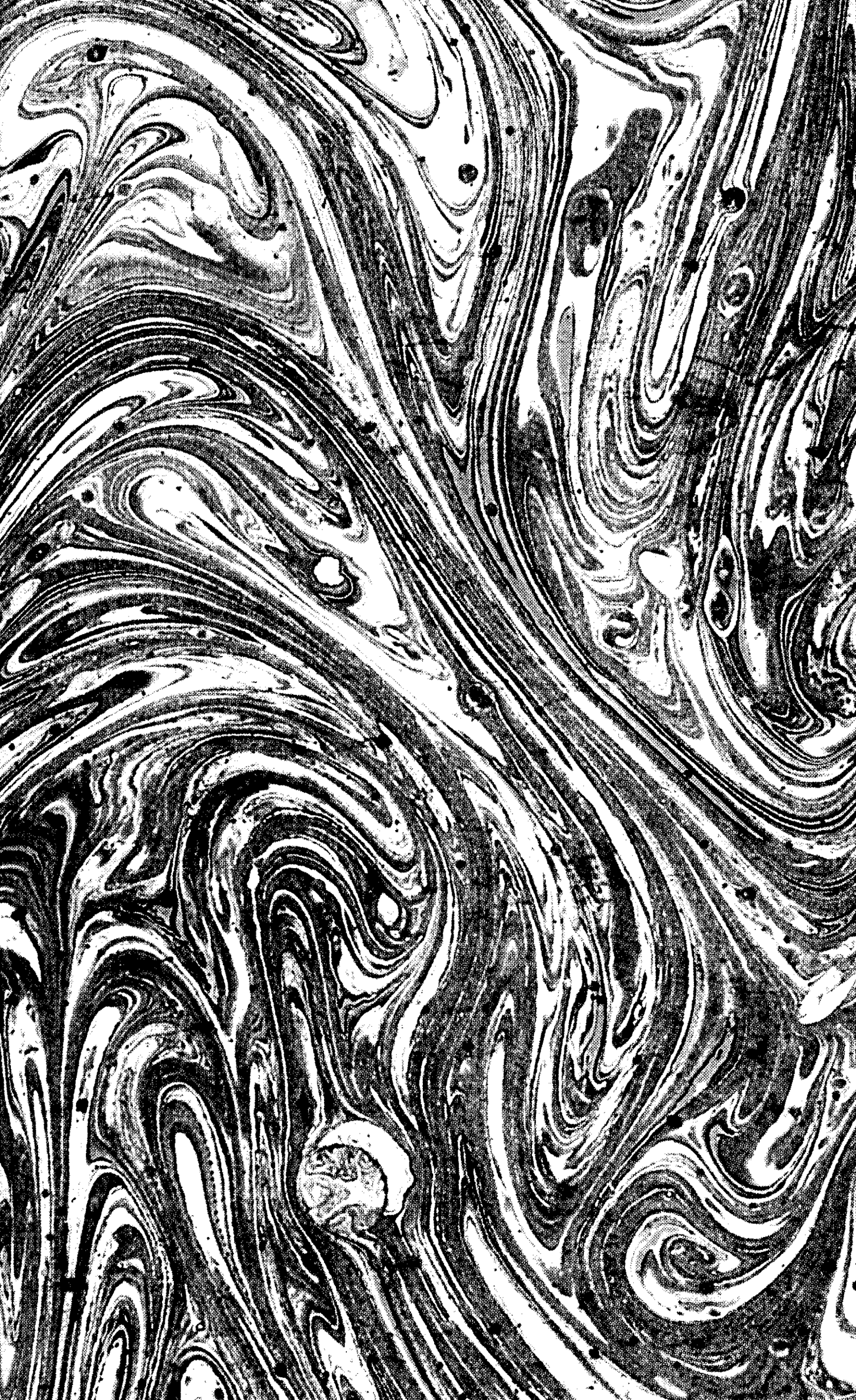


Biblioteca de Escritores Almerienses.

A. MARTINEZ DUIMOVICH.

LITEROMANÍAS.

I. La mujer ante sus detractores.
II. Apologistas del sexo femenino.
III. Los centinelas del alma.
IV. Del beso.
V. Excmo. Sr. D. Dinero.
VI. La cervántico-manía.
VII. Errores de publicistas.
VIII. Los dos paraisos.
IX. Crítica lexigráfica.
X. Sobre el neologismo.
XI. Licencias poéticas.
XII. El acento en nuestro idioma.
XIII. La poesía anónima.
XIV. Ojeada al teatro de Calderón.
XV. La novela y sus cultivadores.

ALMERÍA,
IMPRENTA DEL «COMERCIO»

1887.

ANT
XIX
1321

BIBLIOTECA

DE

ESCRITORES ALMERIENSES.

Al docto catedrático, profundo orientalista y renombrado literato, Sr. D. Leopoldo Eguilaz Yanguas, recuerdo de su humildísimo compañero en las letras,

El autor.

20 cm
R-66244

Biblioteca de Escritores Almerienses.

A. MARTINEZ DUIMOVICH.

LITEROMANÍAS.

I. La mujer ante sus detractores.
II. Apologistas del sexo femenino.
III. Los centinelas del alma.
IV. Del beso.
V. Excmo. Sr. D. Dinero.
VI. La cervántico-manía.
VII. Errores de publicistas.
VIII. Los dos paraisos.
IX. Crítica lexigráfica.
X. Sobre el neologismo.
XI. Licencias poéticas.
XII. El acento en nuestro idioma.
XIII. La poesía anónima.
XIV. Ojeada al teatro de Calderón.
XV. La novela y sus cultivadores.

ALMERÍA,
IMPRENTA DEL «COMERCIO»

1887.

¿Como compones? Leyendo.
. . . . . .
. . . . . .
¿Y lo que escribo? Borrando.
De lo borrado escogiendo.

Lope de Vega, DOROTEA.

Al Excmo. Sr. Don

Antonio de Aguilar y Correa,

Marqués de la Vega de Armijo y de Mos; Conde de la Bobadilla; Vizconde de Pegullal; Grande de España; Ex-Ministro de Fomento, de la Gobernación y de Estado; Académico de la de Ciencias Morales y Políticas; de la de Jurisprudencia y Legislación, etc., etc.:

dedica esta colección de imperfectos artículos, esperando que la acogerá con toda benevolencia, como prócer siempre inclinado á patrocinar las letras—y también lucidamente á cultivarlas,—su muy afecto y respetuoso sobrino político,

A. Martínez Duimovich.

La mujer ante sus detractores.

Es sumamente curioso oir el concierto de dicterios que han llovido sobre las mujeres desde el principio del mundo, y compararlo con el imperio que ellas han ejercido sin intervalo en los hombres de todos los siglos.

No hay otro sér en el Universo que haya llamado más la atencion de los sabios que la criatura racional del sexo femenino. Si pudiéramos reunir la infinidad de volúmenes que, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, se han dedicado á tan interesante objeto, formaríamos sin duda una magnífica biblioteca y veríamos que los más célebres escritores que registra la historia de la literatura, de la filosofía, de la política, de la teología y de la medicina, han consagrado profundas meditaciones á la más preciosa mitad del género humano.

En opinión de cierta escritora contemporánea (1),

(1) María C. Gimeno, *La mujer española*. Ests. acerca de su educ. y de sus facults. intelect.

unos hablaron de todas, impresionados fuertemente por la ingratitud de alguna; otros porque les fueron rechazadas sus locas pretensiones y vieron humillada la vanidad; los más sacrificando sus opiniones á epigrama gracioso ó á sátira de efecto.

Los hombres que hablan peor de las mujeres, se dividen en tres clases, segun un autor extrangero (1): 1.ª Los que no las aman. 2.ª Los que las aman demasiado. 3.ª Los que no son amados de ellas. No hablemos de los primeros, porque algun buitre tienen que les roe el corazón: los segundos merecen gratitud; y los terceros generosa caridad. Los infelices sufren la pena reservada á los que aman verdaderamente á las mujeres: la de amarlas toda su vida. Generalmente nos acordamos muy tarde de los defectos de las mujeres; en esto nos parecemos á la zorra, cuando dice que las uvas están verdes.

Aun cuando yo sea injusto con las mujeres, dice el citado Karr; aun cuando las abrume con mis regaños, ¿no saben ellas perfectamente que el que más se queja de su conducta es el que más las quiere? La historia, tanto escrita como en acción, tanto antigua como moderna, ¿no nos presenta á todos esos detractores de las mujeres como otros tantos fanfarrones, que expian en una esclavitud privada la arrogancia y la libertad de sus públicos discursos? Salomón, que en sus proverbios no les escasea sus dicterios y las declara «más amargas que la muerte,» llega á sacrificar en sus aras al mismo Dios de los hebreos; Eurípides, que en sus tragedias las trata generalmente muy mal, las apreciaba tanto, que, segun Ateneo, se casó con dos mujeres, con arreglo á la facultad que le daba la ley; en cuanto á Boileau, es harina de otro costal, y existen en favor suyo dos circunstancias tristemente

(1) Alfonso Karr, *Las mujeres*. (Trad. anónima; Madrid, 1864.)

atenuantes. Primera, su sátira está traducida del latín; segunda, la falta no fué suya, sino de un maldito pavo (1). Es el único crítico que no ha expiado públicamente á los piés de las hermosas las fanfarronadas de su pluma; el único que no ha pagado á cada una de ellas el mal que decía de todas; el único á quien no pueda aplicarse esta confesión:

En globo me fastidian, me empalagan;
Una á una ¡gran Dios! ¡cuánto me halagan!

Un publicista del siglo pasado (2) supone, que hasta los ínfimos de la plebe inculcan á cada paso que Eva fué la causa de la pérdida de todo el mundo, ejemplo que si prueba que la mujer es peor que el hombre, prueba del mismo modo que los ángeles en común son peores qus las mujeres; porque así como Adán fué inducido á pecar por una mujer, esta fué inducida por un ángel, no estando hasta ahora decidido quién pecó más gravemente.

Siempre iguales Adán y Eva, pero jamás semejantes, les había sido impuesta una misma ley: tenían prohibido, bajo pena de muerte, comer del fruto que producían los árboles del bién y del mal. Empero, la mujer escuchó al angel caido, que tomó la figura de serpiente y se dejó seducir (3). Adán hizo en aquella primera vez lo que siempre ha hecho después; en vez de comprender que, puesto que iba á ceder y á obedecer, entonces tanto valía hacerlo gustoso, regateó, se defendió, se negó y luego concluyó por morder la

---

(1) Sabido es que, siendo niño, fué acometido por uno muy furioso, de cuyo pico se libró á duras penas, aunque maltratado en extremo para toda su vida.

(2) Feijóo, *Defensa de las mujeres*, en el t. LVI de la *Bibliot. de A. A. Españoles* de Rivadeneyra, que comprende sus obras escogidas.—En la biblioteca Nacional existe un m. s. tit. *Contradefensa crítica á favor de los hombres, censurando un trabajo del P. Feijóo en favor de las mujeres.* V. *Indice de los m. s. s. de la bib. Nac.*

(3) F. de Burgos, *El hombre juzgado por las mujeres. La mujer juzgada por los grandes escritores de ambos sexos.*

fruta. Pero Eva había empleado todo el tiempo de su vacilación en roer la manzana con sus lindos dientecitos blancos; tenía ya la ciencia del bien y del mal, cuando Adán estaba todavía tal como le habían amasado. Luego, cuando se decidió, cuando comió su media manzana, cuando á su vez se enteró de la ciencia del bién y del mal, la mujer le llevaba un cuarto de hora de ventaja, y siempre le ha conservado. Comprendió la mujer en seguida, con el auxilio del diablo, la importancia de aquel cuarto de hora, y se apresuró á emplearlo en dar bases sólidas á su imperio (1).

Si de la persona de Eva pasamos á sus acciones, ¿qué es lo que había comido? ¿una manzana ó una naranja? ¿Había realmente comido alguna cosa? ¿Su desobediencia procedía de orgullo, de curiosidad, de glotonería ó de lujuria? Para tentar á Adán, ¿se había ella servido de la persuasión, ó tuvo necesidad de emplear el palo? ¿Guardaba continencia antes de ser arrojada del paraiso terrenal? ¿Cometió adulterio con la serpiente ó con el demonio Samael? ¿Fué la que estableció el culto de Vesta? Todo esto, y más, se ha discutido por los rabinos, maniqueos, priscilianistas y otros herejes, sin contar los brachmas y muchos sabios de buena ó mala fe, que se han creido estar obligados á esclarecer el texto de la *Biblia*.

Varios poetas han celebrado la falta de la madre del género hnmano; pero entre todos ellos, el que más se ha penetrado de las Sagradas Escrituras es Milton, que eu su *Paraiso perdido* pintó la pureza y la inocencia, tan atractivas, de la primera mujer (2).

Sin la falta de la compañera de Adán, investigaríamos en vano la causa de los males que afligen á la mujer. Desde que la palabra de Dios fué revelada á Moisés, vinieron los comentarios de los hombres.

---

(1) Karr, *obra menc.*
(2) F. de Burgos, *Libro cit.*

Unos negaron su origen á Eva y para conservar su costilla al primer varón, le adornaron con una cola, que el Sér Supremo arrancó y con la cual hizo á la mujer; otros sustituyeron la cola de Adán con un rabo de perro, con cuya materia aseguraban seriamente que se formó.

De haber criado Dios á la mujer después que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias. Quién dijo: siendo ella obra posterior, es más perfecta; otro indicó: criados el universo y el hombre, el edificio estaba concluido, faltábale sólo la veleta, y Dios hizo á la mujer.

Un proverbio antiguo reza: no sigais á la mujer. Su glosa es, que tales palabras suponen que la perversión de la mujer ha sido el origen de todos los males. Los comentarios de Tching-Kiai, confirman tal esplicación. Un pasage de Chi-King, es todavía más explícito. «Nuestras desgracias no vienen del cielo; la mujer es la que nos ha convertido en esclavos.» Por esta razón, en el Celeste Imperio, la mujer expía con la esclavitud moral y material á que vive sugeta y con la deformidad de sus piés, la gran parte que ha tomado en nuestros infortunios (1).

La condición de la mujer es de abyección y debilidad, dice la musa de la China Pan—vi—Pan: ocupamos el último escalón de la especie humana. Antiguamente cuando venía al mundo una niña, durante tres días nadie se acordaba de ella, se la acostaba en el suelo, encima de algunos harapos, junto al lecho de su madre. Al tercer día se visitaba á la recién parida y empezábase á cuidar de la hija (2).

Las hijas son muebles de lujo que solo sirven de estorbo en la casa. Es lo que confesaba con la mayor

---

(1) Landa, *La mujer juzg. por los grandes escrit. de amb. sexos*, 2.ª ed.

(2) Martin, *Hist. de la mujer*, cit. por Pelletan en su libro *La Madre*, trad. por Blanch.

candidez uno de los derechos consuetudinarios del Poitou. El día en que un padre casa á la última de sus hijas, sigue el cortejo de bodas con una escoba al hombro: acaba de barrer el hogar doméstico (1).

Ponderando San Basilio el poder del femenil atractivo, afirma que consiguen las mujeres aun lo que el demonio no se atreve á intentar (2).

Respecto de la manera en que el arte oriental pinta á la mujer, parécenos oportuno recordar aquí el capítulo del *Libro de Sendebar* (3) que tiene en la versión castellana el siguiente título: «Enxemplo de un mancebo que non queria casar, fasta que sopiese las maldades de las mugeres.» Después de andar largo tiempo por extraños paises, recogiendo libros «para aprender los sus engaños,» volvíase ya á su casa satisfecho de conocer todas sus artes, cuando llegando á la de un hombre bueno y maravillado este de su virtud, preséntale á su mujer como verdadero dechado. Picado el amor propio y vanidad de aquella astuta pecadora, forma el propósito de seducirle, probándole que nada sabe todavía de sus diabólicas tretas. Al intento se le declara enamorada, luego que el confiado marido los deja solos; y crédulo el garzón, se rinde á sus fingidos deseos; pero exigiendo ella que se desnudara y ejecutándolo él sin sospecha alguna, prorrumpe la traidora en terribles gritos, que llamaron á los criados y vecinos, creyéndose aquel de todo punto perdido. Entonces, haciéndole tenderse y poniéndole en la boca un pedazo de pan, hace creer á los que acudieron á socorrerla, que su huésped se ahogaba, comiendo, echándole agua fría en el rostro para que tornara en su acuerdo. Con esto se des-

(1) Pelletan, *obra menc.*
(2) Gaspar de Amaya, *Defensa de los rosarios de mujeres.* (Obra sin pié de imp., existente en la bibliot. de la Univ. de Granada, que dedicó su autor á la reina Isabel Farnesio).
(3) Cit. por Rios, *Hist. crít. de la lit. esp.*, t. IV.

piden los vecinos y ella exclama, dirigiéndose al burlado garzón:—«Amigo ¿en tus libros hay alguna tal arte como esta? Et dixo él:-En buena fe, nunqua la ví nin la fallé.»

Expresa el legislador de la India, que la mujer no mira si un hombre es joven, ni si es hermoso, ni si es contrahecho: es hombre y basta; porque el mar jamás está harto de rios, ni el fuego de leña, ni la muerte de seres vivientes, ni la mujer de hombres. En otro lugar dice Manú: «Dios hizo la mujer naturalmente perversa,» y termina sus invectivas con una exclamación que sobrepuja á las demás: «Las madres de familia tienen envidia á las cortesanas que viven en la prostitución» (1).

Á la vista de la mujer apodérase de Tertuliano una indignación que juzga santa. En su ira, llega á calumniar las caricias maternales, y anatematiza todo cuanto proviene de la esposa, inclusos esos seres á quienes amamos antes de conocerles: los hijos. «Mujer, dice, debieras siempre ir vestida de luto y andrajos, presentándote como una penitente anegada en lágrimas, redimiendo así la falta de haber perdido al género humano. Tú eres la puerta del infierno, tú fuiste la que rompió los sellos del arbol vedado: tú la primera que violaste la ley divina, tú la que corrompiste á aquel á quien el diablo no se atrevía á atacar de frente; tú, finalmente, fuiste la causa de que Jesucristo muriera.» La mujer es para Tertuliano un angel fatal, eternamente adherido al hombre para perderle. Por eso la echa con una especie de terror un velo sobre el rostro, queriendo que lo oculte contínuamente, donde quiera que sea y eu todas edades (2).

¿Quién no conoce la frase que señaló el fin del

(1) Legouvé, *Historia moral de las mujeres*, trad. por N. Gay
(2) Tertuliano, *Tratado del ornamento de las mujeres*, cit. por Legouvé.

pueblo más espiritual de la tierra, del pueblo de Atenas? «¡Ah! si pudiéramos tener hijos, sin necesidad de mujeres!» Algo peor pasó en el Imperio. Todas las penalidades legales, las leyes julianas que creian casar al hombre á garrotazos, no consiguieron acercarle á la mujer; y hasta parece que el deseo físico, esa bella fatalidad que aguijonea al mundo y centuplica sus energías, llegóse á estinguir por completo. Con tal de no ver á una mujer, se huía hasta la Tebáida (1).

En las islas Marquesas, la mujer es tenida por un ser impuro; en consecuencia no puede tocar, impunemente, á una multitud de cosas reservadas al uso esclusivo de los maridos y reputadas santas, sagradas.

En ciertas islas del mar del Sud, los salvajes engordan á sus mujeres y se las comen (2).

Veamos la tan decantada civilización griega en sus dos focos principales; Atenas y Esparta. ¿Cómo trata á la mujer, cómo estima su misión en la familia y en la sociedad? Sólo la busca Atenas como mueble temporal de sensualismo. Tal la poseen, la sacuden los dioses, semidioses y héroes; y si éstos así miran á la mujer, ¿cuál la miran los míseros y vulgares mortales griegos? Con el cinismo degradante de que nos dan testimonio sus templos y fiestas á las Venus y otras diosas y dioses que, como decía Juvenal, se multiplican como las hortalizas.

Ni Andrómaca, ni Elena, ni Medea, ni Clitemnestra, ni otras decantadas beldades griegas, nos ofrecen modelo alguno de castidad, de pudor, de decoro ni cosa parecida. Hasta el semi-angélico Sócrates fomenta en los talleres célebres la clientela de indecorosas matronas, que en sus aficiones y vida social

---

(1) Michelet, *La mujer*, trad. por G. Blanco, 2.ª ed.
(2) Debay, *Filosofía del matrimonio*, ed. refundida por Peratoner.

llevaban el pendón de la guerra al pudor. No está allí la mujer en poligamia simultánea, pero sí sucesiva; pasa por el derecho de conquista, de esclavitud, y luego, y por lo mismo, viene á ser cosa. Aun el hijo domina á su madre, como nos lo atestigua Telémaco en sus palabras eternizadas por Homero en el canto primero de la *Odisea*.

Si de Aténas volvemos la vista á España, para estudiar allí el papel de la mujer, veremos que Licurgo la convierte en yegua, y que ceba hijos si éstos son fuertes de naturaleza, y si tienen la desgracia de no llegar al enrase fisiológico establecido por aquel duro legislador, debe ella misma ¡la madre! destruirlos; y si tienen miedo ó desgracia en una batalla, ella misma debe recibirlos con feroz coraje y clavar un puñal en su seno, ¡á sus hijos! á quienes ella debe delatar...

Si nos dirigimos á estudiar á la mujer en la Roma pagana, la veremos en el lodo bacanal importado con los dioses y diosas griegos, degenerándolos aun, como nos los representa esta cínica máxima, que no nos atrevemos á traducir: «Sine Cerere et Bacco friget Venus,» y el «Arte amandi» de Ovidio.

Por cada matrona honesta como la madre de los Gracos, Cornelia y Octavia, buscada y no hallada por Ovidio, habia millares de Servilias, Lélias y Mesalinas, corrientes cenagosas de corrupción social (1).

Al ver el cadáver de una mujer pendiente de las ramas de un árbol, exclamó Diógenes: «Pluguiera á los Dioses que los árboles llevaran siempre el mismo fruto.» (2).

El primer cómico de Francia, Juan V. de Breta-

(1) Panadés y Poblet, *Prólogo* á su obra *La educación de la mujer*.

(2) Rodriguez-Solís, *La mujer defend. por la hist.ª, la ciencia y la moral*, 4.ª ed.

ña, creia que una mujer sabia ya todo lo necesario, cuando acertaba á distinguir las calzas de la camisa de su marido, pensamiento de que se aprovecha, con la gracia que le distinguía, en una de sus mejores comedias.

Poco elevada, ó por mejor decir, nada elevada era la idea que de la organización intelectual de la mujer, tenía aquel duque de Nurtenberg que contestó á los consejos que se atrevió á darle la suya, sobre si debia ó no empeñarse en una guerra con la Suavia: «Señora, hemos tomado á V. para tener hijos y no para dar consejos.»

El canciller Maupeon ha negado rotundamente la aptitud del bello sexo para ciertas materias, como por ejemplo la política, imaginando que las mujeres no entienden respecto de eso más que los gansos.

En el desvanecimiento del amor propio ha llegado el hombre hasta á poner en tela de juicio la racionalidad de la mujer, como sucedió, el siglo VI, en el Concílio de Macon, donde más de 200 obispos y abades disputaron, «si podria ó no ser calificada de criatura humana.» (1).

La mujer no fué para Mahoma mas que una materia de goces, un juguete para divertirse en tanto en cuanto agrade y que se rechaza despues que hastía. Bajo esta idea imaginó su paraiso y las hurís que le habitaban (2).

Al crear Dios á la mujer, aseveraba Simónides, solo la dió cuerpo, mas cuando intentó regalarla un

---

(1) Art. *mujer*, en el t. XXVIII de la *Enciclop. Modern.*, pub. por Mellado.

(2) V. *Al Koran ó dogmas y doctrinas de los musulmanes*, trad. por Kasimirski. Sabido es que, en opinión de Mahoma, las 4 únicas mujeres incomparables que han existido en el mundo, fueron: María, hermana de Moisés; la madre de Jesucristo; Fátima, hija única del profeta y Kadichah, primera mujer de Mahoma, viuda de dos maridos y de 40 años cuando se casó.

alma, fabricó la de la primera hembra con una porción de marrana, la de la segunda con una mixtura de zorra, la de la tercera con una partícula de perro, el alma de la cuarta, con un puñado de tierra, la de la quinta con la espuma del mar, la de la sexta con una oreja de asno, la de la sétima con el rabo de un gato, la de la octava con las crines de un jumento, la de la novena con una mueca de mono, y finalmente el alma de la décima con la miel de abejas. De suerte que, entre diez mujeres, solo una es digna de atención á los ojos del poeta.

Eurípides interpelábalas de esta snerte en pleno teatro: «Vuestro genio rematadamente malo, la perversidad innata en vuestra alma, son causas del duelo en que se vé envuelta nuestra patria. Sería de desear que la naturaleza descubriese alguna receta para perpetuar el género humano sin tener que recurrir á vosotras.» Decía tambien en otra ocasión, que «las mujeres son las obreras y artífices de todas las maldades más raras. No solamente la fuente del pecado y de la muerte, sino tambien la frágua de las desgracias y la aumentadora de las desdichas. Como el buey nació para el trabajo, el cuervo para volar, el lebrel para la caza y el asno para la carga, del mismo modo la mujer ha venido al mundo para hacer mal.» (1).

No faltan entre los rabinos quienes pretendan que el nombre Eva está derivado de una palabra que significa «hablar,» y que á la primera mujer se la dió esta denominación, porque poco tiempo despues de la creación del mundo, cayeron del cielo doce cestos llenos de palabras, de los cuales ella cojió nueve, mientras su marido se apoderaba de los tres restantes (2).

---

(1) Pelletan, *obra ya cit.*
(2) Raülica, *El apostolado de la mujer, desde el orig. del cristian. hasta nuestros dias.*

El abate Galiani descubrió un dia en Nápoles (dia en que soplaba el *siroco*), que la naturaleza ideó á la mujer en un momento de travesura y la creó, sino contrahecha, á lo menos enferma, para obligarla á permanecer en casa todo el año y condenar el marido á la condición de enfermero enamorado.

Otro decidor contemporáneo ha encarecido el descubrimiento del abate napolitano; al argumento anatómico ha añadido el argumento dinámico. Desde el momento, dice, en que la mujer no es apta para llevar al mercado un saco de harina, no puede clasificarse en el número de los que piensan.

El margrave de Brandeburgo al encontrarse con una mujer en la calle no podia contenerse y corriendo á su encuento con el bastón de mando levantado, decíala: «¡A tu casa, picarona! Las mujeres deben cuidar del hogar.»

Un hijo del Franco-Condado, galante como él solo, hablando de la mujer supone que no tiene otro recurso que escoger entre ser cortesana ó ama de casa. Así, pues, ¿de qué sirve el alma si solo se trata de espumar el puchero ó hacer un poco de legía? Entiéndase con el que repite á cada momento que la mujer no es otra cosa que una linda pardilla buena á lo sumo para mudar y empollar.

Patentiza un sabio religioso, que «el corazón de la mujer es de cera: mujer, continua, deriva de *mulier*, y *mulier* de *mollis*; de consiguiente la mujer no es otra cosa que arcilla de alfarero, y por lo mismo el demonio tiene constantemente la mano en la masa: por cada hechicero fabrica diez hechiceras.» (1).

Entre los paganos modernos, como entre los antiguos, la mujer es en todas partes un ser impuro, odioso, á quien está prohibido entrar en los templos

(1) Pelletan, *libro menc.*

de los dioses y aun pronunciar su nombre; un ser maléfico, contra el cual nunca se toman bastantes precauciones; un ser despreciable, en fin, tan despreciable, que es glorioso para el hombre envilecerla, deshonrarla, pisotearla (1).

En la Edad media la mujer es adorada y despreciada á la vez. Una leyenda antigua atribúyela nueve defectos, ni mas ni menos, y todos granados: defecto de prudencia, de lealtad, de modestia, etc. Froissart ennegrece todavía la leyenda para justificar la ley sálica. «El reino de Francia, dice, es noble en demasía para caer en mano de hembra.» (2).

Hubo una época, segun el jurisconsulto Beaumandoir, en que las mujeres debian usar el pelo largo, á fin de que los maridos pudieran hacer presa en él, teniendo derecho á maltratarlas, siempre que no resultaran muertas ó mutiladas.

En cuanto al «derecho de pernada,» llamado tambien «primicias,» sabido es que imponía la obligación al siervo, apenas desposado, de llevar su mujer al castillo para que el señor se quedase con ella hasta el dia siguiente, y si no le agradaba y se la devolvía, el esposo debia pagar en el acto, por la gran merced de no haber sido deshonrado en la persona de su mujer, la suma que el señor fijaba. Los hombres de «remensa» pagaban en Cataluña seis tributos; uno de ellos era el de la «firma de espoli forsada,» ó sea el dormir con la novia la primera noche del matrimonio (3).

Un moderno analizador del sexo femenino (4), asegura como de paso, que la mujer no es nada, pero que puede serlo todo con la educación, y el prolo-

---

(1) Raúlica, *obra cit.*
(2) Art. de la *Enciclop. Mod.*, int. *mujer.*
(3) Rodriguez-Solís, *La mujer*, etc.
(4) Catalina. *La mujer en las diversas relaciones de la fam. y de la sociedad.*

guista del libro en que aparece tal opinión (1), queriendo defender á las hijas de Eva, comentarió que concediéndolo todo á la educación, se expone á colocarlas en la misma condición en que están las monas que adiestran los piamonteses.

Algunos han puesto tan abajo el entendimiento de la mujer, que casi le dejan en puro instinto. Tales son los que creen que á lo más que puede subir la capacidad de ella es á gobernar un gallinero (2).

Cierto autor portugués (3), discurriendo sobre tal materia, escribe: «He de estrañar por fuerza un dicho de aquel nuestro tan nombrado, y tan digno de nombrarse, el obispo D. Alfonso, que decia: la muger que mas sabe, no pasa de saber ordenar una arca de ropa blanca.» En otro lugar: «Sucede muchas veces á las mujeres lo que á los potros, que se gobiernan mejor cuando se les dá la rienda, y vén que pueden ir á su voluntad, que quando se les recoge, y les muestran que ván á la voluntad agena.» En subsiguiente pasage aflrma, por último: «Confieso que ha habido y habrá en el mundo mugeres de grande corazón, donde fuera bien empleada toda la confianza; con todo eso, son como unos baratos que dá la naturaleza, cuando se halla rica y sobrada, los cuales no debemos esperar haya repartido con todas; y apenas podemos creer, que los repartiese con algunas.»

El padre Fray Juan de la Cerda (4), indica: «para que la doncella no sea salidera, ni ventanera y no traiga los ojos estrelleros, ¿qué mejor remedio que castigarla, mas no en la cabeza, sino en las espaldas,

---

(1) Campoamor, *Prólogo* á la obra anter. menc.
(2) Feijóo, *Def. de las mujeres*, ya cit.
(3) Francisco Manuel, *Carta de guia de casados*. (Anónima versión cast.; Madrid, 1786.)
(4) *Vida politica de todos los estados de mujeres*, cit. por Valera, en el art. *De la filosofía española*, inserto en su obra *Disertaciones y juicios literarios*.

con alguna verdasca, porque dice Salomon que la vara es medicina de la locura de las niñas?»

Esta opinión del hijo y sucesor de David, la tuvo sin duda muy presente aquel Duque de Buckingham, que supo obtener los favores de varias reinas, pues confesaba que se habia visto obligado á *zurrarlas* á todas. Lanzun, el favorito de la nieta de Enrique IV, la mas altiva de las princesas, aseguraba que se veia precisado á *golpearla*, y sin embargo ella se hubiera casado con él. La hija del Regente de Orleans estaba apasionadísima de Rion, hombre feísimo, de baja condición, el cual la maltrataba hasta el extremo de llenar su cuerpo de cardenales. Las mujeres moscovitas no se creian bien amadas de sus maridos sino cuando estos las zurraban de lo lindo. Ovidio aconseja á los amantes que se enfurezcan á veces y hasta que desgarren las vestiduras de sus amadas, para que despues sigan dulces reconciliaciones (1).

No hay duda que el caballero, en tiempo de los trovadores, hacia profesión de cortesía, puesto que obedecia humildemente á su fama; empero, bajo esa obediencia de encargo ocultaba instintos de jabalí.

«Quiero enseñar á los galanes, caballeros y trovadores á un tiempo, (dice el Conde de Orange), el modo de amar. ¿Quereis tener mujeres que os dén honra y prez? Á la primera negativa que brote de sus lábios tomad un aire amenazador, y, dado caso que repliquen, respondedlas con un puñetazo: os aseguro que luego hareis de ellas lo que querais.» (2).

Las mujeres, en su mayor parte, no nos aman; no eligen á un hombre porque le quieran, sino porque les gusta ser queridas de él; aprecian bastante el ca-

---

(1) Virey, *La mujer bajo los puntos de vista fisiológ., moral y liter.*, vers. esp. de Peratoner.

(2) Pelletan, *El culto de la mujer*, cap. de su libro *La madre*, varias veces menc.

riño de todos; pero hay pocos á quienes amen verdaderamente. Luego es claro que no abrigan en realidad el deseo de parecerse á nosotros; pero toman por lo sério la superioridad que nos atribuimos y la admiración que fingimos tener de nosotros mismos, con la esperanza de imbuirla en sus sentimientos; oyen el desprecio con que hablamos de sus debilidades, y llegan por fin á creer que adquirirán nuevos derechos á nuestra admiración, si se esfuerzan á mostrarnos las preciosas cualidades que ostentamos, porque quieren que prevalezca el amor á todo trance, como un impuesto sobre nuestros hombros, porque nos consideran como los antiguos reyes de Persia consideraban á sus súbditos, cuando las rentas de una provincia estaban afectas á las pedrerías de la reina, cuando se dedicaba una ciudad al gasto de sus cinturones, otra á sus perfumes, y cuando los habitantes sólo trabajaban y pagaban tributos para sus sandalias.

Débese observar, que las mujeres no sienten de buena fé el no haber nacido hombres; en efecto, al mismo tiempo que reclaman con insistencia su parte en sus privilegios é inmunidades, se niegan á abandonar la menor de sus ventajas.

La ninfa de Cænis dijo á Neptuno:

.... Da femina non sim,
Omnia praeslabis (1).

Pero entendámonos: un hombre es el que ha puesto estas palabras en boca de la ninfa, que, estamos seguros, nunca las pronunció, al menos de buena voluntad (2).

Se conserva de Alberto Cailla, juglar de la comarca de Albigeois, una invectiva contra las mujeres,

---

(1) «Si haces que yo no sea mujer, todo me habrás otorgado.»
(2) Karr, *obra anter. cit.*

en términos groseros y obscenos. Deplora la locura de los que, como él, se han dejado prender en sus redes. Anatematiza á las jóvenes y aconseja que se ame á las viejas.

El canónigo de Magalona, Deudes de Prades, en una de sus canciones:

«Nunca dice una mujer lo que desea. Cuanto mayores son sus amorosos deseos, más los oculta por honor; cuanto más ansía ceder, más se hace de rogar. Sin embargo, con la cara dice lo que con la boca calla.»

El contemporáneo del monje de Montaudon, Guillermo Adhemar, que vivió á mediados del siglo XIII, compuso, entre otras, la siguiente poesía, que merece ser citada con elogio:

«Muchas cosas ví en el mundo que aparenté no ver...

He visto á muchas damas dejar de amar á sus maridos por amantes ridículos, y á muchos estúpidos obtener de ellas lo que rehusaron á galanes llenos de ingenios y de buena fé. He visto á muchas damas arruinar á muchos hombres y odiarles á pesar de esto, mientras que otras amaban sin admitir regalos,

He visto á no pocas mujeres, á quienes se trataba en vano de complacer á fuerza de sumision y humildad, entregarse al primero que llegaba á decirles cualquier necedad indigna de un hombre de mérito. He visto triunfar la osadía y sucumbir la buena fé...

He visto á muchas damas despedir á los hombres que no lo merecian, y atraer y colmar de favores á otros de quienes debian huir. Ví, por fin, muchas cosas que llenaron de amargura mi corazon, haciéndome conocer que de nada sirven los nobles deseos y que los mas honrados sentimientos sólo ocasionan amarguras.»

Hé aquí cómo se expresa el trovador Marcabrú (el autor del canto de la *Piscina*—del Lavador,-

nombre emblemático de la cruzada contra Almería y que suponíase deber lavar de culpas y pecados á cuantos en ella tomaran parte), en una de sus composiciones acerca de los amores fáciles, y qué pintura tan al vivo hace de las cortesanas:

«Hay falsas y ardientes mujeres que venden á cualquier hombre que se fia de ellas, burlándose de los insensatos que se dejan prender en el lazo de sus sonrisas. Ya Salomon dijo de esas mujeres que al principio son dulces como la miel y amargas luego como el acíbar...

No hay mas que mentira en amor. El dinero lo lleva por donde quiere; y por dinero se deja á los mas honrados para entregarse á los mas viles.

Si no teneis dinero, guardaos de enamoraros. ¡Amor maldito, que te has hecho comerciante, véte al diablo! (1).

Un célebre escritor francés (2), tan digno de admiracion por los versos fáciles y correctos que compuso, exclama en un fragmento de su extensa *Sátira* titulada *Las mujeres:*

«¿Te he pintado aún la fantástica desigual, que ama por las mañanas lo que muchas veces ódia por las tardes? ¿Te he pintado la maligna de falsos ojos y negro corazon? ¿Te he expresado aún lo que es la brusca impertinente? ¿Te he descrito la vieja de ceño dominante, que quiere exigir de su marido los respetos de un amante, veinte años despues del sacramento? ¿Te he hecho ver á una bella animada de alegria, que, muchas veces, despues de una abundante comida, hace que sus amantes, débiles de estómago, teman sus besos llenos de ajo y de tabaco? ¿Te he descrito aún á la dama que en su casa se hace tabernera

(1) Balaguer, *Los Trovadores*, en los ts. I, II y III, ed. de 1882.
(2) Boileau, *Les femmes. Satire X* (Œuvres completes; Paris, 1862.)

de los jugadores y sufre insultos que no toleraria una posadera de diez sueldos por comida?

. . . . . .

¿Te he pintado, en fin, la superticiosa, la pedante de tono altanero, la lugareña enojosa, la que del gato hace un solo entretenimiento, la que siempre habla y no dice nada jamás? De todo esto hay millares, pero mi boca cansada te hace gracia, por lo menos, de tres cuartas partes.»

Al terminar del siglo XIV, el obispo de Elna fray Francisco Ximenez, escribió, en lengua catalana, el *Libro de las Donas*, vertido muy luego al castellano, y recibido no sin aplauso en uno y otro reino.

«Es libro (dice el prólogo) todo de mugeres et tracta de sus bondades et vicios, et remedios dellos, segund que la Sancta Scriptura é los sanctos nos enseña.» Divídese en dos partes principales; tratando la primera «de todo aquello que á las mugeres—en general—pertenesçe;» y la segunda «dellas en especial en cinco maneras: niñas, doncellas, casadas, viudas, religiosas.» A cada una de estas clases pensó dedicar, segun el prólogo, tratado aparte; pero al trazar el libro, siguió distinto órden. Pintando en el capítulo XXIV del tratado III de la version castellana, las *disoluciones* de las mujeres, indica: «¿Qué diremos de las mugeres presentes, que se fasen desir mugeres del tiempo, mugeres de la guisa, mugeres de la ventura é mugeres de la arte? Que van con nuevos tajos de vestiduras é con enamorados gestos, que bueluen los ojos acá et allí, ván juntas braço por braço et se muestran todas las joyas, si bien no es dia de mercado; que cuando se muestran, colean et cabeçean más espesso que la sierpe, et fasen á todos los maridos bestias et más que locos... et traen las cejas pintadas en arco, et coloradas con catorce colores: que de cabeça á pies son remifadas, et non les fallesçe solo un chaton; que todas ván enjoyadas, to-

das almiscadas et con olores de tunique; solamente de punta tocan en el suelo, quando van, et los chapines con polaynas, et de verano guantes dorados en las manos,» etc., etc (1).

En Barcelona publicó el año de 1701 el P. Francisco Garau, de la Compañía de Jesús, su *Monarquía del amor de Jesús en el corazon de las señoras.* Define las naturalezas del amor de Dios y del amor de las cosas mundanas; habla de la devocion, de la modestia, de la castidad, de la providencia y discrecion con tanto acierto y doctrina como Chassay en su libro de *La mujer cristiana en sus relaciones con el mundo.*

¡Con qué elocuencia descubre los desatinos del propio amor en la mujer, cuando se atormenta por hallar medios de presentarse mas hermosa!

«¡Cuán caras compra sus riquezas la codicia, el enojo sus vengansas, la gula sus gustos, y sus ciegas complacencias la envidia! Hay mas martirio que haber de estar en prensa toda la noche la linda, para salir de dia á la luz? ¿No es condenarse á ser otra hoy de la que fué ayer, á fuerza de tantas mudas? ¿Cómo se quiere á sí misma la que desagradada de su sér, tanto procura parecer lo que no es? ¿Cómo se ama, si se aborrece en la que es, y sólo se complace en la que no es, y despinta y borra cada dia lo que en ella pintó la naturaleza? ¿Qué gana en la mentida adoracion de cuatro ciegos, sino que con los deseos la infamen, con la alabanza la afrenten, con las celebridades la hagan mas famosa que afamada, y con el atrevido pestañeo de los ojos más que la veneren la ultrajen; y en tanto es fuerza que viva ella entre infinitas espinas

(1) Rios, *Hit. crit.*, t. VI.—El *Libro de las donas*, fué 2.ª vez trad. del catalán y pub. en 1542 por Villaquiran, librero de Valladolid, con título de *Carro de las Donas;* pero muy trastocado, y añadidas dos partes, que lo desfiguran del todo. En la Bib. Escur. existen 2 ejemplares de este curioso tratado.

que la lastiman, con cuidados que la muerden, temores que la despedazan y pesadumbres que la acaban?» (1).

En oposicion á los libros de los celebrados apologistas de la mujer, Alvaro de Luna, Enrique de Villena, Alfonso de Santa Maria y Martin A. de Córdoba, escribió una obra cierto ingenio español (2), en la que, haciendo oficio de acusador, no perdonaba medio alguno para poner de relieve los vicios y engaños de que eran las mujeres motejadas. Martinez de Toledo, que es á quien nos referimos, hombre de clerecía (pues ya sabemos que era capellán de D. Juan II y Arcipreste de Talavera), dado al estudio de las letras sagradas, que le enseñaban á buscar y amar la verdad en su mas sencilla desnudez, fijando su vista en la corrupcion de las costumbres, cuyo terrible bosquejo debemos á la musa de Juan de Mena, aspiró á ponerles algun correctivo, afeando los vicios y licenciosos abusos que las contaminaban. Con este fin laudable, tomaba la pluma al frisar en los 40 años, y en el de 1438 sacaba á luz la *Reprobaçion del amor mundano* (3).

No podia ser el propósito mas laudable y áun conforme con el carácter sacerdotal de Alfonso Martinez de Toledo. Dotado sin embargo de ingenio festivo, cáustico y picante, á la manera del Arcipreste

---

(1) Castro, *Discurso preliminar* á las *Obras escogidas de Filósofos.* (t. LXV de la *Bibliot. de A. A. Esps. de Rivadenéyra.)*

(2) Alfonso Martinez de Toledo, *Reprobacion del amor mundano.*

(3) Es notable que en las 6 ediciones, (y no 4, como asegura Lemcke, *Manual de la Lit. Esp.*, t. II), que desde 1498 á 1547 se hicieron, no haya conformidad alguna en el título, ni áun en la materia. En el *Catálogo de Autoridades* por la Acad. Esp., cítase esta obra con el epígrafe anteriormente apuntado, *ó compendio... de los males y daños que causan las malas mugeres á los locos amantes*, etc. (Libro llamado el *Corvacho*, como recuerdo del de Boccacio contra las mujeres.)

de Hita, cuya lectura saboreaba á menudo (1); con una imaginacion rica, impresionable y poderosa para reproducir los tonos y matices del más ardiente colorido; iniciado, como tan erudito, en el conocimiento de los libros indo-orientales y didácticos que de ellos provenian, infundia, tal vez sin meditarlo, sello especia ísimo al libro de la *Reprobaçion del amor mundano*. Observador atento de las costumbres, hallaba en la sociedad sin esfuerzo alguno abundante materia de amarga censura y acabadísimos tipos, que trasladaba con entera fidelidad á sus interesantes cuadros: apasionado imitador de los modelos que le ofrecian los libros de *Calila et Dina* y de *Sendebar*, y con ellos las obras de Pero Alonso, D. Juan Manuel y el Arcipreste de Hita, pedíales apólogos y maliciosos cuentos, con que hacer más sensibles y eficaces sus picarezcas reprensiones; y cuando ni en la vida pública y comun, de todos conocida y juzgada, ni enlos libros que le servian de fuentes habituales, ni en los cuentos y satíricas anédotas del vulgo encontraba aquellas pinceladas vigorosas y vibrantes que apetecia para realzar el bulto de sus retratos, recordaba, acaso no sin interior complacencia, los misterios del confesonario, que abriendo á sus ojos un mundo desconocido de la muchedumbre, completaban de un modo tan sorprendente, como esencialmente trascendental, la verdad de sus pinturas.

Al reprobar, como el de Hita, los excesos del «loco amor,—tarea á que destina toda la primera parte de su obra (2); al bosquejar en varios conceptos los «vicios y engaños de las mujeres,» objeto principal de la segunda (3), dice y expone el Arcipreste de Ta-

---

(1) Sanchez, *Poes. Cast. anter. al siglo XV*, t. I, observó con exactitud que «fué el de Talavera tan buen Arcipreste en prosa como el de Hita en verso.»

(2) Consta, de 38 caps., contenidos en el Cód. Escur.

(3) Alcanza la 11.ª parte al cap. LIII.

lavera más de lo que advierte y enseña el comercio exterior del mundo, imprimiendo al tipo de la mujer que describe, cierta tinta odiosamente satánica, que si duplica su viveza, llega por último á abigarrarlo, haciéndolo de todo punto antipático.

Debió, pues, el libro del Arcipreste de Talavera su mayor celebridad á este interés palpitante de las costumbres, vinculado en la 2.ª parte de la cual tomaba toda la obra consideracion de «sátira de los viçios de las mujeres,» y título de *Corvacho* (1). Cuando reprende la codicia y vanidad que las atormentan, la soberbia y terquedad que las precipitan en toda suerte de pecados y áun de crímenes; cuando las pinta esclavas del anhelo de parecer bien, ó mónstruos de falsedad; de astucia y cuando expone á la universal reprobacion su punible terquedad ó su insaciable lascivia,—siempre acierta á dar brillo á sus bosquejos con el colorido de la verdad, tomado del modelo vivo que la sociedad le ofrece, matizando sus cuadros de pinceladas atrevidas y tonos inesperados, que aumentan por extremo los quilates de su mérito (2). No es posible traer aquí todo el libro para comprobar estas observaciones; pero bien parecerá poner algun ejemplo, y no ha de ser del todo desagradable á los lectores el siguiente, tomado del capítulo en que se pone de relieve el vicio de la murmuracion, pecado habitual del bello sexo. El Arcipreste escribe:

«Non le es (á la mujer) ninguno bueno, nin buena, en plaça ni en iglesia, disiendo:—Yuy!... y ¡cómo yua fulana el domingo de Pasqua arreada!... Buenos paños

(1) Este título no apareció sino al fin de la 4.ª ed., en que comenzó á sonar el nombre de Alfonso Martinez, en vez de Alfonso Contreras, que es el que equivocadamente se vé en el cód. referido. Lemcke insiste en apellidar al libro del Arcipreste de Talavera con el tít. de *Corvacho*, manif. que ni Clarús ni Ticknor conocieron á tan distinguido escritor.

(2) Rios, *Hist. crit*, t. VI.

de escarlata con forraduras de martas; saya florentina con cortapisa de veros, trepada de un palmo; faldas de diez palmos rastrando, forradas de camocán; un pordemás forrado de martas çebellinas, con el collar lançado fasta medias espaldas; las mangas de brocado; los paternostres de oro de dose; en la honca almanaca de aljófar, de cuento eran los granos; arracadas de oro, que pueblan todo el cuello; crespina de filetes de flor de azuçena, con mucha argentería, la vista me quitava; un partidor tan rico de flor de cauçil de filo de oro fino, con mucha perlería; los moños con temblantes de oro ó de partido cambray, todo trepado de foja de figuera; argentería mucha colgada de lunetas é lenguas de pájaros, é retronchetes é con randas muy ricas: demás un todo seda con que cubria su vira, que paresçia á la rreyna Sabbá: por mostrarse más fermosa, axorcas de alambar engastonadas en oro; sortijas diez ó doçe, donde ay dos diamantes, un çafir, dos esmeraldas; luas forradas de usartas, para dar con alyendo lusor en la su cara y etreveuir los afeytes. Relusia como un espada con aquel agua destilada de un texillo de seda con tachones de oro, el cabo esmerado con la feuilla de luna, muy lindamente obrado; chapines de un xeme en alto, pintados de brocado; seyo mugeres con ella: moça para la falda; moscadero de pauo todo algaliado; sahumada, almizclada; las çejas algaliadas, relusiendo como espada. Piénsase Mari Menga, quella se lo mereçe, etc (1).

Con disgusto dejamos de trasladar otros pasajes, donde asegurando Alfonso Martinez que «son peores que diablos,» saca á la vergüenza todas las artes secretas de las mujeres, para «untar las manos que tor-

(1) Cap. IX de la 11.ª parte. En este y otros paisajes hay mucha semejanza con el *Libro de las Donas* del catalán fray Francisco Ximenez, de que hablamos en otro lugar.

nen blancas como seda, estirar las arrugas de los pechos é de la cara», y «tornar el rostro como la nieve blanco, é relusiente como plata»; revelación que hacia, «non porque lo fagan, que de aqui non lo aprendieran (dice), sy de otra parte non lo saben..; más porque sepan que se saben sus secretos é poridades» (1). Para que alcancen fácilmente los lectores cómo sazona y salpimenta estos cuadros de costumbres, preciosos documentos de la historia indumentaria, copiaremos aquí alguno de los citados apólogos, no sin advertir que escojemos uno que no pueda ofender los oidos de los lectores. Motejando la testarudez de las mujeres, escribia, narrado ya, otro *enxemplo* al propósito:

«Otra muger yua con su marido camino á romería á una fiesta: pusiéronse á la sombra de un álamo, é estando ellos folgando, vino un tordo et començó á chirrear. Et el marido dijo:—¡Bendito sea quien te crió! Verás, muger, cómo chirrea aquel tordo. Ella luego respondió: -¿É non vedes en las plumas et en la cabeça chica que non es tordo, synon tordilla? Respondió el marido:—¡Local.. ¿é non vées en el cuello pintado et en la luenga cola que non es synon tordo?.. La muger replicó:—¿E non vedes en el chirrear et en menear de la cabeça que non es synon tordilla? Dixo el marido:—¡Vete para el diablo, porfiada!.. que non es synon tordo.—Pues en Dios et en mi ánimo que non es synon tordilla. Dixo la muger:—Para la Vírgen Sancta María non es synon tordilla. Estonçe el marido, movido de malenconía, tomó un garrote é dióle al asno et quebrantóle el braço. Et donde yuan á romería á velar á Sancta María por un fijo que prometieran, ovieron yr á Sant

(1) 11.ª parte, cap. XIX. La descripción que hace en este cap. de la *concilla*, ó tocador de las mujeres, se deja atrás cuanto habian dicho los trovadores.

Anton á rogar á una otra hermita que Dios diesse salud á la bestia que el braço, porfiando, tenia quebrado» (1).

Ese gran pintor del cuadro social de la vida del siglo XIV, Juan Ruiz, comunmente llamado el Arcipreste de Hita (2), que al decir de un crítico aleman, no sólo es superior á los escritores castellanos del referido siglo, sino á los mejores poetas de la Edad Media en general, dejó escrito para contentamiento de los vilipendiadores del sexo bello, en su *Libro de Cantares* (3):

---

(1) 11.ª parte, cap. XLV del ref. cód. El Arcipreste añade: «Destos enxiemplos mill millares se podrian escrevir». En efecto: los libros de Bidpay, de Sendebar y de Pero Alfonso, de que se vale, le ofrecian abundantes modelos del género. Son notables los incluidos en los fóls. 49, 50, 73 v. y 74, que prueban los engaños, perjurios y mentiras de las mujeres con escándalo de la moral y de la religion.

Para esta cita y las anteriores, por lo que respecta al libro de Martinez de Toledo, hemos tenido á la vista la más de una vez cit. *Hist. crít...* de J. A. de los Rios.

(2) Las noticias que existen respecto de este grande ingenio, sacadas todas de sus obras, son en verdad tan escasas que no dan materia para trazar su biografía. Ni aun pueden con seguridad fijarse el lugar de su nacimiento, ni aquel donde pasó de esta vida. Para la generalidad de los historiadores de nuestras letras, Juan Ruiz nació en Alcalá ó Guadalajara, ignórase en qué año. El erudito Sanchez, solo pudo averiguar que vivía en 1351.

(3) Las poesías que escribió el Arcipreste de Hita, que constan de unos 7 mil versos, se hallan reunidas en un libro: trata en ellos gran diversidad de asuntos, desde los que se refieren á la Vírgen hasta los amores mas profanos. Llaman la atención los pasages que se refieren á Doña Venus y á D. Amór, en los cuales presumen algunos que refiere la historia de sus propios amores. Juan Ruiz usó mayor número de metros y de combinaciones, que ningun otro poeta hasta aquella edad: no bajarán de 16, algunos de ellos inventados por él. En la ed. de *Autores clásicos*, que tenemos á la vista, se han incluido todos los versos que suprimió Sanchez en la suya, siguiendo en esto su editor la opinion de Jovellanos.

Los críticos extrangeros Villemain (*Tableau de la litter. du Moyen Age*), Sismonde de Sismondi (*Litter. du Midi*), Puibusque (*Hist. comp. des litter. espagn. et franc.*), tratáronle con extremada injusticia; en cambio le juzgaron con detenimiento y acierto, Puimaigre (*Les vieux auteurs castillans*), Clarus (*Cuadro de la lit. esp. de la Edad media*), Wolf (*Estudios sobre la lit. nac. sp.*), y Dozy (*Investigaciones sobre la hist. polit. y lit. de Esp.*)

Toda muger nacida es fecha de tal masa,
Lo que mas le defienden, aquello antepasa.
Aquello la enciende, aquello la traspasa;
Do non es tan seguida, anda floxa et laxa;

. . . . . .

Muy blanda es el agua, mas dando en piedra muy dura,
Muchas vegadas dando, fase grant cavadura:
Por grant uso el rudo sabe grant lectura,
Muger mucho seguida, olvida la cordura.

. . . . . .

Desque una vez pierde vergüenza la muger,
Mas diabluras face de cuantas ome quier.
Talante de mugeres, quien lo podria entender
Sus malas maestrías e su mucho mal saber!
Quando son encendidas et mal quieren facer,
Alma, e cuerpo, e fama, todo lo dexan perder (1).

Uno de los poetas granadinos de mas buen gusto literario entre los que florecieron en el siglo XVI, el licenciado Gregorio Morillo, que fué dado á componer sátiras, á lo que le inclinaba su caracter independiente y observador, y tambien su vivo y agudo ingenio, escribió una contra las mujeres (2), que puede competir ventajosamente con las que gozan de mayor crédito en la lengua española. Veáse, para muestra, cómo desahoga su bílis contra ellas:

. . . . . .

Solian ser como negros las mujeres:
Dejábanse engañar con una cinta,
Ya quieren cascabeles y alfileres.

---

(1) *Poetas cast. anter. al siglo XV.*—Coleccion hecha por Sanchez, continuada por Pidal, consid. aumentada é ilust., á vista de los códices y man. ant., por Janer, t.º 57 de la *Bib. de A. A. Esp.* de Rivadenéyra.

(2) Reimpresa en el *Parnaso español* de Sedano,—ed. de Madrid, 1768—y en el t.º 36 de la cit. *Bib.*, que tiene por título: *Curiosidades bibliográficas.*—Colecc. escog. de obras raras de amenidad y erudicion, con apuntes biogr. de los difs. auts., por A. de Castro.

Ya no vale la presa sin la pinta;
Que la codicia todo lo atropella,
Y solo es el dinero esencia quinta.

. . . . . .

El vate Mosen Pedro Torrellas, caballero catalán,—de quien escribió Tomic «qui ai aquell temps se podia dir que un petit Rey,»—cultivó con aprovechamiento la lengua de Castilla en la córte de Alfonso de Aragon (1). Fué autor, entre otras, de las *Coplas fechas de las calidades de las donas* (2), mereciendo ser trascritas las siguientes:

Quien bien amando persigue
Dona, á sy mismo destruye,
Que siguen á quien las fuye
É fuyen de quien las sigue;
Non quieren por ser queridas,
Nin galardonan servicios,
Mas todas desconocidas,
Por sola tema regidas,
Reparten sus beneficios.

. . . . . .

De natura de lobas son
Ciertamente en escoger,
De anguillas en retener,

---

(1) No debemos prescindir de hacer mencion aquí, ya que es imposible otra cosa, del poema tit. *Lo libre de les dones,* compuesto por Mosen Jaime Roíg, médico de cámara de la esposa de Alfonso V. de Aragon, cuyo autor se ensaña principalmente contra las malas artes y engaños de mujeres. Compónese de 300 págs, y debió gozar de mucha popularidad, puesto que en 1562 se habia ya impreso 5 veces. Algunos trozos son libres é indecentes, y no sería difícil entresacar de ellos, datos preciosos para ilustrar la hist. de las costumbres y vida doméstica de aquel tiempo.—Algo parecida á la obra citada, en el estilo y asunto, es una sátira en verso, su autor Francesch de La viaó Lavia, del cual nada sabemos, escepto que floreció á mediados del siglo XV. Se intitula *Libre de Fra Bernat*, y es una sátira muy amarga y punzante contra las mujeres: hállase en la bibliot. Columbina de Sevilla (V. Rios, *Hist. crit...*, y Gayangos y Vedía, *Notas y adiciones* á la *Hist.* de Ticknor.)

(2) Está inserta en el *Cancionero de Stúñiga,* códic. del siglo XV. (t.º 4.º de la *Coleccion de libros españoles raros ó curiosos.)*

En contrastar de erison,
Non estiman virtud nin alteça,
Seso, bondat ni saber,

. . . . . .

Tened aqueste conçepto,
Amadores, vos supplico,
Con quien riñen en publico
Fasen la pas en secreto;
Dissimulan el entender,
Denuestan lo que desean,
Fingen de enoio plaser,
Lo que quieren non querer
Y dubdar quando más crean.
Por no ser poco estimadas
De quien mucho las estima,
Fasiendo de honestidad rima,
Fingen de mucho guardadas;
Mas con quien las tracta en són
De sentir lo que meresçen,
Syn detener galardon,
La persona y coraçon
Abandonan et ofreçen.

. . . . . .

Son todas naturalmente
Malignas et sospechosas,
Non secretas et mintrosas,
Et movibles ciertamente;
Vuelven como foia al viento,

. . . . . .

Sy las quereys emendar
Las habeys por enemigas,
Et son muy grandes amigas
De quien las quieren lisonnicar;
Por ganas de ser loadas
Qualquier alabança cogen,
Van á las cosas vedadas,

. . . . . .

Mujer es un animal
Que dise hombre ynperfecto,
Procreado en el defecto
Del buen calor natural (1).

. . . . . .

En una de las poesías del segoviano y judaisante Enriquez Gomez, notable escritor que recorrió todos los campos de la literatura, demostrando en ellos que se habia dedicado al estudio con admirable laboriosidad, habla así de la mujer, dirigiéndose al hombre:

. . . . . .

Dime, ¿de quién te fias,
Sino de la mudanza de los dias?
Recuerda, si quisieres,
Y mira que entre todas las mujeres
El sábio nunca halló cuerda ninguna;
Ella es la propia rueda de fortuna.
En vez de la veleta de la torre,
Te dirá una mujer qué tiempo corre,
Mas engañosa y grave,
Furiosa dentro y fuera muy suave.
Cometas rigurosas
Son sus lágrimas, siempre peregrinas,
Y aunque son mariposas cristalinas,
Nunca la llama, por voraz que sea,
Pudo abrazar la forma de su idea (2).

Entre todas las sátiras que compuso el eximio vate Cristobal de Castillejo aparece la mas notable una que publicó en forma de diálogo, acerca de las

---

(1) Esta composicion se halla tambien en el *Cancionero general* de Hernando del Castiilo con el epígrafe de *Coplas de maldecir de mujeres;* en el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos,* de Gallardo, y en las *Flores de poetas ilustres,* por Pedro de Espinosa.

(2) V. el t.º II de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII,* colecc. orden. por Adolfo de Castro, que forma parte de la *Biblioteca de A. A. esps.* de Rivadenéyra.

Condiciones de las mujeres, reimpresa varias veces en la época moderna (1).

Uno de los dos interlocutores, defensor de ellas, cita en su favor las buenas que sin duda existen; mas sin negarlo el adversario, le replica con agudeza que si merecen tanto aprecio, es cabalmente por ser muy raras:

Mas en tanta multitud
De traidoras y alevosas,
Las buenas y virtuosas
Son deseo de salud.
Entre espinas
Suelen nacer rosas finas,
Y entre cardos lindas flores,
Y en tiestos de labradores
Olorosas clavellinas.
. . . . . .
Por ser raras son preciosas.
Ménos villas hay que aldeas,
Y al respeto de las feas
Muy pocas son las hermosas.
Y así, son
Las buenas, en conclusion,
Tomadas en especial.
No hay regla tan general,
Que no tenga su escepcion.

El abogado de las mujeres las defiende con arte haciendo de ellas este cumplido elogio:

Sin mujeres
Careciera de placeres

(1) V. el t. XXXII de la Bibliot. de Ribadenéyra (*Poemas líricos de los siglos XVI y XVII*), y el vol. XXXIX de la *Bibliot. Univ.*, fund. por Joaq. Pi.

Este mundo, y de alegría,
Y fuera como sería
La féria sin mercaderes.
Desabrida
Fuera sin ellas la vida,
Un pueblo de confusion,
Un cuerpo sin corazon,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razon sin entendimiento,
Arbol sin fruto ni flor,
. . . . . .
¿Qué valemos,
Qué somos, qué merecemos
Si la mujer nos faltase,
Á la cual se enderezase
El fin de lo que hacemos
Y pensamos?
¿Quién es causa que seamos
Particioneros de amor,
Que es el más dulce sabor
Que en esta vida gozamos?
Quién ternia
Cargo de la policía,
Y cuenta particular
De la casa y del hogar
Y hacienda y granjería?
Su consuelo,
Tan cierto, tan sin recelo,
En nuestras adversidades,
Trabajos y enfermedades,
Tenemos en este suelo.
De ellas mana
Cuanto bien el hombre gana
Y ellas son la gloria de ello,
La guarda, firmeza y sello
De nuestra natura humana.

En contraposición de este apacible cuadro, ¿no pudiera algun marido descontento presentar estotro?

Mala ó buena,
Nunca deja de dar pena
Con quejas y liviandades,
Bajezas y poquedades,
De que está la casa llena.
Si es hermosa,
Es soberbia y peligrosa,
Y si fea, aborrecible;
Si generosa, terrible,
Y si sábia, desdeñosa;
Y si fuese
Honesta cnanto quisiere,
¿Qué vale si es desgraciada
Ó mal acondicionada
Con el hombre que tuviere,
Ó viciosa,
Desperdiciada, costosa
Granjera de la ceniza,
Ó liviana antojadiza;
Que entre ellas es una cosa
Muy usada?

Emplea luego el poeta tiempo y colores vivos para pintar dos clases despreciables de mujeres, que por sus estragadas costumbres inficionan la sociedad; y volviendo al fin de su composicion á hablar en general del maltratado sexo, descarga sobre él una nube de piedra, aludiendo á las faltas comunes de las mujeres, como es, á lo que él supone, lo incomprensible y lo veleidoso de su caracter. Su amarga censura está hecha con mucha gracia:

No se puede tomar tino
A la hembra ni le tiene,
Porque nunca va ni viene,
Sino fuera de camino;
Desviada

De los medios, y allegada
Siempre mas á los extremos;
De do viene que la vemos
Por antojo gobernada,
En el viento
Volando su pensamiento,
Ora acá, ora acullá;
Nunca por el medio va,
Mas siempre fuera de tiento
Y mesura;
Ó como una peña dura
Se queda, estando parada,
Ó corre desenfrenada
Tras el fin de su locura,
Que la guia;
Una vez helada y fria
Muy mas que el invierno frio,
Otra como el mismo estío
Inflamada en demasía,
Nunca alcanza
La hembra cierta templanza
De guiar tras la verdad
Ni tener en igualdad
Puesta jamás la balanza
Del querer:
Ó vos ama, sin poder
Encubrir lo que padece,
Ó sin causa os aborrece
Hasta no poderos ver
Y vengarse.
Si grave quiere mostrarse,
Pónese triste, pesada,
Rostrituerta, encapotada,
Que apénas deja mirarse;
Y si acuesta
Á ser cortés y modesta,
Dejando la gravedad,

Dá muestras de liviandad
Con risa menos honesta,
. . . . . , . . .
En un hora
Canta y gruñe, rie y llora,
Es sábia y loca en un punto,
Osa y teme todo junto,
Y niega al mismo que adora,
Y le vende;
Quiere y no quiere, ni entiende
Lo que quiere y desea;
Consigo mismo pelea,
Contraria de sí, se ofende
Y destruye;
Sigue lo mismo que huye,
Lo que sabe no lo sabe,
Concierto ninguno cabe
En lo que ordena y concluye
Con razones,
Porque contrarias pasiones
Le perturban la razon,
Y en una misma opinion
Tiene muchas opiniones.

Cuando parece que nuestro poeta ha apurado todos los defectos de las mujeres, se le vé empezar de nuevo con mayores brios:

Es parlera,
Y no menos novelera
De esas nunca sabidas,
Y relata las oidas
Con tino de otra manera,
Añadiendo,
Acrecentando y poniendo
De su casa la mitad,
Y de cualquier vaniedad
Muy grande historia haciendo.
Pues fiaros

De la que pensais amaros
No debeis, si sois discreto,
Porque no guardan secreto
Aunque muestren adoraros;
Y es doblado
El yerro si con cuidado
La amonesteis que lo guarde,
Porque tanto ménos tarde
Lo dirá, si le es vedado

En cierta *Farsa sobre el matrimonio* para representar en bodas-anónima, impresa en Medina del Campo el año 1530 (1), se introducen un pastor, su esposa, su hija, un fraile, etc. Y dice Pastor á su mujer, tratando de convencerla:

. . . . . .
Eva creyó á Lucifer
Y á Eva creyóla Adan,
Y por eso.....
Lo echaron todo á perder.
. . . . . .

ELLA. .... la mujer á las veces
Dice mejor las verdades
Y tiene mas dignidades,
Mas gracias y mas saber,
Que es Dios hijo de mujer.
ÉL. ¿Saber? bien sé que en maldades.
ELLA. No á la fé;. . . . . .
Bien sé que el hombre es mayor
En fuerza y áun en ruindades;
Mas en buenas calidades
La mujer tiene el primor.
. . . . . .
Escúchame hasta el fin,

(1) Reproducida en el *Ensayo de una bibliot. esp. de libros raros y curiosos*, form. con los apunt. de Gallardo, cordinados y aumentados por Sarco del Valle y S. Rayon.

Y verás cuan presto pruebo
La ventaja que te llevo,
Aunque sé poco latin.
Al principio fué criado
El hombre de tierra astrosa;
La mujer de mejor cosa,
Del hombre vivo y formado,
El fué de barro tomado,
Cosa muerta y no sensible,

. . . . . .

De la costilla del lado.
Ves probada mi intencion
Del principio y principado,
Y el nuestro Dios fué encarnado
En mujer, y no en varon.

. . . . . .

ÉL. La mujer de hombre formada
Muestra en el hombre primor
Ser mas antiguo y mejor,
Pues fué hombre él, ella nada.
Ser de su carne tomada
Y él formado de la tierra
No es ventaja, sino guerra,
Que más á carne inclinada.
Ni les da mas preheminencia
Nacer del vivo nacido,
Que en fin estaba dormido
Sin usar, razon ni ciencia;
Antes les pone dolencia
Ser sus vivezas dormidas
Cuando son mas resabidas,
Como veis por experiencia.

En tal estado la porfía, sale á escena otro de los personajes de la farsa, ó sea el fráile, que despues de enterarse de los términos en que llevan planteado el debate, expone su opinion de la manera siguiente:

F. Hermanos, en mi conciencia,

Que no es pequeña cuestion,
Porque no hubo subjecion
En estado de inocencia;
Antes Dios por su clemencia
Compañeros los crió,
Y á ambos el mundo dió
Casi por equivalencia.
. . . . . .
Poco despues de pecar,
Por castigo y maldicion,
Á subjecion del varon
Manda á la mujer estar.
. . . . . .
Que en fin saber se requiere
Ser hechas de las costillas:
Tampoco es primor muy cierto,
Que costilla es hueso tuerto
Y ellas duras y torcidas.
Y en fin, no por abatillas,
Mas el mundo fué perdido
Por ellas, y hoy combatido
Anda el hombre en tanganillas.

Entre las obras de Fray Íñigo Lopez de Mendoza, insigne cultivador de la poesía que floreció en el reinado de los Reyes Católicos, merece citarse en este lugar el *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*. Como se infiere por la sola lectura del título, consta de dos partes: en la 1.ª, pinta en forma de sátira, frecuentemente con notable gracejo, las malas condiciones de ciertas mujeres que inspiradas por los vicios, la vanidad ó la soberbia, suelen ser perdicion del hombre, causa perenne de escándalo, y á veces perturbaciones sociales. Dando á conocer sus aféites, exclama:

Son aquestos el mochuelo
que con los ojos convida
á los tordos que los tomen:

Son el çebo del anzuelo
que façe costar la vida
á los peçes que lo comen:
son secreta saetera,
dó nos tira Luçifer
con yerba, por nos matar:
son carne puesta en buytrera,
que quien la viene á comer,
escota bien el yantar (1).

En *Las cortes de la muerte* (2), auto comenzado por Miguel de Caravajal, concluido por Luis Hurtado de Toledo é impreso en dicha ciudad el año 1557, cuyo pensamiento viene á ser una reproducción en forma escénica de la célebre *Danza de la muerte*, uno de los personajes, que es Demócrito, dice:

. . . . . .

Rióme de muchas cosas
Que te podrán dar placeres,
Mas las que son mas sabrosas,
Mas risueñas, mas gustosas
Son las cosas de mujeres.
Que destas yo te prometo
Que hay tanto de qué reir,
Que á no les tener respecto
Por serles algo subjecto,
Tuviera bien que decir.

Y le contesta la *muerte:*

Todavía te darán
Licencia para decir
Algun poco, si querrán.

Demócrito replica entonces:

(1) Rios, *Hist. crit.*, t.º VII.
(2) Reimpreso en el *Romancero y Cancionero sagrados.* Colección de poesías cristianas, morales y divinas, sacadas de las obras de los mejores ingenios españoles, por Justo de Sancha, t.º XXXV de la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

Pues si aquesa ellas me dan,
Algo diré y sin mentir.
Muerte, ¿no quiés que me ria,
Que en nasciendo la mozuela,
Nace con mas fantasía
Y con mas filosofía
Que se tracta en nuestra escuela?
Y antes que la edad madura
Ha llegado, ni comienza,
¿Quién te dirá su locura
Y aquella desenvoltura
Que ya tiene y desvergüenza?
Quién dejará de reir
Las mentiras, las cobdicias
Y ensayos de su vivir?
Quién ha de poder sufrir
Sus embustes y malicias?

Y aquí damos remate á la trascripción de datos, en contra de las hijas de Eva (1), no sin recordar antes aquel fragmento del romance caballeresco, que reza:

Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas;
Hierbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida hiervas.

---

(1) Como complemento al presente, V. nuestro art. *Poetas vilipendiadores de la mujer*, pub. en la revista madrileña *La América*, n.º 7 del año XXIV, de cuyo trabajo casi nada utilizamos, por creer asaz generalizados muchos de los versos en él contenidos, en su mayor parte de poetas modernos.

Además de las obras consultadas para formar este y el posterior art., hemos tenido á la vista (sin sernos dable escoger flor ninguna con destino á nuestros dos ramilletes), las siguientes:

Michelena, *La libertad para la mujer*.—Santamaría, *La Mujer*.—Llanos y Alcaraz, *La mujer en el siglo XIX*.—Concepción Arenal, *La mujer del porvenir*.—Sanchez del Real, *La mujer de los pasados tiempos*.—Aimé-Martin, *Educación de las madres de familia, ó de la civilización del linage humano por medio de las mujeres*, 6.ª ed.—Landa, *Hombres y mujeres célebres de todos los tiempos y de todos los paises*.—Maria del Pilar Sinués, *Galería de mujeres célebres*, colecc. de ley. biogs, 2.ª ed.

Como tambien los siguientes versos de un M. S. del siglo XVII, existente en la Biblioteca Nacional:

Usa de algunas traiciones
Que son malas de entender,
Que conocer de mujer
Es conocer de melones.

Apologistas del sexo femenino. (1)

Recurriendo á la más pura fuente en que podemos beber acerca de los orígenes de la humanidad y del grandioso poema de la creacion, abriendo las inmortales páginas de ese libro que se llama la *Biblia*; hallamos que Dios, despues de terminar la maravillosa obra de la creación y de haber formado al hombre á su imágen, quiso darle ayuda y compañía semejante á él, y haciendo caer sobre Adán un profundo sueño, tomó mientras dormía una costilla suya y formó de ella una mujer. Adán al verla exclamó: «esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne.»

Un comentador de la *Biblia*, Torres Amat, observa que Dios no sacó á la mujer de la cabeza del hombre, ni tampoco de los pies, como para dar á entender que ni debe ser la señora ni la esclava del hombre, sino su compañera.

Entre los filósofos que proclaman la unidad de

(1) Puede servir de contraposición al que lleva por epígrafe: *La mujer ante sus detractores.*

orígen, la sucesión y el progreso, en el órden zoogénico, hay algunos que piensan que el primer sér de rostro humano nació hembra. Presentan como prueba de ello la evolución del huevo humano y sus trasformaciones sucesivas en un órden invariable (1).

El saber si Eva fué creada dentro ó fuera del Paraiso, ha sido objeto entre los teólogos de muchas dudas y controversias. Algunos llevan su pasión hasta el punto de creer, que si el lugar en que fué creada la mujer no era realmente el Paraiso, se convirtió en tal inmediatamente, á causa de ese mismo acontecimiento.

El sitio en que fué creada, dicen otros, dá á la mujer una nobleza infinitamente superior á la del hombre: los sagrados oráculos nos lo prueban con toda evidencia. Segun el testimonio de la Escritura, fué formada al mismo tiempo que los ángeles, en el jardin agradable, plantado por la mano del mismo Dios. ¿Dónde fué creado Adán? Fuera de aquel lugar delicioso; en mitad del campo, en el mismo sitio en que el Sér Supremo dió vida á las bestias. Verdad es que, cuando el primer hombre fué hecho de un pedazo de barro, recibió la órden de pasar al jardin encantado; pero, hablando vulgarmente, no fué por su buena cara, ni en consideracion á su mérito: únicamente se le trasplantó allí, en razón de que, teniendo la hembra que ser fabricada en el paraiso terrenal, se necesitaba al varón, ó cuando ménos una de sus costillas, para hacer una obra tan eminentísima (2).

Si algo debe sorprendernos é indignarnos contra los hombres, escribe una autora (3), es sin disputa la

---

(1) Debay, *Hist. nat. del hombre y de la mujer*, trad. por G. Blanco.

(2) Landa, *La mujer*, juz. por los grandes escrits. de ambos sexos, 2.ª ed.

(3) Ysabina de Myra, cit. por Burgos, en su obra *El hombre juzgado por las mujeres*, etc.

idea generalmente admitida entre ellos de que las mujeres no tienen otro valor que el que han convenido tácitamente en darles.

Su confianza en nuestras luces es tan limitada, que no piden nuestro parecer sino en las cosas mas insignificantes; su orgullosa suficiencia no admite nuestros consejos cuando se trata de asuntos trascendentales ó de alguna importancia.

Dios sabe las necedades que les evitaríamos si nos rindiesen justicia reconociendo que la mujer tiene en infinitos casos una agudeza de percepción muy superior á la suya.

Tentada estoy de creer que ese infinito desden que tienen por nuestro criterio y juicio, es un castigo de Dios para hacernos conocer que el primer pecado que el hombre cometió le fué inspirado por los malos consejos de la mujer.

Pero ¿y despues? ¡bien me parece que ha sido larga la compensación! pues todos los atentados y crímenes de la humanidad en los cuales han sido autores los hombres y víctimas las mujeres, son bastante numerosos para servir de contrapeso al miserable pecado de curiosidad más que de gula, cuyas consecuencias han sido tan fatales á la especie humana.

Además, si nos remontamos á ese mismo orígen, ¿no habría debido el hombre interponer su autoridad, puesto que se llama tan superior?

¿No habría debido Don Adán dar una fuerte sotana ó una viva reprimenda á Doña Eva por su debilidad y desobediencia? Nada de eso; en vez de culparla, la aprueba y participa de su pecado. Yo no sé si la falta del que no impide es realmente más leve que la falta del que propone; pero de todos modos los hombres no quieren conocer que Dios juzgó igualmente á los dos en cuanto castigó á uno y otro.

La escritora Hermancia Lesguillon (1) pregunta: ¿Sabeis por qué desde tantos siglos pasan los hombres por superiores á las mujeres? Porque, como dice Proudhon, las mujeres son pasivas: las esposas, los amantes y las hermanas, viven y mueren sin escribir la historia de su vida: nadie mas que Dios las conoce; lo que hizo decir al padre Ravignan, uno de nuestros oradores sagrados:

«Tengo poco tiempo para dedicarme hoy al confesonario; vengan primero los hombres, porque las mujeres todas están salvadas.»

Más débil la mujer que el hombre como ser físico, es más fuerte que el hombre como ser moral. En derecho el hombre es quien debe mandar á la mujer; pero de hecho la mujer es quien acaba por atraer al hombre á su voluntad. Así fuera tan perfecto como Adán, tan fuerte como David, tan sábio como Salomón, tan fiero como Holofernes, el hombre acaba siempre por ceder al influjo de la mujer, por obedecerle, por rendírsele (2).

Este poder moral de la mujer sobre el hombre para amoldarlo á su imágen y hacerlo á lo que ella es, si vale decirlo asi, lo ha determinado la Sagrada Escritura de la manera mas clara y enérgica. Con razón supone un publicista contemporáneo (3), que la influencia de las faldas sobre los pantalones es tan despótica, que cuando nos sopla el viento que ellas hacen, nos vamos sin remedio á pique.

Un doctor español consigna (4), que es superior la penetración de la niña á la del niño; que aprende á hablar más pronto y con mayor claridad; que es

---

(1) Cit. tambien por Burgos.
(2) Raúlica, *El apost. de la mujer desde el origen del crts. hasta ns. dias.*
(3) Catilina, *Las mujeres*, art. pub. en *La Ilustracion*, t.º correspond. á 1852.
(4) Viguera, *La fisiología y patología de la mujer.*

más astuta y sagaz que el hombre; que todos los líquidos que entran en la composición de ambos sexos abundan más en ella; que al tegido celular que cubre y circunda todos los ámbitos, debe la frescura de su tez y la contorneada pulidez de sus formas; que sus facciones son más proporcionadas, finas y agradables, sus manos más debilitadas y nutridas, su pié más pequeño, su talle más flexible y delgado, su busto ménos ancho y su estatura una sexta parte menor que la del hombre.

Otra autoridad en la materia (1), asevera que las líneas en la mujer son todas curvas, dando extraordinaria suavidad á sus contornos; las eminencias huesosas son ménos pronunciadas; los músculos ménos desarrollados, el tegumento más delgado y terso; su color generalmente más blanco; su cabello más largo y flexible, sirviendo á la cabeza de grato y vistoso atavío.

Para cierto eminente escritor (2), la mujer es pequeña y es alta. Tiene octavas de sobra en los bajos y en los agudos. Es una lira mas estensa que la del hombre, pero no completa: porque no es muy segura en las cuerdas médias. Á ella no se le escapan ordinariamente cosas que pasan inadvertidas para nosotros. Por otra parte, en ciertos momentos vé por encima de nuestras cabezas, penetra en lo porvenir, en lo invisible, atraviesa los cuerpos en el mundo de los espíritus.

La condición de la mujer antes de la aparición del pueblo de Dios, esto es, durante la dilatada monarquía de los asirios, en el nebuloso periodo de los egipcios y en los orígenes del culto pueblo heleno, era próximamente la misma que en la época del pue-

---

(1) Alonso Rubio, *La mujer bajo el punto de vista filosófico y moral.*

(2) Michelet, *La mujer*, trad. por G. Blanco, 2.ª ed.

blo hebreo. La mujer era entonces trabajadora á la par del hombre: preparaban las comidas y las servian á la mesa, como se vé en muchos pasajes de la Escritura. Tambien se ocupaban en las labores agrícolas, como se vé en Ruth espigando los campos. Hacian los vestidos y su ocupación ordinaria era fabricar telas; y en las mismas labores se ocupaban las griegas, como lo vemos por los inmortales poemas de Homero hablando de Penélope, Calipso y Circe. Hasta las reinas se empleaban en toda suerte de labores mujeriles, y tenian ocupadas á sus doncellas para formar buenas madres de familia y desterrar la ociosidad. Los vestidos que Augusto usaba, estaban hechos por su mujer, su hermana y sus hijas, y esta costumbre se conservó en Roma hasta en los tiempos de su mayor corrupción. Sabido es asimismo, que la escelsa Isabel la Católica se vanagloriaba de que su esposo Fernando de Aragón no se habia puesto jamás, durante su matrimonio, camisa alguna que ella no solo hubiese cosido, sino tambien hilado (1).

La conducta de las mujeres, su modo de intervenir en las grandes catástrofes políticas ó sociales, es sobremanera raro. Las revoluciones destruyen los imperios; cae la sociedad griega, renuévase la romana, y la suerte de una mujer sirve á veces de pretexto á esos trastornos, como en Roma la suerte de Lucrecia ó de Virginia. Aparece el cristianismo, é inmediatamente se levantan como un pueblo: toman parte en la vida de Jesús, en sus actos y en sus viajes: al morir el Hombre-Dios adhiérense á sus apóstoles.

Llega la época de los mártires y la mujer se engrandece, ó mas bien, se revela al mundo como un sér hasta aquella sazón desconocido. Perpétua y Felici-

(1) Art. *mujer*, en el t.º 28 de la *Enciclop. Mod.*, por Mellado.

tas fueron condenadas á luchar con una vaca furiosa, siendo la una recien parida y estando la otra criando un niño. Desnudas y envueltas en una red, las trasportan á la arena. Á la vista de tal espectáculo, el pueblo, á pesar de su cruel dureza, sintióse conmovido de horror y piedad, y exigió á gritos que les fuesen devueltos sus vestidos. Las trasladan á la barrera, y algunos momentos depues Perpétua vuelve á salir al circo, cubierta de un ropage flotante, que al verlo la fiera, la embiste y la revuelca ensangrentada sobre la arena. Levántase en seguida la jóven mártir, pero fué para componer su vestido que, habiéndose roto, dejaba desnuda una parte de su cuerpo, y para anudar sus desgreñados cabellos; porque sentaba mal que los mártires, en un dia de triunfo, tuviesen la cara cubierta como en los de luto.

Tras la época de los mártires viene la propagación de la fé y la creación del dogma; en cuya sazón el poderío de la mujer mostróse todavía mas activo. El politeismo habia sido vencido en el circo; cumplia vencerle en las almas, y formar una religión de lo que no era mas que una secta divina. Las mujeres fueron las prineipales obreras de esta grande obra. Hubo una cortesana que se hacia llevar en una litera que apenas alcanzó á pagar toda una generación, y Páula atravesó la Palestina montada en un asno. Una patricia consagró á Venus 500 esclavos para el culto de la prostitución; y Melania mantenia á 5.00 confesores de la fé en Palestina. Las descendientes de Popea se hacen seguir en sus viajes por récuas de borricas para bañarse en su leche, y la descendiente de Fábio, Fabiola, se presenta en Roma llevando pobres á cuestas, cubiertos de lepra y extenuados por su enfermedad y los conduce al hospital que habia fundado. Melenia se disfraza de esclava para llevar víveres á los cristianos prisioneros; Páula lo vende todo, para darlo á los pobres y pide prestado para

poder prestar. «Tened cuidado, le escribe San Jerónimo: Jesucristo ha dicho, que la que tenga dos vestidos dé uno y vos dais tres!—¿Qué importa, responde ella, que me vea reducida á mendigar ó que pida prestado? mi familia siempre pagará mi crédito y me hará encontrar un pedazo de pan; pero si rechazo al pobre y muere de hambre, ¿quién será responsable de su muerte sino yo?» Finalmente, María la egipcia, María la cortesana, estuvo poseida de un arrepentimiento tan desesperado á la vista del Calvario, que se arrancó sus vestidos y corrió desalada á sepultarse en el desierto: durante 30 años vivió sola, desnuda, y alimentándose de yerbas que pastaba en vez de cojerlas, paseando bajo un sol ardiente su cuerpo ennegrecido, y sus largos y canos cabellos que la cubrian como una mortaja.

Una contradicción extraña se nos presenta al abrir los anales del mundo: por doquiera las mujeres son despreciadas y honradas á la vez. En un mismo pueblo, en una misma época, y con unas mismas leyes, se las vé simultáneamente tratadas como seres superiores y como seres ínfimos, cual si llevasen en sí alguna cosa desconocida que desconcierta á los legisladores. Leed la *Biblia:* la mujer no tiene derecho á trabajar en los ornamentos de los sacerdotes del santuario; la mujer no tiene el derecho de prestar un juramento, porque no tiene palabra, y Moisés dice: «La mujer que jura no está obligada á cumplir su promesa, si su marido ó su padre no se lo permiten.» ¿No equivale á declarar que no tiene alma? Con todo, el mismo legislador le reconoce el mas eminente don de la naturaleza: el de la profecía. Roma condena á la mujer á una tutela perpétua, y Roma la proclama confidente de los designios del cielo. Era una mujer la que daba los oráculos en Cumes; era una mujer la depositaria de los libros sibilinos. Segun parece, los dioses no hablaban sino por boca de las mujeres. En

Grecia habia la misma contradicción, aún mas visible. Los griegos disputaban á la mujer lo que constituia su propia existencia: el amor. Plutarco en su *Tratado* sobre esta materia, pone en boca de uno de los interlocutores que el verdadero amor es imposible entre un hombre y una mujer; y sin embargo, los griegos, con una especie de sinrazón aparente, concedieron á las mujeres la sabiduría divina. Vemos en el *Banquete* de Platon que la criatura que inició al rey de los filósofos en la verdad, y la que ilustró el alma de Sócrates fué, segun él mismo afirma, una mujer. «Yo no he comprendido la divinidad y la vida, repite, sino en mis conversaciones con la cortesana Teopompa.»

La consejera de Perides y amiga de Sócrates, casi parece un símbolo. Si pasamos á los germanos, no es menor nuestra admiración. Las mujeres no representan ningun papel en las carreras públicas, pero Tácito escribe: «los germanos reconocian en las mujeres algo divino y profético, y respetaban en ellas á seres relacionados con el cielo.» En la Galia, las funciones de druidisas eran mas bien superiores que inferiores á las de los druidas, porque les estaba confiada la revelación del porvevir. En la isla de Sena habia un colegio de nueve vírgenes que, segun se asegura, conocian y curaban males rebeldes. Proferian sus oráculos en medio de peñascos salvajes, y en los momentos de tempestad, cual si estuviesen en comunicación con el rayo. Una de sus famosas sacerdotisas, Velleda, invisible y presente á la vez, gobernaba, por decirlo así, á todos los pueblos, desde una elevada torre, en la cual dictaba la paz, la guerra y los tratados. Semejantes hechos parecen increibles y sobrepujan nuestra comprensión (1).

---

(1) Legouvé, *Hist. mor. de las mujeres*, trad. por Nay.

Antiguas historias narran ejemplos de pueblos en quienes el sexo femenino obtenía dominio sobre el hombre; hoy dia, en el Thibet y el Bontan la mujer puede tomar varios maridos á la vez; en la costa noroeste de América, hácia el 55° de latitud, Vanconver ha visto á las mujeres casi superiores en fuerza y osadía á los hombres. Otros pueblos del norte de América otorgan grande imperio á sus mujeres. De ello vénse numerosos ejemplos en Africa, en Etiopía, en el Congo. En Monomotapa, las mujeres han formado ejércitos; en Malimba reinan, lo mismo que en la costa de Angolo. Puédense tambien citar las Amazonas, que parece haber existido junto al Don ó Tannais y las mujeres de los Tártaros, Circasianos ó Tscherkanes de hoy, que conservan un espíritu belicoso.

No pudiendo la mujer subsistir sola, hácese el primer lazo de la vida civil por su debilidad, sus gracias y las funciones á que su sexo la destina. Esclava, condenada á trabajos penosos entre los salvajes, oprimida y encerrada bajo el despotismo de los orientales, no ejerce influencia activa sino bajo los climas donde, casi igual al hombre y más dueña de sí misma, aprende á hacer estimar su sufragio; y, por la misma razón de que es libre de entregarse, quiere que el que aspire á su posesión sepa merecerla. Pronto sustituye á la feroz rudeza de nuestros primeros hábitos el imperio mas dulce del amor y las leyes de la cortesía. Reduciendo á su vencedor á agradarla, despierta la industria y las artes. El canto, la danza, la pintura, los adornos poéticos del lenguaje nacen de ese mismo orígen, así como el gusto por los atavíos y todo cuanto á ellos se refiere. La impotencia de la mujer interesa la generosidad del sexo mas robusto, y el precio en que sabe estimar sus favores constituye todo su poder. De ahí vino su poderoso ascendiente en aquella época llamada la Edad media, infancia de

nuestras sociedades modernas, cuna de la caballería andante y de la antigua cortesía de los paladines (1).

Si Moliére ridiculizó las «pedantes semisábias», nuestro inmortal Moratin cantó la *Derrota de los pedantes*.

¿Ha habido mujeres sábias, las hay, las puede haber? Cierto que sí. El biógrafo de San Bonifacio, dice que este Santo amaba á Santa Lioba por la firmeza de su erudición. Aquella admirable vírgen reunía, á la pureza y humildad, una ciencia en Teología y en Derecho Canónico que la hizo una de las lumbreras de la naciente Iglesia germánica.

Si examinamos los recuerdos de la historia despues del Cristianismo, los nombres de las mujeres se leen sin cesar en los monumentos literarios que los siglos han respetado. La célebre Hypatia, de quien Clemente de Alejandría fué discípulo; Santa Catalina enseñando filosofía cristiana y confundiendo á los filósofos paganos en las escuelas de Alejandría; Santa Perpétua escribiendo las actas de su martirio y las glorias de sus compañeros.

Cuando la paz fué concedida á la Iglesia, y despues de los siglos de los mártires empezaron los de los doctores, nada hay mas notable por la gravedad de sus doctrinas y la extensión de su saber que Páula, Marcela, Eustoquia y tantas otras grandes y Santas mujeres cristianas; Santa Marcela fué gran auxilio para Sán Jerónimo contra los herejes; Santa Páula le inspiró nobles é importantes trabajos, la traducción latina de la *Biblia* del texto hebreo y una obra completa de comentarios sobre todos los profetas (2).

---

(1) Virey, *La mujer bajo los puntos de vista fisiológ., mor. y lit.*, versión esp. de Peratoner.

(2) Panadés, *La educ. de la mujer*, utiliz. la obra de Dupanloup, *Mujeres sábias y mujeres estudiosas.*

La mujer, no hay que dudarlo, con un corazón mas sensible, con un alma mas tierna, con una sangre mas inflamable que la del hombre, es mas susceptible que este, del estusiasmo y de la pasión: la dificultad está en dirigir sus afectos Encaminad sus sentimientos por el sendero de la virtud, y ella no se satisfará con practicarla fria y pasiblemente: en breve tocará los límites de la energía humana. Ved, sino, en esa época de entusiasmo religioso á Felicitas asombrando á sus verdugos cuando haciéndole sentir todos los horrores de un penoso martirio, exhortaba á sus pequeños hijos á seguir su ejemplo; á Prisca, alentando á su hija Valéria á sufrir la muerte antes que entregar su mano á un gentil, al emperador Licinio; á Auhtia exhortando á su hijo Eleuterio á que buscase el martirio por la predicación de la fé y acompañándole en su apostólica tarea, hasta sufrir ambos la muerte; á Flaccila dirigiendo modestamente el corazón de su marido el gran Teodosio y sublimándole hasta donde puede ambicionar el espíritu de un monarca generoso; á Emilia, formando afanosa el corazón de sus ilustres hijos S. Basilio el Magno, S. Gregorio de Niza, S. Pedro de Sebaste y Santa Macrina; á Mónica, en fin, llorando de noche ante su Dios y persuadiendo á su hijo el gran Agustin (1).

¿Quién ignora lo que fué Theresia para Paulino, el brillante discípulo de Ausone, y despues gran Santo? ¿Quién no sabe que Elpicia compuso himnos adoptados por la liturgia romana?

Una de las primeras leyes impuestas á las vírgenes cristianas entre los bárbaros, fué aprender y cultivar la literatura.

Cuando se descubria en alguna de ellas signos de clara y perfecta inteligencia, se le prohibian las labo-

(1) Llana, *Introd.* á su *Galería hist. y biog. de mujeres célebres.*

res ordinarias para que pudiese dedicarse por completo á los trabajos intelectuales, segun precepto de San Cesáreo.

Santa Radegonda recogió en Poitiers á uno de los últimos poetas romanos, para que sirviera de maestro á sus religiosas que bien pronto le aventajaron. La pureza, la elegancia clásica, reviven en los escritos de Baudonovia.

Todo el encanto de la inspiración cristiana se revela en un himno que á la muerte de Santa Radegonda improvisó una de sus religiosas, floreciendo sobre la tumba de la que tanto amó las letras, una de las siemprevivas de la Iglesia.

Consta, segun testimonios numerosos y respetables, dice el Conde de Montalembert, que los estudios literarios cultivados en los siglos VII y VIII en los monasterios de mujeres en Inglaterra se hacian con tanto cuidado y perseverancia como en las comunidades de hombres, y tal vez con mas inspiración.

Santa Gertrudis, en el reinado de Dagoberto, sabia todas las escrituras de memoria y las tradujo del griego. Mandaba al otro lado de los mares por maestros irlandeses que enseñaban la música, la poesía y el griego á las vírgenes claustrales de Nivelle.

De todos esos hogares, santificados por el noble trabajo, salian brillantes antorchas, como Lioba, fundadora de la abadía de Bischofshein, y de Roswitha, Santa Brígida. El estudio del griego fué inaugurado por una mujer en el monasterio de Saint Gall. Los resplandores del talento de Hilda eran apreciados en la iglesia anglo-sajona hasta el punto de que mas de una vez la Santa abadesa asistia á las discusiones de los Santos prelados reunidos en Sínodo ó Concilio.

Seria preciso anotar multitud de nombres si quisiéramos recordar los ejemplos que la historia nos presenta de mujeres en las que la santidad acompaña al talento y al don de la ciencia mas luminosa.

Podríamos citar á una hija de Guillermo el «Conquistador», Cecilia, abadesa del monasterio de Caen; á la ilustre Emma, abadesa de Saint Amand, y sobre todo, á Herrada, que pasmó al mundo con sus estudios acerca de la Cosmología, en los que se resume toda la ciencia de su siglo.

En el duodécimo siglo, Santa Ildegarda tenía revelaciones acerca de la constitución física del globo, y escribía sobre las leyes de la naturaleza tratados que adelantaban la ciencia moderna.

La admirable página citada en la *Lógica* del padre Gratry fué escrita por Santa Isabel de Schenawge. Santa Ildegarda y Santa Isabel vivian en el monasterio, á orillas del Rhin, donde las mujeres pintaban, trabajaban; donde se hacian obras admirables, segun el mismo padre Gratry.

Y qué diremos de Santa Catalina de Sena, que compartió la gloria de los grandes escritores, segun expone Ozanam?..

Santa Catalina de Bologne era célebre miniaturista; escribia tratados eruditos, pintaba obras maestras y componia música sagrada. Hasta en su lecho martuorio compuso con instrumentos inventados y hechos por ella.

Terminaremos esta ligera reseña sobre la historia, no tanto de mujeres sábias, como de mujeres inteligentes, de corazón, manifestando que en tiempos mas cercanos, Cristina Pisani ha escrito memorias admirables acerca de Cárlos V, en las que se nota gran elevacion moral y encantador estilo.

Tambien nombraré á Isabel de Valois y á la interesante María Stuard, que sostuvieron por muchos años larga correspondencia latina sobre la conveniencia de los estudios literarios.

En la escuela boloñesa se distingue como pintora religiosa Isabel Sisani, en el siglo XVII.

En Milan fué recibida de doctora Elena Corna-

do, y murió en opinión de Santa en el siglo XVI.

La venerable madre de Changy fué insigne escritora en el siglo XVII.

¿Y cómo olvidar á madama de Sevigné y madama de La-Fayette?

En fin, en el siglo XVIII recordamos á la señorita Lezardière, que escribió una obra, de la que dice Mr. de Guizot ser la mas instructiva que existe sobre el antiguo derecho francés (1).

Hombres fueron los que escribieron esos libros en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que lo hizo, pues Lucrecia Larinella, docta veneciana, entre otras obras que dió á luz, una fué con este título: *Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos y vicios de los hombres*, donde todo el asunto fué probar la preferencia de su sexo al nuestro (2). El sábio jesuita Juan de Cartagena dice, que vió y leyó este libro con gran placer, en Roma, y yo le ví tambien-escribe el P. Feijóo-en la biblioteca real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces, porque somos partes; y así

---

(1) Dupanloup, *Mujeres sábias y mujeres estudiosas*, (en el t.º I de *La Educ. de la mujer*, por Panadés.)

(2) Pelletan, en las *Notas* á su libro *La madre*, nos habla de una *Historia de la mujer*, por M. L. Augustin Martin, calificándola de «obra concienzuda y trabajo de benedictino,» y tambien de *La mujer ante la humanidad*, su autor M. Eduardo de Pompéry, «rehabilitación generosa de la mujer por sí misma y por su influencia en el pasado.»—Asímismo nuestro conterráneo Rada *(Mujeres célebres de Esp. y Port.)* menc. una *Hist. de las mujeres*, por M. Thomas, y Llana *(Apéndice* á su *Galería hist. y biog. de las mujeres mas notables)*, cita las *Biografías de ilustres mujeres* y la *Historia y condición de las mujeres en todos los tiempos*, obras de la novelista norte-americana Lydia Maria Child. Más adelante (V. la nota final de este art.) indicamos otros libros, todos de autores castellanos defensores del bello sexo, que tampoco hemos podido haber á las manos.

se habrá de fiar la sentencia á los ángeles, que, como no tienen sexo, son indiferentes (1).

El docto prócer del siglo XIV, D. Juan Manuel, obedeciendo al mismo impulso civilizador que movió la pluma de otro ingenio español, dió al arte didáctico-simbólico la perfección posible en aquel tiempo, encaminándolo á un fin de más directa y cumplida utilidad moral y enlazándolo más estrechamente con las costumbres, las creencias y los sentimientos de nuestra nación. En ninguno de los rasgos característicos del *Conde Lucanor* brilla más la exactitud de estos asertos que en la pintura de las mujeres: el Arcipreste de Hita, procurando hacer el bien por el mal, si pinta más de una vez á la mujer castellana del siglo XIV en armonía con el mundo en que vive, hácelo á pesar suyo y como dominado de una fuerza exterior, contrarias á las tradiciones artísticas que invoca y superior quizá á su más íntimas creencias de confesor y sacerdote: el sobrino del Rey Sábio, caballero desde la cuna, devoto desde la juventud de los grandes recuerdos históricos y considerado más tarde cual espejo de caballería, cuyos preceptos proclama é inculca de contínuo, rinde á la mujer el tributo de su respeto; mas no de aquel tan exagerado por la lira de los trovadores provenzales y tan artificial como el mundo en que se desarrolla y muere aquella artificialísima poesía; sino de la pura, noble y sincera adhesión que hemos aprendido á conocer en la gran figura del Cid y en la no ménos heróica de Fernan Gonzalez; de aquella tierna y simpática admiración que ha engendrado en nosotros el bellísimo carácter de doña Jimena, revelado por los cantores populares y el no menos bello de la infanta doña Sancha,

(1) Feijóo, *Defensa de las mujeres*, (disert. aprov. por Panadés; t.º I de su cit. obra.)

bosquejado por los poetas eruditos. ¿Ni qué otra cosa nos enseña la acabada y original pintura de doña Vascuñana, para quien, siendo modelo de discreción, las yeguas eran vacas y las vacas yeguas; para quien corrian los rios «contra arriba» con solo afirmarlo Alvar Fañez, su esposo? ¿Qué otra cosa hallamos en la mujer de Ruy Gonzalez de Zauallos, la cual vive á sólo pan y agua, durante la peregrinación que hace á tierra Santa su marido?.... Ni fuera de olvidar tampoco la sublime abnegación de la esposa de Pero Nuñez, quien habiendo perdido un ojo en un juicio divino sostenido en defensa de una dama, y sospechando en el jovial recibimiento de su mujer alguna burla, vé con sorpresa que aquella singular matrona quiebra con una aguja uno de sus hermosos ojos, para tranquilizar los infundados recelos de su consorte. D. Juan Manuel habia pues sustituido á la mujer sueita, caprichosa y carnal de los libros indo-orientales la mujet histórica de Castilla, tal como la habia ya consagrado la poesía (1).

Con gran reputación habian cundido entre los eruditos las obras de Boccacio, (en el reinado de don Juan II), atribuyendo mérito muy superior al que tiene realmente á la que lleva por título *Il Corvacio*, diatriva sangrienta inspirada por el despecho y la venganza, en que abusando el famoso autor de *Il Deccamerone* de sus grandes facultades, dió monstruoso bulto y exagerado colorido á las artes y engaños de las mujeres. Traido al habla vulgar, hacíase sin duda entre las gentes cortesanas sabrosa y entretenida salsa de los chistes é injurias en él prodigados al bello sexo; y para atenuar este ofensivo efecto, habia escrito, al terminar del siglo XIV, el ilustrado Fray Francisco Ximenez, en lengua catalana, el

(1) Rios, *Hist. crit...*, t.º IV.

Libro de las Donas, vertido muy luego al idioma español.

Compuesto á ruegos de la virtuosa condesa de Padres, Sancha Ramirez de Arenós, no quisieron ser vencidas en esta singular empresa las damas de Castilla; y preciándose de discreta la reina doña María, invitaba á tomar partido por las ultrajadas virtudes del bello sexo, á los más doctos varones de su córte, señalándose tambien en aquella suerte de cruzada jóvenes y aplaudidos trovadores. Por mandato expreso de la reina compilaba el renombrado Alonso de Cartagena el *Libro de las mujeres ilustres*, una y otra vez mencionado con alabanza en siglos anteriores (1); movido acaso de análoga instancia, sacaba á luz el agustiniano Martin Alonso de Córdoba, respetado profesor de la Universidad salmantina, sus *Alabanzas de la virginidad* y su *Vergel de nobles doncellas*, de cuyos libros hace señalada mención Nicolás Antonio (*Bibliotheca Vetus*, lib. X, cap. XII), elogiando á su autor sobremanera (2).

Por combatir «la non sabia nin onesta osadía de los que contra la generacion de las mujeres avian querido dezir ó escribir, queriendo amenguar sus claras virtudes,» hacia el Condestable Álvaro de Luna, personaje principal del reinado de don Juan II, el *Libro*

(1) Cítanlo con mucho aplauso Andrés Delgadillo y el maestro Villegas: el 1.º en el libro que escribió al mismo asunto, confesando haber tomado lo mas de la obra de Cartagena, y el segundo en la V.ª parte del *Flos Sanctorum*, donde tambien declara haberlo grandemente utilizado. La obra de Delgadillo es inédita: Nicolás Antonio no tuvo noticia de ella, ni de las *Mujeres ilustres* del doctor y maestro «en toda verísima historia é toda sotíl poesía,» como llamó cierto historiador á Cartagena.

(2) Ríos, *Hist.* cit., t. VI.—De las tres obras mencionadas, no hemos podido conseguir ni aun el extracto, aunque de la primera, ó sea la escrita por Cartagena, no hay para que hablar, supuesto que desgraciadamente háse perdido.

de las virtuosas y claras mujeres, erigiéndose en paladin de las damas (1).

Revélase en dicho libro el mismo espíritu literario y el mismo anhelo de erudición que en los *Doce trabajos de Hércules* y en el *Triunfo de las Donas:* escrito en medio de los azares de «la gobernación de la cosa pública,» y de los contratiempos de su privanza, empleaba en él la forma histórico-biográfica; y poco pagado de su obra, pintaba al terminarla, la angustiosa situación en que la habia trazado.

Dividido en tres diferentes libros, atesoraba en ellos con extremada diligencia cuantas noticias le ministraban al par las Sagradas Escrituras, los poetas é historiadores de la antigüedad clásica y los Santos Padres sobre las excelencias y virtudes de las mas renombradas heroinas, no desechando las recogidas en su *Libro de ilustres mujeres* por Juan Boccacio, cuya diatriba del *Corvaccio* virtualmente contradecía. Preceden á toda la obra cinco preámbulos, manera de introducción muy del gusto de aquella edad, en que sentado el principio de que era la mujer susceptible de tan nobles sentimientos y elevadas ideas como el varón, se deducia la injusticia de los que por ojeriza ó capricho las maltrataban; y expuesta así la razón que le movia á tomar la pluma, pasaba á confirmar con la enseñanza de la historia la proposición por él defendida.

Figuran en el primer libro-porque la obra á que nos referimos está dividida en tres diferentes-las *mujeres de la Biblia*, precediendo á todas la Vírgen María: encierra el segundo las *gentílicas*, formando dos grandes grupos en que brillan las *romanas*, apareciendo en segundo lugar las que florecen en las demás naciones antiguas; y compréndense en el

(1) El bibliógrafo antiguo, Nicolás Antonio (*Bibliot. Vetus*, libro. X), menciona este precioso tratado, pero sin examinarlo.

tercero las mas celebradas de la cristiandad, renunciada la idea de exponer «el loor de las claras é virtuosas mujeres....., cuya vida gloriosamente avia resplandecido dentro de los términos de nuestras Españas,» por evitar ya la sospecha de parcialidad, ya el peligro de oscurecer sus merecimientos con la timidéz del elogio. Don Álvaro recorre todas las regiones de la erudición hasta su tiempo conocidas. Su anhelo de sublimar las altas dotes que inmortalizaron á las Dévoras y Susanas, á las Lucrecias y Artemisas, á las Páulas y Theodoras, le llevaba á buscar en fllósofos, historiadores, moralistas y poetas máximas, anécdotas, sentencias y alabanzas que cuadráran perfectamente á la situación ó la virtud por él enaltecida.

Cuando lleno de entusiasmo por la generosa abnegación de Esther ó seducido por el heróico patriotismo de Judith, juzga llegado el momento de proclamar que es capaz la mujer de dar cima á las mas levantadas empresas; cuando movido de honda admiración por la prudencia de Abigaïl, y por el nobilísimo afan de sabiduría de la reina de Sabbáa, declara que anida en «la generaçion feminea» el mismo celo de la ciencia y que posee las mismas facultades oratorias que resplandecen en los varones,-pide á la historia de Grecia y Roma insignes ejemplos con que ilustrar la memoria de aquellas heroinas. El éxito logrado por la discreta conducta de Abigaïl, Teanites y Bersabé, excita por extremo la veneración que le inspira la elocuencia.

Aunque rinde tan señalado tributo á las *mujeres de la Biblia*, le infunden todavía mayor respeto las heroinas de la antigüedad, principalmente las *romanas*, cediendo al incontrastable poderío que iba cobrando en todas las inteligencias la deslumbradora idea de la civilización latina. La incorruptible castidad de Lucrecia, la despiedada fortaleza de Porcia,

la constante firmeza de Sempronia, la paciente honestidad de Labilia, la noble templaza de Marcia, la austera sencillez de Cornelia y tantas otras virtudes como engrandecen la mujer romana, encienden la imaginación del Condestable de Castilla (1).

Lástima fué sin duda que la azarosa vida que llevó el que Manrique llama «tan privado» (2), no le consintiera tratar las mujeres cristianas con el mismo detenimiento que las *paganas* y las *bíblicas*, y más todavía, que el caballeresco escrúpulo de no aparecer parcial, le apartara del propósito de ilustrar la memeria de las ricas-hembras de Castilla.

Nuestro célebre filósofo Juan L. Vives, en su libro *La mujer cristiana* (3), esparce considerable erudición acerca de las mujeres ilustres por la sabiduría ó la grandeza del ingenio, les enseña la moral de Jesucrito, las ventajas de la piedad religiosa y el mérito de la pureza virginal (4).

El que estuvo dotado de no menor ingenio, Fray Luis de Leon, que, como todos saben, ocupa preeminente lugar entre los escritores ascéticos, asi como entre los poetas clásicos, escribió con dicción fácil y elegante y profundidad de pensamiento, *La Perfecta Casada*, obra que al presente goza de grande y merecida popularidad y que tiene un objeto notablemente moral, social y religioso. Su lectura trae á la memoria el inestimable tratado de Vives; mas aunque así sea, como el propósito de Fray Luis es ligar á las cosas divinas el matrimonio, el cuidado y buen gobierno del hogar doméstico, sus faenas y la educación de la familia, en este punto su obra es completamente original. Cada capítulo está tomado de unas

---

(1) Rios, *Hist.* menc., t.º VI.
(2) Ticknor, *Hist. de la lit. esp.*, t.º I.
(3) Está elegantemente trad. del latin á nuestro idioma por J. Justiniano
(4) Fernandez-Espino, *Curso hist. crit. de lit. esp.*

palabras de la Sagrada Escritura, y sin separarse de esta doctrina vá enseñando á la mujer casada sus deberes con Dios, con su esposo, con su familia, hasta con sus criados, en todo lo concerniente á las faenas y dirección de una casa (1).

Bajo el título de *Tratado de nobleza é fidalguía* ó *De nobilitate*, citan Wadingo, Nicolás Antonio y algunos bibliógrafos, una producción importante del doncel Juan Rodriguez de la Cámara ó del Padrón, dividida en dos partes tituladas: *Triunfo de las donas* y *Cadira del honor*. No tuvieron en cuenta los escritores que las creyeron independientes el artificio empleado por el autor para relacionarlas, el cual consiste en suponer que cuando terminada la *Cadira*, pensaba si habia de ser hombre ó mujer la persona á quien la dedicara, y retirado en solitario lugar repetía en voz alta los defectos achacados á las mujeres por sus detractores, principalmente por Boccacio en su famosa obra, con ánimo de mencionar despues las alabanzas, para resolver imparcialmente en definitiva, una ninfa, convertida en fuente, le interrumpe increpándole por sus censuras, y le expone en cincuenta razones las excelencias de la mujer sobre el hombre. Convencido entonces, dedica su obra, que trata *de la virtud, de la honor y de la nobleza* á la reina doña María, como á la persona *mas virtuosa, mas digna* y *mas noble*. De este modo puede decirse, por lo que á la composición se refiere, que el *Triunfo* forma parte á manera de episodio, nada corto por cierto, de la introducción ó dedicatoria de la *Cadira*.

Dió orígen á esta defensa del bello sexo aquella cruzada que suscitó en su favor la furiosa diatriba de Boccacio, mas tarde, en 1438, renovada en cierto mo-

(1) Esta obra y las demás, en prosa y verso, de Fray Luis de León, se hallan en el t.º XXXVII, de la *Bib.* de Rivadenéyra, precedidas de un trabajo de Mayans y Siscar.

do en nuestra pátria por el Arcipreste de Talavera en su *Reprobacion del amor mundano*, ó *Corbacho*. Divididos en dos campos poetas y escritores de nuestra pátria, los menos, y no los de más valía, como Torrellas, Jaume Roig, Gómez Arias, etc., siguieron la *nueva secta*, como la llama Diego de Valera en su *Defensa de virtuosas mujeres* (1), contraria á las mismas, y tomaron la defensa, entre otros, Suero de Rivera, Juan de la Encina mas tarde, y ¡quién lo creyera! hasta el maldiciente Anton de Montoro (2) que por un rasgo muy propio de su carácter, mientras contribuía no poco á la difamación de las señoras en las famosas *Coplas del Provincial*, cerraba en su dedefensa con aquella que empieza: *Yo no sé quien sois, Torrellas*. Á aquel generoso impulso debe también la literatura pátria defensas tan notables como la de Enrique de Villena, al fin de *Los doce trabajos de Hércules* (3); la de Fr. Francisco Ximenez, titulada *Libro de las donas*; el *Libro de las mujeres ilustres* de Alonso de Cartagena, desgraciadamente hoy perdido; la ya citada de Valera; la de Andrés Delgadillo, y las de Martin Alonso de Córdoba, tituladas: *A labanzas de la virginidad* y *Vergel de nobles doncellas*; el *Libro de las virtuosas y claras mujeres* de Alvaro de Luna y la obra de

---

(1) Gayangos, en un art. pub. en el t.° III de la *Rev. esp. de ambos mundos*, con título de *Mossen Diego de Valera*, llama á este tratado *Deffension de nobles mugeres* y dice que es un libro escrito á imitación del célebre de Boccacio, intitulado *De claris mulieribus*.

(2) Autor de las *Coplas que fizo contra Torrellas en defensa de las donas*, cuya composición se encuentra en un Cancionero manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional.

(3) Este libro, uno de los mas raros que existen, á pesar de que se imprimió tres veces, divídese en doce capítulos, uno para cada trabajo, subdivididos cada uno en cuatro partes. En la última, hace el autor la aplicación moral á algunos de los 12 est dos en que arbitrariamente divide el género humano, empezando por los príncipes y concluyendo con las mujeres, cuya abnegación sostenía el espíritu flaco y tornadizo de los hombres.

nuestro Juan Rodriguez. Algunas de estas apologías se escribieron á instancias de la reina doña María, herida en su dignidad de mujer por las acusaciones de los *torrellistas*; y como el escribir Juan Rodriguez su obra coincidió con el levantamiento de la prohibición que le vedaba la entrada en Palacio, quién sabe si á gratitud por el perdon obtenido, ó á condiciones impuestas para conseguirle, deberémos el *Triunfo de las donas*.

Consagrado éste, como otras de las obras citadas, á combatir los ultrajes del *Corvacio*, diferénciase, sin embargo, bastante del plan adoptado en algunas de las mas conocidas, como las de Valera y la de D. Alvaro de Luna, que siguiendo el de Boccacio en su *Libro de mujeres ilustres*, basan principalmente su argumentación en ejemplos tomados de la Biblia, de la antigüedad pagana, y algunos tambien de su época. Poeta antes que todo nuestro autor, y aun en obra de enseñanzas morales, fundada esencialmente en razonamientos lógicos y pruebas históricas, todavía halla medio de dar cabida en ella á la poesía, poniendo aquellos en boca de misteriosa ninfa, convertida en fuente, que para justificar su intervención ha de referir maravillosa y lastimera fábula.

Con erudición suma, y por lo general con sólidos razonamientos, recurre el autor así á los libros sagrados, como á los filósofos, á la historia y al mundo físico, interpretado, segun los principios aristotélicos, á las enseñanzas de la vida, como á las mas absurdas fábulas, para proclamar la superioridad de la mujer sobre el hombre, entre otras ventajas, por su mayor templanza, piedad y misericordia, por mas limpia, mas justa y amorosa que él.

Finalmente, los más entusiastas partidarios de la enseñanza de la mujer y defensores de sus derechos, no han llegado más allá que él, ni en profundidad de

análisis para señalar sus ventajas en la sutileza de ingenio, «presto consejo y responder improviso,» ni en imparcial franqueza para acusar á los hombres de haberlas prohibido el estudio de las artes liberales y de las ciencias, por envidia de tales dotes, hasta acabar por decir, que si en el inmenso cuadro de la historia no brillan ellas más que sus tiranos, consiste en que... no fué leon el pintor (1).

Véamos ya algunas de las «razones é autoridades mas ofensivas al honor de las donas,» que emplea el que está dispuesto á «decir sus loores,» copiando las palabras del insigne Rodriguez de la Cámara (2).

«La primera es por auer seydo despues de todas las cosas criada; commo las escrituras menos nobles ayan seydo primeramente en el mundo criadas, e las mas nobles vltimamente...

«La segunda razon es por cuanto dentro del parayso, en conpañya delos ángeles formada, e non el onbre, que fue con las bestias enel campo damasçeno, fuera del parayso, criado. Et aquesta es vna delas razones por que la muger en beldat e en virtud ha la figura angelica mas se paresçe.

«La tercera, por auer seydo formada de carne purificada, e non del vapor dela tierra, dela qual el onbre e los otros animales fueron criados...

«La quinta por ser mas hermosa, lo qual afirma el filósofo en el libro de la naturaleza de los animales, diziendo el cuerpo dela mujer ser mas liso, el color mas blanco, la faz mas alegre, mas clara e mas plazible, el cuello mas largo, los cabellos mas blandos, a filos de oro mas parecientes; la voz mas suave, mas

(1) Paz y Mélia, *Introducción* á las *Obras* de Juan Rodriguez de la Cámara (ó del Padron), que ha pub. la socied. de bibliófilos españoles.

(2) Algunos de sus argumentos en favor de las mujeres repitió más tarde Agrippa de Nettesheim en su obra: *De nob. et præcel fœminei seæus.*

clara é mal delgada; los pies e las manos e las otras estremidades mas sotiles e mas delicadas. ¿Quien negará ser en la vista de las donas una oculta diuinidat que, por la diuina mano en su criaçion le seyendo infussa, las partes donde el su rayo alcança en un subito plazer ençiende, que non paresçe de humana, mas de diuina luz descender? E aquesta natural inclinacion le faze amar el precioso vestir, el componerse e desear sobre todas cosas bien parescer.

«La sexta razon es por ser mas limpia; de lo qual da testimonio el natural esperimento por los antiguos prouado....

«La VIII razon es, por ser uno delos plazeres de parayso....

«Et la nouena razon es, porque meresçio el primero ombre auer por ella la bendicion del su fazedor, la qual non se lee, fasta ser la mujer criada, auer resçebido.

«La undecima razon es, por auer sydo primeramente tentada; como la sierpe, enbidiosa dela su gloria, segund dize Bernardo, vista su marauillosa fermosura, la creyese ser aquella muger que viera enla presençia divina sobre todos los angeles se deuer asentar; della sola, por la escellençia, e non del onbre, prendiendo enbidia.

«La dozena razon es, por cuanto el onbre pecco de cierta sabiduria, sin ser engañado, e la muger por engaño e por ignorançia.

«La decima terçia razon es, por quoanto el peccado del primer onbre, á quien fue fecho el mandamiento, nos causo la perpetua et temporal muerte, e non la culpa dela muger, la cual non fue del Señor reprehendida por auer el pomo gustado, mas por lo auer al onbre ofresçido, á quien fuera en persona vedado; el qual, si non oviera peccado, la humana generacion non fuera, segund dize Angustino, por el peccado dela muger condempnada.

«La decima quarta razon es, por ser mas honesta;.... Segunda mente, es mas honesta, en quanto sus cabellos natural mente pueden tanto cresçer, que las partes mas vergonçosas podrian honestamente cobrir; lo qual naturaleza non quiso al onbre otorgar, vedando los suyos en tanto grado cresçer.—Esasi mesmo natural mente mas honesta, por quoanto enel acto de engendrar, de todos menos honesto, es en son de forçada, el onbre en son de forçador... A la ninguna cosa se puede ver delas secretas partes...

«La deçima quinta razon es, por ser mas casta....

«La decima sesta razon es, por ser mas misericordiosa. De la cual el fijo de Sirac dize: Onde non ay muger, comiença fuerte mente gemir el enfermo....

«La vicesima tercia razon es, porque los mayores delitos que han seydo enel mundo, fueron por onbres, e non por mugeres cometidos...

Et la viçesima sexta razon es, por no auer nuestro redenptor figura de muger, mas de onbre tomado... (1).

Juan de Espinosa, poeta español y secretario de Pedro de Mendoza, capitan general de Sicilia, en su *Diálogo en laude de las mujeres*, intitulado *Ginaecepaenos* (2), dividido en cinco partes, supone que la mujer es, en todo, un ser superior al hombre, pues entre las pruebas que trae hay una singular, á saber: que el hombre fué hecho de lodo y la mujer

(1) Rodriguez de la Cámara (ó del Padron), *Triunfo de las donas*, en el t. XXII de la colec. pub. por la socied. de bibliófilos españoles.—Respecto de tan peregrino tratado, advierte Rios, que el único pasaje que se ha impreso de tan importante libro, es el fragmento en que se critica la afeminación de los caballeros de su tiempo, que dió á conocer Semper en su *Historia del Luxo*. Este erudito fué el primero que cayó en el error de atribuir al marqués de Villena el *Triunpho de las donas*, por haber hallado dicha obra con otras producciones del indicado prócer.

(2) Adolfo de Castro, *Disc. prelim.* á las *Obras escogidas de Filósofos*, (t. LXV de la *Bibliot. de Rivadenéyra*), escribe *Synacepanos*.—Fernandez Cuesta, *Dicc. enciclop. de la leng. esp.*, ed. de 1878, titula este libro *Synæ Cepœnos*.

del hombre, lo cual demuestra la superior perfección de ella (1).

Bayle *(Dicc. hist. y crít.)* dice que Espinosa, al hablar de este libro, *Diálogo en laude de las mujeres*, se expresa con palabras llenas de buen sentido y que enseñan la diferencia que media entre las censuras y las lisonjas, y la utilidad que puede sacarse de aquellas,. Dicho escritor francés, que en tan grande aprecio tenía el mérito de Juan de Espinosa, no advirtió que en el *Diálogo en laude de las mujeres* defiende el regicidio, ó mejor dicho, la muerte violenta del tirano en castigo de sus maldades, precediendo en esto al P. Mariana en su tratado *De Rege et regis institutione*. Parece como que Espinosa, al hablar de la muerte dada á un tirano por una heroína de la antigüedad, no considera lícito que los súbditos maten á sus príncipes: pero al cabo dice que si son tales como aquel de que ha tratado, no sólo es conveniente, sino digno arrebatarles la vida, por lo que Ciceron decia: *Nulla nobis cum tirannis societas est* (2).

Diego de San Pedro, escritor del siglo XV, entre las quince razones que alega en su *Carcel de amor* para que no se hable mal de las mujeres, pone la siguiente: «la séptima es porque cuando se estableció la caballería, entre las otras cosas que era tenido á guardar el que se armaba caballero, era una, que á las mujeres guardase toda reverencia y honestidad (3).

El *Tratado en defensa de virtuossas mugeres* de Mosen (4) Diego Valera, es una imitación del que

---

(1) Juan Valera, *De la filosofía española*, art. incluido en su obra *Disertaciones y juicios literarios*,

(2) Castro, *Disc.* cit.

(3) Clemencin, *Notas* al *Don Quijote*.

(4) Mossen es palabra compuesta de *Mos* abreviatura de *Monsieur* y la partícula lemosina *en*, así como *Miçer* no es mas que una corrupción del francés *Messire*. (V. Gayangos, art. *Mossen Diego de Valera*, ya cit.)

con el título *De claris mulieribus* publicó Juan Boccacio y fué ya traducido al castellano en 1494. En aquél impugna acremente á Boccacio por la contradicción en que incurrió en los últimos años de su vida escribiendo la obra *Il Corbacio*, en que tan duramente increpa á todas las mujeres, en venganza y por resentimiento de los desdenes de una señora á quien amó siendo ya de avanzada edad. Censura tambien fuertemente á Ovidio por la manera con que en su célebre obra *El arte de amar* pinta el caracter y las cualidades de las mujeres.

Dedicó esta obra Valera á la reina D.ª María, primera mujer de D. Juan II y debió escribirla,por tanto, antes del año 1445 en que aquella señora falleció Aunque el tratado es breve, está lleno de noble y santa doctrina, y la multitud de notas, biográficas en su mayor parte, que lo ilustran, evidencian los conomientos nada vulgares, sobre todo en aquella época, que adornaban al autor.

«Querría yo-escribe Valera,-que aquestos que tan mal dizen de todo el linage de mugeres, mirasen quántos millares de virtuosas fenbras aquí mencioné, las quales no sola mente por las ystorias aprouadas parescen, mas avn por la Santa Escriptura, lo cual no podria negar ninguno que cristiano fuese. ¡O quantas mas se podrian fallar con diligencia nauegando en el piélogo de las estories! É todo aquesto, ¿no fase vergüença á los mesquinos, cegando por ygnorancia i loca malicia? Preguntarles quiero yo aquestos que me digan ¿cuantos varones perdieron la vida defensando su castidad ó originidat, ó quantos á la muerte ofrescieron su vida por la salud de sus fenbras amadas, ó quáles en llamas quemaron con dolor de sus lynpias mugeres? é por vno que me muestren, cient mugeres me ofrezco mostrar: é asy mesmo querria yo que me dixesen aquestos, ¿qual de las leyes costriñe las mugeres más guardar castidat que los

onbres? é tanbien querria que me dixesen ¿qual es la cosa que los mortales mas agramente sostienen? é bien sé yo que me dirán que es la muerte. Pues quien aquesta voluntariossar mente recibe ¿quál tentacion no podrá resistir? por cierto ninguna commo la muerte sea la mas terrible de las cosas que tememos, segun Aristotiles dice en el tercero de las *Eticas*.

. . . . . .

E vos, Fádos ynuidiosos, ¿por que de tarta ynhumanitat con las loobles fenbras vseys, sumergendo las virtudes de aquellas só las cansadas ondas de Leté? ¿Que calle yo me mandays? Nunca lo quiera Dios que yo sea de vuestro crimen participante que sy mi pluma algo podrá, con todas mis fuerzas trabajaré yo en escripto poner lo que vos, por sola malicia, só disimulacion pasaste callando.

Ya Dios, ¿pues que ceguedat es ésta que asy ocupa la vista de los mortales? ¿puede ser cosa mas virtuosa que aquellas que la natura crió cuerpos flacos, coraçones tiernos, crumun mente yngenio perezoso, ser falladas en muchas virtudes ante puestas á los varones, á quien por su don natural fué otorgado cuerpos valientes, diligente yngenio, coraçones duros? ¿Que demandamos de las mugeres? Por cierto, mas virtudes por su diligencia han ganado que la natura les otorgó.

. . . . . .

E sy dicen que agora no fallamos tantos enxenplos de loables fenbras commo de los tiempos pasados, esto fase la poca diligencia de los escriptores de nuestro tiempo, que dejan los notables fechos á sylencio, é poco á poco va cayendo la memoria de aquellos. Bien me paresce que fuera tan digna de perpetua rrecordacion doña Maria Coronel la que fué Comendadora de aqueste lynage, que con fuego se mató por guardar su castidat, como Lucrecia á quien los antiguos tanto loaron: pues no menos fué de re-

cordar la madre de Aluar Perez de Osorio, que osó morir ánte que ser vista luxuriosa...; pues doña Mari Garcia, la beata, que no ha diez años que murió, no me paresce que es de olvidar, la qual seyendo del mayor linage de Toledo, nunca quiso casar, ánte su vida, fasta en hedat de ochenta años, traxo en virginal estado.

. . . . . .

E no sola mente aquesto fase cierta prueua de lo que digo, mas avn la esperiencia, que es madre de todas las cosas, nos demuestra en este nuestro tiempo muchas virtuosas mugeres en la vida contenplativa, muchas en la vida cenil ó activa, en las quales es fecha cierta prueua de su virtud, no sola mente seyendo tentadas por la enferma carne, mas avn por muchos adúlteros onbres, la malicia de los quales nunca pudo vencer nin ensusiar la lynpia castidat de aquellas; pues solo aquesto deuia bastar para que estos maldisientes creyessen lo que deuen de las mugeres é dexassen ya estas falsas opiniones causadoras de muchos males (1).»

Corre de boca en boca con irónico reproche, el principio de que se aviene mal la aguja con la pluma y el libro con el costurero.

La historia literaria de España viene en nuestro auxilio y nos ofrece el abundante catálogo de las escritoras y poetisas que alcanzaron alto y merecido renombre.

---

(1) Mossen Diego de Valera, *Tratado en defensa de virtuosas mugeres*, reproducido, con otros vários, en el t.º XVI de la colecc. de bibliófilos españoles. A. de los Rios dice, que ni esta obra ni la de Rodriguez de la Cámara (ó del Padron), titulada *Trtunpho de las donas*, han visto la luz de la prensa, mientras que del tratado *Reprobaçion del amor mundano*, por Martinez de Toledo, se hicieron hasta el segundo tercio del siglo XVI la seis ediciones indicadas en nota del anterior art.—Inútil nos parece advertir que, gracias á la sociedad de bibliófilos españoles, hemos podido leer y estractar dichos peregrinos tratados.

Entre las mujeres más notables de la época romana, son dignas de mención:

Pola Argentaria, mujer del célebre poeta L. Anneo Lucano. Era rica, hermosa y de notable ingénio, segun la pintó Stacio, su contemporáneo, en el *Genethliacon Lucani*, obra destinada á celebrar el natalicio del célebre poeta. Marcial, que la dedicó diversos epigramas, elogíala no menos que Stacio. Atribúyese á Pola una parte en el poema *La Farsalia*, que fué corregido por ella despues de la muerte de su esposo, á quien ayudaba á componer sus versos (1).

Serena, española del siglo V, sobrina del emperador Teodosio el Grande, quien la tuvo y educó á su lado como hija adoptiva. Casó con el célebre Stilicon. Cultivó las letras con gran provecho y supo trasmitir á sus hijas el gusto y aficion que ella tenía por el estudio, en el que se pasaba las horas deleitándose con los poetas griegos y latinos. No fué solo una simple aficionada á las lecturas poéticas, sino que hacía y componía versos, los cuales no han llegado hasta nosotros. Masdeu, en su catálogo de literatos y escritores de la época romana, incluye á Serena Augusta entra los poetas y tambien á su hija la emperatriz María, siendo esta considerada como española en cuanto lo era su madre y la familia imperial á que pertenecía (2).

En el período gótico fueron las mujeres activas propagadoras del cristianismo, y sus nombres llenan gloriosamente la historia religiosa de nuestros prime-

---

(1) Los Mohedanos *(Hist. liter. de España)*, han dado cumplida noticia de ella y Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, la llama, aunque por incidencia, «docta española.»

(2) Claudiano ha dejado escrito el libro titulado *De laudibus Serenæ*, con 235 endecasílabos, y Adolfo de Castro tiene dado á luz un estudio sobre esta ilustre española.

ros siglos cristianos. Luparia, dama de ilustre linaje, es la que escoge y proteje en Guadix á los primeros varones apostólicos que esparcieron la luz del Evangelio por el Mediodía de la Nacion. Xantipa, mujer del prefecto Probo, y su hermana Polixena, escuchan las predicaciones de San Pablo en la parte septentrional, y son luego las primeras mártires de nuestra historia, á las que siguen las Eulalias, de Mérida y Barcelona; las Justa y Rufina, de Sevilla; Santa María, de Astorga; Engracia, de Zaragoza; Leocadia, de Toledo; las Sabina y Cristeta, de Ávila; Marina, de Orense; Elena, de Burgos; Victoria, de Córdoba, y las numerosas mártires que se encuentran en la historia de nuestros primeros siglos cristianos (1).

Siete siglos contínuos de trato y vida social con nuestro pueblo y un grado de cultura y civilizacion como no alcanzara en ninguna otra parte el pueblo mahometano, dieron lugar á que las mujeres árabes lograran en España el ser admitidas en los círculos y academias de instruccion; entraron á competir en este terreno con los hombres y se adquirieron una justa importancia, que elevó á muchas de ellas hasta los consejos de los monarcas, tomando alguna parte en la direccion de los negocios públicos. Su vida particular tuvo tambien más expansion, y se la encuentra figurando fuera de los harenes y disfrutando alguna libertad semejante á la de las cristianas. Bajo esta mayor libertad de accion pudieron muchas abrazar el cristianismo, y otras adoptarlo cuando, por diversas circunstancias, pudieron instruirse en él; y de entre estas árabes cristianas brotaron algunas insignes mujeres que alcanzaron el título de Santas y mártires. Los nombres de la egregia Santa Casilda, de las Santas

(1) Diego Ignacio Parada, *Escritoras y eruditas españolas*, t.º I.

hermanas valencianas Gracia y María, y las Santas Aurea y Leocricia, con otras que se recuerdan en el santoral de nuestra pátria, forman el brillante ejemplo de las numerosas conversiones del cristianismo de las mujeres mahometanas de nuestro país. Zaida, la hija del rey moro de Sevilla, enviada para esposa del monarca Alfonso VI de Castilla, es otro ejemplo notable de conversion al cristianismo; como la infausta Teresa, hermana de Alfonso V, enviada para esposa de Abdalá, rey de Toledo, escapándose del lado de este y viniendo á morir á San Pelayo de Oriedo, testifica con el anterior la energía y fortaleza que imprime con su doctrina el cristianismo en el ánimo de la mujer (1).

En cuanto á las mujeres arábigo-españolas, daremos noticias de las más renombradas, y alguna de época posterior á la de la reconquista, que englobamos aquí como de una misma raza.

Aiza, poetisa cordobesa que vivió en tiempo del califa Abderraman III, de cuya córte era la fama y la delicia por su hermosura, ingénio y honestidad. Ibn-Hayyan dijo en el *Muctabis:* no hubo entre las mujeres libres de su tiempo ninguna que la igualase en sabiduría, instruccion, talento poético y elocuencia en alabar á los reyes del Andalus y en dirigirles la palabra siempre que le parecia necesario. Murió soltera el año 400 (2).

Meriem, hija de Abu Yacub Alanssari; vivió eu Sevilla y era oriunda de Xilb. Hace mencion de ella Ibn Dihya en el *Mothrib*, en cuya obra se afirma que era brillante poetisa y que tenia una academia á la manera de la de Safo en Mitilene, donde instruia á las mu-

---

(1) Parada, *obra cit.*
(2) Vid. Almaccarí, *Analectes.....*, II, ed. de Leiden (1855-61) aprov. por Eguilaz, en su disc. doct. *Poesia hist., lírica y descrip. de los árabes andaluces.*

jeres en las bellas letras. Vivió largos años, floreciendo más allá del 400. Alhomaidí trae algunos versos de esta eminente mujer (1).

Hinda, celebrada en música y poesía, de quien hace mencion un moderdo arabista (2), traduciendo los versos en que contestó á la invitación que la hizo el vate Abu Amir.

Algasania, sevillana distinguida en la poesía y oratoria. Escribió abundantes versos en elogio de algunos reyes (3).

Radhia, célebre cordobesa, á quien llamaban la estrella feliz. Era liberta de Abderraman III, y escribió algunos volúmenes sobre oratoria (4).

Thona, valenciana, conocida también con el nombre de *Habida*. Fué poetisa y entendida en gramática y jurisprudencia, dejando escritos selectos libros (5).

Safia, poetisa eminente y no menos en oratoria, siendo además célebre calígrafa. Escribió, entre otros varios asuntos, sobre el *Arte de escribir bien* (6).

Walada, la Safo andaluza, hija del Califa Almostacfi Billah. Hace mencion de esta poetisa Ibn Baxcual en su *Sila*, donde se lée que era instruida, elocuente y hermosos sus versos, compitiendo por su ingénio y talento con los más distinguidos literatos. Vivió largos años y permaneció soltera hasta su muerte, en 480, ó como quieren otros, el año 484. Su palacio en Córdoba era el sitio de reunion de los adeptos de las musas y el palenque de la poesía y de la prosa, y la

---

(1) Almac., tom. II, cit. por Eguilaz.
(2) Schack, *Poesía y arte de los árabes*, t.º I. de la 2.ª ed.
(3) Valflora, *Hijos de Sevilla*.—Esta célebre poetisa de Baena, hizo una larga casida de elegantes versos, en elogio de Hairán, señor de Almería, que se la presentó y fué muy aplaudida de los buenos ingénios de entonces. (V. Conde, *Historia de la dom. de los ár. en Esp.*, II, ed. de 1844).
(4) Casiri, II.
(5) Ibid.
(6) Ibid.

belleza de su rostro y su habitual dulzura hacian suspirar á los mejores poetas y escritores de su tiempo (1).

Mariam la Corza. Cítase de esta morisca una «Carta al alfaquí Muce Calavera, médico de Calatayud, en que le describe una enfermedad y le pide remedio.» Por ser el único documento de mujer que conocemos en la literatura aljamiada, colocamos á su autora en este lugar (2).

Hafsa ben Alhachch la Racunía, nombre de una célebre literata granadina del siglo XII, notable por sus riquezas, hermosura y númen poético. Esta renombrada poetisa, citada por Almalahí en sus *Anales*, de quien Ahmed Almaccarí se ocupa largamente, era natural de Granada y murió en Marruecos en 580 (3).

Hamda, de Guadix, nacida en la primera mitad del siglo XIII. Algunos de sus versos se hallan citados por Ibn Alabar, ilustre escritor del siglo XIII, en su libro *Regalo del huésped*, códice del Escorial (4).

Safiya, hija de Abdallah el Rayi, malagueña, á quien por poetisa y letrada celebraron los escritores musulmanes, como tambien por su hermosa letra,

---

(1) Almac, tom. II, cit. por Eguilaz.—De la amada del célebre literato cordobés Ibn Zeidun han hablado estensamente casi todos los arabistas (Dozy, Schack, Gayangos y Simonet.)

(2) Hállase este escrito en la Bib. Nac. (V. el «catálogo de bibliografía aljamiada» que acompaña al disc. de recep. de E. Saavedra en la Acad. de la Leng.)

(3) Schack, t. I, trad. una comp., en que con gran recato dá una cita á su amante, porfiado y celoso. Puede consultarse la vida de esta extraordinaria mujer en Ibn-Aljathib, *Dic. biográf.*, menc. por Gayangos en su *Histor. of the moh. dynast. in Spain*, vol. I.—Sabido es, que la *Hist. de las dinastías mahometanas en España*, importantísima compilación que en el siglo XVII hizo Almaccarí y que consta de 8 libros, no está trad. completamente por el decano de nuestros arabistas. En los mismos libros que ha vertido del árabe al inglés, suprime casi siempre los versos.

(4) Simonet, *Descrip. del reino de Gran.*, sacada de los autores arábigos, 2.ª ed.

habilidad muy estimada entre alarbes. Murió á los 30 años, á fines del 417-1026 (1).

Ibnat-Ibn-Assaccán, de Málaga. El compilador Almakari nos ha conservado unos versos, que bien entrada en años improvisó, con motivo de pasar un cuervo volando (2).

Nazhún, hija de Alcalai, (Alcolea), que lució las galas de su fácil y lozano ingénio con entonacion briosa y elegante. Menciónala Alhachari en el *Mosthib* y la pinta ligera de espíritu, rica de memoria, dulce, afable y sobresaliente en el uso de las parábolas (3).

Ommalquirám, hija de Almotasim ibn Somadih, rey de Almería, famosa por su belleza y los dulcísimos cantares dedicados al apuesto y galan Assammar, de Dénia, de la cual habla en su *Mogrib* el historiador Ibn Said (4).

Y finalmente la poetisa Algassaniya, (citada por Almaccarí entre las mujeres ilustres del Andalus), de la *Cora* de *Bachana*, region que correspondía con poca diferencia á las antiguas diócesis de Vrci y de Abdera, y á las comarcas que en nuestros tiempos constituyen la provincia civil, militar y eclesiástica de Almería (5).

---

(1) Guillen Robles, *Málaga Musulmana*, ed. de 1880.

(2) Lerchundi y Simonet, *Crestomatia arábigo-española*, reproducen el texto árabe de esta poesía, asaz breve, que aparece trad. en la loable obra, cit. en la anterior nota, del consumado cronista malagueño y muy distinguido amigo nuestro.

(3) Almac., tom. I.—Segun Ibn Aljathib, *Dic. biog.* apud Gayangos, *Hist.*, vol. I, fué hija de Abu Becr Algosani. Almac. añade que recibió lecciones de Abu Becr Almaj-Zumi, el Ciego (V. Eguilaz, *Disc.* más de una vez cit.)

(4) Almac., tom. II, inserta los tres versos eróticos dirigidos por la princesa á su amante, que ha vertido al francés Dozy y Valera á nuestro idioma, trad. la obra de Schack. El alemán Hammer-Purgstall, *Hist. liter. de los árab.*, desde su princ. hasta el fin del siglo XII (Wien, 1850-56; 7 vols.), habla, en uno de ellos, de las princesas que sobresalieron por su númen poético.

(5) Sobre las 3 literatas oriundas de nuestra prov., únicas de que tenemos someras noticias, V. nuestro est. hist. *Poetas arábigo-almerienses*. (ed. agotada.)

La mujer hebrea, durante el periodo de apogeo de su raza, no pudo dejar de ser partícipe de la ilustracion de su pueblo; pero aparece en general oculta en el seno de las juderías ó consagradas al tráfico familiar entre los suyos y los cristianos, y no se tienen ostensibles manifestaciones de su valer. Algunas, sin embargo, figuran tambien en la historia con alta influencia pública, como se refiere de la célebre Raquel, efectiva ó supuesta amante de Alfonso VIII.

En los siglos anteriores al renacimiento, no se conocen judías que hayan legado á la posteridad trabajo alguno literario; pero algunas familias que adjuraron el judaismo, llegaron á distinguirse en el seno de los cristianos, y perteneciente á esta clase ha quedado en la historia literaria algun nombre altamente distinguido, de que haremos aquí mencion.

Teresa Cartagena, que abrazó el estado eclesiástico, fué notable como casi todos sus parientes en los dones de virtud y en su ilustracion y capacidad de ingénio. Muestra evidente de sus cualidades, son los escritos que de ella se han conservado y que constituyen los tratados siguientes: 1.° *Arboleda de los enfermos.* 2.° *Admiracion de las obras de Dios.* 3.° *Dichos y castigos de poetas y filósofos* (1).

Isabel Correa, judía española que cultivó las letras con singular provecho y principalmente la poesía, mereciendo ocupar un preeminente lugar entre nuestras poetisas. Tradujo en verso castellano el drama pastoral ó tragi-comedia de Guarini, titulada *Pastor Fido* (2).

---

(1) De estos escritos consérvase en la bib. del Escorial un cód. de 91 fólios y de ellos hace especial mérito el Conde de Casa-Valencia, en su *Disc. de recep.* en la Acad. de la Lengua, que versa sobre escritoras españolas. En la *Bibliot. económica* que el Dr. Palau dirige en Barcelona, ha sido anunciada la public. del libro tit. *Admiración de las obras de Dios.*

(2) Lo imprimió en Amberes, 1694. V. Rios, *Estudios hist., polít. y lit. sobre los judíos de Esp.*, ed. de 1848.

En las mujeres que ván á continuacion descuellan preceptistas, eruditas que tienen una participacion importante en los primeros albores del cultivo literario del idioma, durante el período del Renacimiento y del siglo de oro de nuestra literatura, y otras que figuran como latinas escritoras y traductoras en tiempos posteriores. Algunas se han señalado tambien á la vez que como latinas, como eruditas en el griego y otros idiomas, y de ellas haremos separadamente mencion.

Beatriz Galindo, santa y sábia mujer, honor y honra de su sexo, cuyo nombre ha llegado hasta nuestros dias enlazado á instituciones benéficas y rodeado con el timbre y la fama del saber. Conocida con el nombre de la *Latina*, por su pericia en el idioma del Lacio, se ha perpetuado su memoria con este nombre, que lleva en Madrid un hospital de su fundacion y el distrito de la villa en donde este establecimiento se encuentra. Nació tan insigne española en la ciudad de Salamanca, aunque se le ha hecho por algunos originaria de Zamora y tambien de los Galindos de Écija. Conocidos sus méritos y divulgados por la fama, Isabel la Católica la llevó á la córte y le dió lugar junto á sí, no habiendo desempeñado, segun dice Salazar en sus *Advertencias históricas*,-Madrid, 1688,-el cargo de camarera mayor de la reina, que algunos le atribuyen, pero sí disfrutado todo su favor y confianza. Desgraciadamente los frutos de su ingénio no han llegado hasta nosotros, ó al ménos nos son desconocidos. Menciónanse de sus escritos *Anotaciones sobre escritores clásicos antiguos*, unos *Comentarios sobre Aristóteles* y *Poesías diversas* (1).

(1) Entre los encomios prodigados á tan insigne dama, ninguno más gráfico y expresivo que el que Lope de Vega le consagró en su *Laurel de Apolo*.

Ana Cervató ó *Cervaton*, erudita catalana, oriunda de una noble familia de Cerdeña. Fué dama de la reina Germana, segunda mujer de Fernando el Católico y se distinguió tanto por su saber como por su hermosura El Duque de Alba, enamorado de ella, le dirigia apasionadas cartas, de que hace mencion Marineo Sículo en sus *Epístolas familiares*, con el cual mantuvo relaciones literarias. Tenia conocimientos muy estensos en humanidades, y poseia el latin perfectamente, estando tan familiarizada con los clásicos, que recitaba de memoria las oraciones enteras de Ciceron (1). Á más de una carta latina, cítase como produccion suya una obra titulada, *De sarracenorum apud Hispaniam damnus*.

Luisa Sigea, insigne erudita y poetisa, una de las individualidades en quien se personifica el progreso de la época, principalmente en lo que se refiere á la literatura latina. Fué su pátria Toledo, y desde sus primeros años comenzó á recibir la educacion literaria que su padre dió á sus hijos, de los que á más de Luisa, tuvieron á Angela,-señalada principalmente como música y poetisa, de la que creemos no se conserva ninguna producción,-y otros dos varones. Las obras de la Sigea no todas se han conservado y solamente se tiene conocimiento de *Sintra*, poema en versos latinos, que comprende la descripcion del pueblo de este nombre en Portugal (2). *Poesías latinas*, de las que se conservan dos epigramas, que vieron la luz pública con el poema anterior; *Carta á Paulo III*, escrita á la vez en latin, griego, hebreo, árabe y siriaco.-*Epístolas latinas*, de las que se

(1) Elogíanla, entre otros, los bibliógrafos catalanes Caresmar y Martí, citados por Torres Amat en su *Dicc. de escritores catalanes*.

(2) Publicóse en París y Cerdán y Rico lo reprodujo en su *Clarorum hispanorum opuscula selecta et rariora*, t.º I, Madrid, 1781. Dicho poema ha sido puesto en español por Menendez Pelayo y pub. en sus *Estudios poéticos*.

conservan hasta el número de 33 (1).-*Poética*, libro que, segun Nicolás Antonio, se custodiaba en la biblioteca Olivariense;-*Diálogos sobre la diferencia de la vida rústica y urbana*, obra de que no se tiene mas noticia que la dada por Fr. Alfonso de Madrid, autor del *Espejo de ilustres personas* (2).

Ana Osorio, célebre erudita burgalesa, á quien elogia García Matamoros en su libro *De academiis et doctis viris hispaniæ*, Alcalá, 1553. Fué muy perita en materias teológicas y consumada latina, siendo premiada por sus versos latinos en Sevilla y Alcalá (3).

Lorenza Mendez de Zurita, poetisa y erudita, natural de Madrid. Señalóse por sus conocimientos en el idioma latino, que hablaba y escribia con igual perfección, en prosa y verso; muy versada en Retórica, Aritmética y otros conocimientos, siendo además hábil música, distinguiéndose en el canto, en el arpa y otros instrumentos. Escribió várias composiciones latinas, *Himnos sacros*, que elogia Lope (4).

Como helenistas y eruditas latinas merecen ser recordadas:

Gerónima Ribot, valenciana, muy entendida en los idiomas griego y latino, mereciendo grandes elogios de Escolano en su *Historia Valentina*.

Catalina Trillo, natural de Antequera, versadísima en griego y latin, y mencionada como excelente poetisa. No se tienen noticias sobre el paradero de sus obras, entre las que se citan: *Comentarios al ca-*

---

(1) En un cód. de la bib. Real de Madrid, segun el cit. Cerdán y Rico.

(2) Imp. por 1.ª vez en Burgos, 1542 y reimpreso en otras várias ed.

(3) V. Nicolás Antonio, *Bib. hisp. nova*, t.º II.

(4) Además hacen mérito de ellas, Baena, *Hijos de Madrid*, t.º III, y Nicolás Antonio, *Bibliot. hispana nova*, t.º II.

pítulo de las decretales, y *De clericis non residentibus* (1).

Entre las escritoras subsiguientes al período del Renacimiento se hallan esclarecidas mujeres, figurando en el cultivo de los ramos varios del saber, y como claro ejemplo de ellas:

Santa Teresa de Jesús, de la que se ha escrito por un historiador contemporáneo que «el espíritu desfallece al pensar en su genio y en su santidad» (2).

Sus obras pueden dividirse en tres clases: las históricas; las que tienen por objeto el régimen de la vida exterior; y las que tratan de la dirección del espítitu y los movimientos del corazón hacia las moradas de la eterna felicidad. Á la primera pertenecen su vida y el *Libro de las relaciones*. Á la segunda *El libro de las fundaciones*: *El libro de las constituciones: Avisos de Santa Teresa* y *Modo de visitar los conventos*. Á la tercera, *Camino de perfeccion*: *Conceptos de amor á Dios*: *Las moradas*: *Poesías*: y *Cartas*, que pueden pertenecer á los tres géneros referidos (3).

Oliva Sabuco de Nantes, de Alcaráz, filósofa y naturalista, ejemplo el más peregrino del genio y aptitud intelectual de la mujer. Á los 25 años escribió la obra que le ha dado toda su celebridad, titulada *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*. Algunos escritores extranjeros se han aprovechado de las doctrinas sustentadas por esta mujer singularísi-

---

(1) Encómiala Ribera, en el libro 13 de *Glorie inmortalibus*.

(2) Fernandez-Espino, *Curso hist. crit. de lit. esp.*

(3) Acerca de la vírgen, doctora y fundadora, v., entre otros, los siguientes trabajos: Carolina Coronado, *Los genios gemelos*, (Safo y Santa Teresa de Jesús), en el *Semanario pintoresco esp.*, tom. corresp. á 1850.—P. Traggia, *La mujer grande*.—María del P. Sinués, *Santa Teresa de Jesús*, en el tom. VIII de su *Galería de mujeres célebres*, 2.ª ed.

La mejor id. de las obras de la hija de Avila, es la de Rivadenéyra, (ts. LIII y LV de su *Bibliot.*) de que fué colector V. de La Fuente.

ma, para aparecer como innovadores, y adquirir gran celebridad, siendo la teoría del jugo nérveo una de las que como propias se han adjudicado los médicos ingleses. El estilo de Oliva es ameno y variado, segun los géneros y objetos sobre que escribe, manejando con igual destreza el latín que el castellano, pudiendo ser contada, bajo este punto de vista, entre los más distinguidos hablistas y escritores de su época (1).

El siglo XVII fué fecundo principalmente en poetisas y en escritoras místicas y religiosas, como asimismo en mujeres visionarias; debiendo mencionarse como escepcion de la regla:

Luisa Padilla, Condesa de Aranda, memorable por su ilustración y sus virtudes: ocupóse en escribir algunos libros que sirvieran á sus hijos de norma y regla en la vida; cuyas obras son un testimonio de la grandeza de alma de esta insigne mujer, de su clara y elevada inteligencia y de sus nobles y piadosos sentimientos. En ellas se revela igualmente la vasta erudición con que se hallaba adornada y el conocimiento que habia llegado á adquirir en sus meditaciones y copiosas lecturas de las pasiones del mundo, de la condición del caracter humano y de las contingencias de la vida social. Habiendo prohibido terminantemente que apareciera su nombre en los libros que escribió si llegaban á ver la luz pública, fué cumplida su voluntad, apareciendo publicados anónimamente por Fr. Enrique Pastor, célebre agustino zaragozano. Fueron varios los que dejó conclui-

(1) Se han ocupado expresamente de esta mujer, honra de su sexo, y examinado sus doctrinas, entre otros: Sanchez Ruano, *Doña Oliva. Su vida. Sus obras. Su valor filosófico. Su mérito literario.*—Morejon, *Hist. bibliog. de la medic. esp.*—Chinchilla, *Anales hist. de la med. en general.*—Felix Janer, *Gaceta médica* de 1834.—Gutierrez de la Vega, en el periód. *La Giralda.*—Anton Ramirez, *Bibliografía agronómica*, y J. M. Guardia, *Revue Philosofique* (Julio y Set. del 86.)

dos, y de ellos hace mencion Nicolás Antonio en su *Bibliot. hisp. nova,* t. II, con los siguientes títulos:

Lágrimas de nobleza y nobleza virtuosa. Zaragoza, 1637-39; 3 tomos.—*Defensa de la verdad; invectiva contra la mentira,* 1640.—*Excelencia de la castidad,* 1642. Es notable la parte que en la 1.ª de estas obras dedica su autora á inculcar á su hija la conveniencia de la ilustración, haciendo de paso una defensa del ingenio de la mujer y de su actitud para las letras.

Sor María de Agreda. Dejó escritas las obras *Mística ciudad* y la *Vida de la Virgen;* pero en donde mostró sus talentos extraordinarios fué en la correspondencia, cada vez más viva y frecuente, que entablóse entre ella y Felipe IV. El número total de cartas que conocemos es de 514 y comprende 2 tomos recientemente publicados (1), arrojando mucha luz sobre aquel largo y complicadísimo reinado.

Cuenta el siglo XVIII un número nada escaso de escritoras y eruditas que ofrecen carácter especial, distinto del de los siglos anteriores y por diversos conceptos de notable consideración. Dignas de ser recordadas son:

Josefa Amar y Borbon, ilustre escritora y erudita aragonesa, honor de las letras y testimonio el más fehaciente de la aptitud de la mujer para los más sérios trabajos de la inteligencia. Con el insigne bibliotecario Casalbon, aprendió el latín y el francés y otros varios ramos de erudición y crítica, y con el canónigo de Huesca, Berdejo, la lengua griega, estudiando además los idiomas inglés é italiano, que poseyó con perfección. La sociedad económica aragonesa la dió el título de su asociada de mé-

(1) Tit. *Cartas de la Venerable M. Sor María de Agreda y del Sr. Rey D. Felipe IV,* precedidas de un bosquejo hist. por F. Silvela.

rito,obteniendo igual distinción de la Económica Matritense y de la sociedad médica de Barcelona; todos ellos concedidos en justa correspondencia á los trabajos literarios y científicos presentados á las misnias corporaciones. Es digno de mención el celo con que ante algunas de estas corporaciones sostuvo y defendió á su sexo. Las producciones que tan alto han colocado el nombre de esta erudita, son las siguientes:

Ensayo histórico-apologético de la literatura española, etc., obra escrita y publicada en italiano por el P. Lampillas, vertida á nuestro idioma dos veces, cuya última traducción colocó su nombre á una grande altura, pues no sólo reformó la traducción limándola y españolizándola, como dice en el prólogo ella misma, sino que reformó y amplió la obra, llenándola de anotaciones, siendo esta 2.ª edición la generalmente citada y conocida. Su estilo correcto, puro y armonioso puede ser comparado al de los primeros escritores de su época y superior á muchos de sus contemporáneos. Tradujo también en esta edición varias composiciones poéticas que en la 1.ª habia conservado en su texto italiano, y en estas traducciones demostró que metrificaba con tanta felicidad y elegancia como sabía escribir en prosa.

Discurso en defensa del talento de las mujeres, y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres (1). Este bello trabajo es un modelo de estilo claro, correcto y castizo, ordenado y razonado con la mayor lógica y rectitud de juicio, siendo tal vez el más acabado escrito que en breve forma se haya producido sobre la materia.

Oracion gratulatoria á la junta de señoras

(1) Este disc., firmado por la autora en Zaragoza, 1786, fué remitido por la misma á la socied. económica matritense y se pub. en el *Memorial literario* del mismo año, t.º 8.º, siendo trad. al italiano por el historiador Masdeu,—Roma, 1789.

de la R. sociedad económica de Madrid, en 4.º, escrito que fué dadc á la prensa por acuerdo de la misma sociedad y reimpresa en el *Memorial literario* de 1787.—*Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Madrid, 1790, en 8.º mayor, trabajo que mereció á la autora su elección de académica en la sociedad médica de Barcelona.—*Aritmética española*, 1793, M. S. citado por Latasa, quien hace mérito igualmente de otros dos trabajos inéditos de la autora, traducidos del inglés y que, como la *Aritmética*, ignoramos si se han dado á la prensa. La otra traducción inglesa era referente á una celebrada obra sobre educación de Knox, que la autora había traducido de la 8.ª ed. inglesa y formaban un manuscrito de 2 tomos con la fecha de 1786, segun las noticias que nos da Latasa, en el t. 6.º de su *Bibliot. nueva de escritores aragoneses*. Debia ser esta traducción interesante y probablemente no una simple traducción, pues no era posible que la ilustre zaragozana dejara de anotar y corregir las ideas de Knox, en muchos puntos poco favorables á las mujeres, pues que dieron lugar en el mismo Inglaterra á algunas polémicas, principalmente por lo que toca al gobierno de las mujeres, que en la persona de María Stuard atacó Knox con rudeza, y dió motivo á la publicación de un libro del obispo escocés Juan Lesly, que se titula, *Tratado en el que se demuestra que el gobierno de las mujeres es conforme á la ley de Dios y á la naturaleza*. Al traducir á Knox, no era posible que dejara de hacerlo con comentarios en defensa de su sexo, á quien tanto sostuvo y quiso enaltecer en todos sus escritos, siendo sensible que no sepamos el paradero de este trabajo, sobre el que no tenemos más noticias que las tomadas de Latasa.

María del Rosario Cepeda, célebre gaditana, de ingenio tan precoz como extraordinario. En 1768

siendo aún de 12 años, sostuvo públicamente en su patria un ejercicio literario, en el que demostró hallarse instruida en gramática, historia y otros varios conocimientos, y poseer los idiomas griego, latino, francés é italiano, traduciendo una fábula de Esopo, una oda de Anacreonte y explicando los elementos de Euclides. En la Económica Matritense desempeñó los cargos de secretaria y censora, leyendo y presentando á la misma algunos trabajos, de los cuales son conocidos el *Discurso en elogio de la reina* y la *Memoria sobre las casas de expósitos* (1).

Maria Isidra Quintina Guzman, de Madrid, tan esclarecida por su ingenio como por su linaje, titulada Marquesa de Guadalcazar y conocida tambien por el nombre de la «doctora de Alcalá.» Sometida á los ejercicios literarios de la Universidad, prévia órden de Cárlos III, sostuvo conclusiones diversas ante el claustro, siendo examinada en gramática castellana, griego, latín, francés, italiano, retórica, mitología, historia, geografía, lógica, filosofía general, netafísica, teología natural, física, historia de animales y plantas, cosmografía y ética, despues de lo cual recibió el grado de doctora y maestra en la facultad de artes y letras humanas, á los 17 años de edad. El claustro universitario mandó acuñar en su honor una moneda de plata y la Academia de la Lengua, le dió un puesto de académica de número, recibiéndola como tal en Noviembre de 1784, obteniendo la misma distincion de las sociedades Económica Matritense y Vascongadas, no habiéndose conservado otros frutos de su saber é ingenio, que un discurso de gracias leido á su ingreso en la Academia Española, y otro pronunciado en la sociedad Económica Matritente (2).

---

(1) V., para más pormeros, á Cambiaso, *Dicc. de hombres célebres de Cadiz.*

(2) Ambos pubs. en los ts. 5 y 7 del ya cit. *Memorial literario.*

María Pascuala Caro, escritora de singular mérito, hermana del célebre Marqués de la Romana. Sus felices disposiciones intelectuales se comenzaron á mostrar desde muy niña, y refiérese á este propósito que á los 12 años sostuvo ya conclusiones públicas en la Universidad literaria de Valencia, que mas tarde la confirió la borla doctoral, nombrándola catedrática de filosofía y letras. Se retiró del mundo tomando el hábito de dominica en el convento de Santa Catalina de Sena de su país-Palma de Mallorca,-quedando de ella los siguientes escritos:

Ensayo de historia física y matemáticas. Valencia, 1781, en 4.° mayor.—*Poesías místicas,* que son, más que verdaderas composiciones, máximas religiosas, M. SS. que quedaron en su convento.

María Cayetana de la Cerda, Condesa de Lalaing. Tradujo las obras de la Condesa de Lamberg, que dió á luz en un tomo,-Madrid, 1781,-constituidos por varios discursos titulados:

Consejos de una madre á su hijo, y *Consejo de una madre á su hija.—Tratado de la vejéz.—Tratado de la amistad.—Reflexiones sobre las mujeres.—Reflexiones sobre el buen gusto.—Reflexiones sobre las riquezas* y algun otro (1).

Personas sensatas é imparciales, aquellas que no niegan á la mujer la ilustración y el talento, han aplaudido con entusiasmo sus diversas producciones dramáticas en los teatros, han premiado algunas de sus obras en la Academia, y en los Juegos Florales de Madrid y en varios certámenes literarios de la capital y de provincias, composiciones en verso ó prosa de muchas de las inspiradas autoras, cuyos nombres

---

(1) Parada, *Escritoras y eruditas españolas*, tom. I (único pub.) que nos ha servido princip. de fuente bibliográfica, para tratar de algunas de las más notables literatas españolas de pasados siglos.

y producciones ocuparían no pocas páginas, áun refiriéndose á las que han florecido en nuestros dias (1).

Quizá la mejor poetisa que honra á España en el siglo XIX es Carolina Coronado, aquí donde hemos tenido una de las primeras escritoras de Europa, en la dama que oculta su nombre bajo el pseudónimo de Fernan Caballero, y contamos en la época actual una Emilia Pardo Bazán, que con tan altos vuelos cultiva varias ramas del humano saber. Regocijo de las patrias musas son innumerables poetisas, cuyos nombres vivirán eternamente en nuestro invalorable parnaso.

Para que los detractores de la mujer moderen su fraseología insultante, los apologistas de la bella mitad del género humano, suelen exhumar aquella conocida octava, compuesta por la que fué monja de Méjico (2), Sor Juana Inés de la Cruz.

Hombres nécios que acusais
á la mujer sin razon,

---

(1) V. *Escritoras españolas contemporáneas, Bib. Univ.*, t. LVIII, y el libro, ya cit., de Parada, cap. *siglo XIX*. Descartados cuatro nombres repetidos, son setenta los que se leen en ambas compilaciones, figurando poetisas y prosistas tan celebradas como Angela Grassi, Josefa Ugarte, María del P. Sinués, Sofía Tartillan, Patrocinio de Biedma, Joaquina Balmaseda, Concepción Arenal, la Baronesa de Wilson, la de Cortes (María de la Peña), Enriqueta Lozano, etc. etc.

(2) Lemke, Gayangos, Vedia y otros, indican que esta mujer escepcional, nació en Guipúzcoa, en 1651, sin tener en cuenta que su mejor biógrafo, el P. Calleja,-prescindiendo de Garcia de Rivadeneira y otros que de ella escribieron, la hacen de origen americano, y es así (afirma Llana, *Galería de mujeres...*), pues ella misma en un soneto burlesco, dice:

Aunque eres zancarron y yo de Meca,

lugar donde efectivamente n. la que tomó el velo en un convento de Méjico, de resultas de pasion desgraciada, despues de repartir su patrimonio entre los pobres. Estudió la lengua latina, la retórica, la filosofía (V. *Dicc. enciclop. de la leng. esp.*, orden. por Fernandez Cuesta) y es autora, segun el cit. Llana, de *Vieira impugnado*, un t., y *Obras poéticas*, 2 volúms., imps. en Madrid, 1690.—Ticknor menc. nada más que unos *Poemas* (Zaragoza, 1682-1725, 3 ts.)-Rada y Delgado (biog. de *Juana Inés de la Cruz*, t. II de su obra *Mujeres célebres...*), sigue la opinion generaliz., pues afirma que «en el año 1614 n. en Méjico esta célebre española.»

sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais;
. . . . . .
pues ¿para qué os espantais
de las culpas que teneis?
Queredlas cual las haceis,
ó hacedlas cual las buscais.
. . . . . .

Oígase tambien á la novelista y poetisa española María de Zayas (1), en la composicion que lleva por epígrafe *Solo hay un hombre bueno*.

Si amados pagan mal los hombres, Gila,
Dime, ¿qué harán si son aborrecidos?
Si no se obligan cuando son queridos,
. . . . . .
No te engañen, que no han de ser creidos
Cuando su boca más dulzor destila.
. . . . . .
Á la que encuentran, como soy testigo,
Dentro de una hora dicen que es la amada.
. . . . . .
En solo un hombre creo,
Cuya verdad estimo por empleo;
Y este no está en la tierra;
Porque es un hombre Dios, que el cielo encierra (2).

Entre las obras de Fray Íñigo Lopez de Mendoza, es digna de aprecio y recordación el *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*, composición satírica de 288 versos, que no carecen de gracia y donaire, brillando en ella sobre

---

(1) Publicó esta distinguida literata dos colecciones: la 1.ª con el tít. de *Novelas* y la 2.ª con el de *Saraos*. Cada una contiene diez cuentos ó historias. Una de las novelas, aunque escrita por dama de la córte, «es de lo mas verde é inmodesto que me acuerdo haber leido nunca en semejantes libros,» dice Ticknor; intitúlase *El prevenido engañado*. Scarron sirvióse de ella para su *Precaution inutile*. Ambas colecc. están juntas en la ed. de Madrid, 1795.

(2) Burgos, *El hombre juzg. por las mujeres.*

todo el anhelo de protestar contra la licencia de las cortesanas y de buscar entre sus contemporáneos el modelo de la mujer perfecta. Pintando á la que es virtuosa, exclama:

Son un lucido brocado,
que pocas personas visten,
sino grosero sayal;
son alcázar defensado,
dó pocas armas resisten
á los combates del mal.
Son erizos por defuera
de puas muy espinosos
al hombre, cuando las toca;
mas de dentro son lumbreras,
son finas piedras preciosas;
son castillo puesto en roca;
. . . . . .
Son ángeles y mujeres
en la vida y fermosura;
en los cuerpos y en las almas
son santas en los aferes:
laureles en la verdura (1);
. . . . . .

Entre los nombres que figuran en el *Cancionero de Baena* y en el *de Stúñiga*, aparece el de Suero de Ribera,-uno de los mas notables poetas que estuvieron en Nápoles en la córte de Alfonso V,-autor de la *Respuesta en defension de las donas*, que trascribimos casi íntegra:

¡Pestilencia por las lenguas
Que fablan mal de las donas,
Non sé las tales personas
Por qué dicen de sy menguas,
Mostrándose maldisientes,
Non por via de justicia,

(1) Fernandez-Espino: *Curso hist. crit...*

Mas con sobra de malicia,
. . . . . .
Sostener cosa tan mala,
Que nasce de vil coraje;
Al hombre de buen linaie,
Es tacha; . . . . . .
. . . . . mejor sería
Sin decir mal de ninguna,
Usando de cortesía.
Á los de vil condicion
Consiento que digan mal,
Seguiendo su natural
Syn freno de discrecion,
Mas en los tales aferes,
Quando será menester,
Los fidalgos han de ser
Defensa de las mujeres.
En boca de gentil hombre
Mala está la villanía,
Usaedo por otra via,
Conviene que mude nombre,
Que donas naturalmente,
Sy complasen nuestro modo
Nosotros somos en todo
La causa del accidente.
Por lo qual es grand vilesa
Desir mal de las leales,
Por otras baxas non tales
Que callar es gentilesa;
En tan vanos pensamientos,
Non querades entender,
. . . . . .
Fin.
Todo hombre maldisiente
Comete tacannería,
Quanto más de compannía
Que non es tanto plasiente;

Pues de duennas et donsellas
Mal aya quien mal dixiere,
Y tambien el que lo oyere
Sy non responde por ellas (1).

Otro poeta, Suarez, citado por un erudito moderno (2), dice en el *Cancionero*:

Vosotras sois las temidas,
nosotros somos temientes,
vosotras sois las servidas,
vosotras obedecidas,
nosotros los obedientes;
vosotras sojuzgadoras,
nosotros los sometidos,
vosotras libres señoras,
vosotras las vencedoras,
nosotros siervos vencidos.

—

Vosotras las adoradas,
nosotros los denegados,
vosotras las muy loadas,
vosotras las estimadas,
nosotros los desdichados;
vosotras sólas teneis
el poder que mas pudiere;
vosotras sólas podeis
escoger á quien quereis,
nosotros á quien nos quiere.

Entre las letrillas del notable vate gaditano Cadalso, hay una titulada *Sobre los varios méritos de*

(1) *Cancionero de Lope de Stúñiga*, códice del siglo XV, ahora por vez primera pub. por el Marqués de la Fuensanta del Valle y Sancho Rayon.—También está reproducida dicha composición, con algunas erratas, en el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, por Gallardo.

(2) Adolfo de Castro, *Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla Española*.

las mujeres (1). En los comienzos de ella y en pocos renglones expone llana y sinceramente su opinión:

Del precio de las mujeres
Son varios los pareceres;
Cada cual defiende el suyo.
Yo, que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
Á todas doy la razon
Y con todas me contento.
. . . . . .

Juan del Enzina, ó Encina, en la *Apología de las mujeres* expresa el natural y dulce influjo que en el hombre ejercen y los sentimientos delicados y generosos que en su corazon despiertan, en la siguiente forma:

Piadosas en dolerse
de todo ageno dolor,
con muy sana fé y amor,
sin su fama escurecerse;
ellas nos hacen hacer
de nuestros bienes franquezas;
ellas nos hacen poner
á procurar y querer
las virtudes y noblezas;
ellas nos dan ocasion
que nos hagamas discretos,
esmerados y perfetos
y de mucha presuncion.
Ellas nos hacen andar
las vestiduras polidas,
los pundonores guardar,
y por honra procurar
tener en poco las vidas (2).

---

(1) V. el t.º 1.º de los *Poetas líricos del siglo XVIII*, colecc. form. é ilust. por Cueto, (en el LXI de la cit. *Bibliot.* de Rivadenéyra.)

(2) Fernandez-Espino, *Curso hist. crit...*, ya menc.

Del mismo poeta conocemos otra composición entusiástica *Contra los que dicen mal de mujeres*, que vamos á dar á conocer casi íntegra, lo que demuestra que la consideramos digna de cumplidos encómios. He aquí varios fragmentos:

Quien dice mal de mujeres
Haya tal suerte é ventura
Que en dolores é tristura
Se conviertan sus placeres:
Todo el mundo le desame,
De nadie sëa querido,
No se nombre ni se llame
Sino infame, más que infame,
Ni jamás sëa creido.
Siempre viva descontento,
Fatigado é congojoso,
Nunca se vea en reposo,
Jamás le falte tormento:
Jamás le falte cuidado,
Pene más que pena fuerte,
Viva tan apasionado
Que de muy desesperado
Haya por buena la muerte.
E muera, pues que merece
Morir como mal hechor,
Pues por malicioso error
Lo bueno mal le parece.
Quel que está de vicios lleno
Es enemigo mortal
Del que del mal es ajeno;
Mas los buenos, de lo bueno
Nunca saben decir mal.

. . . . . .

Sírvanlas todas de gana;
Pues que Dios, por nos salvar,
De mujer vino á formar
En el mundo carne humana.

Que si mal le paresciera
La primera que crió,
Creo yo que no la diera
Por mujer é compañera
Al hombre, como la dió.
Si decís ser ella el medio
Del pecado de los dos,
Aquello permitió Dios
Para ser él el remedio.
Y el primer siglo acabado,
Puesto el mundo en perdicion,
Él mesmo tuvo cuidado
De dejar acompañado
Con la mujer el varon.
He por mucha maravilla
Cual traidor puede amenguar
Lo que Dios quiso criar
De nuestra mesma costilla:
Á nosotros amenguamos,
Pues los hombres son sus padres;
Si á mujeres ultrajamos,
Miremos que deshonramos
Las honras de nuestras madres.
. . . . . .
Miremos lo que es razon;
Si algunas culpadas hallan,
Callemos, pues ellan callan,
Que las culpas nuestras son.
Callemos nuestra maldad,
Nuestros engaños con arte,
Pues ellas son en verdad
Inclinadas á bondad
Todas por la mayor parte.
Mas los hombres, ved qué dicha,
Que los buenos son muy ralos,
É vereis mil hombres malos,
É una mujer por desdicha.

Si decís que la vergüenza
Encubre sus pensamientos,
Esa fué más excelencia
Darles Dios más preminencia
Por sus más merecimientos.
No hay mujer, segun su estado,
La mayor ni la menor,
Que no tenga algun primor
Que merezca ser loado.
Todas deben ser loadas,
Todas son dignas de gloria,
Todas sean acatadas,
Todas de todos amadas,
Pues amarlas es vitoria.
Bendito quien las sirviere
Y ensalzare su corona.
. . . . . .
Muera quien mal las desea
Peor mente que Torrellas
En placer nunca se vea,
¡Y de Dios maldito sea
El que dijere mal de ellas! (1).

Y con lo que precede terminaron los apuntes, más ó menos raros y curiosos, amenos y entretenidos que conseguimos reunir de prosistas y poetas defensores de la mujer (2), que por lo ligeros é incompletos,

(1) Gallardo, *Ensay. de una bibliot. esp.*

(2) No hemos podido leer, ni siquiera aprovechar estractos, entre otras menos importantes, de las obras siguientes: *Castigos é documentos que dá un sabio á sus fijas,* de autor ignorado, en cuyo precioso tratado didáctico, (al decir de Rios, *Hist. crit.*.), se muestran las bellezas morales del bello sexo; cuyo libro custodiase, ignorado de los eruditos, en la Bibliot. del Escor.--Ni de la *Varia historia de Sanctas é ilustres mujeres en todo género de virtudes,* recopilada por el bachiller Juan Perez de Moya (menc. por Fernandez-Espino, *Estudios de lit. y de crit.*).-Ni del *Diálogo en defensa de las damas* de Miguel Moreno, que floreció en el siglo XVII (segun el *Catálogo de Autoridades* por la Acad. Esp.)—Ni del *Carro de las donas,* de un religioso observante de Valladolid, familiar del papa Adriano VI

dada la magnitud é importancia del asunto, bien merecen que al lector, y sobre todo á las lectoras

«pidamos de nuestras faltas
perdon, pues de pechos nobles
es tan propio perdonarlas.»

---

y despues predicador de D. Juan III de Portugal, en cuyo obra tradujo y refundió con muchas adiciones é interpolaciones la que con el tít. de *Libro de las donas* habia compuesto en lemosin Fr. Francisco Gimenez, de su misma órden, que floreció en el siglo XIV (como asevera Clemencin, *Elogio de la reina catól., Ilust. XXI.)*—Ni del tratado *Loores de mujeres*, por Cristóbal Acosta que, aunque erudito en demasía, se lee, si no con gusto, al menos con interés. (Ticknor, *Hist. de la lit. esp.*) —Ni, por últ., del *Dicc. de mujeres célebres* por Canseco, de que habla Maria del Pilar Sinués *(Galería de mujeres célebres*, colecc. de ley. biogs., 2.ª ed.)

LOS CENTINELAS DEL ALMA.

El órgano de la vista es en el hombre sencillo, pero doble comparándolo con el de ciertos animales, encontrándose situado cada ojo en la parte superior y anterior de la cara, de tal suerte que puede dominar fácilmente los objetos, distinguiéndose en su estudio anatómico:

1.º El ojo propiamente dicho.

2.º Las partes accesorias-que sirven para alojarle, moverle, protejerle y lubrificarle,-compuestas de las órbitas, los párpados, los músculos y el aparato secreto lagrimal.

Si se considera el ojo, cualquiera que sea el tipo de su estructura, desde el momento que aparece provisto de sus partes esenciales, preséntasenos como un aparato refringente, apto para concentrar los rayos luminosos en las expansiones del nervio óptico. Pero el ojo no está siempre completo, antes bien comienza por verdaderos rudimentos para perfeccionarse segun el órden de la escala zoológica.

Enséñanos la anatomía comparada y la embriología que el ojo, como los demás órganos, es resultado de un lento trabajo de diferenciación, adaptación y perfeccionamiento. Desde el ojo rudimentario, compuesto por un simple punto ó mancha de pigmento negro, que se apoya en ciertos elementos nerviosos, hasta el perfecto y complicado ojo del hombre, recórrese una escala lentamente graduada, que afirma la disposicion serial, sin el menor género de duda (1).

La mayor parte de los animales tienen cerrados los ojos algunos dias despues de haber nacido: el niño los abre al instante que nace, pero los tiene fijos y empañados,no viéndose en ellos aquella brillantez que adquieren con el tiempo; ni el movimiento que acompaña á la visión. Sin embargo, la luz que los hiere, parece que hace impresión en ellos, pues la pupila que ya tiene entonces hasta línea y media ó dos líneas de diámetro, se estrecha ó se ensancha á una luz más ó ménos fuerte, de manera que pudiera creerse que producia ya una especie de sensación, aunque muy obtusa. El recien nacido nada distingue, pues aun teniendo movimiento sus ojos, no se fijan en ningun objeto, porque el órgano está todavía imperfecto, la córnea arrugada, y quizá tambien demasiado blanda la retina para recibir las imágenes de los objetos, y producir la sensación de la vista con distinción (2).

En todos los vertebrados la estructura del ojo y el organismo de la visión son casi iguales que en el hombre. El aparato visual es todavía bastante complicado en los insectos y crustáceos; pero, con la degradación del organismo animal, cesa poco á poco de existir como órgano distinto, siquiera los animales

---

(1) *La Creación. Hist. natural*, escrita por una socied. de naturalistas, bajo la direc. de Vilanova, t.º 1, cap. XVII.
(2) Buffon, *Hist. nat. del hombre*, t. II de la ed. esp. de 1847.

mas ínfimos sean capaces todavía de reconocer la diferencia entre la luz y la oscuridad (1).

En los mamíferos, los ojos están situados á los dos lados de la cabeza, excepto en los cuadrumanos que los tienen al frente, y en general son pequeños. Los de las aves son grandes, no solo con relación al cerebro, sino á toda la cabeza. Los pólipos, los acarefos, los equinodermos y los infusorios no presentan señales de ojos, como tampoco los moluscos acéfalos, y es dudosa su existencia en los anélidos (2).

Sabido es que los ojos disparan un fluido especial que condensa todos los elementos de sentimiento, pasión y fuego que del alma brotan. En el lenguaje ocular traza el amante la fuerza de la pasión, y expresa los mas profundos secretos de este amor. Apasionadísimos y vehementes pintan los ojos cuantas vicisitudes dicha pasión entraña, bien al representar la fusión de un alma satisfecha y feliz, bien la desconfianza de una correspondencia dudosa, ya el aguijón de los celos ó bien la amargura del desengaño. Todos los incidentes y peripecias de esta clase de amor, aunque revistan cuantas fases distintas tienen, son fáciles de seguirse con los ojos: ora sea aquel profundo afecto más ó ménos tímido, irreflexivo y ajeno de todo liviano pensamiento, revelándose en sentidas miradas melancólicamente vagas; ora sea la pasión más ciega, atrevida y violenta (3).

Los ojos pequeñuelos indican casi siempre un carácter fino, ingenioso y recto y los grandes expresan rara vez sutileza, pero caracterizan dulzura y bondad.

---

(1) Schoedler, *Elementos de zoología, anatomía y fisiología*, trad. por Machado.

(2) Voz *ojo* del *Dicc. enciclop. de la leng. esp.*, ordenado por Fernandez Cuesta, 1878.

(3) Sobre el expresar sin habla distintas clases de amor y otras emociones de hombres y brutos, v. á Huelin, *Cronicon científico popular*, bienio 2.°, t. II.

Los animales con grandes ojos, tales como los carneros, ciervos, gacelas, etc., se distinguen por su naturalera blanda y pacífica. Al contrario, los carnívo ros,como los de la raza gatuna, tienen los ojos pequeños y redondos (1).

Los que distan uno del otro mas que la medida de uno de ellos, manifiestan poca disposición intelectual. Esta configuración es tambien señal de longevidad, pues los animales mas fuertes, como el toro y otros, todos tienen los ojos separados (2).

Los que poseen ojos bailones recorriéndolos de ligero á una parte y á otra, denotan tener mucha ira, malicia y poca fidelidad. Los de ojos muy finos sin pestañear, denotan mucha malicia.

Cuantos están adornados con ojos redondos, son simples y maliciosos: tienen poca memoria y son tardos de entendimiento y de dura capacidad (3).

Todos los albinos tienen la vista débil y duro el oido: agítanse sus párpados en contínuo movimiento; muchos son *mictolopos,* es decir, que no vén mas que durante la noche, á la luz de la luna ó al crepúsculo, de donde les viene el nombre de «ojos de luna» que les dán los negros (4).

El color de los ojos, dice un notable autor extrangero (5), difiere mucho entre las diversas razas y entre los individuos de una misma raza. De ordinario lo definimos con una sola palabra, aunque en realidad

---

(1) M. Daura, *Arte de conocer á los hombres y á las mujeres. Sus pasiones, cualidades y vicios por las facciones del rostro y la forma de la cabeza,* ó sea *Fisionomonía y Frenologia,* ed. de París, 1880.

(2) A. Rotondo, *La Fisionomonía, ó sea el Arte de conocer á sus semejantes por las formas exteriores,* ed. de Mellado, 1847.

(3) G. Cortes, *Fisonomía y varios secretos de naturaleza,* ed. de Madrid, 1767.

(4) Debay, *Hist. nat. del hombre y de la mujer,* trad. por G. Blanco.

(5) Mantegazza, *La Phisionomie et l'expression des sentiments,* chap. III. (Ed. de París, 1885.)

está constituido por los diversos matices del iris y por la influencia más ó ménos grande de este sobre la pupila, que es siempre negra. El iris comprende dos zonas concéntricas de color diferente, presentando casi siempre estrías de un tercer matiz. De ahí la dificultad de reducir todos los colores de los ojos á un pequeño número de tipos.

Podemos establecer una clasificación harto imperfecta, distinguiendo ojos grises, azules, verdes y oscuros. La sociedad antropológica de París ha admitido para cada uno de estos colores fundamentales cinco matices, que ha hecho figurar en cuadro intercalado en un pequeño volúmen de sus *Instrucciones antropológicas*. Pero cuando se quiere hacer uso de este cuadro se encuentran enormes dificultades, por que los términos de comparacion escogidos por Broca son inexactos. En el cuadro se hallan colores opacos, es decir, matices reflejados por el papel blanco sobre el cual están ellos extendidos. El color del ojo, al contrario, está formado á la vez por rayos reflejados y por rayos trasmitidos. Así la práctica me ha enseñado, añade Mantegazza, que vale más designar la coloración de los ojos por las palabras del lenguaje ordinario. Para llegar aproximadamente á una clasificación científica, deberíamos ver una série de ojos artificiales en vidrio, parecidos á los que adaptan los tuertos para disimular su defecto.

Estudiando con mi amigo Sommier el color de los ojos de los Lapones, me he convencido de estas dificultades, y he debido renunciar á servirme del cuadro de la sociedad antropológica. En los iris de los Lapones hemos podido distinguir lo menos catorce matices.

Los ojos grises, verdes ó azules están casi siempre asociados á los cabellos y á la tez que pertenece al tipo rubio; mientras que los ojos oscuros ván acompañados de ordinario del tipo moreno. Algunas ve-

ces, sin embargo, se encuentran ojos azules con cabellos negros, ó bien ojos negros con cabellos rubios. Estos dos contrastes gustan mucho, porque lo raro es elemento que ejerce una grande influencia sobre nuestros juicios estéticos.

Acontece alguna vez, aunque muy raramente, que los dos ojos sean de color diferente. Todo el mundo conoce el matiz rojo de los ojos de los albinos: proviene de que faltando el *pigmentum*, el iris presenta la coloración de los vasos sanguíneos.

El elemento subjetivo prevalece en nuestras apreciaciones, favorable ó desfavorable al color de los ojos, y á este respecto, hay gustos nacionales y gustos individuales.

Asociamos al color de los ojos muchos elementos estéticos, psíquicos, tradicionales, etc., mediante los cuales los ojos oscuros nos parecen mas propios para expresar la pasión y la sensibilidad; los ojos azules ó grises para expresar la dulzura y la bondad. En circunstancias iguales encontramos mas bellos los ojos azul turquesa ó muy oscuros, que los ojos grises, verdosos ó de «color incoloro.»

Los ojos tienen un brillo variable que contribuye mucho á modificar la expresión. Los ojos de aquellos que rien, de aquellos que hablan ó que piensan con energía son muy brillantes; los del hombre estúpido, débil ó enfermo, tienen poco brillo; los del moribundo están algunas veces casi apagados. Este brillo merece un exámen atento, por ser uno de los elementos mas importantes y mas oscuros del estudio de los ojos (1).

Los colores mas ordinarios de los ojos son el naranjado y el azul, y comunmente se encuentran ambos en unos mismos ojos. Los que se cree ser negros

---

(1) Mantegazza, *La Phisionomie*, etc.

no son sino de un color amarillo pardo, ó naranjado oscuro, bastando para asegurarse de esta verdad mirarlos de cerca; pues cuando se ven á alguna distancia ó están vueltos contra la luz parecen negros, porque el color amarillo pardo corta con tanta fuerza sobre el blanco del ojo, que parece negro por la contraposición del blanco. Los ojos que son de color amarillo menos pardos, pasan tambien por negros; pero se reputan por tan hermosos como los otros, porque este color corta menos sobre el blanco; y aunque tambien hay ojos amarillos y amarillos claros ó de color de paja, estos no parecen negros por no tener dichos colores el oscuro necesario para desaparecer en la sombra.

Esta variedad en el color de los ojos es peculiar de la especie humana, de la del cabello, etc.: en la mayor parte de las demás especies de animales son de un mismo color los ojos de todos los indivíduos, y así vemos que los de los bueyes son pardos, los de los carneros de color de agua, grisis los de las cabras... Aristóteles, á quien se debe esta observación, pretende que en los hombres los ojos de color gris son los mejores; que los azules son los mas débiles; que los que salen mucho de la órbita, llamados vulgarmente saltados, no vén á tanta distancia como los ojos hundidos; y que los de ojos pardos no ven tanto como los otros en la oscuridad (1).

Pertenecen casi siempre á las personas flemáticas los ojos azules y anuncian por lo regular debilidad y molicie, más dulzura y afeminación que los pardos ó negros. No es esto decir que no hay personas muy enérgicas entre las que tienen los ojos azules, sino que en general los ojos pardos son indicio frecuente de un espíritu varonil, vigoroso, profundo; además de

(1) Buffon, *Hist.* ya menc.

que, casi siempre, se asocia el genio á ojos de un color amarillo parduzco.

Véase, pues, una cuestión muy curiosa de indagar, como una escepción á esta regla: por qué los ojos azules son raros en la China y en las islas Filipinas; y por qué solo se les observa en europeos ó en criollos, siendo así que los chinos son los mas voluptuosos, pacíficos y perezosos de todos los pueblos de la tierra (1).

Para la generalidad los ojos mas hermosos son los que parecen negros ó azules: la viveza ó el fuego, que son el principal carácter de los ojos brillan mas en los colores que en las medias tintas; y por consiguiente los ojos negros tienen mas fuerza de espresión y mas viveza, y en los azules hay mas dulzura y delicadeza; en los primeros se vé un fuego que brilla uniformemente, porque el fondo de ellos que se nos representa de un solo color despide por todas partes los mismos reflejos; pero en los segundos se distinguen modificaciones en la luz que los anima, por haber en ellos tintas de muchos colores que producen reflejos diferentes.

Los escritores clásicos antiguos daban ojos de azul de cielo á Minerva y á otras diosas, estimando que ese color era propio de divinidades. Las mujeres de los poetas italianos de la Edad Media, eran rubias generalmente, porque sin duda tenian mayor aprecio á causa de su rareza. Tasso describe con delicada elegancia los ojos azules de Armida.

Un poeta del siglo pasado, Cadalso, en su original composicion *Guerras civiles entre los ojos negros y azules*, supone que

---

(1) Art. *ojo*, en el t.º XXIX de la *Enciclop. Moder.*, pub. por Mellado.

. . . . . .

El ojo negro es arma tan segura
que su herida mortal no tiene cura.
He visto ojos azules, apagados;
cuantos negros he visto, son ardientes,
he visto ojos azules, despreciados:
los negros nunca son indiferentes;
con fundamentos fuertes y sobrados
á los negros declaro preeminentes.
Alarde no he de hacer de mi elocuencia;
apelemos, si os gusta, á la experiencia.

En los *Cancioneros populares* existen abundantemente las coplas que tratan de esa clase de ojos, que no ha faltado quien los califique de los «mas asesinos» (1). Como muestra citaremos las dos siguientes:

Á esos ojillos negros
Echales llaves,
Que me matas con ellos
Cuando los abres.

—

No te fies de ojos negros,
Que ojos negros son traidores;
Unos ojos negros fueron
Causa de mis perdiciones.

Los ojos verdosos indican un temperamento colérico, en cuyo caso los párpados son rojos, retirados y sesgados. Son además signo distintivo de vivacidad y valor. Entre los poetas griegos fueron muy estimados, y en nuestros *Romanceros* hay una letrilla que empieza:

¡Ay ojuelos verdes
Ay los mis ojuelos!

(1) V. nuest. art., *Fisiognomonía de los ojos*, inserto en *La América*, 1883.

Y más adelante:

Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos,
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza
Y de buen agüero, etc.

Lope de Vega en *La Circe*, refiriéndose á los de la protagonista de su poema:

Eran los ojos esmeraldas puras.

Los poetas ingleses prefieren lo que es menos comun en Inglaterra y consiguientemente se deleitan y entusiasman por los ojos negros de las morenas. Shakespeare al describir el mónstruo de los celos, le confiere ojos verdes. En tiempo de las cruzadas reinaba una pasión prodigiosa por ese color. Así Thiebault, rey de Navarra, citado por un erudito moderno (1), dice de una pastora:

La pastore est belle et avenant
Elle á les yeus vairs.

Numerosos poetas antiguos y modernos han expresado el pensamiento sobre que millares de cupidos revolotean alrededor de los ojos de una hermosa, para explicar el poder fascinador y el lenguaje convincente que siempre los de las mujeres bellas presentan.

Bretonnayau (2) se lamentaba, lo mismo que Mil-

(1) E. Huelin, *Lenguaje de los ojos*, trab. pub. en los números 1 y 2 de *La Guirnalda*, 1877.

(2) En su obra, *Fabrique de l'œil*, cit. por Huelin.—Como curiosa noticia bibliográfica consignaremos aquí, que un cap. del peregrino libro *Los doce trabajos de Hércules*, debido al Marqués de Villena, trata de *Facinología ó Sermon del ojo*, segun hemos leido en las *Ilustraciones y notas*, escritas por el colector de las *Obras* de Rodriguez de la Cámara, ó del Padron, que ha pub. la socied. de bibliofilos esps.—Rios, *Hist. crit...*, llama á dicho tratado *Libro del Aojamiento ó fascinología*, añadiendo que «es bosquejo de otro mas largo que se propuso escribir, para mencionar todas las supersticiones antiguas y modernas sobre aquella singular dolencia.»

ton, de que un sentido tan precioso como la vista fuese tan limitado y vulnerable. Dicho autor francés considera los ojos, como soles que poseen facultades iguales á las del astro, centro de nuestro sistema planetario, y trata el asunto como un misterio sublime y símbolo celestial; presentando una profundidad numérica y unas comparaciones astronómicas en extremo interesantes.

Mas aunque sea grande todo el misticismo del referido autor, aplicado al tratar de la vista, no presenta sin embargo tanta extravagancia como el poder de hechizar y fascinar que en tiempos antiguos se suponia que era propio de los ojos, así de los séres humanos, como los de los basiliscos, cocodrilos y determinadas serpientes á las que se atribuia la facultad de matar á los pájaros en el aire, y hasta á los hombres con una mirada (1).

En el siglo XIX es artículo de fé, aun para los mas incrédulos en tales materias, que las mujeres hermosas son las únicas capaces de poseer las virtudes mortíferas á que antes nos hemos referido, y hasta el pueblo lo comprueba amenudo con las canciones:

Si por mirar matas,
Niña pregunto:
¿Dónde vas enterrando
Tanto difunto.

—

Si mirando risueña
Tus ojos matan,
¿Qué será, vida mia,
Mirando airada?

—

Si vibran rayos

(1) Huelin, art. ya menc.

Tus dos ojos serenos,
¿Qué harán nublados?

Entre las poesías del toledano Fr. Damian de Vegas, es merecedora de que citemos aquí la intitulada *A los ojos, sobre aquellas palabras de Hieremias, tren. 3: Oculus mens*, etc. (1), uno de cuyos versos aprovechamos para ponerle epígrafe á este artículo, que terminaremos con la reproducción de ella, ó mas exactamente afirmado, con la de las siguientes estrofas:

Ganar gran victoria y palma
Ó perdella, pende en ellos,
Por ser, como al fin son ellos,
Los centinelas del alma;
Y si descuidados son,
O solo á su gusto atienden,
Dos traidores son, que venden
El alma y el corazon.
Parad mientes lo que digo,
Que si los ojos corriendo
No cierran la puerta en viendo
El rostro del enemigo,
Muy pronto será en prision
La libertad que defienden,
Porque ellos son los que venden
El alma y el corazon.

---

(1) V. *Romancero y Cancionero Sagrados*. Colec. d · poesías crist., mor. y div., sacadas de las obras de los mejores ingenios españoles, por Justo de Sancha, t.º XXXV. de la *Biblioteca* de Rivade.éyra.

Del beso.

El autor del *Libro de la amistad*, comprendido en las *Obras de San Agustín*, distingue cuatro clases de besos: el llamado de *reconciliación*, es el que aplicábanse los enemigos cuando se reconciliaban; el *de paz*, el que los cristianos se concedían en la Iglesia al tiempo de la comunión; el *de amor* (1), el beso por excelencia, el que impreso en los labios hace plástica y carnal la ilusión del deseo y se convierte al fuego de la pasión (2); y el *de la fé* que se daban los católicos y principalmente los que ejercian la hospitalidad.

---

(1) En el libro *Los besos* del célebre Juan de Nicolás, por sobrenombre Segundo- que nació en el Haya, año de 1511,—se relatan los inefables delicias de diez y nueve besos de amor. V. Corsini, *Fisiología del beso*. Nueva ed. revisada, aumentada y completada con los besos históricos. Madrid, 1856.

(2) Lavater consagró á la boca una página llena de exaltación delicada y sensual, y Tommaseo dijo que el alma reside en la boca.» (V. Mantegazza, *La Phisionomie et l'expression des sentiments*. París, 1885.)

El beso era una manera de saludar muy comun en la antigüedad. Plutarco refiere que los conjurados antes de matar á César le besaron el rostro, la mano y el pecho. Tácito dice que cuando su suegro Agrícola volvió de Roma, le recibió Domiciano con un *frio beso*, no le dijo nada y le dejó confundido entre la multitud. En la Sagrada Escritura se lee que Joab, uno de los capitanes de David, envidioso de Amasa, otro capitan, le dijo: «Buenos dias, hermano, y cogió con su mano la barba de Amasa para besarla, y con la otra sacó su espada y le asesinó con un solo golpe.» Vemos, pues, que los besos de Joab merecen pasar por proverbio como los *besos de Judas* (1).

Los antiguos atribuian ciertamente una idea simbólica y sagrada al beso, puesto que besaban las estátuas de los dioses y sus barbas cuando con ellas las representaban los escultores. Sabido es que los iniciados se besaban en los misterios de Ceres en señal de concordia, de donde ha podido pasar muy bien este uso á los cristianos. Un célebre autor de pasados siglos (2) dice que, segun la opinión de Caton, la costumbre de besar se originó entre parientes de ambos sexos, solo con el objeto de poder descubrir los hombres por este medio, si sus mujeres, hijas ó sobrinas habian bebido vino.

Tampoco habia antiguamente otra manera de saludar entre las damas en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra; los cardenales tenían el derecho de besar á la reina en la boca, costumbre que se observó tambien en España. Hubiera sido una falta de cultura y una afrenta el que una señora honesta al recibir la primera visita de un caballero no le besase en la boca á pesar de sus bigotes.

---

(1) Art. *beso* de la *Enciclop. Moder.*, por Mellado.
(2) Plinio en su *Hist. Natur.*

El beso de los piés es una ceremonia muy antigua en Persia, donde fué instituido, dice un autor (1), por su primer rey para demostrar no solamente el respeto que los súbditos tributaban á su príncipe, sino tambien la fé y el homenage que los príncipes vasallos le rendían. Esta ceremonia se cambió después entre los súbditos de baja condición con la de besar la tierra en presencia de sus príncipes.

Escribe el sabio Darwin (2) que «muchas especies de monos, segun dicen los guardas de los jardines zoológicos, se deleitan con las caricias y halagos de unos á otros y con los que le hacen personas amigas. Mr. Bartlett me ha referido que dos chimpanzés, al verse juntos, sentáronse y tocáronse con los lábios, y á seguida colocó uno su mano sobre el hombro del otro. Estrecháronse luego con los brazos. Levantáronse con un brazo en el hombro del compañero, elevaron las cabezas, abrieron las bocas y aullaron con deleite.»

«Nosotros, añade el insigne naturalista, estamos tan acostumbrados á besar en señal de afecto amoroso, que pudiera pensarse que tal práctica es innata en el género humano, lo que, sin embargo, carece de verdad. Steele se equivocó cuando dijo sobre los besos: que naturaleza fué su autor y que empezaron con los primeros amores. Jemmy Button, natural de Tierra de Fuego, me dijo que nadie conocia semejante práctica en su país. Tampoco la conocen los indígenas de Nueva Zelandia, ni de Australia, ni de las islas Tahiti, ni los de Somals de Africa, ni los Papuanos ni Esquimales (3). Sin embargo, el besar es innato ó natural en cuanto depende, al parecer, del gusto

(1) Herbelot, *Bibliot. orient.*
(2) V. el cap. *Amor y otras emociones* del *Cron. cientif. pop.*, por Huelin.
(3) Lubbock en su obra *Tiempos prehistóricos*, 2.ª ed., cita autoridades que afirman lo que dice el texto.

agradable que hay en el contacto íntimo con una persona amada. En distintas partes del mundo sustituyen los besos con frotar una nariz con la de otro sugeto, práctica usual en Nueva Zelandia y Laponia. En otras regiones equivale al besar el frotar ó tocar brazos, pechos ó estómagos, ó bien á golpearse uno su cara, con las manos ó piés de otros. Quizás tenga el mismo fundamento la práctica de soplar sobre varias partes del cuerpo de otro en señal de afecto amoroso» (1).

Afirma donosamente el autor de una curiosa y entretenida obra, que trata de la materia en que venimos ocupándonos (2), que el beso tiene un principio de todos los demonios, ó mejor dicho, de un demonio solo, ó mas bien dicho todavía: de una serpiente.

La del Paraiso.

Y una vez mordida la manzana ¿quién duda que con los mismos lábios con que chupó su jugo, que con los mismos dientes que partió su carne, y que con la misma lengua con que paladeó su dulzura, ofreció al complaciente Adán, un beso apasionado, el primero de los besos del mundo, como si digéramos la primera desgracia de la tierra?

Como signo de un idioma universal, el beso puede expresar un alma de fuego ó un corazón de hielo. Basta para apreciarlo establecer la diferencia innegable entre dar y recibir, y recibir y no devolver besos. Segun dice un escritor ingenioso, el beso no devuelto es una letra de cambio no aceptada.

Más laberíntica aún es la distinción que se puede establecer en lo que toca á la *manera* de besar y á

---

(1) Esta práctica la describe con pormenores Tylor en sus *Investigaciones sobre la primitiva historia del género humano*, 2.ª ed.

(2) G. Blanco, *El Beso*. Su fisiología, su historia, sus aplicaciones eróticas, simpáticas, puras y religiosas; ed. de 1878.

las múltiples clases de besos, que son el símbolo de la escala indefinida de los humanos afectos.

Se besan los piés de los ídolos, las reliquias, los vestidos de los héroes, los mármoles, los cadáveres. Hay besos de respeto, de veneración, de devoción supersticiosa, de admiración entusiasta, etc. Se besa por exigencias y cumplidos del trato social, y así como se estrechan manos que se desearía ver cortadas, se besan megillas, que se quisiera calcinar con el fuego de un ódio concentrado. Besa la gratitud, besa el respeto, pide un beso la inocente y cándida frente del niño (1).

Cierta hija de Eva, dirigió una carta á M. de Bonfflers, que terminaba enviándole un beso. El poeta, más exigente y sin duda creyendo que media un abismo de lo vivo á lo pintado, respondió:

Sobre un papel llegar veo
un beso que me provoca;
si vino por el correo,
¿cómo ponerlo en mi boca?
Tan quimérico favor
hace que mi amor se enoje;
¡no hay fruta con buen sabor
si en el arbol no se cojel

Véase del modo que jugaba á los besos,—poéticamente hablando,—el chispeante Baltasar de Alcázar:

¿Á que no me dás un beso?
me dijo Inesilla loca,
teniendo en su linda boca,
de punta un alfiler grueso.
Yo, que siempre mi provecho
saco de sus burlas sábio,

(1) Gonzalez Serrano, *El beso*, art. ins. en el n.º 125 de *La Ilustración Ibérica*.

fingí dárselo en el lábio,
y se lo planté en el pecho.

Otro poeta, agradecido sin duda á los favores concedidos por su amada, escribió en el album de ella:

¡Beso! Prenda de esperanza!
correo del amor mio;
tú antecedes al placer,
y aun eres el placer mismo;
Dado, en sublime misterio,
y en misterio recibido
á la dicha nos conduces
y tan santo es tu destino
que lo mismo que San Pedro
nos abres el paraiso!

Quevedo es el autor del ardorosísimo soneto que copiamos, poco conocido seguramente:

Bésame, espejo dulce, ánima mía;
bésame, acaba, dáme ese contento,
y cada beso tuyo engendre ciento,
sin que cese jamás esta porfía.
Bésame cien mil veces cada día,
porque encontrando aliento con aliento,
salgan de aqueste intrínseco elemento,
dulce suavidad, dulce armonía.
Ay boca! Venturoso el que te toca;
Ay! lábios! Dichoso es el que os besa;
Acaba, vida, dáme ese contento,
y dáme ya ese gusto con tu boca;
bésame, vida, ya, si no te pesa;
aprieta, muerde, chupa y sea con tiento!

El poeta de toda América que más canocido es en España, Heredia, concedia tambien al beso inapreciable valer, pues recordamos aquel fragmento de apasionados versos:

Suspirar de placer entre mis brazos
y que al mirarte, en languidez envuelto,

tú con sonrisa plácida me brindes
á cojer en tus lábios regalados
el dulce beso en que el amor se goza;
y que al cojerlo, en tus celestes ojos,
mi ventura y tu amor escritos mire,
y te bese otra vez y luego espire.

Del beso, que pudiéramos llamar acaramelado, habla así un vate anónimo:

Beso de dulce ilusion
que siempre apetece el hombre
que se chupa y se rechupa
hasta disolver en goce
y que, como un caramelo,
suele dar indigestiones.

Y para dar remate á estos ligeros apuntes antológicos, copiaremos la conocida descripción hecha por un poeta contemporáneo, el insigne Campoamor, que dice sobre el beso lo que sabe, sabiendo siempre lo que dice:

. . . . . .

De la cuna al ataud
Va siendo el beso á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *Virtud*
Y *Recuerdo* en la vejez.

. . . . . .

Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *Bondad*,
En los ojos *Ilusion*,
En la frente *Majestad*,
Y entre los lábios *Pasion*.

Excmo. Sr. D. Dinero.

No vamos á tratar del origen de esa palabra, que representa una cantidad cualquiera y que se toma generalmente en singular, en cuyo caso aplícase á toda clase de moneda corriente y entra en una multitud de locuciones; ni tampoco á hojear libros de historia y de numismática para inquirir quienes fueron los que usaron por primera vez la numerata pecunia: nuestro propósito es más modesto y menos dificultuoso, supuesto que se reduce á trascribir las opiniones de algunos célebres poetas españoles sobre el asunto que sirve de epígrafe á este artículo.

El que llamó su siglo «Fenix de los ingenios» y el gran Cervantes «Mónstruo de la Naturaleza,» dice

en su comedia *Dineros son calidad*, por boca del gracioso Macarron:

. . . . . son los dineros
Del mundo efectos primeros
Y espíritus de su ser.
Las inteligencias son
De las cosas, los concetos
Mas vivos y mas perfetos
Y los de mas opinion.
Hacen lindo á ün corcovado
Y doctor hacen á un tordo;
Dan entendimiento á un gordo,
Y dan prudencia á un delgado.

El citado dramaturgo en *El prémio del bien hablar:*

. . . . . .
«Dineros son calidad»
dijo el cordobés Lucano,
porque esto de padre indiano
mueve mas la juventud;
que á la nobleza y virtud
pocos estienden la mano.

Entre las poesías de Jáuregui, ingenio que ocupó lugar muy distinguido entre los poetas sevillanos, figura la cancion *Al oro*, de sonora y brillante versificación. Hé aquí algunas de sus estrofas.

Oro, tirano altivo,
Á quien los vicios viles
Honran cual Dios, y su malicia amparas,
Por tí el amor lascivo
Mil pechos femeniles
Vence, que ya se postran á tu áras,
En torpe ofensa del honesto celo;
Á tí procuran la traicion y engaño
Y su comun desvelo,
Y por tí se dedican tantas vidas

Al rencor de las armas homicidas,
Tantas á extraño mundo, al clima extraño;
Al surco incierto de nadantes proras,
Y al furor de las ondas bramadoras.

. . . . . .

¿Quién tus hazañas fieras,
Funestas y llorosas,
En reino alguno de la tierra ignora?

. . . . . .

De toda dicha y gusto
Eres ageno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;
Pues pagas en disgusto,
Recelo y sobresalto
La eterna adoracion con que te honora.
¡Oh, insano el que te busca y te procura,
Siempre sujeto á ser el ofendido
De tu malicia impura!
Si mil afanes cuestas procurado,
Temores tantos causas conservado,
Sin que pueda gozar de algun contento
Sino el que está de tu codicia exento.

Del rey de los satíricos españoles, como alguno ha llamado á Quevedo, son los siguientes conocidos versos que no carecen de novedad y gracejo:

Poderoso caballero
Es don dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
Él es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado,
De contínuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Es galan y es como un oro,

Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que da y quita el decoro,
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nunca ví damas ingratas
Á su gusto y aficion,
Que á las caras de un doblon
Hacen las caras baratas;
Y pues les hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita-que floreció en el reinado de Alfonso XI,--poseia todas las cualidades que deben adornar al poeta satírico: invención, agudeza, desenvoltura, donáire. Véase cómo celebra el poder del dinero:

Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe fase bueno et omen de prestar,
Fase correr al cojo et al mudo fabrar;
El que no tiene manos, dineros quiere tomar.
Sea un ome nescio et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo é sabidor;
Cuanto mas algo tiene, tanto es de mas valor;
El que non ha dineros, non es de sí señor.
Si tovieres dineros, habrás consolacion,
Plaser é alegría é del Papa racion,
Comprarás paraiso, ganarás salvacion;
Do son muchos dineros, es mucha bendicion.
Yo ví en corte de Roma, do es la Santidat,
Que todos al dinero fasen grand homildat;
Grand honra le fascian con grand solenidad;
Todos ante él se homillan como á la magestad.

. . . . . .

El dinero quebranta las cadenas dañosas,
Tira cepos é grillos et cadenas plagosas;
El que non tiene dineros, échanle las posas:
Por todo el mundo fase cosas maravillosas.
Yo ví fer maravilla dó él mucho usaba;
Muchas merescian muerte que la vida les daba;
Otros eran sin culpa et luego los mataba;
Muchas almas perdia et muchas salvaba.

. . . . . .

Él face caballeros de necios aldeanos,
Condes é ricos-omes de algunos villanos;
Con el dinero andan todos los omes lozanos:
Cuantos son en el mundo, les besan hoy las manos.

. . . . . .

Toda mujer del mundo et dueña de altesa
Págase del dinero et mucha riquesa;
Yo nunca ví fermosa que quisiese poblesa;
Dó con muchos dineros, y es mucha noblesa.
El dinero es alcalde et jues mucho loado,
Este es consejero et sotil abogado,
Alguacil et merino bien ardit esforzado;
De todos los oficios es muy apoderado.
En suma te lo digo, tómalo tú mejor:
El dinero del mundo es grand revolvedor;
Señor fase del siervo, de señor servidor,
Toda cosa del sigro se fase por su amor.

En la interesante colección de Pedro Espinosa, *Flores de poetas ilustres*,-libro de oro, como le llamó Gallardo, impreso en 1605,-aparece una notable composición, única que conocemos de tal ingenio, firmada por Diego de la Chica, que se intitula *Al dinero*, y que cuasi íntegra vamos á copiar:

. . . . . .

Porque es tanta tu grandeza,
Que á quien te tiene le das
Á las veces mucho más

Que le dió naturaleza.
Que si del hombre primero
Son los demás descendientes,
¿Quién los hizo diferentes
Sino tu poder, dinero?
Que no es de otra quinta esencia
El rey que el pobre gañan,
El papa que el sacristan,
Que por tí es la diferencia.

. . . . . .

Tú abates y tú engrandeces,
Ya al abismo, ya á la luna,
Y la sangre, que es toda una,
Ya la aclaras y oscureces.
Los de memorias tan raras,
Doña Isabel y Fernando,
Bien te conocieron cuando
Te acuñaron con dos caras.
Mostrando en esta señal,
Dinero, que en tí se encierra
El mayor bien de la tierra,
De la tierra el mayor mal,
Que tú haces que semeje
Ángel el hombre en verdad,
Y por tu necesidad
Que tenga cara de hereje.

. . . . . .

Los mas ocultos rincones
Tú los descubres y sabes,
Dinero; que abren tus llaves
Mil cerrados corazones.
Das al hombre entrada franca
Do no se la dió su pena,
Das lo blanco á la morena,
Y aun al moreno la blanca.

. . . . . .

Eres de este mundo ciego

La agradable sinfonía,
Que en oyendo su armonía,
Hasta el perro baila luego.
Y aun yo de esperiencia sé
Que en la casa que no asistes
Todos riñen y andan tristes,
Y nadie sabe por qué.
Mostró que eras sin igual
El napolitano uso
Cuando por blason te puso
Alegría universal.
Porque tus heróicas obras
Son en el mundo tal altas,
Que todo falta si faltas,
Y todo sobra si sobras.

Cadalso, en su poesía *Á la fortuna*, exclama sentida y filosóficamente:

¿Donde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del són del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
Al aëreo templo de la diosa Fama,
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes su locura trama.
El alma débil de furor se llena;
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.

Otro poeta, tambien del pasado siglo, Eugénio de Tapia, publicista que ocupó lugar distinguido en la república de las letras, escribió una notable sátira

con el epígrafe de *El sórdido interés*. Véanse los siguientes tercetos:

¿Y cual sátira, dí, será bastante
A lanzar con vigor del pecho humano
El sórdido interés?... Con el brillante
Metal del Potosí compra un anciano
Ruguso, temblador, la vírgen bella,
Cuyo pecho el amor abrasa en vano.
Véndela el padre vil; . . . . . .
. . . . . .
¡Oh sed abominable de la platal
El hombre codicioso, por saciarte,
Ni la virtud ni el pundonor acata.
. . . . . .
Hasta pena en sí lleva el alma fría,
Que cebada con ánsia en el vil oro,
No conoce la paz ni la alegría,
Y su mayor verdugo es su tesoro.

Antonio Enriquez Gomez, conocido en la córte de Castilla con el nombre de Enrique Enriquez de Paz, desplegó no poco ingenio en las obras meramente literarias que escribió, si bien en él, como en casi todos los de su época, se distinguen dos escritores, por decirlo así; el poeta imitador de la literatura italiana y el poeta culto. En una de sus composiciones-Cancion VI-que trata de la vanidad del mundo, hay un fragmento dedicado á *El oro*, que empieza:

Véote, sí, volar con otras naves,
Y á pesar de los vientos indomables,
Sangrar la tierra en venas formidables;
Y los rayos del sol y de la luna,
Sacar acrisolando tu fortuna;
Hombre, ¿sabes que el oro
Es el mayor contrario á tu decoro?

Y hácia el final, añade:

Mas daños ha causado
Este homicida de la sangre humana,
Que rayos le concede la mañana;
Donde él estuvo, siempre se ha perdido
El imperio mayor y mas florido.
Deja tanta codicia;
Que el oro es un imán de la malicia.
. . . . . .

El «Cisne de Nagerilla,» por otro nombre Estéban M. de Villegas, en su anacreóntica *Del oro*,-traducción de Monostrofes,-dice:

. . . . . .
Solo el oro es quien priva,
Su lindeza es la sola.
Pues ¡ah! muera el primero
Que apuró sus escorias.
Por este los hermanos
Más hermanos se odian,
Los padres se desprecian,
Las guerras se alborotan;
Y lo peor de todo
Es, que cuantos adoran,
Perecen solamente
Por esta peste sola.

En la poesía *Diálogo de Bias contra Fortuna*, debida al insigne Marqués de Santillana hay algunas estrofas que merecen ser trasladadas á este lugar. Intentando la «fortuna» seducir al filósofo con la pintura desconsoladora de la pobreza, indica:

F. Huéspeda muy enojosa
es la contínua pobreça.
B. Si yo non busco riqueça,
non me será trabajosa.
F. Façil es de lo deçir.
B. E de façer

á quien se quiere abstener
é le plaçe bien vivir.
F. Los ricos mucho bien façen,
é aquellos que mucho tienen
á muchos pobres sostienen;
dan, é prestan, é complaçen.
Ca si juntas son riqueça
é caridat,
dan perfection é bondat
é resplandor á franqueça.
Ca non se puede estimar
por raçon nin escrivir
qué dolor es resçebir,
é quánto plaçer el dar!....
Siempre son acompañados
los que tienen,
quando van é quando vienen;
é sinon, solos, menguados....

El menor de los Argensolas, ó sea Bartolomé, muy digno de figurar con distinción entre los poetas líricos españoles, escribió en una de sus sátiras este terceto:

La grave autoridad de la moneda
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.

Del egregio Francisco de Rioja, es una silva *A la riqueza,* imitación de Horacio, bella y felicísima, como son las pocas poesías que de este autor nos quedan. Copiaremos los mejores fragmentos de ella:

¡O mal seguro bien! ¡o cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvia
Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ócio y seguridad pretende en vano;
. . . . . .

No sin causa los Dioses se escondieron
En las entrañas de la tierra dura:
. . . . . .
Salistes tú, y perdióse
La piedad qae no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun cuando nos pagamos á la muerte
No cesan nuestros males:
Pues el cadáver que acompaña el oro
Ó el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido,
Y el último descanso y el reposo,
Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡Á cuántos armó el oro de cruezal
¡Y á cuántos ha dejado
En el último trance! ¡o dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí y vese manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso
Para que te posea
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
. . . . . .
Pero cánsome en vano; decir puedo,
Que si sombras de bien en tí se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

En el romance *Entre un pobre y un rico*, de autor anónimo, inserto en la completa y afamada colección de Duran, se hace la apología del hombre adinerado en esta forma:

No hay cosa como ser rico:
Al rico todo le sobra,
El tiene bien que comer,
Viste como se le antoja,

Mora y vive en los palacios,
Las mejores casas logra,
Alcanza las dignidades
Y los cargos de más honra;
Todos celebran al rico:
Le da aplausos la lisonja,
Cada dicho es una gracia,
Cada discurso se nota
Por una grande viveza
Y discrecion prodigiosa.

. . . . . .

El dinero vale mucho,
Y como al rico le sobra,
Por eso vence en el mundo
Las dificultades todas.

En otro romance, tambien de autor anónimo, y publicado en la referida colección, que tiene por epígrafe *El trigo y el dinero*, pónese en boca de este lo que sigue:

. . . . . .

Mi nombre propio es dinero,
Hecho soy de tres materias,
Que es el oro, plata y cobre,
Metales que el mundo aprecia;

. . . . . .

Soy el empeño del mundo,
Pues todo á mí se sujeta.

En *Cancioneros populares* hemos visto algunas coplas, trasladadas con ligeras variantes á colecciones modernas, que versan sobre esa

¡Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

que escribió Pedro de Oña en su poema *Aráuco do-*

mado. Sirva, para ser trasladada aquí, la única vulgarísima que recordamos:

En el cielo manda Dios,
Los diablos en el inflerno,
Y en este pícaro mundo
El que manda es el dinero.

Por último, para que el invicto metal, que «á todos nos obliga,» como dijo el inmortal Camoens en el canto VIII de *Las Lusiadas*, pueda fundadamente asemejarse en algo á la Divinidad--lo que presuponemos sin intención pecaminosa,-es á saber; que en todas partes se halla y precisa que así sea, y tenga al propio tiempo virtud casi sobrenatural, hasta un antiguo proverbio reza:

Quien tiene argen, tiene todo bien.

LA CERVÁNTICO-MANÍA.

Singular entusiasmo ha despertado, durante cerca de tres siglos (1), todo lo que se relaciona, directa ó ya indirectamente, con el escritor, gloria de nuestra pátria, Miguel de Cervantes Saavedra, dando la mayor parte de la familia *cervantófila* (2) en la manía de creerse los mas perspícuos apreciadores de la novela inmortal que se titula *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, libro de entretenimiento que corre de mano en mano, hallándose lo mismo sobre la pobre mesa del artesa-

---

(1) Elogios, citas y juicios encomiásticos de Cervantes los vemos en la Biblioteca hispana de Nicolás Antonio, en los Anales de Sevilla y en varias publicaciones ligeras del siglo, no obstante el estado de abatimiento de la literatura nacional desde fines del siglo XVII hasta muy entrado el XVIII.

(2) Séanos permitido usar esta palabra, así como sus derivadas, sin embargo de no haber recibido aún carta de naturaleza en la última ed. del *Diccionario de la Academia.*

no que colocada en la rica estantería del aristócrata; que ya la hojea un adolescente que cursa la primera enseñanza, ó la examina con fruición el hombre encanecido en el estudio, siempre con la risa en los lábios, el gozo en el pecho y la admiración en el alma.

Imposible es hallar una obra, exceptuando la *Biblia*, que haya sido tan comentada, ni que logre alcanzar mas popularidad y fama. La crítica moderna la ha mirado con una atención y diligencia verdaderamente inusitadas (1), y asombra observar el anhelo con que trata de escudriñar sus mas recónditos secretos y hasta los mas sencillos é inocentes pasajes (2), lo que ha dado lugar á controversias animadísimas y á suposiciones tan contradictorias como absurdas (3), que de seguro harian desternillar de risa, si le fuera dable hacerlo, al que, valiéndonos de un neologismo muy usado hoy, aunque no admitido por la Academia de la Lengua, en sentido indeterminado, llamaremos el gran *genio* de nuestra literatura. Con razón afirma un publicista contemporáneo, que andando el tiempo y cundiendo la raza de los cervantistas, acabaremos porque sea su evangelio aquel folleto rotu-

---

(1) La literatura cervántica aumenta de día en día. El empeño de buscar en el *Quijote* misteriosos símbolos y alegorías trascendentales, induce á multitud de diligentes escritores á estudiar á fondo la vida de su inmortal autor, y de esta suerte un propósito vano y temerario, contribuye al esclarecimiento de una de las más oscuras cuestiones de nuestra historia literaria. En tal sentido, ninguno de los trabajos que al estudio del *Quijote* y de su autor dedican los cervantófilos carece de utilidad é importancia; siendo este uno de aquellos casos en que la prosecución de un intento absurdo presta indirectamente un verdadero servicio á la cultura.

(2) Nada menos que una alegoría del pueblo español y de la aspiración del ideal de Cervantes, halla Benjumea en el escudo que Juan de la Cuesta puso en la portada de la ed. 1.ª del *Quijote*.

(3) Entre otros encomiadores harto hiperbólicos, citaremos á Mor de Fuentes, que llamó á Cervantes «el ilustrador del género humano.»

lado: *Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote es el Quijote.*

Desde la primera línea de la portada se presentan tropiezos, queriendo encontrarlos, para entender el *Quijote*. En efecto, ¿qué quiere decir el epíteto ingenioso adjudicado al héroe manchego? ¿Califica al protagonista, ó la obra? si al primero, ¿cómo pueden compadecerse sus locuras con el ingenio?

Los adeptos de esa nueva creencia que pudiéramos denominar *cervantolatría*, esprimiendo las frases, torturando los pensamientos, sometiendo á críticas inacabables el *Quijote*, han pretendido probar que Cervantes fué un maestro en los diferentes ramos de los conocimientos humanos, un sábio, una enciclopedia de todas las ciencias y artes, cuando los mismos antecedentes del egregio novelista denotan y confirman que no hay tales sabidurías (1), que su educación tuvo que ser incompleta y que sabian bastante mas que él y eran mas eruditos, Tirso, Lope, Calderon y otros poetas, prescindiendo de los teólogos, jurisconsultos, filósofos, etc., que florecieron en la época á que nos referimos.

Lo evidente es que se ha desvariado de lo lindo apreciando la admirable novela, y nada mas que novela, mal que pese á la turba multa que se solaza desnaturalizando—con muy sana intención por supuesto, pero al fin desnaturalizando—el carácter y condiciones de Cervantes, y dando lugar á que resul-

(1) Tratando estas disquisiciones el malogrado crítico Revilla, indica que «su educación científica y literaria no pudo ser muy completa. Que en edad bien temprana abandonó los estudios (que no consta cuáles fueran ni donde los hizo) y no es posible que los ampliara mucho en sus profesiones de camarero del cardenal Aquaviva, soldado, alcabalero, y agente de negocios, ni que tuviera mucho tiempo y sosiego para estudiar en el cautiverio de Argel y en los constantes afanes de su azarosa existencia.»

te del todo rebajado el mérito de la civilización española (1).

Unos han supuesto que en el *Quijote* trató su autor de describir el infinito y perpétuo combate de la parte poética con la prosáica del alma, entre el heroismo y la generosidad por un lado y el egoismo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y verdad de la vida humana; ó bien que hay un sentido oculto político y aun religioso; aquél afirma que quiso retratar á la humanidad; este presupone una sátira contra las empresas de Cárlos V. y de los que le acompañaban; quién una semi-biografía del mismo Cervantes; otros, que aparece en sus doctrinas revolucionario y hasta protestante....

La interpretación y la cavilación, al decir de un renombrado literato, han ido en pos de lo satírico, llegando hasta el punto de que personas dotadas de nada comun inteligencia y de poderosa fantasía hayan consumido tiempo, registrando archivos, revuelto códices y compulsado documentos para averiguar quienes eran los carneros que convierte Don Quijote en príncipes y capitanes.

Imposible parece que se desconozca que el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. Esta es, ó debe ser, la opinión racional sobre la fábula sin par, por mas que se sutilice y se trate de darle diferente carácter y aspiración. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, Fray Luis de Leon, Malon de Chaide y otros los habian ya censurado sériamente; y sin embargo para Cervantes estaba reservada la gloria de acabar con ellos por medio de la burla. No llevaba otro fin, repetimos, al escri-

(1) Téngase en cuenta que el XVII fué el siglo de Newton, Copérnico, Leibnitz, Descartes, etc., y que los eruditos españoles habian resucitado, por decirlo así, la ciencia antígua.

bir su *Quijote*: en varios pasajes de esta novela ingeniosísima se declara franca y abiertamente (1).

Nosotros leemos el *Quijote*, no porque procuremos investigar en él ningun sentido recóndito, que no tiene, sino porque vemos en él una sátira maestra de un alucinamiento social, como era la exageración de las ideas caballerescas. Esta será la opinión eterna sobre la obra de Cervantes, por mas que se sutilice y se trate de darle diferente carácter y aspiración.

Píntannos tambien los cervantistas al inmortal Cervantes perseguido por la ingratitud y la envidia y muriendo en la miseria y el abandono, cuadro mas patético que verdadero, ya que por confesión propia el éxito de las obras de tan preclaro escritor-exceptuando sus últimas comedias-fué verdaderamente extraordinario. Como que se hicieron del *Quijote*, en vida de su autor, nueve ediciones, y á doce mil ascendieron, segun el mismo Cervantes, los ejemplares que de la mas valiosa de sus novelas se tiraron (2).

Y ¿qué diremos de la manera que tienen otros críticos de estimar el *Quijote?* Las incorrecciones y distracciones, las faltas gramaticales, los barbaris-

---

(1) Clara y terminantemente dijo Cervantes al finalizar la segunda parte de ella: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de caballerias, que por las de mi Don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna.»

Y en el *Viaje al Parnaso* (cap. IV, terceto 8.º):

«Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancónico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.»

(2) Hácia 1655 se contaban 19 ediciones del *Quijote*.—Todas las que existen figuran en las bibliotecas particulares formadas por los cervantistas Leopoldo Rius, José de Palacio y Juan Manuel de la Helguera, en Barcelona; José M. Asensio, en Sevilla; Martin Gamero, en Toledo; Pascual Gayangos y Cayetano A. de la Barrera, en Madrid; la Academia cervántica, en Vitoria; la que se inició en Valladolid cuando, merced á los esfuerzos del doctor José de Santa María, se destinó á establecimiento literario la casa en que vivió Cervantes; y por último, las escogidísimas del doctor Thebusen, Mariano Droap y Mariano Pardo Figueroa. trinidad comp esta de tres nombres distintos y un solo hombre verdadero.

mos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto ha sido desapiadadamente sacado á la vergüenza. Con razón escribe el docto Valera, que el prolijo comentador Clemencin, despedazó el *Quijote* como las Bacantes á Orfeo. No le valió á Cervantes que el manuscrito de su obra fuera defectuoso; que en la primera edición se hallaran muchos errores que fueron corregidos en la segunda y en la tercera impresión de Juan de la Cuesta, primer editor del *Quijote*, lo cual pone de manifiesto, que el original no hubo de ser muy legible, ó los que lo compusieron en la imprenta no lo sabian leer, como opinó el insigne Harzenbusch.

Este empeño de encontrar ciertos símbolos y alegorías trascendentales en la sencilla cuanto admirable fábula de Cervantes, ha dado pié á varios publicistas para sostener peregrinas tésis.

V. de los Rios en su *Análisis* que precede á la edición de la Academia de 1780, acomete la empresa de defenderlo, fundándose en la autoridad de los antiguos, como si el *Quijote* fuese un poema escrito á imitación de *La Odisea*. Muy sériamente quiso hacernos creer que la novela de Cervantes es para los españoles lo que para los griegos *La Iliada* y para los latinos *La Eneida*.

Pellicer siguió el mismo camino, pues al fin del tomo V. de su edición de 1797 inserta lo que él llama con suma gravedad *Descripcion geográfico-histórica de los viajes de D. Quijote*, acompañada de un mapa, como si la mitad de la geografía de Cervantes no fuese de absoluta imposibilidad y gran parte de las localidades que menciona, enteramente ideales é imaginarias.

El escritor A. Eximeno, en su *Apología de M. Cervantes* (1806), excusa y defiende todo el *Quijote*, cuyo primer tomo se publicó el año de 1805, sosteniendo, entre otras cosas harto singulares, que Cer-

vantes hizo vivir á su héroe en todas épocas, con intención de confundir á los lectores curiosos y para que se fijase un periodo imaginario, una época ideal á las hazañas del caballero manchego.

Un publicista de nuestros dias (M. Foronda, *Cervantes viajero)*, le considera como peregrino á quien los eternos disfavores de la fortuna trajeron por tierras y mares, por palacios y prisiones, y por escuadras y ventorrillos.

El historiador de la medicina española A. Hernandez Morejon, no encontrando varón ilustre que en nuestra pátria se hubiese dedicado á escribir sobre las enagenaciones mentales, acudió á la fuente universal de los literatos, críticos, etc.: al *Quijote*. En una disertación con título de *Bellezas de medicina práctica*, quiso probar que Cervantes demuestra un gran talento médico en dicha obra, y que en la descripción de la demencia del ingenioso hidalgo, nada absolutamente hay que revele inferioridad en el novelista español con respecto á los mas afamados autores extrangeros que han tratado de la locura (1). Hasta dice que Hanneman tomó del *Quijote* su sistema homeopático.

No acaba aquí el catálogo de cuanto quieren los *cervántomanos* que encierre la inmortal novela: para que la medida resulte colmada y la paciencia se vaya acabando, todavía el presbítero Sbarbi (en su opúsculo *Cervantes teólogo)*, pretende que lo fué, y no así como quiera, sino de un modo perfecto, pues en su sentir el caudal suficiente de conocimientos dogmáticos, morales y escriturarios que el Manco de Lepanto poseia los adquirió, no por simple contacto con

(1) Posteriormente, es decir, en el año 1886, ha pub. el Dr. Pí y Molist una obra titulada «Primores de D. Quijote en el concepto médico-psicológico, y consideraciones generales sobre la locura para un nuevo comentario de la inmortal novela.»

la sociedad, sino en fuerza de estudios expresamente hechos;—nuestro conterráneo Federico Castro, al considerarle como filósofo (en su estudio *Cervantes y la filosofía española)* quiere patentizar la armonía que existe entre el pensamiento del ilustre novelista y la filosofía española (1);—el P. Gatell *(Moral del Quijote)* se ocupa en sacar la ética,-si vale decirlo tan vulgar y desusadamente,-de la citada obra; —A. Martin Gamero *(Jurispericia de Cervantes)* recaba para él la gloria de haber poseido en alto grado la idea de la justicia y del derecho;—Fermin Caballero *(Pericia geográfica de Cervantes)* anhela probar lo competente que fué en esa ciencia;—Fernandez Duro y Janer *(Cervantes marino)*, con mas copia de datos que de buenas razones intentan demostrar sus aptitudes naúticas;—J. España Lledó y M. Piernas *(Ideas y noticias económicas del Quijote)* exponen las ideas políticas y económicas que profesó;—Mariano S. Fuentes *(Calendario histórico musical para 1863)* coloca á Cervantes entre los que cultivan la ciencia de los sones armónicos;—Ximenez de Sandoval *(Aficion é inteligencia militar de M. Cervantes)* encómia las facultades militares del soldado que peleó en la armada de Lepanto;—el autor de un *Formulario militar*, con el fin de vulgarizar entre el soldado los nombres célebres, incurre en el ridículo de presentar á Cervantes como cabo de compra, en la libreta de rancho, á Calderon como sargento primero y á Séneca de corneta; y sin duda para que la pepitoria crítica sea completa y puedan los estómagos de los *cervantómanos* mostrarse confortados, otro publicista, de cuyo nombre no debemos acordarnos, porque firma sus lucubraciones con

(1) Existe tambien un discurso leido en la Academia Cervantino-española, de Vitoria, con el tít. de *Cervantes filósofo*, por Mateo Benigno.

iniciales (1), nos ha da dado á conocer á Cervantes-era lo único que le faltaba al sin par novelista-como insigne.... ¡cocinero!

¡Oh, alabada mil veces la cervántico-manía, que tales prodigios ha estado descubriendo!

---

(1) El trabajo á que nos referimos se titula *La Cocina del Quijote* y está ins. en *La Ilust. Esp. y Americ.*

ERRORES DE PUBLICISTAS EXTRANGEROS.

El único fin de este artículo es citar algunos de los muchos vituperios lanzados contra libros y autores españoles por publicistas extrangeros de primera nota, que, más que excitar nuestro furor, debieran causarnos risa, siendo como indudablemente son, de todo punto inciertos y hasta desatentados.

Quizá haya contribuido á estas críticas, á más del afan, de la pasión con que se complacen los extraños en denigrar nuestras cosas, el olvido en que nosotros mismos las ponemos. Todos ellos debieran convenir en que, si nos enojáramos, no dejaría de haber motivos fundadísimos; pero por desgracia, nos hemos hecho harto humildes á fuerza de oir injurias, ocurriendo que la mas pequeña justicia que se nos hace, parécenos favor inmenso recibido.

Sin embargo, es justo consignar aquí, que entre varias historias generales de España, escritas por au-

tores franceses, hay una que vale mas que todas las nuestras, excluyendo quizá la de Modesto Lafuente: nos referimos á la de Saint Hilaire: que Washington Irving, Ticknor, Prescott, Wolf, Latour, Bohl de Faber, Viardot, Mignet, Southey, ambos Schlegel, Puibusque, Hinard...., nos han hecho casi siempre justicia, los alemanes sobre todo, ilustrando con amor la historia de la España cristiana; y que de la civilización y del saber de los españoles mahometanos y judíos han dado conocimiento al mundo, entre otros, Dozy, Schack, Renan, Franck, Munck, Kayserling, etc.

No han faltado publicistas extrangeros que llamándose filósofos é historiadores de las letras, se han negado á poner el nombre del Arcipreste de Hita en el catálogo de los varones ilustres del siglo XIV, ó bien le han visto con absoluto desdén, al bosquejar el cuadro de la literatura española dentro del referido siglo. Entre ellos citaremos á Mr. Villemain, que no lo menciona siquiera en los capítulos que en su *Tableau de la literature du Moyen Age*, dedica al estudio de la española;—á Sismonde de Sismondi, que siguiendo acaso á Bouterwek, que solo hubo de conocer al Arcipreste por lo que escribió Velazquez, le cita en una nota, declarando «que contienen sus poesías toda la política y la moral del autor y de su siglo,» al paso que asegura que no le parecen «bastante picantes para merecer un estracto,» contradictoria y no justificada opinion que ha sido dignamente combatida por el alemán Clarús en su *Cuadro de la literatura española de la edad media*.

Un erudito moderno, Du Meril *(Poesías populares latinas)* sospecha que jamás fué popular el *Poema de Mio Cid*, alegando razones para justificar su opinion, que ofrecen escaso fundamento. Solo con

fijar la vista en que el poeta invoca únicamente la tradición oral, bastaria á demostrar lo aventurado de la opinión referida. Además, el exámen detenido del mismo *Poema* nos ministra observaciones tales, que no consienten duda alguna.

Bouterwek juzga con tal desprecio el *Poema de Alexandre*, que no vacila en declarar que «es indiferente para la historia de la poesía española el que pertenezca al siglo XII ó al XIII, que sea original ó traducido.»

En el libro *Los místicos españoles* habla Rousselot de Raimundo Lulio como de un loco, verosimil solo en el pais de D. Quijote. Nos declara incapaces para la filosofía; rebaja á todos nuestros sábios y pensadores, y afirma que esta falta no ha sido efecto de la compresión intelectual de los inquisidores, sino que la inquisición misma ha sido efecto de nuestro ingénito fanatismo y de nuestro aborrecimiento á pensar y discurrir.

Cosa es por cierto que merece llamar la atención en este lugar, la desdeñosa indiferencia con que ciertos críticos han considerado á Aquilino Yuvenco, llegando Duquesnel *(Historia de las Letras)* hasta el extremo de asegurar que tuvo la desgraciada idea de poner el Evangelio en malos versos. Despues de los trabajos de R. Lorichio, quien declara que no hallaba en el presbítero español cosa alguna que desdigera de la pura latinidad, ni de las leyes poéticas, brillando su frase por la ternura y apareciendo su lenguaje limpio de todo vicio; despues de la declación de E. Sovartio y de la defensa de Gaspar Barthio, que penetra con docta planta en el verdadero terreno, no eran lícitos ciertos juicios, que ofenden mas á quien, sin propia conciencia, los formula, que á los escritores á quienes pretenden condenar al desprecio.

Es en verdad notable el ver cómo escritores modernos, que aspiran á la consideración de críticos,

condenan cual bárbaro el poema de Draconcio, conocido generalmente con el nombre inadecuado, bien que designado por él con el título *De Deo*, sin haberlo al parecer leido. De otra manera no se concibe cómo el referido Duquesnel, que procura ver en la historia de las letras la de la civilización, puede ir hasta el extremo de pronunciar tan injustificable y arbitrario fallo.

El mismo A. Duquesnel, dice de San Isidoro que habla el latín bárbaro de su tiempo. Quien poseyó todas las lenguas sábias, como mejor informado y con mas exacto conocimiento de las obras del Metropolitano de la Bética reconoce el erudito abad Bourret no puede ser acusado de hablar sólo el latin bárbaro de su tiempo, á menos que se desconozca plenamente el estado y carácter de los estudios, y lo que es peor, la alta representación de San Isidoro, á quien, por otra parte, tampoco era dado escribir el latín de Augusto.

Uno de los escritores que mas desdeñosa y ligeramente han juzgado el *Poema de Mio Cid*, es Bouterwerk, pues lo considera como una «crónica rimada en alejandrinos bastante incorrectos.» Del menosprecio de dicho historiador, que no careció de imitadores, ha sido al fin pagado este peregrino monumento por otros críticos alemanes, entre quienes no podemos olvidar los nombres de Wolf y Clarús

El orientalista Dozy trató con demasiada acritud á Conde, pues si bien es cierto que este en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, incurrió en no pocos descuidos y equivocaciones, no lo es, ni pudo serlo, que «trabajara sobre documentos arábigos sin conocer mucho mas de esta lengua que los caracteres en que se escribe, supliendo con una imaginación fecundísima la falta de los conocimientos elementales, forjando fechas á centenares con una impudencia sin igual é inventando millares de hechos

alardeando siempre de traducir fielmente los textos árabes.» Conde dejó escritos los pasajes de los escritores arábigos de que se servia, en unos cuadernos que están al presente en la biblioteca del Escorial. El distinguido arabista F. Fernandez Gonzalez, los ha examinado con ocasión de continuar el catálago de Casiri, encontrando todos los que ha comprobado, y son bastantes, de una escrupulosa exactitud.—Es preciso advertir que la obra de Conde no siempre está sacada de libros arábigos; hay en ella, y principalmente en su tercer tomo, una gran parte tomada de nuestras crónicas.

Cree Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, que la primera parte de las *Lecciones de literatura dramática* de Lista «apenas pueden valer algo más que como un extracto de los orígenes de Moratin.» El mismo escritor se desata en durísima censura contra los artículos biográficos é histórico-literarios del *Tesoro del teatro español* de Ochoa, empezando por decir que están copiados de la colección de comedias escogidas, impresas en Madrid en 1826-31, y añadiendo que hierven y hormiguean en ellos errores de toda clase.

Wolf en el *Estudio sobre la historia de la literatura española*, incluido en su obra *Estudios sobre la historia de las literaturas nacionales española y portuguesa*, tiene en muy poco la *Historia de la poesía* de Velazquez. El ensayo histórico apologético de Lampillas le parece pedantesco, cansado y falto de crítica; el trabajo sobre los padres Mohedanos una «indigesta moles» sin plan y sin concierto. Á Gallardo le llama «digno discípulo de Cervantes.»

El ya citado Dozy, á pesar de su laboriosidad y mucho saber, incurrió en errores de monta, como el siguiente: Al tratar en su *Diccionario detallado de los vestidos entre los árabes* de la especie de manta

llamada *alquicel*, cita un pasage de la *Descripción de Africa* de Marmol, en que describiendo este trage de los berberiscos de la provincia de Heka, dice que «su vestido mas comun son unos alquiceles como mantas de lana, por batanar, algo mas delgados, que traen revueltos al cuerpo,» y despues añade: «el verbo *batanar* que se halla usado en este pasage, y al que muchos diccionarios españoles, así antiguos como modernos por mí consultados, dan una significación que de ninguna manera le cuadra en este lugar, significa cubrirse y viene del arábigo *battana* que los árabes andaluces parecen haber usado en dicha acepción, como puede verse en el *Vocabulario arábigo* de Pedro de Alcalá y en el mismo Marmol.» Escusado nos parece advertir que ni uno ni otro de los autores citados por Dozy dá al verbo *batanar* una significación que nunca tuvo, y que tan contraria es á su etimología.

El mismo historiador holandés dá á la voz *alhania*-que segun Covarrubias significa *alcoba, cámara donde se duerme*-la etimología y significación de *arco ó bóveda*, pero el uso en España le dió el primer sentido. Las palabras de Gonzalez de Clavijo que cita Dozy, nada prueban en favor de su opinión; antes prueban lo exacto de la definición de Covarrubias, pues sea cualquiera el origen y valor de la palabra en árabe, en castellano *alhania* no significa sino *alcoba*. De modo que no solo no entendió Dozy las palabras por él citadas, sino que no leyó ni entendió tampoco las que inmediatamente anteceden, sin embargo de creer que le sirven como «prueba sin réplica de la verdad de su aserto.»

En un artículo que, en elogio de las obras de Fernan Caballero, publicó la *Revista de Edimburgo*, se afirma que, desde Quevedo hasta dicho novelista, no ha habido un solo autor en España que merezca los honores de la crítica. Cita el revistero á Quintana

y á Gallego y á otros tres ó cuatro autores, intermedios entre el gran satírico español y el nuevo novelista, pero los califica de medianísimos y de meros imitadores de la literatura extraña.

Guizot pretende que se puede explicar bien, escribir y exponer la historia de la civilización, haciendo caso omiso de nuestra historia, que dá por nula.

Montesquieu dice en sus *Cartas Persianas*, que los españoles solo poseemos un libro bueno y es el *Don Quijote*, que se burla de todos los demás.

Ticknor formuló una acusación contra el autor de la Partidas, creyéndole entregado á las estériles cábalas de la alquimia, y adelantándose hasta el punto de asegurar que el infante D. Juan Manuel «se rie de su tio D. Alfonso el Sábio, porque daba crédito á las palabras de los alquimistas y ponia su confianza en un hombre que tenia la vanidad de convertir los metales en oro.»

Pero de todos los juicios de los extrangeros, ninguno tan notable como el que formuló el Marqués de Custinc (en su libro *La España bajo Fernando VII)* sobre nuestra literatura contemporánea. Cervantes, Garcilaso y Fray Luis de Leon le parecen bien; pero «bosteza con la prosa y con los versos de Quintana.» Y en otro pasage: «En general, los españoles tienen entendimiento difícil, lento, poco brillante: apenas advierto en ellos imaginación: desde fines del siglo XVII son mas imitadores que inventores, y esto es todo.»— ¡Increible parece tanta ignorancia y ligereza tanta!

LOS DOS PARAISOS.

EL CRISTIANO.

Nuestra ignorancia acerca del estado y modo de ser de la humanidad al terminar su carrera terrestre, se extiende igualmente y con mayor razón todavía, si cabe, al tiempo ó época final de dicha carrera.

Cuando los discípulos preguntaron sobre esto al Hombre-Dios, próximo á subir al cielo, este les contestó:—«No os pertenece conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en su potestad.»

¿Qué debemos inferir de tal dato y reflexión? Que la historia de la humanidad terrestre no será infinita en su duración, ni siquiera indefinida, como pretender pudieran las teorías panteistas en armonía con los principios esenciales de esta escuela. La historia del género humano que puebla el globo que habitamos y que en él viene desenvolviéndose á través de las edades pasadas, finalizará cuando hayan trascurrido los siglos predestinados desde la eternidad en la In-

teligencia divina. Empero así como nos es y será siempre desconocida la ley única, fundamental y primitiva de la Historia, así tambien nos es desconocido el número de siglos que deberán formar el contenido de la Historia universal de la humanidad terrestre.

Este mundo será ciertamente, no aniquilado, como pretendieron algunos (1), sino renovado y trasformado, segun la frase de la Escritura. El fuego purificará los elementos de este globo, y disolverá sus partes, y trasformará su aspecto y aparecerán «nuevos cielos y nueva tierra,» segun la palabra del Profeta (2), y segun la expectación del Apóstol (3); pero ni hombre alguno, ni los ángeles del cielo, ni siquiera el Hijo del hombre, en cuanto tal, conocen el día ni la hora de esa gran trasformación (4).

Jesucristo dicen que dijo que nuestra recompensa está en el cielo, en esa mansión destinada por Dios para los justos y escogidos; pero el cielo, tal como nosotros le imaginamos desde nuestra morada, no es una bóveda sólida de cristal azul, del otro lado de la cual están los dioses, Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompañados de la Vírgen y los Santos, pues esto sería como la creencia de los conejos, que se imaginaban que el cielo era un monte, y que los ángeles servían para no dejar entrar á los cazadores. No lo conciben los astrónomos mas que como un espacio vacío é inmenso, en el que ruedan una infinidad de globos luminosos ú opacos.

Hasta hace solamente cuatro siglos, sostenía el

---

(1) La Iglesia ha reprobado siempre la doctrina de los que afirmaban con Orígenes, que en el juicio final serían aniquilados los cuerpos. Al propio tiempo el papa Juan XXII condenó la siguiente proposición de Sckard: *Nos transformamur totaliter in Deum, et convertimur in eum.*

(2) Isaías, cap. LXV, vers. 17.

(3) Epist. 2.ª de S. Pedro, cap. III, vers. 13.

(4) Evang. de S. Márcos, cap. XIII, vers. 32.

Espíritu Santo que la tierra era una planicie y el cielo una cúpula sólida, azul y cristalina que, á manera de fanal, la cubria y cerraba. Dentro de este recinto se movia el sol para dar luz de día, oficio que la luna ejercia por la noche. Los planetas de nuestro sistema solar eran estrellas movibles, y estas últimas unas luces sin importancia, pegadas en la celeste bóveda para adornarla y alumbrar á los humanos.

Del lado superior de la cúpula, en un trono de oro y piedras preciosas, se sentaba un anciano de larga barba blanca y aspecto venerable, y á su derecha ocupaba un trono, igualmente magnífico, otro hombre de aspecto simpático y como de treinta á cuarenta años, vestidos ambos de ropas telares. Encima de estas dos personas, y como suspendida sobre sus cabezas, se cernia una paloma blanca con las alas extendidas.

Rodeaban á este grupo millares de individuos de aspecto hermoso y afeminado, vestidos de túnicas blancas y con las alas en las espaldas, los cuales cantaban ó tocaban algun instrumento.

El anciano era el Dios Padre, el joven el Dios Hijo, y la paloma el Dios Espíritu Santo; los personajes alados, los ángeles. Tal era y es el cielo de la Iglesia, tan material y humano, al decir de cierto autor, como el cielo del paganismo, y al que, para hacer el parecido más completo, se añadieron vírgenes y santos.

Segun está profetizado en la *Biblia*, llegará un día, en el cual los tres Dioses tomarán la determinación de destruir, no solo esta tierra en que vivimos, sino el universo entero, asegurándonos que «las estrellas caerán sobre la tierra como una higuera deja caer sus higos.» Entonces, todos los séres humanos que han existido, hombres mujeres y niños, volverán á tomar los mismos huesos y la misma carne que en vida tuvieron, y serán llamados ante aquellos Dioses, quienes los juzgarán. Los buenos irán á aumen-

tar el número de los ángeles, y los malos el número de los diablos, cuyo oficio de tentadores de la humanidad, habrá terminado. Concluido que sea el juicio, volverán el Padre, el Hijo y la Paloma á su anterior inacción, alternando entre la música vocal é instrumental.

Afirma San Pablo que los cuerpos resucitados y gloriosos participarán de la naturaleza de los espíritus; por consiguiente, se hallarán en un estado del que no podemos tener ninguna idea ni formar juicio exacto. Advirtió además que el ojo no ha visto, ni el oido ha escuchado, ni el corazón del hombre ha experimentado lo que Dios reserva á los que le aman.

No se concibe que nuestras almas, despues de la muerte vayan á ocupar en la multitud de mundos que existen en el Universo otros cuerpos distintos de los nuestros, pues en el mero hecho de suceder esto perderian la memoria de su anterior existencia; de cuya suerte dejaria de cumplirse la remuneración eterna. Por otra parte, suponiendo que á la destrucción de nuestra personalidad en la tierra sobrevive un principio inmaterial é inmortal, parece propio que adquiera una existencia enteramente inmaterial y que, por consiguiente, no ocupe lugar alguno ni tome forma sensible.

Aunque el alma de Jesucristo gozaba de la gloria celestial en la tierra, segun los teólogos no es este el lugar que constituye el paraiso, porque como Dios está en todas partes, puede mostrarse en todas ellas á las almas santas y hacerlas felices por la vista de su propia gloria. Parece, pues, que el paraiso, más bien que un lugar particular, es un cambio de estado y que no debemos atenernos á las ilusiones de la imaginación que se figura la mansión de los espíritus bienaventurados como un lugar habitado por los cuerpos.

No falta quien suponga que la concepción del pa-

raiso cristiano es tan falsa como la concepción cristiana de la vida presente. Para los cristianos, el cuerpo no es el instrumento del alma, sino su enemigo; tratan de dominarlo, de aniquilarlo. Es verdad que le hacen resucitar, pero aquí se une la contradicción al error: ¿qué hacen con el cuerpo, con sus órganos, con sus funciones en el cielo? Las anulan; entonces, ¿de qué sirve el cuerpo? La opinión de Mahoma en este punto es la del mosaismo y del mazdeismo. ¿Prevalecerá esta idea en el porvenir sobre la creencia cristiana?

***

EL MAHOMETANO.

La historia de la religión musulmana es la de Mahoma su fundador y del Alcorán—la lectura—denominándolos otros libro precioso, palabra sagrada, bajado del cielo, porque creian los musulmanes que habia caido del cielo hoja por hoja y versículo por versículo. Míranle con gran veneración y respeto, no tocan sus páginas sino en estado de pureza canónica, leen diversos trozos en las oraciones públicas de las mezquitas y le conceden virtudes mágicas para guardar de todo mal las cosas, las personas y aun las bestias, á cuyo fin escriben ciertos versículos en las paredes de las salas y en los dinteles de las puertas, con los elegantísimos caractéres que se ven en Córdoba y Granada, ó los ponen en cédulas que cuidadosamente guardadas en bolsitas de seda suspenden al cuello.

El códice sagrado de los árabes divídese en 114 capítulos, llamados *suras*—en castellano antiguo *azoras*,—cuyos versículos se dicen *aleyas*. La división es muy desigual y su colocación no obedece á idea alguna de órden cronológico, estando todo es-

crito en prosa rimada, con tal pureza de lenguaje, tal elegancia de estilo y tan elocuente frase, que causó general admiración y entusiasmo en Arabia. Desde que el insigne poeta Lebid hubo leido el principio del capítulo 2.°, rehusó hacer ni recitar más versos.

Queriendo Mahoma imitar al redentor del linage humano, decia que no habia venido á destruir la ley, sino á cumplirla y á confirmar la antigua alterada á sabiendas por las pasiones de los pueblos; no se atribuye la cualidad de hijo de Dios, pues se pinta como el último de todos los profetas.

Reinecio ha dicho del Alcorán, que es una mala rapsodia, un verdadero centon compuesto de trozos recogidos sin plan ni concierto por todas partes, una colección de fábulas insulsas repetidas hasta la saciedad. Bochart lo califica de libro incapaz de seducir á nadie, porque no existe ninguno mas falto de buen sentido y el orientalista Hinckelmann, en el prefacio que puso á su edición del Corán, dijo que llegará un día en que los mahometanos se avergonzarán de él.

Mahoma que conocia bien el carácter de los orientales, ideó en el paraiso que ofreció á sus sectarios la existencia de unas bellísimas vírgenes, de las cuales habian de gozar los buenos despues de la muerte. Segun el Alcorán hay hurís blancas, verdes, amarillas y rojas; sus cuerpos son de azafrán, almizcle, ámbar é incienso, despidiendo un olor sumamente aromático y llevan sobre la cara descubierta un letrero de oro con expresiones consoladoras. Los que cumplen la ley del Profeta y especialmente los ayunos del ramadán, gozarán de las hurís de cejas negras, en tiendas de perlas blancas, en las que hay 70 planchas de rubí, sobre cada una de estas 70 colchones y sobre cada colchón 70 esclavas, cada una de las cuales está servida por otra. Las hurís visten ropas magníficas, tan ligeras y diáfanas que se vé al través de ellas la médula de sus huesos. Á cada elegido presenta un

ángel una pera ó naranja en bandeja de plata; el feliz mahometano abre el fruto y de él sale la hurí que le está destinada, en los brazos de la cual permanece mil años, sin que ella pierda la virginidad (1).

El premio que Mahoma promete á las mujeres no es tan sabroso y sorprende por su extravagancia. Las mujeres están destinadas á contemplar desde léjos la felicidad de que disfrutan sus maridos entre los brazos de las hurís.

El paraiso pintado por Mahoma es un recinto cuyas delicias exceden á las creaciones de Dios, si este no hubiese sido el autor de todas la maravillas. Habitareis, ¡oh creyentes!-dijo-anchos, fresquísimos vergeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altísimo cobija aquella mansión de las delicias, en la cual sereis amigos de los ángeles y conversareis con el profeta mismo. El aire que allí se respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayan, del jazmin, del azahar y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de los árboles cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido. Hay preparada una mesa de diamante cuya extensión tiene las jornadas de 700.000 días, cubierta siempre de manjares sabrosísimos. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas, más agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros,

(1) Los detalles sobre los encantos de las hurís irritan al P. Marraci *(Refutación del Corán.)* Aquello de *puellæ cœtaneæ, præditæ uberibus turgidis ac soriorantibus* de la sura 78, apura su paciencia en términos, que le hace prorrumpir en amargas exclamaciones. Segun los intérpretes árabes Jahias y Malek-Al-Hassan, citados por Marraci, las beldades del Paraiso *no patientur menstrua, non parient, non emungent nares, non absolvent necessitatem.*

de quienes estarán enamoradas sin inconstancia; y aquellas beldades peregrinas jamás pasarán á viejas ni se verán marchitas; y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus lábios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la región de las estrellas durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaría al mundo entero; y si cayese en los abismos del mar un átomo de su saliva, se convertirian en almíbar las amargas ondas, y los veneros salobres tomarían rico sabor á miel (1).

Los enemigos del islamismo no han encontrado expresiones bastante duras para censurar el paraiso mahometano; pero Relad ha probado ya que se calumniaba á Mahoma al pretender que su paraiso no consiste mas que en los placeres.

---

(1) V. *El Corán, suras* 18, 25, 28, 38 y 56.

CRÍTICA LEXIGRÁFICA. (1)

El dificultoso asunto que con nuestras débiles fuerzas vamos á desenvolver, parécenos que es de evidente importancia para cuantos hablan la hermosa y rica lengua que se llamó *castellana*, y que desearíamos (porque ya nos parece tiempo) se denominara *española;* como tambien para aquellos que se preocupan del aliño y corrección del habla común, que forma todo un pueblo, pulen las personas ilustradas y cuyas reglas fijan los gramáticos; estando persuadidos de que nuestro humilde ensayo, lo dejamos muy léjos de la perfección que cabe en él; habiéndonos resuelto á abrir este camino, no dudando que otros más idóneos, podrán facilmente allanarlo y mejorarlo.

—

No reconocemos derecho para contener la crea-

(1) Para formar estos ligeros apuntes sobre cuestiones de lenguaje, hemos consultado innumerables libros y artículos, cuyos títulos prescindimos de alegar, supuesto que la sola cita de ellos ocuparían varias páginas.

ción ó introducción de vocablos, cuando hay acierto y gusto en escogerlos y cuando se acomodan bien al carácter de un idioma; lo que sí condenamos es el abuso, es el afan de sustituir á términos castizos y propios, otros supérfluos y malsonantes que afean la lengua haciéndola perder su originalidad.

Hemos ganado en palabras, pero casi todas son de ciencias y de artes; por otro lado abandonamos muchas sin saber por qué. El uso, ese déspota de los lenguajes, lo ha querido así, y al paso que invadiendo territorios extraños, nos apoderamos de voces que ninguna falta hacian, hemos olvidado en cambio algunas que no nos vendrian mal. No traducimos la palabra francesa *royauté*, y hemos anticuado la voz española *realeza*. No usamos ya las significativas *hombredad*, *humildanza*, *malencomioso*, *pleitesia*, *acostamiento*, *empecer*, *andanza* y otras, y se hallan amenazadas de muerte algunas muy castizas, tales como *hueste*, *laceria*. *plañir*, etc.

Nuestros autores han mejorado el idioma, llevados naturalmente de su genio y de su instinto; sin preceptos á que atenerse, sin mas norma que el uso sancionado por las clases cultas, han escrito obras en diversos géneros, sin que nunca se haya mostrado el idioma ingrato á sus deseos; la lengua se ha formado sin preceptistas y cuando decimos esto no hacemos escepción alguna: no poseemos trabajo alguno formal acerca de nuestro idioma; todo entre nosotros, incluso el Diccionario de la Lengua, (como lo viene probando Escalada), resulta incompleto. Casi podria asegurarse que mas de la mitad de nuestro idioma resulta olvidado en él, que muchas voces se hallan mal entendidas y que tal vez esto haya podido contribuir á hacer dudar de la riqueza del idioma español.

El galicismo se enseñorea hoy en España, como un usurpador innoble que se complace en desfigurar

los monumentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido. No vemos en todas partes mas que prosa de periódicos y prosa de traducciones, y estas últimas por sí solas bastan para destruir todo un lenguaje. Ellas son las que introducen entre nosotros esos modismos extrangeros que además de su natural rudeza, vienen vestidos con ese aire exótico que tanto desdice de nuestra lengua y la convierte en un dialecto disfrazado con ropaje de arlequin; se olvida los mas puro, lo mas castizo, lo mas brillante de nuestro idioma, y las frases y las voces bárbaras españolizadas, llegan, de puro oidas, á aclimatarse en el país. Con razón ha dicho un orientalista extrangero, refiriéndose á nuestro idioma, que la pálida prosa del día, falta de carácter é individualidad, es, en la mayor parte de los casos, francés traducido palabra por palabra, más bien que la verdadera prosa castellana, la del buen tiempo antiguo, la que retrataba tan fielmente el carácter español: esa prosa vigorosa, abundante en largos períodos, viva, grave, noble y sencilla á la vez.

Hemos visto traducido *fer á cheval* (herradura) por *hierro de caballo*, y si esto sucede respecto de unas palabras que han de chocar, aunque no sea mas que al oido, ya que no al sentido común, ¿qué díremos de ese cúmulo de giros á que apela el francés en su pobreza y que á primera vista no disuenan, pero que marcan la índole de un idioma? Se traducen al pié de la letra y las verdaderas expresiones españolas quedan arrinconadas; nos empobrecemos voluntariamente; arrojamos nuestras brillantes preseas y nos cubrimos ufanamente con mal hilvanados andrajos. Así es que *rendre vilain* se traduce por *volver feo* y no por *afear; se coubrir de chevaus blancs* por cubrirse de cabellos blancos, y no por *encanecer; lié au mains*, por *atado por las manos* ó *con las manos atadas*, y no por *maniatado*; no se dice ya forcejar

sino *hacer fuerza;* no se dice *armar una máquina*, sino *montarla*; no se dice *regalar* sino *hacer presente*. No vemos por todas partes mas que el *espíritu* francés, y no el *ánimo*, el *entendimiento*, el *ingenio* español.

No aprobamos la calificación de anticuadas que se dá á las palabras de uso poco frecuente, porque rara vez ocurre hablar de las cosas que significan; y á las que no tienen un equivalente en la actualidad. Al emplear una voz anticuada, es preciso ver si la lengua tiene adoptada ya en su lugar otra igualmente buena. En este caso no hay necesidad de emplear la antigua, porque con esto no se consiguiría enriquecer el habla, sino recargarla inúltimente. Por ejemplo, el uso ha sustituido al adjetivo *hermanal* otro mas latinizado, *fraternal*, que dice exactamente lo mismo, y es tan lleno y sonoro como aquel. Nada ganaríamos con que se nos quitase el *fraternal* y se nos diese el *hermanal*, si tambien no se nos quitaban *paternal*, *maternal*, *filial*. Y ¿qué se sustituiria en su lugar? *Padral*, *madral*, *hijal?* Bonitas palabras.

Algunas voces, aunque no fueron desconocidas á nuestros mayores, eran tan raras entre ellos como frecuentes en el habla moderna, á cuyo número pertenecen *abocarse*, *aliado*, *clientela*, *chocante*, *fascinar*, *inerme*, *lealtad* (por fidelidad), *morbidez*, *municipal*, *pisaverde posicion* (por situacion), *sociabilidad*, etc. Las que entre ellos no lo eran, son familiares, y aun bajas para nosotros, como *bacin*, por *bacía* ó *barreño*, *oreja* por *oido*. *Regoldar* fué usado por los mas conocidos escritores del tiempo de Cervantes, si bien este lo calificó de «uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana;» y á nosotros como tal nos suena, sin embargo de que la Academia no lo reputa por del estilo bajo, ni aun del familiar y que Garcés se empeñó en vindicarlo de toda nota de bajeza ó malsonancia.

Otras voces han tomado un significado distinto del que antes tenian, como *arenga*, *auspicio* (cuando lo usamos por *recomendacion)*, *bolsa* (por *lonja)*, *cortejar*, *despacho*, *oficial*, *destino* (por el *empleo* que uno tiene ó la *suerte* que le ha cabido), *encadenamiento de los sucesos*, *entrevista* (por *conferencia)*, *época*, *patriota*, etc. Algunas de estas voces, y aun de las verdaderamente anticuadas, están en uso todavía, bajo su significación primitiva, en varios pueblos y entre ciertas gentes de Castilla la Vieja.

Hay dicciones y frases enteramente nuevas, las cuales no debemos ya escluir del tesoro de la lengua. Tales son *bello-sexo*, *accion* (de guerra), *bilocar*, *cenamerienda*, *desmoralizar*, *divergencia*, exaltado (por *acalorado en las opiniones*), *fraque*, *funcion* (por *fiesta)*, *funcionario*, *garantía*, *inmoral*, *organizar* (por *ordenar*, *petimetre*, *presidir* (por *intervenir como parte principal)*, *quinquillero*, *trasporte* (por *rapto)*, y muchas mas, que seria sobrado largo referir.

No se debe negar carta de naturaleza á ninguna palabra que represente ó recuerde un invento nuevo, como *daguerreotipo*, *asfaltar*, *rifle* y un sin número de otros. Sustituir con la palabra *comité* la de *comision* ó *junta*, decir *debut* en lugar de *estreno*, *revancha* por *desquite*, *nouvautés* por *géneros nuevos*, *corbeille* por *canastillo*, *cabá* por *esportilla*, *cadeau* por *regalo* ó *fineza*, *tableau* por *cuadro*, *trousseau* por *galas de novia*, *bisutería* por *joyería*, *toilette* y *soirée* por *tocado* y *sarao*, no es enriquecer nuestro idioma, sino introducir en él voces que ni le hacen falta ni suenan bien.

Sería prolijo enumerar las palabras extrangeras generalmente adoptadas por representar ideas que no es posible expresar sin recurrir á una perífrasis: *dilettante*, *prima-donna*, *diva*, *soprano*, *fiasco*, *roastbeef*, *lunch*, *beefsteak*, *meeting*, *leader*, *buf-*

fet, *claque*, *chic*, *bouquet*, etc. Voces extrangeras van poco á poco reemplazando á otras nacionales que caen en desuso. Nuestras damas del siglo XVII llamaban *estufilla* á lo que ahora se conoce con el nombre francés de *manchon* ó *manguito* para conservar el calor en las manos. Del inglés tomamos *spleen* y la ciencia nos dá *esplinitis* y otras.

No pocos creen que *bibliófilo* es el aficionado á comprar ó poseer libros; pero á los helenistas les pasma con razón tal significado, pues en buena ley de composición analógica, significa *amado de los libros*. Pero de tantas palabras como el uso vulgar aplica mal, ninguna hállase como el adjetivo *sendos, sendas*. En nuestro *Diccionario* primero, que solemos llamar de *Autoridades*, porque trae para casi toda dicción ejemplos que enseñan la manera de usarla, se lee que el plural *sendos*, *sendas* quiere decir *cada uno de dos ó más*, y no *grandes*, *descomunales*, *estraordinarios*, como suponen y escriben muchos. Mena Corona, copla 39, usó bien dicha palabra:

Cuando hesos do venian
Nueve donas que traian
Sendos ceptros en sus manos.

Y en el Romancero del Cid:

Al Cielo piden justicia
De los Condes de Carrion
Ambas las fijas del Cid
Doña Elvira y Doña Sol,
Á *sendos* robles atadas
Dan gritos que es compasion.

Tambien aparece en la égloga 3.ª de Garcilaso de la Vega:

Mas á la fin los brazos le crecian
Y en *sendos* ramos vueltos se tornaban.

Y en la Aminta de Torcuato Tasso, traducida por Jáuregui, acto 5.º:

Luego como si fueran *sendas* fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del jóven á bañar el rostro frio...

Háse sostenido por escritor de nota, que en nuestra habla no hay voz que supla á la *coqueta* en francés, y el que defienda tal opinión está muy engañado, pues en español se llama *veleta*, y tambien *veleidosa*, á mujeres que mudan sus afectos con facilidad: y *marteleras* á las aficionadas á corresponder á todos los galanes que se presentan, y *chichisveras* á las que admiten los obsequios continuados de todos los *chichisveos*, que son obsequiadores eternos y sempiternos; y además *quillotreras*, que se enamorican cortesanamente y sin mas afecto que buenas palabras, y son de aquellas de cuantos veo tantos quiero. Y en fin, si los franceses necesitan decir *coqueta de ventana*, nosotros decimos solamente *ventanera:* si ellos *coquetas paseantes en plazas*, nosotros *plazeras*.

El Maestro Pero Sanchez decía razonada é ingeniosamente sobre crítica de lenguaje:

....«me parece que no es pregunta muy avisada la que tanto se usa ¿cómo estais? Pues ninguno *está*, ni se *detiene*, sino que camina á todo correr, siguiendo el contínuo movimiedto del cielo. Más avisada pregunta sería decir: *¿Cómo pasais?* que ¿cómo estais? pues nunca estamos ni nos detenemos en un punto, antes caminamos muy aprisa y sin parar. Y tambien me parece que no es buen lenguaje este, que tambien es muy usado: ¿cuántos años teneis? Mas al propio tiempo se podria preguntar: ¿cuántos años dejais de tener?

Monteser, en la comedia burlesca *El caballero de Olmedo*, se burló de la frase «tener muchos años» en los siguientes términos:

—«Ved que tiene muchos años.
—Eso que es mentira pruebo,
pues si los años pasaron,
¿él como puede tenerlos?

Sobre los parabienes y las celebraciones del «cumple años,» dijo oportunamente Moreto en *La misma conciencia acusa:*

«Tiene razon de estar triste,
que *cumplir años* no es bueno,
ni da gusto con los *años*
el andar en cumplimientos;
pues fuera mas acertado
hacer aqueste festejo,
no por tener mas un *año*,
sino por tenerle menos.»

En una de las notas de Pellicer al *Quijote*, dice que no puede concebir nadie que sin abrir la boca, pudiera Sancho embaular en el estómago el pan y el queso, y efectivamente aunque la cosa no parece fácil, sin embargo, esta dificultad es resolvible. Cuando Cervantes dice que sin abrir su boca comenzó á comer, no significa otra cosa, sino que esto lo hizo sin hablar palabra. D. Quijote, callaba y no comia; Sancho callaba y tenia hambre; y no pudiendo contenerse por mas tiempo, atropelló por todo género de crianza, y sin decir *esta boca es mia* comenzó á comer. No hay, pues, contradicción alguna en este lugar del *Quijote*. Sancho no abrió su boca para hablar, pero no hay duda que la abrió para comer, aunque esto no lo diga Cervantes.

Fr. J. Gallo (*Historia y diálogos de Job*, libro de frecuentísima lectura de Calderon, en donde aprendió éste mucha parte de su filosofía y no pocas maneras de decir) escribió lo siguiente: «Si en tu casa tuvieras un pozo angosto y tan profundo que nadie se atreviera á limpiarle, ¿no le llamaras abismo? Sí, por-

que en eso consiste el serlo. Y si tuvieras un estanque tan grande y anchuroso que la vista no le alcanzara por todos lados, ¿no le llamaras *mar?*» De aquí tomó Calderón denominar *mar* á un estanque, que supone al pié de los balcones de un palacio, en Polonia, haciendo que uno de los personages de la *Vida es sueño*, diga:

Cayó del balcon al mar:
Vive Dios que pudo ser!

No conocer esto, llenó de perplejidad á Alberto Lista, y le compelió á escribir que Calderón se distrajo, «porque no tuvo presente que en Polonia no hay puerto de mar.»

En la Canción de Grisóstomo inserta en el *Don Quijote,* dice Cervantes:

¿Tengo, si el duro *celo* está delante,
De cerrar estos ojos si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?

Este nombre, *celo* ó *zelo* ofrece una particularidad notable. Cuando significa la pasión amorosa desconfiada, como sucede en el pasaje presente, no tiene singular, decimos *zelos;* cuando significa cuidado, solicitud, no tiene plural. Aquí está mal usado.

Jamás hemos visto á ningun escritor castellano, de prosa ni de verso, llamar *fibras* á las cuerdas, ni en cuantos Diccionarios hemos podido registrar se encuentra semejante voz en ese sentido, y sin embargo el insigne hablista L. Moratin, es autor de lo siguiente:

Intacta y muda entre la pompa verde
Solo en sus *fibras* resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde.

Del citado poeta son tambien estos dos versos:

Y te cedió Teócrito
La *caña* pastoril.

Ni en las varias acepciones que trae el Diccionario de la voz caña, ni en ningun poeta antiguo ni moderno, recordamos haber hallado la referida palabra en el sentido de gaita ó zampoña. *La caña pastoril* no significa un instrumento músico, como, sin duda, quiso darlo á entender Moratin.

Alguien se ha lamentado del uso del verbo *segundar*, del verbo *reasumir* en lugar de resumir, y del sustantivo *adelantamiento* convertido ya en *adelanto:* pues todos estos abusos no pueden compararse con el del verbo *confeccionar* aplicado á las materias de gobierno y áun á la formacion de las leyes, y de la palabra *cuestion* para significar materia, sin entrar en cuenta algunas frases y modos de decir, á los cuales no se les puede conceder cédula de naturaleza, porque son malos en todos los idiomas. Vemos en nuestros días escritores que tal vez no habrán abierto una docena de libros castellanos, persuadidos de que en ellos poco hay que saber, y que por lo tanto sólo se dedican á la lectura de obras francesas. Estos son los que dicen que *son sensibles*, para dar á entender que *son compasivos;* y si se les pregunta por un enfermo, contestan *que está bien* en lugar de *está mejor* ó *está bueno*. Estar bien significa entre nosotros pasarlo bien, vivir sin estrechez. Les hace más gracia llamar *bournous* al albonoz, y *paletó* al gabán, que darles los nombres que tienen en España hace no pocos siglos. ¿Y qué diremos del extraño nombre de *minaretes* con que muchos bautizan á las torres de las Mezquitas, llamadas en español *alminares* desde ántes que los franceses supieran que había moros en el mundo? Nosotros hemos convertido las medias tintas en *matices*, como si la voz *matiz* no significara precisamente lo contrario de la voz *nuance*, á la que se ha querido dar aquella extraña interpretacion. Nosotros hemos convertido el progreso y el curso en *marcha*; el encargo en *mision*,

el acompañamiento en *cortejo*, la tertulia en *soirée*, la gerarquía en *rango*, la reputación distinguida en *notabilidad*. Ya nadie se estrena, y todos *debutan;* los soldados no pelean, sino que se *baten;* y los empleados no sirven, pero *funcionan*. ¿Se avendrá la Academia Española á llamar *debut* al extreno, ni *toilette* al tocado, ni *trousseau* á las galas de novia, ni *espléndido buffet* á lo que es las más veces una opípara cena, ni *soirée* al sarao, ni *bouquet* al ramillete de flores y al aroma del vino; ni á que sea *mosáico vegetal* el embutido de varios colores hecho en madera y llamado *taracea* en buen español; ni á que se denomine *confeccion* á la hechura de un vestido, ni á la formación de un ministerio, porque no se trata de drogas; ni á que las personas ó las cosas *pasen desapercibidas* cuando no se repara en ellas; ni á que se dén á la voz *mision* muy estrambóticas acepciones; ni á que se *presupuesten* los gastos é ingresos del Estado; ni á otros muchos desvaríos del antojo, de la negligencia ó de la ignorancia? ¿Quién dice ya de una actriz aplaudida que ha obtenido un triunfo? La costumbre es suponer (sobre todo entre periodistas), que ha obtenido una *ovacion*, siendo lo bueno que por ovación se entendió siempre triunfo pequeño. Si escribimos para ser entendidos de los que hablan la misma lengua que nosotros, ¿qué español no versado en el francés entenderá que *viable* quiere decir *posible*, *asequible*, *hacedero*, *practicable*, etc.? Pero lo singular del caso es que viable en francés no es ni áun eso; sino solamente (en lenguaje forense y de medicina legal) *que es de vida*, *que puede vivir:* y se dice de los sietemesinos y otras criaturas de parto prematuro.—*Retraso* no es lo mismo que *atraso*, como quieren algunos: lo primero se refiere á los *accidentes de la jornada* y lo último *al tiempo*.—*Reanudar* es un verbo exótico que no hay necesidad de introducir, pudiendo usarse *anudar*.—

Si hasta ahora no hemos hecho *bisú* de *bijou* ¿por qué haríamos *bisutería* de *bijouterie?* Tenemos voces de sobra. ¿Se trata de alhajas de plata? ahí está *platería*. ¿De obras ó bordaduras de oro, ó plata? tenemos *orfebrería*. ¿Del trato y comercio de joyas, y de cosas menudas de seda y otros adornos, como abanicos, guantes, etc.? tenemos *joyería*. ¿De chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc.? tenemos *buhonería* y *quinquillería*. ¿Se quiere un vocablo nuevo? Dígase *bujería*.—*Mito* es palabra que no se aplica á lo que es malo, como generalmente se crée, sino á lo que no existe, á lo que es *fábula* y *mentira*, si no miente la etimología griega.—*Génio* unos la admitimos, porque nos parece que es necesaria y no tiene equivalente, y otros no quieren usarla, y sin ella se pasan.—Finalmente, *escritor* suele confundirse con *autor:* el primero es todo el que escribe para el público y el segundo es el que escribe una obra original. Hay muchos escritores que no son *autores*, y no todos los buenos *autores* son buenos *escritores*. Cervantes lo fué bajo los dos puntos de vista; Racine y Voltaire fueron excelentes escritores y Descartes y Newton no más que autores; aunque célebres y de mérito sobresaliente. Recuérdense aquellos versos de Boileau, que Arriaza tradujo así:

El *autor* mas sublime sin lenguaje
Será en el fondo un *escritor* maldito.

SOBRE EL NEOLOGISMO.

La voz *neologismo*, tomada de la lengua helénica por los latinos y connaturalizada despues en la nuestra, vale tanto como introducción de vocablos, giros ó modismos nuevos. Analógicamente se llama tambien *neologismo* el usar en una nueva acepción una palabra que no lo es, así como el combinar las ya conocidas generalmente de manera que formen un nuevo giro. Es de notar que las voces nuevas en un idioma pueden no serlo en otro, en cuyo caso el uso de ellas no se denomina *neologismo*, sino *latinismo*, *grecinuo*, *italianismo*, etc.

Debe evitarse la introducción de palabras extrañas, á no ser cuando la necesidad lo exige. Los idiomas infecundos necesitan de estos socorros, pero el nuestro no se halla en tal caso, y nadie puede menos de condolerse al ver la majestuosa lengua patria desfigurada por el gran número de vocablos exóticos con que cada dia la van oprimiendo.

Es imposible que un idioma no se vaya enriqueciendo diariamente con voces nuevas, nacidas de los adelantos de las ciencias y de las artes, ó producidas por necesidades antes desconocidas ó formadas entre el pueblo; y la Academia de la Lengua-como vulgar é instintivamente se la llama por todas partes-comprende mal sus deberes, cuando crée que es preciso poner coto á esas introducciones, cuando no permite más que el uso de lo pasado, cuando pronuncia anatema contra los *neologismos* convenientes y necesarios: debiera con un criterio esquisito, entresacar de todo lo nuevo lo mejor, y lo que realmente necesitamos, y señalar los medios de reemplazar ciertas palabras que desdicen de nuestra lengua, con otras más acomodadas á nuestro gusto y á la estructura del idioma español.

Uno de los primeros ingenios que introdujo en nuestro idioma multitud de voces gráficas y pintorescas, fué el poeta cordobés Juan de Mena, tales como *nubífero*, *túrbido*, *evieterno*, *consono*, *belígero*, *dúlcido*, *elegiano*, *crinado* y otras sin cuento, que imprimieron al lenguaje cierta novedad é inusitada nobleza. En cambio trajo excesivo número de palabras enteramente latinas, cuales son *superno*, *ultriz*, *tábido*, *vaniloco*, *esculto*, *insuflar* y bastantes más, que si bien han logrado posteriormente entrar en el uso de los eruditos, comunicaban al idioma no poca estravagancia, revistiéndolo de pedantescas nieblas.

Llegó una época en que las medianías tenían á gala la introducción de voces nuevas y exóticas en nuestro idioma, manía que ha ridiculizado Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*, ó *Arte poética española:*

De dos archipoetas conocidos
Una murmuracion oí á un poeta,
Porque usaban vocablos escondidos.
Schopetum llamaban la escopeta:

Escapeda decian al estribo;
Famélica curante á la dieta;
Al maldiciente le decian *cancivo*,
Á la casa comun de la vil gente
Público alojamiento del festivo.
Carnes privium llamaban comunmente
Á las carnestolendas, y así usaban
De aquesta afectacion impertinente.

Á pesar de toda el aura popular que Lope tuvo durante su vida y de la autoridad que ha conservado mucho tiempo despues de muerto, no han podido sostenerse sus *belísonas* espadas, sus *cristíferos* cruzados, su *fluctísona* materia (el mar), sus *beliferos* (esto es, belicosos) hermanos, sus *gemíferos* cetros, su *imbrífero* austro, su *pomífero* setiembre y varios otros que se empeñó en introducir.

Por más que Velez de Guevara haya dicho *encochados*, Tirso de Molina, *cochiquizar* y *fregonizar*, A. de Mendoza *cocherizarse*, Perez de Montalvan *desalcobarse* y *desentuertar* y Cascales *angelicar* y *desnarcisar*, no ha bastado la respetable autoridad de tales escritores, ni lo oportuno y significativo de algunas de estas voces para darles cabida en el idioma español, porque la generalidad de los autores y de los sugetos cultos no han tenido á bien prohijar semejantes novedades.

Cervantes en su *D. Quijote* usó voces enterameute italianas, como *trastulo* en lugar de *bufon*, *aspetatores* en vez de *espectadores*, *pulcela* por *doncella*, *faquin* por *ganapan*, *mozo de cordel*; *golosazo*, *comilon*, etc. Puramente arábigas, tales como *gualá*, *maherida* y la palabra catalana *lladre*, que literalmente significa *ladron*.

Un escritor de nuestros días dice con gracejo, que el neologismo ha dejado de ser una figura retórica, un medio prudente de asimilación para convertirse en una moda, en un capricho, en una interminable

manía. La lengua española se va convirtiendo en una especie de botica ó elaboratorio, á donde todo hijo de vecino viene con su menjurge.

Esto sucede en todas las clases, desde el fondista que se engalana con el gran rótulo de *hotel;* desde el comerciante que nos trae la *bisutería;* desde el tendero que pone en los cristales *hautes nouveautés*, por cosas que acá en nuestra tierra no han sido nunca una novedad alta ni baja; desde el pastelero que nos presenta un plato á la *Rochefaucour;* desde la modista convertida en *griseta,* que viene á enseñarnos un sombrero á la *jardiniere;* desde el viajero que antes se olvida del bigote, que del indispensable *necessaire;* desde el músico que toca en la tertulia *un morceau de salon*; desde la dama *comm'il faut* que está vestida á la *negligé* y se hace la *tualeta* para lucir luego su garbo en el *ambigú*; desde este círculo, hasta el filósofo que estudia y traduce las más trascendentales concepciones.

Habiendo dicho Garcilaso:

Gran paga, poco *argen*, largo camino,

nadie se ha valido despues del vocablo francés, en lugar de la voz castellana dinero. Lo mismo puede indicarse de la palabra *hamo*, que usó L. Argensola en vez de *anzuelo.*

En las *Poesías Eróticas* de E. de Villegas, hallamos este verso:

Ancianaré mis labios *juvenales*,

donde introdujo el verbo *ancianar*, forjando tambien el adjetivo *juvenales*. En otro pasage del citado poeta:

..... cuando Enero
Los collados *armiña*,
Los arroyos argenta
Y los prados *envidra.*

Son extravagantes mnchas de las palabras usadas

por Mor de Fuentes, parecidas á las que subrayamos en el último verso de este pésimo dístico:

Y no reparas como martiriza
El *rascante* violin nuestro oido.

En Quintana, Jovellanos, Moratin (L.), Lista, Meléndez, etc., encontramos algunos neologismos, casi todos bien formados.

El nombre de *Kubba* ó *cobbah*, de donde se deriva el vocablo castellano *alcoba*, no debió tener en su origen otro significado que el mismo que *alcoba* tiene en español. Lane, en sus notas á las *Mil y una noches*, la define un gabinete ó cuarto pequeño contíguo á un salon. Más propio, tal vez, sería emplear el nombre de *tarbea*, que usan Amador de los Rios y otros orientalistas, y que significa *salon cuadrado, la cuadra,* como dicen nuestros antiguos autores, y como designan aún en nuestros lugares de Andalucía al mejor salon de la casa, que suele ser cuadrado; solo que la palabra va cayendo en desuso con esta significacion, y llamándose cuadra la caballeriza. De todos modos es de aplaudir que el vocablo *tarbea*, así como *alharaca*, *ataurique*, *aliceres*, *alfardas*, y otros muchos términos de arquitectura arábigos, vayan renaciendo en nuestro idioma.

Además de las voces que llevamos apuntadas, hay muchas más que convendría darles cabida en el primer libro de la nación, como Voltaire llamó al *Diccionario de la Lengua*, si ha de mirarse como un repertorio completo del lenguaje de nuestros escritores clásicos. Citaremos algunas de las usadas por dramaturgos españoles, prescindiendo de los ya citados.

Lope de Vega en su comedia *Valor, lealtad y ventura de los Tellos de Meneses*:

Regañen con media lengua
tatarachoznos tus canas.

Zamora dijo en *El lucero de Madrid*:

¿Qué me ha hecho? Me ha *enquillotrado*
con unos *como se llaman*
de amor, que de cuando en cuando
me hacen rabiar y despues
me rio de ver que rabio;
con que *como dijo el otro*
me *ringo*, porque me *rango*.

Cañizares en la *Invencible Castellana*:

Y usted, Reina?—Y usted, Rey?
Se me anda en *chacharrasmanchas*
con otro?

Y en la titulada *El dómine Lucas*:

Ya el bellaco
de un suegro el otro día
me echó de cabeza al patio.
—¿Cómo?—Como ya en la junta
me recibió de *abogasno*.

El ya citado Lope en el *Alcalde mayor*:

¡Ay Beltran! no sé.-No sé?
No sé, dicen que fué nieto
de pensé qué, y que penseque
fué legítimo de *asneque*.

Más de un escritor de nota han supuesto que el portuguesismo *Saudade*, no tiene equivalencia en castellano, y apenas en la voz francesa *regret*.

Melo, en sus *Poesías castellanas*, pone un romance con el título de *Saudade* en que se expresa bien su significado:

Muera yo con quien vivo;
muera, no viva ausente;
vivir acá no es vida,
morir allá no es muerte.

Freire de Andrade, decía en una composición española:

Ya, soledades mias,
no lloro que me ofenda
lo que vivo en *Saudades*,
sino morir de ausencia.

Pero esta voz que se ha creido no tiene equivalente en español ni en otros idiomas, aparece empleada por Menéndez Pelayo en sus *Estudios poéticos;* es á saber: *anyoranza*, palabra catalana que corresponde á la portuguesa *saudade* (dulce tristeza.)

LICENCIAS POÉTICAS.

Vamos á ocuparnos en tratar ligeramente de ciertas intoleradas libertades, que se han tomado algunos de nuestros mejores poetas; cuyo desenvolvimiento lo calificamos de pasatiempo agradable, para los no cultivadores de ese arte puramente intelectual llamado poesía, y que ojalá sirva de enseñanza para los alumnos de las Musas que echan mano á menudo de licencias prosódicas ó sintácticas, de inversiones peregrinas y transposiciones inusitadas.

En algunos casos los poetas omiten totalmente el artículo, por más que la gramática lo requiera. Así Arriaza calló el definido en el *Himno de la victoria*:

> Los surcos se vuelven
> Sepulcro á *(los)* tiranos.

Quintana se dejó el indefinido en la oda *Á España despues de la revolucion de marzo:*

Así rota la vela, abierto el lado,
(un) Pobre bajel á naufragar camina

En el *Viaje al Parnaso* dice Cervantes:

Nunca *voló* la humilde pluma mía,

Y Meléndez en una de sus *Anacreónticas:*

Ya de mis verdes años
Volaron diez y nueve.

En el primer caso debiera decirse, *ha volado*, y en el 2.º *han volado.*

Los nombres femeninos que principian por *a* acentuada, y llevan por esta razon el artículo masculino, reclaman no obstante la terminación femenina en todos los abjetivos que con ellos concuerdan; sin que pueda sufrirse

Miéntras vuela *risueño*
El aura de la vida,

como ha dicho Lista.

Martínez de la Rosa ha puesto en el poema de *Zaragoza* los versos:

Almo don de los cielos! tú *solmente.*—
Verse *solmente* huesas y sepulcros;

á pesar de haberle precedido en usar de esta síncope Jovellanos, cuando dijo en la epístola *A sus amigos de Sevilla,*

Pero el sensible corazon, al casto
Fuego de la amistad *solmente* abierto.

El Duque de Rivas en su *Moro espósito:*

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando hosana con berrido ronco,
Veinte monjes, *(con)* las albas desceñidas,
Gruesa la panza, *(con)* el cerviguillo gordo.

Fr. Luis de Leon, en la canción *Á nuestra señora*, omitió el pronombre recíproco *se*, necesario al verbo pronominal *pasmarse de*, en los conocidos versos:

Y mis ojos, cobrando mucha lumbre,
Pasmaron del engaño,
En que andan los que rigen la alta cumbre
Del mundo á quien adoran.

Balbuena en su *Égloga V.* dice por boca de un pastor:

Yo quiero ahora de está blanca cera
Remendar mi zampoña; tú, Carillo,
Préstame, *si querrás* tu podadera:

donde, *si querrás*, es decir, el *sí* con futuro de indicativo, es construccion francesa: el idioma nuestro pedia, *si quieres*.

Garcilaso en la primera de sus *Églogas:*

Cosa pudo bastar á tal crueza?

Construcción conocidamente italiana: en español era preciso haber dicho *¿qué cosa pudo bastar?*

Alguna vez se ha juntado el masculino con nombres femeninos que empiezan con *a*, aun cuando en prosa no lo tenga autorizado el uso. Así Garcilaso pudo decir:

Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el *altura*
El sol, etc.,

licencia que Fray Luis de Leon extendió basta los adjetivos, diciendo en la *Profesia del Tajo*:

Traspasa *el* alta sierra.

De la misma manera se permite suprimirle en casos en que la prosa le requiere esencialmente. Herrera, en la canción *A D. Juan de Austria:*

Á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó *en* Etna cabernoso,

en lugar de *en el* Etna.

Suele cometerse la figura elipsis, es decir, que falta algo para que esté completa la oración, como en el siguiente pasaje de la égloga *Batilo* de Meléndez:

No á mí sea dado *(disfrutar* ó *poseer)*
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento.

Lindo ejemplo de elipsis hay en aquel verso de Quintana, que, hablando de Nelson, dice:

(Como á) Inglés te aborrecí, y (como á) héroe te admiro.

Son frecuentes, permitidas y casi necesarias las *inversiones*: como que constituyen uno de los caractéres del lenguaje poético. Mas aun en este, se hace indispensable que den belleza á la frase, y no dañen á la claridad. Es inadmisible y afectada, la del siguiente verso de Lope, en su *Circe*:

Con los primeros de la mar embates.

No menos inadmisible, por no decir disparatada, es la que se permitió Villegas:

¿Agrícola de mares no fué Ulises?
Pues ¿cómo de Calipso gozó Dea?

Lope ridiculizó el vicioso uso que, en su tiempo, se solía hacer de esta figura, en aquellos versos de la *Gatomaquia:*

En una de fregar calló caldera;
(Transposicion se llama esta figura.)

Y sin embargo, él mismo cayó en este defecto, como se ha visto antes.

Cienfuégos ha dicho en su oda *El otoño*, compendio de mil desatinos gramaticales y poéticos:

El mismo Febo por vencerlos *lidia*,
Cuando oye el nombre de mi Silvia en ellos,
Y hasta las Musas, en nombrando á *Silvia*,
Doblan al canto los sagrados cuellos.

Meléndez hace consonar *tumba* con *cuidan*, en la siguiente cuarteta:

Le adularás con ella?
ó allá en la fría *tumba*
los míseros que duermen,
de lágrimas se *cuidan?*

Forner es autor de

La soberana paz, sin que *interrompa*,

imitando en este compuesto á Ercilla y otros poetas que habian usado de la misma licencia.

Como siempre ha habido quien pedanteára con las figuras gramaticales, empleándolas sin necesidad, ni gusto, burlóse donosamente Quevedo de los pedantes en *tmesis*, escribiendo:

Quien quisiere ser culto en solo un día
La *geri* (aprenderá) *gonza* siguiente.

Alteración ortográfica se encuentra en la vulgar redondilla de la comedia *El amor al uso*, por Solís:

Amor es duende importuno
Que al mundo asombrado *tray*:
Todos dicen que le hay,
Y no le ha visto ninguno.

En el romance *Á una dama que le pidió versos*, dice L. Moratin:

Y cuando mi patria logre
la felicidad que espera,
su nuevo Augusto hallará
Marones que le *celebran*,

en lugar de *celebren*; solecismo que le hizo cometer

la fuerza del asonante. El citado poeta apostrofa así á un párvulo, empleando la *a* en vez de la preposición *para*:

Oh! vive *á* la virtud, niño inocente;

y en una epístola á Jovellanos:

Todo: que *á* no volver huyen las horas.

Melendez en el principio de una de sus obras:

¿Dónde están, lira mia,
los sones delicados,
con que un tiempo *adurmieras*
mis agudos quebrantos,
Endulzaste mis ocios,
y el contento en mi labio
al compás de tus trinos
me *adulara* más grato?

Reduciendo á prosa este periodo, se advierte que *adurmieras* está por *adormiste* y *adulara* por *adulaba*.

Debe emplearse el *la* y el *las*, siempre que estos pronombres reciban la acción del verbo, ó están en lo que se llama acusativo. No tiene disculpa que Meléndez haya dicho en *La paloma de Filis*:

Y en el hombro *le* (la) arrulla.—
Un beso *le* (la) consuela;

y Arriaza,

La fatigada cierva, si *le* (la) aqueja
La sed, etc.

El citado poeta infringió las reglas de la gramática en este pasaje:

Dadme guirnaldas bellas
los que sabeis amar,
que de Delfina *en* (con) ellas
quiero la frente ornar.

Martínez de la Rosa, en el canto I de su *Poética* (edición de 1827, pues en la 2.ª de 1834 corrigió este y otros descuidos), ha dicho:

Tal vez con oro y ricos pabellones
Ornará de un pastor la humilde *choza*,
Y con rústicos ramos y festones
De un monarca la estancia *suntüosa*.

Ménos disimulable es el pareado del *Salmo 103* por Gonzalez Carvajal, en que resalta otro defecto de pronunciación provincial:

Criado adrede por designio *tuyo*
Para abatir su *orgullo*.

En el acto I de la comedia *Trampa adelante* de Moreto:

Y si á cobrar venís, sabed la *casa*;
Que si volveis á repetir la *traza*, etc.

Por último, Gil Polo en las *Rimas provenzales* que puso en su *Diana Enamorada*, dice:

Medres y *crezcas*
en yerbas *frescas*.

Los poetas deben ser muy parcos-sobre todo s son buenos-en tomarse libertades de las apuntadas en este ligerísimo artículo, y procurar recurrir sólo á las que están autorizadas y aprobadas por los escritores de primer órden y preceptistas de fama.

El acento en nuestro idioma

De todas las cuestiones relativas á la ciencia de los idiomas, ninguna ha suscitado tantas controversias como la de los acentos, y ninguna ha permanecido más envuelta en la oscuridad, á pesar de los esfuerzos de los sabios que la han agitado. Y es que la palabra acento representa á la vez muchas ideas distintas, y los que han pretendido resolver esta cuestión, de suyo compleja, han confundido casi siempre lo que era distinto, separando otras veces lo que en realidad era idéntico.

Algunos filólogos se han dedicado á investigar la naturaleza de este fenómeno de la voz, que se llama acento: unos lo han aplicado por cierta elevación de tono, otros por una detención semejante á la que los músicos nombran apoyatura, ó bien á la batuta que marca el compás.

La etimología de la palabra acento se encuentra, á no poderlo dudar, en la voz latina *accentus*, *ad-*

cantus, derivado de *canere*, cantar. *Accentus* vale, pues, *ad-cantus*, *prope cantum*, que es como quien dice una cosa como *canto*, un *casi-canto*. Esta etimología nos indica que el acento de los latinos no consistía, como el nuestro, en una mera insistencia de la voz, sino que se marcaba por una verdadera modulación musical. Algo de esta hay en nuestro lenguaje apasionado, y algo, sobre todo, en el lenguaje del pueblo rústico, en el cual se advierte casi siempre cierto tonillo ó cantício.

El gramático Diomédes llamó perfectamente al acento *anima vocis* (alma, espíritu, esencia, del vocablo).

No existiendo base alguna filosófica constante, y siendo muchas las escepciones que ocurren, es dificilísimo dar reglas fijas y sencillas para una acentuación clara, y que sin embargo, dispense de poner en cada palabra su acento tónico, lo cual, aunque pesadísimo, sería lo más seguro y lo más derecho (como se hace para las penúltimas en casi todos los libros de coro); y lo que convendría hacer en todas las obras destinadas para las primeras lecturas de los niños, quienes aprenderían de este modo la prosódia ú ortoépia de muchos vocablos, y sentirían menos, en adelante, las faltas de acentuación que hallasen.

En toda sociedad bien organizada, se necesita una autoridad suprema que tenga la misión (como ahora se dice), de regirla convenientemente, y á las decisiones de ella tienen que sujetarse, de grado ó por fuerza, cuantos vivan dentro de su esfera de acción. Es indudable que, en materia de ortografía, tenemos que reconocer en España como autoridad suprema á la Academia de la Lengua, y por tanto, tenemos que vivir sujetos á sus disposiciones, si no queremos, al declararnos en abierta rebeldía contra sus preceptos, introducir la confusión, el desbarajuste, el desorden, el caos, en cuanto se relaciona con la expresión fiel y

exacta de nuestros ideas, por lo que hace á la materialidad de los signos que la representan.

Á cualquiera le está permitido pensar de esta ó de la otra manera en asuntos gramaticales; pero no puede cualquiera legislar á su arbitrio en asuntos ortográficos, y únicamente la citada Academia es la que tiene el indisputable derecho de imponernos sus preceptos para que todos consignemos por escrito nuestros pensamientos de una manera uniforme.

Es sabido que los acentos ocupan un lugar principalísimo entre nuestros signos ortográficos, y que todos los gramáticos los dividen en agudo, que designa la elevación de la voz en la vocal sobre que está pintado; en grave, que pide por la inversa que bajemos la voz, y en circunflejo (desechado enteramente), que siendo un compuesto del agudo y del grave, no puede estar sino sobre una sílaba en cuya pronunciación gastemos dos tiempos, uno para subir y otro para deprimir nuestra voz.

Nadie tenga esta materia por indiferente, pues no solo pende á las veces de su buena ó mala acentuación el sentido de una cláusula, sino que las mismas voces tienen un significado muy diverso, segun la sílaba en que se nota y pronuncia el acento. *Sandía* es el melon de agua y *sándia* entre nosotros es sinónimo de sosa, desabrida, poco graciosa; *artéria* es un conducto de nuestra sangre, y *arteria* sagacidad ó astucia; *cabrio* es voz de heráldica, y tambien un madero que sirve para la construcción de las casas, y *cabrío* lo perteneciente á las cabras; *célebre* significa insigne ó distinguido, *celebre* es la tercera persona del singular del futuro de subjuntivo, y *celebré* la primera del pretérito absoluto de indicativo. Igual diferencia ocurre en *intérprete*, *interprete* é *interpreté*. Del mismo modo *íntimo* y *legítimo* son nombres, *intimo* y *legitimo* primeras personas del singular del presente de indicativo, é *intimó*, *legiti-*

mó, terceras del pretérito absoluto; *lucido*, participio pasivo de *lucir*, y *lucirse* es el que desempeña algo con lucimiento, á diferencia de *lúcido*, que significa lo que despide luz ó es luciente; *vénia* (permiso) y *venía* de venir; *régia* (real) y *regía* de regir; *ténia* (lombriz) y *tenía* de tener; *séra* (espuerta) y *será* de ser; *contínuo*, *continúo*, *continuó; ánimo*, *animó*, *ámplio*, *amplío*, *amplió*, *cántara*, *cantára*, *cantará*. *Cítara* significa un instrumento de música; *citára*, pretérito subjuntivo ó condicional de citar, y *citará*, futuro indicativo del mismo verbo, y otro tanto sucede respecto de otras muchas dicciones.

En los ejemplos, *él ama*, y *el ama*, vemos que el primero se refiere á uno que ama, y el segundo á una ama de cría. En el ejemplo, *si te pregunta si quiero té, díle que sí*; advertimos que el primer *si* es igual al 2.°, y que ambos se pronuncian con ménos fuerza que el 3.°, así como el primer *te* con ménos fuerza que el 2.° Por eso se acentúan los que requieren más fuerza.

En la palabra *pié* (el pié) se presenta la dificultad de cómo deberá escribirse esa misma voz expresando acción pasada de *piar*, puesto que si ponemos *pié* significa el pié, cuya significación no es la de haber *piado*: y si acentuamos en la *í*, *píe*, significa el deseo ó el temor de que el ave *píe* ó dé *píadas*. Esta dificultad puede resolverse colocando dos puntos sobre la *i* y acentuando la *e*. Y como *piar* no se usa sólo para expresar la voz de las aves que *pían*, sino que tambien significa clamar con vehemencia ó pedir con anhelo una cosa, bien puede uno decir: « *Yo pïé* porque me llevaran al lado de mi hijo.» En ese, y tal vez algun otro caso parecido, es necesaria la diéresis.

Un ilustre gramático dice que se acentuarán todas las *i i* tónicas, puesto que igual trabajo cuesta poner un acento que poner un punto. Así se evitará el bar-

BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y ARTES

barismo prosódico de los que hacen esdrújulas las voces *expedíto*, *mendígo*, *opímo*, *períto*, etc., y grave la de *prístino* y otras.

En los homónimos, monosílabos ó no, añade, convendrá marcar el acento en la acepción ménos usada, siempre que pueda haber la menor duda ó equivocación para el lector. Acentúese, pues, *dé* (verbo), *té* (planta), etc.

La norma general debe ser, acentúar en castellano la misma vocal tónica de la palabra latina, ó latinizada, correspondiente. Y esta es la pauta que real é instintivamente se sigue, salvo algunas pocas excepciones que, unas por eufonía, y otras por ignorancia, se han ido introduciendo, como en *análisis*, *médula*, *cónclave*, que deberían ser *graves*, y han venido á ser *esdrújulos*. A *cólega*, que iba prevaleciendo, se ha conseguido ponerle remedio; y de esperar es que al fin dirá tambien todo el mundo *interválo*, *mendígo*, *perito*, que es el legítimo modo de acentuar estos vocablos.

Se acentúan los monosílabos cuando se pronuncian con más fuerza que de ordinario, ó si queremos distinguirlos entre sí, como asimismo los demostrativos, si van separados del nombre; y los relativos con interrogación y admiración, ó pronunciados con más fuerza. Se acentúan en igual caso *cuándo*, *cómo*, *dónde*, etc., y las voces que terminan en *ía*, *íe*, *ío*, *úa*, *ue*, *uo*, cuando son agudas la *i* y la *u*. Lo mismo ocurre con las palabras de más de un significado, si se pronuncian con mayor fuerza; v. g.: *éntre*, *pára* y *sóbre*, y con las voces polisílabas agudas que terminan en vocal. Tambien se acentúan las llanas que acaban en consonante ménos en *n* y *s*, y las voces llanas cuya penúltima es un diptongo disuelto, de *ai*, *oi*.

Segun la Academia, se acentúan las voces polisílabas agudas que terminan en *n* ó *s*. No se acentúan

las palabras llanas que terminan en *n* ó *s*, ni las que acaban en vocal.

Las palabras graves que terminan en consonante en el singular, son esdrújulas en plural. Sólo *carácter* hace *caracteres*, y *régimen*, *regímenes*. Las agudas en singular son casi siempre graves en plural.

El género del relativo *cual* se conoce por el artículo *el*, *la*, y el número por la terminación. En las expresiones *¡cuál ríe! ¡cuál llora!* el relativo hace las veces del adverbio de modo, es decir: *¡cómo ríe! ¡cómo llora!*

No se acentúa la partícula *que*, sino en principio de interrogación ó admiración, y cuando se pronuncia más fuerte. Es invariable en su terminación para todos los números y casos, pero los representa. *Más*, se acentúa para distinguirlo de la conjunción adversativa *mas*, la cual se conoce fácilmente, porque equivale á *pero*. *Aún* y *todavía* son dos voces sinónimas cuando expresan un espacio de tiempo en que no se ha consumado una acción. Son tambien sinónimas cuando significan una duración indefinidamente prolongada. Pero áun tiene dos significaciones peculiares que no pueden reemplazarse por todavía. Primera, en sentido de hipótesis; segunda, como conjuncion adversativa, en lugar de *sin embargo*. *Tu* se acentúa siendo pronombre personal, no cuando es posesivo ó adjetivo. *Se* no se acentúa cuando es pronombre, sino cuando es verbo. *Si* lleva acento como nombre, como pronombre y como adverbio de afirmación. Á *como* se le impondrá acento cuando fuere nombre ó verbo, ó adverbio con significación de *cúanto* ó *en cual* ó *de que manera*. No se acentúa cuando significa igualdad ó semejanza, ó es conjunción equivalente á *que*· Á *luégo* tambien se suele poner acento cuando significa inmediatamente ó despues. *Entre*, *para* y *sobre* se señalarán con acento cuando

fueren verbos. *Sobre* como sustantivo (sobre de carta) no suele ir acentuado.

Un maestro en el arte de escribir, ridiculizó el mal uso que se hace de los acentos en el siguiente fragmento de una de sus fábulas (la intitulada *El sastre y el avaro)*:

Hay gente que dice *cólega*
Y *epígrama* y *estaláctita*,
Púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
Hóstiles, *córola* y *áuriga*.
Se oye á muchísimos *périto*,
Y alguno pronuncia *mámpara*,
Díploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles, *Tíbulo* y *Sávedra*.
. . . . . .

Apreciable es por su mucho donaire aquel soneto de Solís en la comedia *Amor y obligacion* (corre impresa como de Moreto), en que se burla de las afectadas y extrañas acentuaciones de palabras.

Nise, haciendo á tu amor la salvaguardia,
si me escoges aciertas la materia,
porque toston es todo *bellaquéria*,
y tú no eres amiga de *picárdia*.
Si á él de tu pecho entregas la vanguardia,
no saldrás en tu vida de laceria:
dámela á mí y advierte que es *bobéria*
que en lo que bien te está te muestres *tárdia*.
Yo de tristeza tengo muerto el *hígado*
y de alegría tu rigor me expolia,
que á esta fineza está mi amor *oblígado*.
Y él más soberbio que el gigante Gólia
está alegre y ufano y *repantigado;*
que pícaros no tienen *melancólia*.

El acento ejerce indudable influencia en la versificación castellana. Segun esté colocado el último de cada verso, los heptasílabos se reducen á seis sílabas,

ó se prolonga á nueve sin perder su semejante, regla común á todo género de metros. En este verso de Garcilaso,

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!,

el adjetivo posesivo *mi* no suena con acento y se pronuncia como unido á su sustantivo *mal*; pero si trastornando el sentido sin alterar las palabras, haciendo de *mi* pronombre personal y convirtiendo el mal en abverbio de halladas, dijésemos:

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!

entonces los acentos se trocarían, descargándose de la palabra *mal* y cayendo sobre el vocablo *mí*. El oido menos ejercitado conocerá la diversidad de cadencia en uno y otro modo de recitar este conocido verso.

Con razón advirtió Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*, que el poeta ha de ser

«Puro en la lengua y propio en los acentos.»

LA POESÍA ANÓNIMA.

Entre todos los géneros de poesía que aparecen á nuestra consideración, ninguno se presenta con caracteres tan interesantes como el en que se ejercita esa capacidad colectiva que tiene nombre, y por cierto glorioso: como que se llama el pueblo español, cuya poesía *sui generis* retrata á maravilla el espíritu nacional de tantas épocas y que espontáneamente crea, falto siempre de educación literaria (1), imprimiendo, no obstante, en sus manifestaciones generales el sello más característico y adecuado de sus creencias, usos y costumbres, con aquella fecundidad artística de que solo es capaz un verdadero poeta que siente en su espíritu los impulsos sublimes de la inspiración.

---

(1) Es de advertir que la lira de los eruditos solía tener su participación en estas creaciones de la musa popular. El Arcipreste de Hita, declara «que no cabrian en diez pliegos los cantares festivos y de burlas compuestos por él para ciegos, escolares, romeros, mendigos y juglares.

En las coplas, seguidillas, trovos, *cantes* (1), etc., genuina reproducción de las costumbres populares, graba el pueblo sus múltiples y verdaderas inclinaciones, conservando con pureza su primitivo caracter y sobre todo rindiendo acendrado culto al amor, hermoso ideal que el alma humana fórjase allá en los espacios vastísimos de la fantasía.

Es maravilloso encontrar en las poesías de esa gran masa de hombres, que unos llaman plebe, otros clase inferior, vulgo los más y algunos asignan con nombres ménos caritativos, filosóficas inspiraciones como por instinto ó intuición reveladas; pero no lo es, si consideramos que estas inspiraciones han sido creadas sin conciencia propia, por decirlo así: ora por un acceso de melancólica desesperación, ya por la memoria de aquellos venturosos lugares que nos vieron nacer, ó bien por los recuerdos que sugieren los desengaños de la mujer amada.

Los poetas de más ilustración han bebido y beben sus inspiraciones en la fuente inagotable de la poesía plebeya, pues la forma, segun todos los indicios, de las canciones populares es de las más antiguas, tanto como el romance, (2), que, segun datos que tenemos por fidedignos, se remonta al tiempo de los «Cantares de gesta.» Juglares de boca y tamborete, trompeteros y saltadores, endechederas, cantaderas y danzaderas, se llamaron en Castilla los primitivos intérpretes de la musa anónima.

La historia de las letras, y muy principalmente de

---

(1) Son los *cantes flamencos* una mezcla de elementos heterogéneos, aunque afines, resultado del contacto en que vive la clase baja del pueblo andaluz con los que se l amaron antiguamente *ejipcianos* y *bohemios*, y despues se les ha dado el nombre de *gitanos*, que es el que conservan en la actualidad.

(2) Conviene á este respecto apuntar, que han existido poesías populares castellanas que fueron utilizadas en el poema latino de la «Conquista de Almería,» en la Crónica rimada del Cid y en la Historia general de D. Alonso el Sabio.

la poesía del pueblo andaluz, no puede explicarse, sin tener presente el desarrollo de los demás elementos sociales que constituyen la vida pública de los pueblos, y sin comprobarla á menudo con la historia de las bellas artes.

Quizá ninguna nación podrá vanagloriarse de poseer, como la española, riquísimo tesoro de esas bellas, concisas y expresivas poesías que, con el nombre de coplas, corren de boca en boca. De las que, por diferentes conducto, hemos logrado reunir (las cuales forman ya grueso volúmen manuscrito), vamos á entresacar algunas del género amoroso, que, por la belleza de su forma, por su estructura ingeniosa, por su gracejo, etc., merecen ser trasladadas á continuación:

Yo tengo que hacer contigo
una cosa sin ejemplo:
te tengo que dar mi alma
para completar tu cuerpo.

*
* *

Dos besos en este mundo
nunca se apartan de mí:
el último de mi madre,
y el primero que te dí.

*
* *

Uaa mora me enamora,
y no es mora de nacion;
es mora, porque ella mora
dentro de mi corazón.

*
* *

Encimita de tu frente
te lo tengo de escribir:
pondré una *a* y una *m*
y entre las dos una *i*.

***

Pendiente de un collar negro
llevas al cuello una cruz,
en prueba de que allí he muerto
y que me mataste tú.

***

No te mires al espejo,
porque entonces va á pasar
que con la luz de tus ojos,
tus ojos van á cegar.

***

En el juicio universal
á tu lado estaré yo,
porque si no, ¿con qué alma
me he de presentar á Dios?

***

Te quise porque te ví,
y te ví porque Dios quiso,
y al ver cuán poco me quieres,
me pesa de haberte visto.

En el género festivo, la musa popular española es superior, pero menos delicada que en la poesía de los amores, abundando los pensamientos agudos y picantes, como puede notarse en las coplas:

No quiero tomar café,
porque se me quita el sueño;
lo que quiero es tomar té,
que tomando té me duermo.

***

El demonio son los hombres,
segun dicen las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve.

***

De una costilla de Adán
formó Dios á la mujer,
para dejar á los hombres
ese hueso que roer.

Las coplas que pudiéramos llamar filosófico-morales, existen profusamente, demostrando así el pueblo que posee aptitud para cultivar este y otros géneros de poesía. Sirvan de ejemplo:

No niegues tu pan al pobre
que llega á tu puerta y llama,
que puede ser el camino
que tú recorras mañana.

***

Desde el día que nacemos
á la muerte caminamos;
no hay cosa que más se olvide
y que más cierta tengamos.

***

Hasta la leña en el bosque
tiene su separacion;
una sirve para santos
y otra para hacer carbón.

*
* *

Celos son unos recelos
de la mente acalorada,
Si son algo, no son celos;
si son celos, no son nada.

*
* *

Todo el que quiere casarse
ajusta la cuenta alegre;
luego, despues de casado,
la repasa y no la entiende.

*
* *

Con el corazón te hablo
y dices que no me entiendes;
gota de agua en tierra seca
al punto desaparece.

*
* *

Anda, vete con el mundo
que el mundo te dará el pago;
que tambien el mundo arregla
al que anda desarreglado.

*
* *

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten,

que en uno se duerme mal
y en otro se duerme bien.

*
* *

Has hablado mal de mí,
yo de tí no quiero bablar;
siempre suena la campana
conforme tiene el metal.

La seguidilla, más larga y artificiosa que la copla, opone mayores trabas á la imaginación. Así es que, la verdaderamente popular, consta de cuatro versos, es decir, que carece de estribillo. La generalidad de las de siete versos pertenecen á esfera social muy diversa de la que produce la coplas. Muchas están evidentemente compuestas por poetas de elevado rango, pues nadie atribuirá á ingenio mediocre ó inculto estas composiciones:

Pues es fuerza casarme,
chica la quiero;
ya que son malas todas,
del mal el menos;
Dios me la guarde,
que, aunque chica, bien puede
hacerme grande.

*
* *

Parece el amor tuyo,
niña, al espejo,
que faltando el azogue
no dá reflejo;
pues para amarme,
es preciso no deje
de platearte.

*
* *

En el libro precioso
de tu persona
ando yo registrando
hoja por hoja;
y hallo, con gusto,
que son admiraciones
todos los puntos.

*
* *

Amor es como el agua,
segun se toma,
que á muchos los refresca
y á otros sofoca:
bebe con tiento,
que hay mil enfermedades
por el exceso.

*
* *

Las mujeres y cuerdas
de la guitarra,
es menester talento
para templarlas;
flojas no suenan,
y suelen saltar muchas
si las aprietan.

*
* *

Si soy fino, tú ingrata;
si amante, esquiva;
si rendido, soberbia;
si humilde, altiva;
si fiel, tú falsa;
si soy tierno, tú dura;
si firme, varia.

*
* *

Con cuatro letras vivo,
con cinco muero,
con siete me cautivan,
con doce peno;
y son la causa,
amor, celos, finezas,
desconfianza.

Algunas de las seguidillas, que en su principio constaban de siete versos, han pasado al pueblo solamente con los cuatro primeros, quizá para acomodarlos fácilmente al canto. Nótese cómo, sin estribillo, no pierden absolutamente nada en mérito las siguientes:

De día eres morena,
de noche blanca;
ni con tu cara sabes
tener constancia.

***

Te quiero, pero quiero
que tú no quieras
á quien te quiere, y quiere
que no me quieras.

***

Hasta al agua que bebes
le tengo envidia;
mira si tendré celos
de quien te mira!

***

No me mires, que miran

que nos miramos:
miremos la manera
de no mirarnos.

*
* *

Caminaba la ausencia
por un camino,
y el olvido seguía
sus pasos mismos.

*
* *

Dí al tiempo lo que callas,
que es el que solo,
cuando no dice nada
lo dice todo.

*
* *

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
delante los agenos,
detrás los mios.

*
* *

Del carro de los locos
todos tiramos;
unos con tiros cortos,
otros con largos.

Bajo la denominación de *cantes flamencos*, conocemos una serie de composiciones cortas, tan interesantes y dignas de estudio como las coplas y seguidillas. Constan ordinariamente de tres versos, y la

letra es, por regla general, de caracter triste y abatido, como los que reproducimos:

No sé yo por donde
al espejito,—donde me miraba—
se le fué el azogue.

* * *

Voy como si fuera preso;
detrás camina mi sombra,
delante mi pensamiento.

* * *

No siento en el mundo más
que tengas tan mal *sonío*,
siendo de tan buen metal.

* * *

Soñé que caía muerto
y que al caer, me abrazaba
á la sombra de mi cuerpo.

Fácilmente podríamos aumentar los ejemplos, pero decidimos terminar estos apuntes, ya que nuestro ánimo ha sido presentar únicamente algunos modelos de esas poesías sencillas y agradabilísimas, que el pueblo español recita y seguirá recitando con extremada fruición, sin duda porque ve en ellas expresada con exactitud la fórmula de sus aspiraciones y sentimientos.

OJEADA AL TEATRO DE CALDERÓN.

Es asombroso lo que se ha escrito acerca de ese grande ingenio dramático llamado Pedro Calderón de la Barca, así como la diversidad de juicios que ha merecido á los críticos. Á los nombres de Martínez de la Rosa, Javier de Burgos, Mesonero Romanos, Escosura, Harzenbusch, Álvarez Espino, Canalejas, Gonzalez Pedroso, Cañete, Lopez de Ayala, Gonzalo Morón, Ochoa, García Suelto, Lista, Gil y Zárate, Durán, Revilla, Larrea, Musso y Valiente, Lasso de la Vega, Menéndez Pelayo y otros, hay que añadir los de extrangeros de tanta nombradía como Schack, Schlegel, Schmidt, Ticknor, Puibusque, Philarete Chasles, Viel-Castel, Damas-Vinard, Halm, Sismonde de Sismondi, Bouterwek y Morel Fátio, lo cual supone que es ya materia imposible decir nada nuevo sobre el dramaturgo

que supo mantener en vigor, durante 70 años, la curiosidad y el interés del público.

Miéntras Calderón vivió, lucieron modestamente á su lado Tirso, Alarcón, Rojas y Moreto, repartiendo su celebridad con otros poetas visiblemente inferiores á ellos; muerto Lope, le hizo olvidar y oscureció á todos. Y sin embargo no era Calderón tan fecundo como este, ni tan habil ó feliz en la expresión de la ternura, ni en la dicción tan claro y sencillo. Faltábale el gracejo cómico de Tirso y de Moreto, la escrupulosa lima y firme propósito doctrinal de Alarcón; á Rojas ni á los autores de segundo órden, nada tenía que envidiar: Rojas era otro Calderón de proporciones más reducidas.

Calderón fué más gongorino que Lope, Tirso y Moreto; pero el que lea sus obras dramáticas advertirá fácilmente que este defecto lo usa, si así puede decirse, con discreción y cordura; y como eligiendo los pasajes y las producciones en que puede incurrir en él con menos daño de los efectos teatrales. Fuera de esto, una cualidad que les vence á todos, es la armonía; su versificación es una música continuada que encanta y enagena.

Si atendemos á la larga vida que consiguió, durante la cual, desde muy joven, no dejó de escribir, el número de 120 comedias que es el mayor que se le atribuye, no sorprende; pues áun contando solo desde la edad de 20 años, no salen á 2 cada uno; y á otros tantos ascenderían, á lo más, los autos sacramentales, resultando el tiempo de 3 meses para cada una de sus composiciones dramáticas. Aunque las más serían hechas sin duda alguna en mucho menos tiempo, siempre se ve que no trabajaba sus obras con la precipitación de Lope.

Tuvo la fortuna Calderón de haber vivido bajo el reinado de Felipe IV, decidido protector del Teatro, y poeta él mismo. No es pues extraño que en-

grandeciese con sus mercedes al dramático mayor de su siglo.

En cada una de esas obras denominadas de enredo, de intriga ó de caracter, y más comunmente de «capa y espada,» muestra Calderón un pensamiento social, dirigido á influir directamente en el alma.

Fueron bastantes las comedias que compuso de este género. Hasta treinta podemos contar de ellas, y más aún si se agregan las que, con caracter algun tanto distinto, pertenecen más bien á esta clase que á ninguna otra.

En concepto de varios críticos, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, fué la mejor que escribió Calderón entre todas las de enredo que compuso; y efectivamente, tiene un mérito singular, ya sea por el plan, por la invención, por la distribución de los lances, ó por el estilo, si bien el discreteo, la afectación, la ampulosidad del lenguaje deslucen con frecuencia sus más bellos pasages, vicio que era tenido en aquella época como una virtud sobresaliente.

Véase el ingenio y la versificación que muestra Calderón en el siguiente fragmento del diálogo del acto I.

MARCELA.

. . . . . Caballeros
desde aquí habeis de volveros,
no habeis de pasar de aquí;
porque si intentais así
saber quién soy, intentais
que no vuelva donde estais,
otra vez; y si esto no
basta, volvéos porque yo
os suplico que os volvais.

LISARDO.

Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera:
difícilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara;
y el imán difícilmente
intentara que obediente
el acero le dejara.
Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía,
si norte vuestra porfía
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues ¿cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

Á esa flor hermosa y bella
Términos el día concede,
Bien como á esa piedra puede
Concederlos una estrella:
Y pues él se ausenta y ella,
No culpeis la ausencia mía;
Decid á vuestra porfía,
Piedra, acero ó girasol,
Que es de noche para el sol,
Para la estrella de día.
Y quedaos aquí, porqué
Si este secreto apurais,

Y á saber quién soy llegais,
Nunca á veros volveré
Á aqueste sitio, que fué
Campaña de nuestro duelo;
Y puesto que mi desvelo
Me trae á veros aquí,
Creed de mí que importa así.

LISARDO.

De nuestro recato apelo,
Señora, á mi voluntad;
Y supuesto que sería
No seguiros cortesía,
También será necedad,
Necio ó descortés, mirad
Cuál mayor defecto es;
Vereis que el de necio, pues
No se enmienda; y así, á precio
De no ser, señora, necio,
Tengo de ser descortés.
Seis auroras de esta aurora
Hace que en este camino
Ciego el amor os previno,
Para ser mi salteadora:
Tantas há que á aquella hora
Os hallo á la luz primera.
Oculto sol de su esfera,
De su campo rebozada
Ninfa, deidad ignorada
De su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
Que á hablaros llegara yo;
Que no me atreviera, no,
Tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Áspid ya de sus verdores,

No deidad de sus primores,
Desde entonces fuísteis; pues
Áspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.

En la comedia que se titula *El escondido y la tapada*, aparece D. César, que es el protagonista, trayendo á Lisarda en brazos desmayada. Supónese que aquél ha dado muerte al hermano de esta, de quien está enamorado, y que habiendo salido huyendo de Madrid, ha vuelto á entrar en la ciudad á instancias de una carta, en que se le ofrece albergue seguro contra las persecuciones de los parientes de la víctima. Vuelve, pues, D. César en ocasión en que vuelca el coche de Lisarda y logra salvarla.

D. César.

¡Ay Lisarda! y quién pensara
que yo en mis brazos llegara
á verte? Mas, ¡ay de mí!
que como estás sin sentido
estoy con ventura yo,
pues tú con sentido, no
me la hubieras consentido.
¡Desdichada dicha ha sido
la que tanto bien me ha dado,
pues ya me cuesta el cuidado
de verte así! Que es forzoso
que esté, aun cuando más dichoso,
desdichado el desdichado.
Hermosísimo desvelo,
á cuyo desmayo pierde
el suelo su pompa verde,
y su pompa azul el cielo,
desentumeced el hielo
al fuego de vuestro ardor:

ved que lloran el rigor
de tanto mortal desmayo,
todo el cielo rayo á rayo,
todo el suelo flor á flor.
Aquestas campiñas bellas
sin luz están ni arrebol;
anocheced, si sois sol,
pero dejadnos estrellas.

LISARDA.

¡Ay de mí, infeliz!

D. CÉSAR.

Ya en ellas
hay nueva luz, pues volvió
en sí: mi dicha acabó...
mi desdicha, digo, esquiva;
que á precio de que ella viva
no importa que muera yo.

LISARDA.

¿Qué es lo que pasa por mí?

D. CÉSAR.

(Ap.) ¡Cielos! Pues se ha de ofender
de verme, no me ha de ver.

(Cúbrese el rostro.)

LISARDA.

¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

D. César.

Quien viendo, señora, allí,
que su vereda el sol ciego
errada llevaba, luego
llegó á enmendar el acaso,
porque no era digno ocaso
tan poca agua á tanto fuego.

Lisarda.

Pues ¿cómo habiendo vos sido
quien mi vida ha restaurado,
la voz habeis recatado,
el rostro habeis escondido?
Lo que decís no he creido,
ó son medios poco sabios;
que esconder semblante y labios
ni han sido ni son oficios
de quien hace beneficios,
sino de quien hace agravios.

D. César

Quien sirve por merecer
no merece por servir,
pues ya se da á presumir
que se lo han de agradecer.

Lisarda.

Tan hidalgo proceder
ya es otro mérito, en quien
hace suspension el bien.
Decid quién sois.

D. CÉSAR.

No haré tal.

LISARDA.

¿Y he de proceder yo mal,
porque vos procedais bien?
No; y así he de ver ahora
quién sois.

D. CÉSAR.

Pues no lo veais,
si agradecer deseais
este secreto, señora.

LISARDA.

Duda el alma, el pecho ignora
por qué.

D. CÉSAR.

Porque si me veis,
de verme os ofendereis;
y así el decirlo dilato,
por no perder este rato,
que en duda lo agradeceis.

LISARDA.

¿Ofenderme yo de veros?

D. CÉSAR.

Como holgarme yo de hablaros.

LISARDA.

¿Pesarme á mí de miraros?

D. CÉSAR.

Sí, como á mí de perderos.

LISARDA.

¿Yo sentir el conoceros?

D. CÉSAR.

Como yo el riesgo en que estoy.
Pues yo tengo de ver hoy
por qué el pesar ha de ser,
el sentir y el ofender.

D. CÉSAR.

Porque yo, señora, soy. (Descúbrese).

LISARDA.

Bien digísteis, sí, que había
de ofenderme el veros; bien
que el conoceros tambien
pesar para mí sería;
bien que la ventura mía
había de sentir hablaros;
pues ya solo por sacaros
verdadero, siento veros,
me pesa de conoceros,
y me ofende de miraros.
¿Cómo, cómo habeis tenido
atrevimiento de estar

en tan público lugar?

D. CÉSAR.

¿Cuándo no fuí yo atrevido?

LISARDA.

¿Cómo hasta aquí habeis venido?

D. CÉSAR.

Como igualando á los dos,
si por darle muerte (¡ay Dios!)
á nuestro hermano me fuí,
bien volví, pues que volví
por daros la vida á vos.

LISARDA.

Tanto á sentir he llegado
verla de vos defendida,
que he de aborrecer mi vida
por habérmela vos dado.

D. CÉSAR.

Lisonja de mi cuidado,
será ver tratar así
vuestra vida desde aquí,
pues consuelo me parece;
que quien su vida aborrece,
por qué ha de quererme á mí.

Obsérvase ese idealismo respetuoso que muestra Calderón hácia la mujer en las *Armas de la hermosura*, si bien la defensa del bello sexo es noble y hon-

rosa, cuando se consideran su debilidad y sus virtudes; pero es ridícula y humillante, cuando el hombre se mezcla en la defensa de frivolidades y caprichos, y esto último es lo que se observa en la comedia citada, sobre todo al fin, cuando dice Coriolano:

> . . . . . Advierte
> que nunca dije que había
> negádosela rebelde
> á mi dama; que el más noble
> puede negar justamente
> lo que le pide, á su patria,
> á su padre, á sus parientes,
> á su amigo y enemigo;
> pero á su dama no puede,
> y más cuando su hermosura
> con armas del llanto vence.

Y concluye:

> Primeramente
> que las mujeres que hoy
> tiranizadas contiene,
> se pongan en libertad;
> y á las que volver quisieren
> á Sabinia, no se impidan
> ni sus personas ni bienes.
> Que las que quieran quedarse
> restituidas se queden
> en sus primeros adornos
> de galas, joyas y afeites.
> Que á la que se aplique á estudios
> ó armas, ninguno la niegue
> ni el manejo de los libros,
> ni el uso de los arneses;
> sino que sean capaces,
> ó ya lidien ó ya aleguen,

en los estrados de togas,
y en las lides de laureles.
Que el hombre que á una mujer,
donde quiera que la viere,
no la hiciese cortesía,
por no bien nacido quede.
Y por mayor privilegio,
más grave y más eminente,
pues por las mujeres yo
sin honra me ví, se entregue
todo el honor de los hombres
á arbitrio de las mujeres.

Para probar que la discreción es más poderosa que la hermosura, imaginó Calderón dos caracteres opuestos en *Cuál es mayor perfeccion*: el de Beatriz, fea, discreta y entendida; y el de Ángela, hermosa, pero necia. Formó la intriga presentando á D. Félix y á D. Luis enamorados de esta, y á Doña Beatriz del primero, distribuyendo las situaciones de modo que Doña Ángela quedase desairada de los dos sugetos que la pretendían, su prima alcanzase la mano de su amante, y D. Luis cumpliese á Doña Leonor la palabra de esposo que le había dado ántes de conocer á Doña Ángela.

Desde la 1.ª escena conoce el espectador los dos caracteres principales, pintados en pocos versos con admirable exactitud por Doña Leonor. De Doña Beatriz dice:

. . . . . En mi vida
ví mujer más entendida
que lo es la Beatriz: testigo
sea con aplauso justo,
en las burlas, el buen gusto;
en las veras, la cordura;
en lo que cuenta, el donaire;
en lo que dice, el cariño;

en lo que viste, el aliño;
y en todo, en fin, el buen aire.
Tanto, para que concluya
los méritos de Beatriz,
que me tengo por feliz
solo en ser amiga suya.

La descripción del caracter de Doña Ángela, además de ser muy propio, tiene una gracia tan fina é ingeniosa en la expresión, que encanta.

La hermosura para mí
no es alhaja, mayormente
hermosura solamente,
tan á solas que no oí
sentidos que más en calma
digan: «Hermosa me soy,
y no más.» Mil veces voy
á ver dónde tiene el alma,
creyendo que es escultura
y solamente la encuentro,
una fantasma que dentro
anda de aquella hermosura.

D. Antonio es un personaje agradable y gracioso: no está enamorado, ni lo ha estado nunca, y se burla de las exageraciones de los amantes. Calderón, que agotó su ingenio en la expresión alambicada de estos caracteres en muchas comedias suyas, parece que quiso criticar este defecto por boca de D. Antonio, cuando dice:

De esos hipérboles, llenos
de crepúsculos y albores,
el mundo cansado está:
¿no los dejaremos ya
siquiera por hoy? Señores,

que nunca me pase á mí
esto de una mujer ver,
que sea más que una mujer
En cierta ocasion me ví
en casa de una señora,
de quien decían que era
el alba su pordiosera
y su mendiga la aurora.
Á oscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbró,
hasta que en la cuadra entró
un candil de garabato.

Hállanse en Calderón máximas políticas y filosóficas expresadas con suma felicidad. En *Darlo todo y no dar nada*, Diógenes, amenazado por Alejandro el Grande, contesta:

Esclavo de tus pasiones,
la destemplanza te agrava,
la lascivia te posee
y la ira te arrebata...
Y siendo así que esa ira,
ambicion y destemplanza,
lascivia y envidia, yo
esclavas traigo á mis plantas,
¿cuál será más poderoso?
¿Yo que mando á quien te manda,
ó tú que sirves á quien
me sirve á mí? Con tan clara
consecuencia, logra ahora
mi muerte; pero al lograrla,
¡mira quien eres, pues eres
esclavo de mis esclavas!

Las mismas máximas encuéntranse en *Duelos de amor y lealtad*, cuando un cautivo, para mover á sus

compañeros á levantarse contra sus amos y matarlos, exclama:

Con las preciosas riquezas
que de Fenicia han traido,
quedaremos, no tan sólo
libres, vengados y ricos,
pero absolutos señores,
eligiendo á nuestro arbitrio
rey que nos gobierne, pues
siendo de nosotros mismos,
es fuerza en paz y justicia
mantenernos, advertido
que podremos deponerlo,
pues pudimos elegirlo.

En *Afectos de odio y amor* dícese concisa é ingeniosamente:

Hombre, si por ser inútil
La mujer, no le fias nada,
¿Cómo todo se lo fias,
Puesto que el honor le encargas?

Vemos también en *Apolo y Climene* ingerida la siguiente:

Al delicuente aseguran
Yerros de juez delincuente.

En *No siempre lo peor es cierto*, muestra su autor el profundo conocimiento que tenía del corazón humano, y la sensibilidad de un alma generosa.

Una mujer inculpable, á quien las apariencias acriminan á los ojos de su amante; que no tiene medio alguno de desvanecerlas, y sufre resignada su dolor, sin más alivio que la esperanza de que el tiempo aclare la verdad, es preciso que inspire un interés vivo y duradero. Al punto que se presenta, cautiva la aten-

ción; y cuando el espectador la oye decir en tono suplicante y dolorido:

escúchame, y no me creas
despues de haberme escuchado,

la declara inocente en su interior.

¡Qué dulzura, qué sensibilidad, qué amor manifiesta cuando dice á D. Carlos:

Si en algun tiempo
te llegare el desengaño
de la culpa que no tengo,
¿me has de cumplir la palabra
que me diste?

Á lo que su amante responde enérgica y apasionadamente:

. . . . . No solo eso
ofrezco á ese desengaño,
Leonor; pero hacerte ofrezco
víctima el alma y la vida.

Más adelante, ¡qué reconvención tan dulce y tan justa hace!

Si airado una vez, si tierno
otra vez me hablas, ¿por qué
más al mal que al bien atento,
no le pones de mi parte,
y crees, Carlos, que puedo
estar sin culpa?

La amabilidad y dulzura de Leonor brilla constantemente en toda la comedia, y solo desaparece al proponerle Doña Beatriz el casamiento con D. Diego.

Entonces muestra enfurecida la pasión que siente por D. Carlos y el ódio que profesa al hombre que ha sido causa de todos sus infortunios.

. . . . . Áspid pisado
entre las flores de Abril,
vívora herida en los campos,
rabiosa tigre en las selvas,
cruel sierpe en los peñascos,
no es tan fiera para mí
como él lo es.

Calderón, como los demás dramáticos de su tiempo, hacía á sus galanes y damas unos disertadores metafísicos, como se ve en el siguiente fragmento del diálogo entre Aurora y D. Félix, de la comedia *Amigo, amante y leal:*

Hay dos modos de decir:
Uno que es decir diciendo,
Y otro que es decir sintiendo.
Quien dice por divertir,
Dice; mas quien por sentir
Dice, siente: así verás,
Cuando escuchándome estás,
Que con la amante fatiga
Hallarás quien más te diga,
Mas no quien te diga más.

Muy de moda eran también los cuentos en boca de los criados, y no deja de ser discreto el que dice Meco para probar á su amo que la mujer cuanto más hermosa está más segura:

Un astuto mercader
Suele en su tienda poner
Mil telas buenas y malas.

Las buenas, al concertarlas,
No hay en Génova tesoro,
Con ser la suma del oro
Del mundo, para pagarlas;
Porque el mercader, al vellas,
Esto á todos respondió:
«Vendidas las tengo yo,»
Y siempre se está con ellas.
Llegan otros de mal gusto,
Unas malas telas ven
Que llaman bromas, y bien
Les parecen (¡caso injusto!),
Y al primer precio que dan,
Se las llevan, por tener
El astuto mercader
Que no vuelvan si se van.
Mercader es la mujer,
Y no hay faccion en su tienda
Buena ó mala, que no venda.
Si hermosa se llega á ver,
Aunque el príncipe, el señor,
El título, el caballero,
El hidalgo, el escudero,
Lleguen; marchantes de amor,
No temas que precio haya;
Que va diciendo: «Aquí está:
Otro marchante vendrá:
No importa que este se vaya.»
Aquí la razon consiste;
Mas de la fea reniega,
Porque el primero que llega,
Corta la tela y la viste.
Y pues son (si ahora tomas
El consuelo y te le aplicas)
Las hermosas, telas ricas,
Y las feas, telas bromas,
Estará contra tu queja

La hermosura bien segura;
Que no es siempre la hermosura
Mal segura zagaleja.

El enlace de *El astrólogo fingido* consiste en haber fiado Doña María su secreto, á Beatriz su criada. Esta resuelve callarlo; y cuando Moron la insta á que le diga por qué su amo D. Diego es desdeñado de Doña María, Beatriz le responde:

. . . Por ser fuerza callo.

MORON.

Pues yo no he de procurallo;
Que tú por decirlo mueres,
Tan liberal, que aun no quieres
Que me cueste el preguntallo.
Mas dí: ¿qué causa la obliga?

BEATRIZ.

Mi señor es el que viene.
Basta decir que la tiene,
Sin que la causa te diga.

MORON.

¿Luego en vano es que prosiga
Aqueste intento?

BEATRIZ.

Jamás
De mi boca lo sabrás.

MORON.

Pues de tí lo he de saber.
¿No sirves y eres mujer?

BEATRIZ.

Sí.

MORON.

Pues tú me lo dirás.

En efecto, se lo dijo, y con tantas y tan bien explicadas circunstancias, que Moron la interrumpe, diciéndola:

. . . . . Espera;
Que no quiero saber más.
De algun músico *civil* (1).
Tu relacion me parece,
Que le dan mil porque empiece,
Y porque acabe cien mil.

Para presentar la pintura de los celos y dar una prueba del vigor y robustez con que Calderón sabía describir dramáticamente sus espantosos efectos, ninguno de cuantos dramas compuso puede compararse con el titulado *El Tetrarca de Jerusalen*, ó *El mayor mónstruo los celos*.

La respuesta de Mariene á Octavio, cuando este la aconseja apelar á la fuga para salvarse de la cólera de su esposo, recuerda la defensa que hace de Otelo Desdémona en la tragedia inglesa:

---

(1) Es decir, *vulgar, bajo, despreciable.*

. . . . . El labio mudo
Quedó al veros, y al oiros
Su aliento le restituye,
Animada para solo
Deciros que algun perjuro,
Aleve y traidor, en tanto
Malquisto concepto os puso.
Mi esposo es mi esposo, y cuando
Me mate algun error suyo,
No me matará mi error,
Y lo será sí del tuyo.
Yo estoy segura, y vos mal
Informado en mis disgustos:
Y cuando no lo estuviera,
Matándome un puñal duro,
Mi error no me diera muerte,
Sino mi fatal influjo;
Con que viene á importar menos
Morir inocente, juzgo,
Que vivir culpada á vista
De las malicias del vulgo
Y así si alguna flneza
He de deberos, presumo
Que la mayor es volveros.

Al dar la órden por escrito al amigo de toda su confianza para que mate á Mariene, añade:

Pero no sepa que yo
soy el que morir la manda,
no me aborrezca el instante
que pida al cielo venganza.

Su fiel criado quiere hacerle reflexiones, y él le interrumpe, diciéndole:

Calla,

que sé que tienes razon,
pero no puedo escucharla.

Y luego se va desesperado, exclamando:

Esferas altas,
cielo, sol, luna y estrellas,
nubes, granizos y escarchas,
no hay un rayo para un triste?
Pues si ahora no los gastas,
¿para cuándo, para cuándo
son, Júpiter, tus venganzas?

No es posible expresar la idea del deshonor de una manera más poética, sencilla, hermosa y delicada que lo está en dicho drama, cuando penetra furtivamente Heródes en la habitación de su esposa, y halla esparcidas por el suelo sus galas, y todo el aposento en desórden:

¡Tarde hemos llegado, celos,
Tarde, tarde! Pues no dudo
Que quien arrastró despojos
Habrá celebrado triunfos.

En *Á secreto agravio, secreta venganza*, obra que admira por la sencillez de su acción y por el grande interés que le da el caracter de D. Lope, magistralmente trazado, se descubre bien el sentimiento del honor, cuando dice ella á su esposo:

Yo no quiero que el amor,
sino el valor, me aconseje.
Servid hoy á Sebastian,
cuya vida el cielo aumente;
que es la sangre de los nobles
patrimonio de los reyes;

que no quiero que se diga
que las cobardes mujeres
quitan el valor á un hombre
cuando es razon que le aumenten.

Véase este mismo sentimiento hablando por boca de D. Lope, cuando acaba de encontrar á D. Luis en el cuarto de su esposa:

(Ap.) ¿Pueden juntarse en un hombre
confusiones más extrañas?
¿Tantos asombros y miedos,
penas y desdichas tantas?
Si en la calle este hombre ¡cielos!
tantos pesares me daba,
¿qué vendrá á darme escondido
dentro de mi misma casa?
Basta, basta, pensamiento;
sufrimiento, basta, basta,
que verdad puede ser todo;
y cuando no, aquí no hay causa
para mayores extremos:
(sufre, disimula y calla).
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya
sido contra una traicion
sagrado vuestro mi casa.
En ella, á ser hoy soltero,
os sirviera y ospedara,
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.
Lo que podré hacer por vos,
será acudiros en cuantas
ocasiones se os ofrezcan,
porque á ese lado mi espada
contra tres mil, no os suceda
otra vez volver la espalda.

Y ahora, porque salgais
más secreto de mi casa,
podreis salir del jardin
por aquella puerta falsa...
Yo la abriré... y tambien hago
prevencion tan recatada,
porque criados, que al fin
son enemigos de casa,
no cuenten que os hallé en ella
y sea fuerza que se vaya
á todos satisfaciendo
de cuál ha sido su causa.
Porque es cierto que nadie
dude una verdad tan clara,
y yo de mí mismo tengo
la satisfaccion que basta:
¿quién de una malicia huye?
¿quién de una sospecha escapa?
¿quién de una lengua se libra?
¿quién de una intencion se guarda?

El drama *El mágico prodigioso*, tiene tal belleza en su pensamiento capital, que puede merecer por este concepto no escatimados elogios. Lucen, además, en la obra algunas escenas admirablememte ejecutadas. El demonio es el personage capitalísimo, que, como ha afirmado la moderna crítica, carece de la grandeza del angel caido de Milton y de la profunda ironía del diablo de Goethe. La discusión teológica que el demonio emprende con Cipriano, empieza así:

CIPRIANO.

¿Habeis estudiado?

DEMONIO.

No:

Pero sé lo que me basta
Para no ser ignorante.

CIPRIANO

Pues ¿qué ciencias sabeis?

DEMONIO.

Hartas.

CIPRIANO.

Áun estudiádonse una
Mucho tiempo no se alcanza,
¿Y vos (¡grande vanidad!)
Sin estudiar sabeis tantas?

DEMONIO.

Sí, que de una patria soy,
Donde las ciencias más altas
Sin estudiarse se saben.

CIPRIANO.

¡Oh, quién fuera de esa patria!
Que acá mientras más se estudia,
Más se ignora.

DEMONIO.

Verdad tanta
Es esta, que sin estudios
Tuve tan grande arrogancia,
Que á la cátedra de prima
Me opuse, y pensé llevarla,
Porque tuve muchos votos;
Y aunque la perdí, me basta

Haberlo intentado, que hay
Pérdidas con alabanza.

En la esccna del pacto diabólico, Cipriano, loco y perdidamente enamorado de Justina, implora el auxilio del demonio, y en otra escena se hace en toda forma el contrato, es decir, con sangre de las venas del contratante. Copiemos la fórmula:

CIPRIANO.

Pluma será este puñal,
Papel este lienzo blanco,
Y tinta para escribirlo
La sangre es ya de mis brazos.

Más adelante, Satanás quiere llevar á Justina á los brazos de Cipriano, pero la doncella le rechaza, diciendo:

Mi defensa en Dios consiste.

Y el demonio contesta:

Venciste, mujer, venciste
Con no dejarte vencer.

En la escena de la tentación, Justina exclama, asombrada é inquieta:

Pesada imaginacion,
Al parecer lisonjera,
¿Cuándo te he dado ocasión
Para que de esta manera
Aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, en rigor,
Deste fuego, deste ardor,

Que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
Mi sentido?

Coro (Dentro.)

Amor, amor.

JUSTINA. (Sosegándose.)

Aquél ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante
A su consorte que está
Un ramo más adelante:
Calla, ruiseñor; no aquí
Imaginar me hagas ya,
Por las quejas que te oí,
Cómo un hombre sentirá,
Si siente un pájaro así.
Mas no: una vid fué lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abrace,
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en los lazos,
Si así abrazan unas ramas,
Cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
Aquel girasol, que está
Viendo cara cara al sol,
Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;

Que pensarán mis congojas,
Si así lloran unas hojas,
Cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor;
Desúnete, vid frondosa;
Párate, inconstante flor,
Ó decid, ¿qué venenosa
Fuerza usais?

Coro.

Amor, amor.

En el drama religioso *La Exaltacion de la Cruz*, están aquellos tres admirables versos (prescindiendo de la paranomasia), hablando del sagrado madero de nuestra Redención:

Iris de paz que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo.

Merece copiarse, por su sencilléz, verdad y fuerza de expresión, parte del diálogo entre Muley y Fénix con que principia la escena VI de la 1.ª jornada del drama *El Principe constante*, una de las obras más bellas del teatro español.

MULEY.

Aunque de paso, no quiero
dejar, Fénix, de decir,
ya que tengo de morir,
la enfermedad de que muero;
que aunque pierdan mis recelos
el respeto á tu opinion,
si celos mis penas son,

ninguno es cortés con celos.
¿Qué retrato ¡ay enemiga!
en tu blanca mano ví?
¿Quién es el dichoso, dí?
¿Quién?... Mas espera, no diga
tu lengua tales agravios:
basta, sin saber quién sea,
que yo en tu mano le vea,
sin que lo escuche en tus labios.

FÉNIX.

Muley, aunque mi deseo
licencia de amor te dió,
de ofender é injuriar, no.

MULEY.

Es verdad, Fénix: ya veo
que no es estilo mi modo
de hablarte; pero los cielos
saben que en habiendo celos,
se pierde el respeto á todo.

Sabido es que, además de *La vida es sueño* (1) comedia, existe un auto sacramental con el mismo título, de los mejores de Calderón. El instante en qne el cuerpo del hombre todavía en las entrañas de la tierra, se extremece sólo con el presagio de la animación, está descrito admirablemente.

(1) Por ser harto conocida esta famosísima obra, como también *El Alcalde de Zalamea*, hemos prescindido de hacer trascripciones de algunas escenas de ellas.

GRACIA.

Hombre, imagen de tu Autor,
De esa enorme cárcel dura
Rompe la prision obscura
Á la voz de tu Criador.

HOMBRE.

¿Qué acento, qué resplandor
Ví, si es esto ver; oí,
Si es oir esto? que hasta aquí,
El no sér pasando al sér,
No sé más que no saber
Qué soy, qué seré, ó que fuí.

GRACIA.

Sigue esta luz, y sabrás
De ella lo que fuiste y eres;
Mas de ella saber no esperes
Lo que adelante serás;
Que eso tú solo podrás
Hacer que sea malo ó bueno.

HOMBRE. (Sale de la gruta.)

De mil confusiones lleno
Te sigo. ¡Oh qué torpe el paso
Primero doy!

LUZ.

No es acaso
Que de libertad ajeno
Nazca el hombre.

HOMBRE.

Pues ¿por qué,
Si ese hermoso luminar
(Que á un tiempo ver y cegar
Hace) otra criatura fué,
Apenas nacer se ve,
Cuando con la majestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió,
Teniendo más alma yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella
Que, ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella,
Nace apenas, cuando en ella
Con libre velocidad
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,
Teniendo más vida yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué si es bruto el que á bellas
Manchas salpicó la piel
(Gracias al docto pincel
Que áun puso primor en ellas),
Apenas nace y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre, yo, con más instinto,
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frío
Seno nace y vive en él,
Siendo argentado bajel,
Siendo escamado navío,
Con alas que le dan brío

Surca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo más aliento,
Tengo menos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se ve
Torpe el hombre en su creacion,
Que tropiece la razon
Donde ha tropezado el pié?
¡Y pues hasta ahora no sé
Quién soy, quién seré, quién fuí,
Ni más de que ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro
Ese risco, en cuyo centro
Se duela mi Autor de mí!

En *El gran teatro del mundo*, son interlocutores el *rey*, la *hermosura*, el *rico*, el *pobre*, etc. Considérase al mundo como un teatro, y á la humanidad como una compañía de representantes, de la cual Dios es el autor; y empieza el auto repartiendo á cada uno el papel que le toca representar. Todos lo van aceptando, conformándose más ó menos con él, hasta que al recibir el *pobre* su papel, se queja en esta forma:

Si yo pudiera excusarme
de este papel, me excusara,
cuando mi vida repara
en el que has querido darme.
. . . . . .
¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?
Cuando este papel me dió
tu mano, ¿no me dió en él
igual alma á la de aquel

que hace el rey? ¿Igual sentido?
¿Igual sér? Pues ¿por qué ha sido
tan desigual mi papel?
Si de otro barro me hicieras,
si de otra alma me adornaras,
menos vida me fiaras,
menos sentidos me dieras;
ya parece que tuvieras
otro motivo, señor,
pero parece rigor,
perdona decir cruel,
el ser mejor su papel
no siendo su sér mejor.

Repartidos los papeles, el *mundo* va dando á cada uno insignias y atributos que le son propios; y al llegar al *pobre* le pregunta:

¿Qué papel es tu papel?

POBRE.

Es mi papel la afliccion,

. . . . . .

es la angustia, es la miseria,
la desdicha, la pasion,
el dolor, la compasion,
el suspirar, el gemir,
el padecer, el sentir,
importunar y rogar,
el nunca tener que dar,
el siempre haber de pedir.
El desprecio, la esquivez,
el baldon, el sentimiento,
la vergüenza, el sufrimiento,
el hambre, la desnudez,
el llanto, la mendiguez,

la inmundicia, la bajeza,
el desconsuelo y vileza,
la sed, la penalidad,
y la vid necesidad,
que todo esto es la pobreza.

. . . . . .

RICO.

Á quién mirar no le asombra
ser esta vida una flor
que nazca con el albor
y fallezca con la sombra?
Pues si tan breve se nombra,
de nuestra vida gocemos
el rato que la tenemos;
Dios á nuestro vientre hagamos;
comamos hoy, y bebamos
que mañana moriremos.

El *amor* y la *vida* se apoderan del *hombre*, lo que hace exclamar á la *naturaleza:*

No he de ir; mas ¿de quién movida,
sin mí me lleva mi error?
¡Oh afectos de propio amor!
¡Oh intereses de la vida!
¡Qué fácilmente se va,
tras vuestra persuasion vana,
la naturaleza humana.

El pobre obtiene el premio de sus fatigas,

porque los mortales vean,
perdonando al que perdona,
despreciando al que desprecia,
que si hay justicia, hay piedad;
que si hay castigo, hay clemencia.

Sacando en otra parte á escena el *placer* y el *pesar*, los caracteriza al momento con un solo rasgo:

PESAR.

¿Hasta cuándo ha de durar
el regocijo, *placer?*

PLACER.

Hasta que llegues tú á ser
el que le impidas, *pesar*.

Más adelante, hallándose entre los dos la naturaleza humana, los llama equivocando los nombres, y al advertirlo, indica:

Siempre me ví
entre los dos, y apurar
no supo mi humilde sér,
si pesar era placer,
ó el placer era pesar.

Qué sentidos son aquellos versos en que la *Iglesia* llama á un hijo extraviado!

Si eres oveja perdida,
ó si eres alcon en celo,
ten el paso, abate el vuelo,
no á dueño pases extraño,
vuelve, oveja, á mi rebaño,
alcon, vuelve á tu señuelo.

Otro de los autos más sigulares, es el que tiene por epígrafe *La cena del rey Baltasar*, en que se muestra el castigo de la blasfemia humana y enaltece la idea de Dios y de su providencia.

En la escena I sale el *pensamiento*, vestido de loco, de muchos colores, y Daniel, que representa el *juicio de Dios*, tras él.

DANIEL.

Espera.

PENSAMIENTO.

¿Qué he de esperar?

DANIEL.

Advierte.

PENSAMIENTO.

¿Qué he de advertir?

DANIEL.

Óyeme.

PENSAMIENTO.

No quiero oir.

DANIEL.

Mira.

PENSAMIENTO.

No quiero mirar,

DANIEL.

Quién respondió de ese modo
nunca á quien le preguntó?

Despues dice el *pensamiento*:

Yo, de solos atributos
que mi sér inmortal pide,
soy una luz que divide
á los hombres de los brutos.
Soy el primero crisol
en que toca la fortuna,
más mudable que la luna
y más ligero que el sol.
No tengo fijo lugar
donde morir y nacer,
y ando siempre sin saber
donde tengo de parar.
La adversa suerte ó la altiva
siempre á su lado me ve;
no hay hombre en quien yo no esté
ni mujer en quien no viva
Soy en el rey el desvelo
de su reino y de su estado;
soy en el que es su privado
la vigilancia y el celo;
soy en el reo la justicia,
la culpa en el delincuente,
virtud en el pretendiente,
y en el próvido malicia;
en la dama la hermosura,
en el galan el favor,
en el soldado el valor,
en el tahur la ventura,
en el avaro riqueza,
en el mísero agonía,

en el alegre alegría,
y en el triste soy tristeza;
y, en fin, inquieto y violento,
por donde quiera que voy
soy todo y nada, pues soy
el humano pensamiento.

La *muerte* y el *pensamiento* aparecen en otro lugar, preguntando este:

¿Quién me llama?

MUERTE

Yo soy
quien te llamo.

PENSAMIENTO.

Y yo
soy quien quisiera en mi vida
no ser llamado de vos.

MUERTE.

Pues, ¿qué es lo que tienes?

PENSAMIENTO.

Miedo.

MUERTE.

¿Qué es miedo?

PENSAMIENTO.

Miedo es temor.

MUERTE.

¿Qué es temor?

PENSAMIENTO.

¿Temor? Espanto.

MUERTE.

¿Qué es espanto?

PENSAMIENTO.

¿Espanto? Horror.

MUERTE.

Nada deso sé lo que es,
que jamás lo tuve yo.

PENSAMIENTO.

Pues ¿lo que no teneis dais?

MUERTE.

Por no tenerle le doy.

En el auto que tiene por asunto una cacería y que fué escrito en tiempo de Felipe IV, cuya afición á ella es bien conocida, el *hombre* quiere ir en busca de la *culpa*, pero la *gracia* le advierte que:

. . . . . Si tras ella
Vas, que no me halles infiero.

HOMBRE.

¿Por qué?

GRACIA.

Porque considero
que ella y yo, no puede ser
en un afecto caber.

HOMBRE.

Verla pretendo no más.

GRACIA.

Mira que me perderás.

HOMBRE.

Pues ¿no puedo ir y volver?

GRACIA.

No sé; que de engaños llena,
es con amoroso estilo
de este margen cocodrilo,
y de este golfo sirena;
que con rostro humano, plena
de traiciones, ofenderte
trata; tu peligro advierte;
y pues no puedo obligarte
á que me sigas, con darte
aviso de que tu muerte
busca, del afecto mío
bien asegurada quedo;
porque yo impedir no puedo

el uso de tu albedrío.

HOMBRE.

¿Te vas?

GRACIA.

No, mas me desvío;
tú á retirarme me obligas;
y porque pienses y digas
lo que puedes, ó no puedes,
ó quédate, ó no te quedes;
ó sígueme, ó no me sigas.

HOMBRE.

¿Quién igual confusión vió?
¿Habrá quien pueda ¡ay de mí!
Descifrar mis dudas?

En el mismo instante aparece la *culpa* para contestar:

Sí.

HOMBRE.

¿Seguiré sus pasos?

CULPA.

No.

HOMBRE.

¿Quién me lo aconseja?

CULPA.

Yo.

HOMBRE.

Voz, que llevas suspendidos
tras tus ecos mis sentidos,
y sin dejarte mirar,
me solicitas tapar
los ojos con los oidos,
¿por qué me aconsejas, dí,
que aquella beldad no siga,
con tal dulzura, que obliga
á que me vuelva tras tí?

CULPA.

Porque aunque hermosa la ví,
Veas que en mí te divierte
más que el ver, oir.

Si el temor de prolongar demasiado esta ojeada al teatro del gran poeta cristiano no nos detuviera, trascribiríamos otros pasajes de ese género simbólico de la dramática antigua, donde tal vez en genio se encontraba en su verdadero terreno; pero basten las muestras ya dadas, en que la abundancia y riqueza métrica rivalizan con la sencillez y armonía de lenguaje, siempre calderoniano.

LA NOVELA Y SUS CULTIVADORES

EN ESPAÑA. (1).

A nuestro juicio, este imperfecto estudio literario, por el asunto de que trata, pudiera tener interes, ya que la novela ha desbancado y oscurecido los demás ramos de las letras, pues cuando casi nadie lee un poema ó una colección de poesías, por buenas que sean, todo el mundo devora con avidez la novela más insípida, más cuajada de inverosimilitudes y más inmoral, lo que prueba que de algunos años á esta parte renace en España con fuerza casi sobrenatural. Y es fácil conocer la causa, puesto que la novela admite toda la

(1) Plácenos consignar que, hace 6 años, ó sea el de 1881, fué publicado en acreditada «Revista» madrileña este trabajo de compilación, y como se reproduce íntegramente ahora, claro es que no pueden aparecer comprendidos Emilia Pardo. Pereda y Armando Palacio, trinidad que en ese lapso de tiempo ha sabido conquistarse muy visible puesto en el campo de la novela.

espontaneidad y viveza de la poesía lírica, puede llegar á la grandiosa majestad del poema épico, y alcanza su último grado de perfección, pintando caracteres y situaciones trágicas con la fuerza y profundidad de las composiciones dramáticas.

Se limitarán, pues, nuestros apuntes á aquellos autores cuyas novelas, merced á su mérito, pueden considerarse cómo joyas de arte, á las que por sus atractivos alcanzan unánimes aplausos y celebridad, embelesando á nuestro público y pasando luego á formar parte del patrimonio de la literatura europea (1).

I.

Cuanto más atrasado en cultura, tanto más se aproxima el hombre al estado primitivo de la sociedad, mayor desarrollo tiene su imaginación á costa de su entendimiento adormecido, y mayor afición le

---

(1) Para un estudio más extenso sobre esta materia, consúltense, además de los libros y artículos citados en la 1.ª y 2.ª parte del presente, los que siguen:

A. de Balbuena, *La Novela.*—Lo que ha sido.—Lo que es.—Lo que debe ser.— Arts. pubs. en *La Ilust. Católica*, 1878.

Pancorbo, *La novela hasta Cervantes*, en el t.º X de la *Rev. de Andalucía.*

Luna, *Novelas ejemplares de M. Cervantes,* núms. 309 y 310 de la *Rev. Europea.*

Cueto, *Observaciones sob. algunas leys. y novelas de Gertrudis G. de Avellaneda*, en la *Rev. de España*. t.º XXI.

L. Vidart, *La nov. en la edad mod.*, en la *Rev.* y t.º cits.

F. Cos-Gayon, *Sobre la nov. Doña Francisca,* por Cutanda, *Rev.* menc., t. XVI.

F. Herran, *El copo de nieve*, nov. de cost. de Ángela Grassi, en la *Rev. Europea*, n.º 159.

E. Mier, *Apuntes histórico-críticos sob. la nov. extrang.*, *Gaceta de Madrid*, días 27, 28 y 30 de Octub., y 1.º, 4, 6, 8, 9 y 10 de Nov. de 1866.

E. Huelin, *Novelistas contemps. de la Gran Bretaña. Rev. de Esp.*, t. XV.

Morón, *Caracteres distintivos de la novela francesa.* Núm. 16 del t. X de *La América.*

Valera, *De la naturaleza y caracter de la nov.*, en sus *Estudios críticos sobre liter., polit. y cost. de nuestros días,* t. I.

inspira todo lo que hable á ella. Por eso, quienes más se aproximan al estado salvaje, de suyo son razonadores y cuenteros, mostrando á todo lo que sea narración de sucesos históricos ó fabulosos una atención suma, un afan ardiente, que en el hombre muy civilizado no se encuentran. El motivo se explica satisfactoriamente. La curiosidad es cualidad inseparable de todo sér que piensa, y tanto más viva, cuanto mayores son las dificultades que halla para ser satisfecha. En un pueblo adelantado en cultura el ansia de saber que acompaña á nuestra naturaleza, encuentra con facilidad modos de saciarse; la esfera de las ideas se dilata y se estiende al infinito, y apenas basta para albarcarlas el humano entendimiento (1).

Ya coloque la novela á sus personages en humilde y reducido teatro, ya en el de la vida común, ya en el de elevada esfera, la entonación de su estilo puede ser tan varia como las situaciones que presenta. Como le es familiar cuanto á la sociedad pertenece; como puede reunir en solo un punto cualidades que en ella aparecen diseminadas; como su dominio es más estenso y libre que el drama y le es lícito prodigar los detalles y las descripciones, y mezclar el lenguaje de la imaginación al de la crítica, y pintar y explicar al propio tiempo, puede tambien mostrar con tan poderosos auxilios, más clara y vivamente, los resortes que agitan el corazón del hombre.

No oculta la novela el designio de instruir á sus lectores. Sin las pretensiones del filósofo enseña con el halago deslumbrador de la poesía toda clase de verdades, inclusas las abstractas, aun al alcance de inteligencias débiles ó frívolas, y máximas sociales de gran interés para la vida práctica sin el aparato sentencioso del moralista. Por este artificioso medio

(1) Navarrete, *Bosquejo hist. sobre la novela Esp.*, t. 2.º de la *Bib.* de Rivadeneyra.

nos convierte en observadores, hácenos ver lo que diariamente pasa delante de nuestros ojos, inadvertido ántes para ellos: y reuniendo la verdad á la invención ofrece al juicio el espectáculo de lo existente, y á la fantasía el de la idealidad embebecida por la verosimilitud en costumbres y pasiones. No es, pues, estraño, con tan preciosas cualidades, que fijando sus escenas poderosamente nuestra atención, obtengan ventaja sobre las observaciones que puede sugerirnos la vida real; porque sereno y libre el ánimo de la parcialidad ó el interés que suelen inspirarnos en ella los afectos, permítenos un examen más tranquilo, y por consiguiente menos expuesto á peligrosos errores. Más aún: la lectura de algunas obras, no solo derrama purísimo deleite en el ánimo, sino que á veces produce en él mayor enseñanza que la que suele adquirirse en el mundo, tras la amarga experiencia de los años, y quizás á precio de prolongados infortunios.

Aún merece interés más grave, considerada la novela bajo su inevitable influencia en las costumbres. Ningun ramo literario la iguala en este punto. Solo el drama es el único que se eleva á su altura, pero jamás en tan ámplio horizonte como ella, por lo mismo que su voz no es tan constante ni suele llegar hasta las poblaciones humildes (1).

Verdaderamente, el género novela, incluyendo en él los cuentos, abarca tanto y encierra tal variedad, que á más de una necesidad humana satisface, y á más de una de las facultades del hombre se dirige. Es alimento de la curiosidad más vulgar, y es asimismo recreo del entendimiento más alto, alumbrado con la luz de la ciencia, y dotado de la mayor delicadeza de gusto. La vieja más ignorante cuenta su

(1) Fernandez-Espino, *Influencia de la novela en las costumbres*, en sus *Estudios de lit. y de crit.*

cuento, oyéndola con singular placer los niños y hasta los grandes. El ingenio más privilegiado crea en su fantasía personages y lances donde va hermanado lo real con lo ideal, preponderando ya el uno, ya el otro elemento en la mezcla, y ahora mueve los afectos, ahora excita la imaginación, alternando en ser satírico con pretensión de corregir las costumbres, pintando la fealdad y ridiculez del vicio, ó tierno para halagar y mover nuestras más dignas pasiones, ó elevado para levantar con la admiración los pensamientos infundiendo altas ideas é impeliendo á grandes hechos.

Pretender acabar con el influjo de las novelas, sería temerario desatino. Son hoy muchos los que leen, y en el leer no pueden menos de buscarse, á la par que instrucción, y con frecuencia más que instrucción, entretenimiento, y este le proporcionan las historias inventadas como lo que más, poniéndole al alcance de todos. Si aún quienes no saben leer gustan de oir contar y de contar, con aprender á leer se adquiere un medio de satisfacer afición tan natural; medio rara vez desaprovechado (1).

Desde los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834 y que están muy lejos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones (las novelas) ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, F. Soulié, Balzac, Jules Janin, de Vigny y otros escritores extrangeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

En la vida individual de las sociedades modernas,

(1) A. Alcalá Galiano, *De la novela*, trabajos dados á luz en *La América*, 1862.

la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del zofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reunen en ninguna parte para cantar, para sentir y llorar algo en común (1).

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas*, y de las novelas socialistas, todos los demás géneros son buenos; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pintura de caracteres, la narración de sucesos extraños, las combinaciones de imaginación ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales, mi entendimiento y mi corazón los siguen á uno y otro terreno; los acompañan por una y otra vía y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos y los llevo á donde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la Edad Media, Lesage la del dé-

(1) Nicomedes-Pastor Díaz, *De las novelas en Esp.*, art. ins. en el tom. 3.º de sus *Obras*.

cimo sétimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; á donde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados;* á donde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un relato escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos da en sus *Mosqueteros* un libro real de caballería, como es posible en el siglo décimo nono, el contentamiento y la satisfacción quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se ve reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no menos vivo interés (1).

No fué por cierto Cervantes quien primero realizó la idea que tenemos de la novela en nuestra lengua; mucho antes que él la introdujeron, y en ella ejercitaron su ingenio, aunque á la verdad no con tanto acierta y maestría.

Y no pudo menos de ser así. Cuando florecía aquel gran novelista, la lengua castellana contaba ya algunos siglos de aplicación, no solo al trato familiar, sino aún á los usos literarios, El placer de oir la relación de hechos amenos y curiosos es tan natural á la humana índole, que forma una de las más vehementes fruiciones de la niñez; y el de contarlos tanto se pega á nuestros hábitos, y tanto con los años va creciendo, que se mira como el más sabroso entretenimiento de la ancianidad. Así es que precisamente la novela ha de empezar con la lengua; y no ha llegado esta todavía á su completa formación cuando aquella existe ya (2).

---

(1) D. F. Pacheco, *Prólogo* á las *Obras completas* de Fernan Caballero.

(2) Aribau, *Disc. preliminar sobre la primit. novela esp.*, t. III de la cit. *Bibliot. de Rivadeneyra.*

Contra las novelas se ha levantado muchas veces la voz de sacerdotes, de padres de familia, de honradas matronas. ¿Y por qué sus clamores? ¿Qué males denuncian? ¿Es tal su gravedad? ¿No hay remedio para ellos? ¿Ha de condenarse la novela como género de literatura esencialmente malo y pernicioso, digno de ser proscripto en las repúblicas bien ordenadas? La novela se rige en este punto por las mismas reglas que todos los demás libros; las hay buenas y malas, provechosas y funestas y reprensibles. Las unas merecen ser puestas sobre la cabeza; las otras, condenación, y vituperio. Si porque se escriben malas novelas hubiera de proscribirse su composición y lectura, habría que desterrar tambien por la misma causa la comedia.

¡Que la novela es en sí misma perjudicial y abominable! Caemos en semejante error, indignados al ver las más que llegan á nuestras manos y ocultamos á la vista de nuestros hijos, si para ello nos da tiempo la inagotable facundia del genio del mal y la bárbara inundación producida por la facilidad con que hoy se da todo á la estampa (1).

El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas, es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera determinada solo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distracción fugaz ó un pasajero deleite (2).

---

(1) Nocedal, *Disc. de recep.* en la Academia Española.
(2) Benito P. Galdós, *Observaciones sobre la novela contemp. en Esp.*, en la *Rev. de España*, 1870.

Es providencial el florecimiento de la novela entre nosotros, auge y resurrección que nadie pone en duda ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía, pero ya serán muchos, sintiéndose llenos de fuerzas adecuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica ni siquiera metódica, ni escolástica siquiera; hay tambien la filosofía de todos los días y de todas las horas, es el pensamiento moviéndose aunque no quiera, viendo y juzgando aun á su pesar: que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma. España desde el siglo XVI no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofar, que podría llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela tendenciosa ó filosófica ó como se quiera, es ahora en nuestro país de grande oportunidad.

La primera filosofía, aun en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no menos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza, han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones (1).

---

(1) L. Alas, *Gloria*, novela de Galdós, crít. pub. en la *Rev. Europea*, 1877.

El novelista que hoy nos quiera deleitar, ha de ser observador, sagaz é inteligente, ha de pintarnos la vida real con acierto y con verdad, nos ha de presentar en relieve caracteres y tipos morales, ha de ser novelista y además un poco metafísico (1).

Siendo la novela, como se ha dicho, la enciclopedia del siglo, el que aspire á brillar hoy debidamente en ella necesita, además de una rica imaginación regulada por el freno del raciocinio, de profundos y vastos conocimientos en todos los ramos del saber y en particular en el de la lengua en que escriba.

Obras dadas á luz sin pureza, sin corrección ni galanura; viven la vida de las flores, la vida de la popularidad, transitoria como el arrebato de la pasión, como el trasportamiento del delirio, para morir después sin dejar de sí huella alguna (2).

II.

Hay para nosotros un nombre que resume el renacimiento glorioso, mejor dicho, la creación de la novela; pues sin fingimiento no puede sostenerse que la tradición de este género literario se conservase; desde nuestra gran novela clásica á la del día ha habido una laguna tan ancha, que no es posible atar los cabos de orilla á orilla. Perez Galdós es el autor á que nos referimos (3), el cual no posee una de esas imaginaciones fogosas y brillantes, propias de los verdaderos poetas. Frío, reflexivo y razonador por naturaleza, el talento sustituye en él la inspiración, y

---

(1) A. Palacio Valdés, en su libro *Los novelistas españoles.*
(2) Abdón de Paz, *La novela esp.* Estudio histórico-filosófico desde su nac. á nuestros días, ins. en la *Rev. de Esp.*, 1869.
(3) L. Alas, *Nuestra literatura en* 1879, artículo que vió la luz en *Los lunes de El Imparcial.*

logra remedarla, con tal arte que fácilmente consigue engañar al lector.

Tampoco se distingue por la inventiva, ni hace consistir el mérito de sus obras en la complicación del enredo, ni en lo sorprendente de las aventuras. La acción es en ellas sencilla y camina fácil, lógica y naturalmente al desenlace, sin grandes obstáculos ni sorprendentes peripecias. Para Galdós, el mérito é interés de la novela consiste, ante todo, en la belleza y verdad de los caracteres y en la acabada perfección de las descripciones. El drama íntimo de la conciencia, el conflicto dramático de las pasiones, es para él elemento principalísimo de sus novelas, importándole mucho menos la acción externa que tanto interesa á la mayor parte de nuestros novelistas.

Inspirado, á no dudarlo, en la novela inglesa, ha sabido evitar los defectos de esta, unir sus bellezas á las que son propias de la francesa y dar á este conjunto un marcado sabor español. Gráfico, exacto, minucioso hasta el detalle en las descripciones, como Dickens, Collins y Bulwer, atento observador como Balzac, Jorge Sand y tantos otros ilustres novelistas, sabe no pocas veces unir á estos méritos el vigoroso colorido de los españoles. Dominan, sin embargo, en él el sentido descriptivo y el espíritu observador de los ingleses, siendo más diestro en pintar los caracteres que en ponerlos en acción, y ostentando como observador y psicólogo cualidades superiores á las que tiene de poeta. El lenguaje de la pasión verdadera no siempre está á sus alcances y el interés dramático de sus obras rara vez iguala á la importancia del pensamiento que las inspira, á la pintura de los caracteres y á la perfección de las descripciones. Por regla general no es afortunado en los desenlaces, que suelen estar mal preparados y no concordar con el caracter y tono de la novela, ni con los antecedentes de la acción. Atinado y discretísimo en el diálogo,

mientras no expresa otros afectos que los más comunes y apacibles, suele pecar de frío unas veces, de exagerado otras y de poco natural casi siempre, cuando trata de expresar los supremos arranques de la pasión. No faltan, sin embargo, en sus diálogos detalles delicadísimos, que muestran profundo conocimiento del corazón humano y exquisito gusto, pero los destellos luminosos de la inspiración poética rara vez se muestran en èstas producciones (1).

Es Galdós buen testigo de los tesoros que brinda el habla castellana á los que beneficiarla quieren: no porque sea imposible hallar en el estilo de Galdós, rebuscando mucho, algun descuido; mas es en general tan fluido, gallardo y suelto, tan ageno á afectado purismo y á desmayada flojedad, tan rico en vocablos castizos y en giros nacionales, tan exento de hinchazón é hipérboles, tan grato en suma, que fuera muy exigente quien con él no se deleitase (2).

Galdós en vez de aplicar su pluma á la descripción fiel y minuciosa de la vida exterior, prefiere emplearla en pintar al detalle y con admirable penetración los más íntimos, los más vagos y confusos sentimientos del espíritu. Es un escritor que rara vez se fija en la materia.

Su pluma marcha de un modo firme y sereno cual si fuese la de un testigo y no la de un parcial. Rasgo á rasgo se va desprendiendo de ella una acción imponente y apasionada; se detiene muy poco á describir porque está ansiosa de llegar al fin; á veces deja de ser primorosa, abandona las galas del arte para interpretar con toda pureza la pasión; todo le parece entonces largo, pero todo es directo, vivo, natural.

---

(1) Revilla, *Bocetos literarios.*
(2) Emilia Pardo, *Estudios de lit. contemp.*, en la *Rev. Europea*, 1880.

Mas no se crea por esto que especula con la curiosidad del lector. Profesa demasiado respeto al arte para amontonar en mengua suya las aventuras y los episodios, para convertir la novela en linterna mágica. La trata como un género literario y la estudia con la atención que se merece.

Sus personajes son ideas con envoltorio carnal, pero no se apartan del mundo en que vivimos, porque el autor les ha infundido el soplo de vida. Se comprende que el filósofo está en escena, pero no se ve más que el artista.

Una cosa admiramos, sobre todo, en sus novelas; y es la unidad con que están férreamente enlazadas todas sus partes. Ningun episodio huelga, todos se encaminan rectos al fin, desenvueltos con gracia y sobriedad (1).

Las novelas contemporáneas de Galdós le han dado mayor popularidad que los *Episodios Nacionales;* son estos, sin embargo, hoy por hoy los primeros títulos de su gloria. Esta amena colección de narraciones histórico-novelescas, imitación de las novelas de Erckmann-Chatrian, no son meros relatos históricos destinados á perpetuar gloriosos ó tristes recuerdos ó á pintar las costumbres de épocas pasadas, sino discretas é intencionadas lecciones políticas, de utilidad suma. Allí se aprende á amar la libertad y la patria, pero tambien á no comprometerla con funestas exajeraciones; allí se juzga á la vez que se pinta nuestra historia política contemporánea; y un recto sentido juntamente conservador y liberal, domina en aquellas páginas deduciendo de los hechos, sin afectación ni pedantería, provechosas enseñanzas. La moral más pura, el más elevado patriotismo, la imparcialidad histórica más completa y el más acabado espí-

(1) Armando Palacio, *Nov. esp.*

rítu de justicia imperan en esas obras que instruyen á la par que deleitan, y sin pecar de necia mogigatería ni sacrificar la verdad y el arte á nimios escrúpulos, son, no obstante, tan irreprochables bajo el punto de vista de la moral y del decoro, que pueden ponerse sin reparos en manos del adolescente ó de la doncella; que solo aprenderán en ellas á amar la virtud, respetar la moral y la justicia, defender la patria y adorar, sin fanatismo ni idolatría, la libertad.

La verdadera dificultad de las novelas históricas estriba en enlazar convenientemente la acción histórica con la novelesca, de suerte que no haya dualidad de acciones ni desproporción entre los elementos de la obra. Pocas veces ha logrado vencer esta dificultad Galdós. Por regla general, en sus novelas lo histórico absorve á lo novelesco ó lo novelesco á lo histórico, en términos que algunas de ellas (como *Trafalgar)* carezca de toda condición de verdadera novela. *La corte de Carlos IV*, *El 19 de Marzo* y *El Dos de Mayo* y *Napoleón en Chamartín*, son las que mejor conciertan lo real con lo ficticio, y las mejores de la colección por tanto (1).

En resumen, Galdós ha escrito en el género más difícil y más agradable para nuestros días, la novela mejor pensada, más inspirada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo: esta novela se llama *Episodios Nacionales* (2).

Anúnciase *La Fontana de Oro* como novela histórica, y si bien tal título le corresponde por referirse y pintar hechos del periodo de nuestra historia constitucional de 1820, que acabó en la ignominia de 1823, con no menos fundamento puede calificarse de novela

---

(1) Revilla, *Boc. lit.*;—*Libros nuevos*, trab. pub. en *Los lunes de El Imparcial.*

(2) Alas, *Los Episodios Nacionales*, crít. ins. en el ref. periód., 1880.

de costumbres, por pintar con gran verdad y colorido local las de aquella memorable y agitada época.

Si á otras condiciones, dignas de alabanza, se añade un lenguaje correcto y elegante, unos diálogos fluidos, naturales, una paciente elaboración de erudito para reconstruir una época ya pasada y presentarla con toda exactitud; narraciones llenas de agudeza y de ingenio; un gusto exquisito en todos los accidentes de la forma, se comprenderá que, aun contando defectos que apuntamos y algunos lunares ó faltas de lenguaje, es *La Fontana de Oro* un libro digno de ser leido con interés y saludado con aplauso (1).

Doña Perfecta es un delicioso y acabado cuadro de costumbres que encierra no poca trascendencia bajo su forma ligera y humorística. Píntase en ella la farisáica vida y los añejos usos de esas ciudades clericales que abundan en España y que, siendo cabezas de diócesis sin ser capitales de provincia, son otros tantos focos de atraso y oscurantismo, sin elemento alguno de cultura que en ellas contrapese la influencia ultramontana. Mostrar los letales frutos de esta influencia, señalar su alcance político y social, diseñar las singulares costumbres y extraños tipos que enjendra, poner de relieve la torpe superstición, el ciego fanatismo, la bárbara intolerancia y la odiosa hipocresía que en tales centros se desarrolla; he aquí el fin que se ha propuesto Galdós en esta novela, que en tal concepto añade á sus méritos literarios excelencias de diversa índole, muy dignas de tenerse en cuenta (2).

El autor de *Gloria* ha querido representar en un drama grandioso los funestos resultados de esa irreconciliable enemiga con que aún en nuestros días se miran los adeptos de distintas religiones.

---

(1) José Alcalá Galiano, *Sobre La Fontana de Oro*, en el t. XX de la *Rev. de Esp.*

(2) Revilla, *Revista crítica.—Rev. Contemporánea*, n.º 15.

En la indicada obra aparecen frente á frente dos religiones, que si por sus tendencias características no son para el filósofo radicalmente contrarias, las circunstancias históricas han hecho de ellas dos encarnizadas enemigas, el cristianismo y el judaismo (1).

Gloria no es simplemente una novela entretenida y amena, un animado cuadro de costumbres, una narración histórica interesante como las demás obras de Galdós, sino un bellísimo estudio psicológico, en el cual se plantea con raro acierto y valentía notable un trascendental y gravísimo problema, ya iniciado en *Doña Perfecta*. Con esta publicación entra Galdós en el campo vastísimo de la novela psicológico-social, y acreditándose de pensador profundo cuanto de observador atento, se coloca de un golpe en aquellas alturas en que el artista confina con el filósofo, y la obra de arte es á la vez acabada manifestación de la belleza y fuente de trascendentales enseñanzas.

La perturbación que en las más íntimas relaciones humanas puede producir, y de hecho produce, la intolerancia religiosa; las horribles y desgarradoras luchas con que la sociedad y la conciencia se sienten atormentadas por causa de la diversidad y oposición encarnizada de las creencias, he aquí lo que constituye el asunto de *Gloria*.

Libro es ese que hace pensar tanto como sentir, que encierra en cada línea provechosa enseñanza, que se lee con deleite y con preocupación profunda, que deja en el alma tristeza y amargura, porque si algo se desprende de él, es que en la actual constitución de la sociedad, la religión, que debiera ser un gran consuelo, es casi siempre un terrible torcedor de la conciencia y una perturbación profunda de la vida.

Acción sencilla, patética y en alto grado intere-

(1) A. Palacio, obra cit.

sante; caracteres llenos de vida y de verdad; descripciones bellísimas; conmovedoras escenas; profundos pensamientos; excelente lenguaje; acabadas pinturas de la sociedad y delicado análisis del corazón; he aquí los méritos que avaloran la notabilísima producción de Galdós (1).

La familia de Leon Roch, inferior á *Gloria* como concepción poética, le es muy superior como concepción moral y social. En ninguna de sus obras ha planteado el problema Galdós con tanta verdad, acierto y energía como en esta. El proceso de la intolerancia religiosa queda definitivamente cerrado en esta producción admirable, superior á todas las que se han ocupado en este asunto. Es de notar, además, que con el problema religioso se junta en la mencionada novela otro no menos importante: el del divorcio, con no menos maestría planteado.

Galdós ha tenido el acierto de plantear estos problemas de tal suerte, que no sea posible achacar á vicios y pasiones de los hombres los males que en su novela se denuncian. Si algo resulta de ella, es que las falsas ideas y los sentimientos extraviados impelen hacia el mal á las más nobles naturalezas. El fanatismo, la intolerancia, no aparecen ahí como frutos de la maldad de los hombres, sino como fatales é ineludibles consecuencias de las ideas que profesan y de los sentimientos que abrigan estos. Ninguno de los personajes fanáticos é intolerantes que en la novela figuran, es odioso ni repulsivo; todo lo contrario;y por tal manera la reprobación del lector recae íntegra sobre la idea que los anima y no sobre los que de ella son ciegos instrumentos. La perversión de los sentimientos humamos, la disolución de los más sagrados vínculos sociales, la confusión de todas las ideas mo-

(1) Revilla, *Rev. crit.—Rev.* cit., n.º 28.

rales, el mal realizado con sana intención y firme creencia de que es bien, la perturbación, la ruina y la desgracia llevadas á todas partes, merced al funesto influjo de la intolerancia, he aquí lo que se desprende con plena evidencia de la novela de Galdós. Nunca se formó proceso más formidable á la intolerancia religiosa (1).

Entre las múltiples é ingeniosas formas que el dolor reviste, quizá no hay otra más horrible que la que ha inspirado á Galdós su bella novela *Marianela*. La combinación de un espíritu hermoso y un cuerpo feo en una mujer, y la reunión del abandono y la desventura con la inocencia infantil, constituyen la forma más refinada de sufrimiento que pudo inventar la imaginación del más implacable de los demonios.

Tal es esta concepción, á la vez idilio y tragedia, en que Galdós ha revelado una cualidad que hasta ahora no había mostrado tanto como fuera apetecible: la ternura y la delicadeza del sentimiento. Nada más bello y conmovedor que esta producción deliciosa; nada más profundo que la emoción que causa en el lector la trágica historia de aquella niña desdichada, víctima inocente de la ley inexorable del destino; nada más tierno y poético que aquellos amores de Pablo y Marianela, ni más trágico y doloroso que aquel final, trazado con una sencillez verdaderamente sublime. En sus obras anteriores había mostrado Galdós que es novelista: en esta demuestra que es poeta (2).

*
* *

Valera es de esos hombres que á fuerza de inge-

(1) Revilla, *Análisis y Ensayos.—La familia de Leon Roch. Rev.* menc., n.º 78.
(2) Revilla, *Rev. crit.*—N.º 58 de dicha *Rev.*

nio son capaces de hacer bien hasta aquello para que menos sirven. Quiso ser novelista, y lo es notable; y sin embargo, examinadas sus condiciones para todo debiera servir menos para eso (1).

El procedimiento artístico que Valera emplea en sus novelas, es el mismo que han adoptado todos los novelistas psicólogos. Poner frente á frente la vida ideal y la real, para que de este contraste resulte una enseñanza, una elegía ó una sátira. En las obras de Valera resulta siempre una sátira. Mas el pensador hace enmudecer hartas veces al artista. Se observa esto en el vagar con que excruta y describe los misteriosos senderos del alma, lo mismo que en la ligereza con que roza los trillados caminos de la vida real.

A las novelas de Valera, como no son dramáticas, no se las debe pedir un interés vivo, un enredo complicado, ni tampoco esa brevedad y rapidéz que caracterizan al drama. Tal vez por no tener bien presente esto se han dirigido á Valera reproches inmerecidos que debieran compartir con él, por hallarse en caso semejante, Cervantes, Gœthe y Juan Pablo. ¿Qué enredos tienen el *Quijote*, el *Wilhelm Meister* y el *Maestro de escuela* Wutz? Solo un enredo moral: el azar apenas juega papel en estas producciones reflexivas (2).

Dudamos que haya producido jamás impresión más honda en país ninguno del mundo una obra de entretenimiento como es *Pepita Gimenez*, y afirmamos, sin temor de ser dementidos, que pocas veces el éxito habrá sido tan justo, tan rápido y tan durable. El público está agotando al presente la sexta edición de esa obra maestra, y con hacer notar que las dos últimas ediciones han aparecido en el corto

---

(1) Revilla, *Juan Valera*, en sus *Boc. liter.*
(2) A. Palacio, *D. Juan Valera*, en su ya cit. libro *Nov. esp.*

término de un año, comprenderá el lector la verdad de nuestras afirmaciones, tomándose la molestia, se entiende, de recordar que vivimos en España. El mérito y la buena acogida alcanzada por *Pepita Gimenez*, ha perjudicado, lejos de favorecer, como parecía natural, á las cuatro hermanas suyas que sucesivamente hemos ido conociendo. Le ha pasado en esto á Valera una cosa muy propia de nuestro caracter meridional, impresionable y fantástico, una cosa muy usual en nuestro país, donde se permite á los hombres que tengan talento toda su vida, pero no se les perdona, ó por lo menos no se les concede, que lo manifiesten más de una vez (1).

Valera se muestra en *Pepita Gimenez* profundo observador del corazón humano, peritísimo en la pintura de caracteres, galano en la descripción, incomparable en el relato, maestro en el diálogo, y finalmente del habla castellana que con sin igual desembarazo y gracia afluye de su elegante, castiza y amenísima pluma (2).

Agradan, desde luego, dos caracteres; los de los protagonistas Pepita y Luis que son de lo más hermoso, de lo más claro, de lo más lucido que la novela española ha mostrado.

Pero lo que más encanta, lo que más seduce, lo que más afirma la reputación de Valera, lo que le hace novelista gigante, psicólogo de primera talla, es la gradación del amor apasionadísimo que se engendra en el alma de Luis. En esto, para encontrarle rival, hay que buscar á Xavier Saintine en *Picciola*; para encontrar pintura tan admirable y no más que la de Luis de Vargas, hay que llegar al conde Car-

---

(1) Carlos Coello, *Doña Luz y las novelas de Valera*, en *La Ilust. Esp. y Americana*, 1879.
(2) Revilla, *Pepita Gimenez*, en *Los lunes de El Imparcial.*

los Veramont de Charney. ¡Qué ingenio, qué travesura, qué disimulo, qué talento, qué análisis del corazón humano se necesitan para disculpar la curiosidad que siente por Pepita! ¡Cómo luchan en él el amor divino y el amor profano que con falaces apariencias le domina! Qué alternativas tan violentas, pero qué verosímiles, qué humanas, qué naturales (1).

Aún se estaban comentando y aplaudiendo las aventuras de D. Luis de Vargas, cuando apareció una nueva novela del celebrado narrador, titulada *Las ilusiones del doctor Faustino*, produción digna de figurar entre las primeras de su género, llena de intención y de oportunidad en el pensamiento que la anima y vigoriza toda, en que cada personaje es un sér palpitante de verdad y de vida, y cada descripción un cuadro arrancado con magia soberana de la misma naturaleza (2).

Apareció después *El Comendador Mendoza*, de acción sencillísima, harto rápidamente llevada y pobre en incidentes, pero que cautiva más que por el interés creciente de una trama cuyos hilos y desenlace se adivinan pronto, por los caracteres que en ella juegan, por la viveza y gracia del diálogo y por la castiza elegancia del estilo. Sucede al *Comendador Mendoza* lo que á todas las obras novelescas de Valera; más que como novelas valen como trabajos literarios (3).

Fuera de los graves defectos que del análisis de los caracteres deducirá el lector, *Pasarse de listo* es una novela en extremo amena y entretenida, y escrita con aquel gracejo y aquel sabroso y elegante estilo que siempre caracterizan al discreto autor de

---

(1) Fermin Herrán, *Juan Valera*, trab. ins. en el n.º 12 de *La Academia*.
(2) Coello, Art. cit.
(3) Revilla. *Análisis y ensayos.—Rev. Contemp.*, n.º 40.

Pepita Gimenez. No carece aquella obra de interés y movimiento, y hay en ella rasgos muy delicados de sentimiento verdadero, como cuanto se refiere á la conducta de D. Braulio después de tener la falsa noticia de su deshonra, en cuyos momentos aquel personaje, que siempre tuvo algo de cómico, se eleva á las alturas de lo trágico é inspira profunda emoción. Pero el tono ligero y maleante, los toques escépticos y las paradógicas ingeniosidades de que tanto gusta Valera, perjudican no pocas veces al elemento patético y serio de la obra, no menos que el profundo desconocimiento de la sociedad y del corazón humano, que en ella, como en todas las suyas, manifiesta su autor, sin duda alguna por pasarse de listo (1).

El pensamiento fundamental de *Doña Luz* es muy interesante, y, aunque se presenta sin ruido ni aparato de ninguna especie, no deja de tener su intención y su filosofía. La cuestión, grave como pocas, del celibato esclesiástico, se plantea y se desenvuelve allí con algo de no menor fuerza que las reflexiones y juicios explanados en otras obras; con sentimientos reales y verdaderos, con situaciones altamente conmovedoras y dramáticas, incapaces, por lo demás, de ultrajar ningun digno respeto, de herir ninguna creencia religiosa,

Sucede en *Doña Luz* lo mismo que en *El Comendador Mendoza*; quizá no resulta la figura más importante la que el título de la obra presenta como protagonista, y si aquella novela debió acaso llamarse *Doña Blanca*, *Doña Luz* debería haberse titulado *El Padre Enrique*. Porque doña Luz, con ser un caracter lleno de originalidad y poesía, no interesa la mitad que el fraile, y dentro del alma de es-

(1) Revilla, *Rev. Crit.—Rev.* cit., n.º 63.

te pasa la positiva, la principal acción de la novela (1).

Decir que *Doña Luz* está escrita como sabe escribir Valera, vale tanto como hacer de la forma externa de este libro un cumplidísimo elogio. Su estilo es tan propio y original, que se le puede adjudicar sus producciones literarias, antes de leer la firma de sus artículos ó la portada de sus obras.

En honor de la verdad, debemos afirmar aquí, que en la última novela de Valera es donde menos se nota absorción de los personajes que hablan,—si vale la frase,—en la personalidad del novelista que los hace hablar; y esto es así, en primer lugar, porque los diálogos que hay en *Doña Luz* son pocos y cortos, y además, porque en ellos ha procurado su autor, sin duda intencionalmente, esquivar el uso de los giros y modismos que más caracterizan su estilo.

Despues de leida la defensa que acabamos de hacer de la última novela de Valera, se nos podría preguntar: «¿No tiene *Doña Luz* ningun defecto literario?»

—Sí,—contestaríamos,—todas las novelas de Valera tienen un defecto; jamás serán libros populares. El autor de *Pepita Gimenez*, cuando escribe novelas, aparece en ellas demasiado culto, demasiado esquisito, demasiado académico; sus obras se hallarán con frecuencia en el aristocrático gabinete de la dama elegante y en la mesa de estudio del literato, y aún del aficionado á las letras; pero difícilmente tendrán lectores en lo que se acostumbra á llamar pueblo; esto es, en las clases populares de nuestra sociedad contemporánea.

En nuestro sentir, *Doña Luz* es la novela más trascendental ó docente de cuantas ha escrito Valera,

(1) Coello, Trab. menc.

y en lo tocante á su mérito artístico, sólo la consideramos inferior á *Pepita Gimenez*, pero superior á *Pasarse de listo*, *El Comendador Mendoza* y *Las ilusiones del doctor Faustino* (1).

***

Alarcón es un escritor de más ingenio y fantasía que profundidad filosófica; más poeta que pensador, más dado á fantásticos ensueños, á donosas burlas ó á discretos y ligeros juegos del entendimiento, que á graves meditaciones, á disquisiciones eruditas y á investigaciones profundas, parecía destinado Alarcón por la naturaleza á ser uno de esos escritores donosos, brillantes y ligeros, en quienes ante todo se aplaude la gracia chispeante del estilo, la viveza de la imaginación y el donaire y agudeza del entendimiento, y de los cuales ni se esperan ni se exigen las concepciones grandiosas, trascendentales y profundas que á espíritus más reflexivos y graves se demandan.

Nadie entre nosotros aventaja—quizá nadie iguala siquiera, á Alarcón en lo que se llama el buen decir. Sencillo y natural, sin caer en la vulgaridad prosáica; ligero y facil sin pecar de desaliñado; brillante sin afectación; culto y castizo sin amaneramiento; verdadero y natural en la expresión de los afectos; claro y preciso en la emisión de las ideas; fluido y ameno en las narraciones; inimitable en el diálogo, Alarcón es uno de los estilistas más puros, uno de los escritores más delicados, amenos y discretos que tenemos en España, y es por esto (aparte de otras cualidades, y principalmente bajo el aspecto artístico) el primero de nuestros novelistas (2).

---

(1) Luis Vidart, *La lit. docente.—Doña Luz*, novela original de D. Juan Valera, art. pub. en la *Rev. de Esp.*, 1879.

(2) Revilla. *El Escándalo*, por D. Pedro A. Alarcón.—*Ilust. Esp. y Am.*, 1875.

Nuestra lengua sonora, majestuosa é hidalga, resalta al hablarla Alarcón, animada y como caldeada por el gracejo ó la fogosidad andaluza.

Desde el primer momento se ciñe al ánimo de los personajes y ni oprime ni huelga; es como el majestuoso manto de la Venus de Milo. El esmeradísimo estudio, el artificio pertinaz que forzosamente han sido empleados, esconden, se borran bajo la tersura y fluidéz de lo exterior, como se olvidan los más ímprobos trabajos de canalización al ver la mansa corriente que se desliza por el cauce refrescando el ambiente y fertilizando el camino (1).

No vacilamos en afirmar que si todas las obras de Alarcón cayeran en el olvido, *El sombrero de tres picos* sobreviviría siempre. Es imposible dar mayor amenidad é interés á un asunto baladí, trazar un cuadro de género más lleno de verdad y de color local, pintar más acabadas figuras y reunir mayor número de situaciones cómicas y sazonadísimos chistes. Menester sería remontarse á nuestro siglo de oro para hallar en la literatura festiva española producción más acabada y deleitable.

El sombrero de tres picos, inspirado en un antiguo romance vulgar no es una novela trascendental ni profunda; es simplemente un cuento precioso que rebosa gracejo y espontaneidad y que está hermosamente escrito; uno de esos libros que no pueden leerse sin experimentar aquel regalado y honesto placer que producen siempre el chiste sin bufonería, el desenfado sin licencia y la ligereza sin frivolidad (2).

Alarcón tenía hecha su reputación como inimitable narrador de viajes y como incomparable cultivador de ese género de novelas ingeniosas y ligeras en

---

(1) Luis Alfonso, *El niño de la Bola.—Rev. de Esp.*, n.º 287.
(2) Revilla, *Bocet. lit.*;—*Libros nuevos*, en *Los lunes de El Imparcial.*

que suelen ser maestros los franceses y lo fueron en más felices tiempos los españoles. En tales condiciones, parecía en él temeraria y arriesgada empresa la de lanzarse á un género nuevo, y hasta cierto punto extraño á las especiales aptitudes, cual es la novela psicológica, basada principalmente en el estudio atento y la pintura fiel de los caracteres, en la descripción de las luchas que pasiones é intereses, deberes y sentimientos, ideas y creencias se libran en el fondo de la conciencia humana, é inspirada por lo común en una alta concepción moral ó filosófica, cuyo resultado es una intencionada, profunda y trascendental enseñanza. No es maravilla, por tanto, que aun los que más confianza tenían en las relevantes cualidades de Alarcón desconfiaran de la empresa y temieran un fracaso, que era en realidad muy probable, por no decir seguro.

Nada de esto ha sucedido por fortuna. El talento de Alarcón ha vencido, ó al menos orillado, la mayor parte de las dificultades que le ofrecía su atrevida empresa, y á vuelta de algunas caidas (menos numerosas y graves de lo que era lícito esperar), ha logrado dar cima á sus intentos, acreditando que para el talento no hay imposibles, y ofreciendo al público una novela *(El Escándalo)*, que, sin ser perfecta en su género, es, sin embargo, un feliz ensayo de él, y es á la vez una de las novelas más notables y una de las obras más bellamente escritas que registra nuestra historia nacional en el presente siglo (1).

Alarcón daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entonces como ahora muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidéz, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del pro-

(1) Revilla, *Crit.* cit.

blema religioso y moral, ¿qué representaba *El Escándalo?* La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo (1).

Más de tres años há que Alarcón agitaba en su mente un atrevido proyecto: escribir una novela que asimilase lo mejor de sus dos últimas; que estuviese vivificada por el espíritu de la una, y vestida con las galas de la otra; en una palabra, que reuniese el fondo de *El Escándalo* y la forma de *El sombrero de tres picos*. La cuidada y laboriosa gestación intelectual ha dado su fruto, é hijo de ese consorcio literario ha nacido *El niño de la bola* (2), libro tan desigual, tan extraño, que nos ofrece junto á la sublimidad, el absurdo; junto al arte más esquisito, la impericia más absoluta.

Alarcón tenía asunto para una narración breve y animada, como la del *Sombrero de tres picos*, y por estirar la materia hace que rompa por lo más delgado; y el interés, si no zozobra, por lo menos corre borrasca.

Sería hipócrita pedantón el que negase que, á pesar de inverosimilitudes y violentos recursos, la acción de *El niño de la bola* interesa y á veces conmueve.

Si este don de conmover é interesar, tan necesario al novelista, lo posee Alarcón, como prueban todas sus novelas, ¿por qué no aprovecha mejor esta ventaja meditando más despacio sus invenciones, y sobre todo despojándolas de esa trascendencia pseudo filosófica que compromete hasta la seriedad de su pensamiento?

Si *El niño de la bola*, tal como está es una obra muy imperfecta lo sería mucho menos arrancándole

---

(1) Alas, *Gloria*, etc.
(2) L. Alfonso, trabajo menc.

todos esos adornos de simbolismos didácticos sumamente ridículos (1).

La última novela de Alarcón, digna de él por las bellezas de su forma, y aún por la indudable grandeza que la concepción entraña, pero que no ha podido mantenerse al ser esta desarrollada, abunda en errores de tanta monta que no le permite la comparación con otras admirables producciones de tan distinguido novelista. El mismo *Escándalo*, tan discutido y censurado, es superior, en opinión nuestra, á *El niño de la bola*, cuya obra encierra evidentemente una tesis parecida á la de la anterior, y esta tesis no es otra que la afirmación de que no puede haber moralidad verdadera sin creencias religiosas, y de que las pasiones avasallan al hombre y le arrastran al abismo, si no le aparta de ellas la fe en la existencia de Dios y en la espiritualidad é inmortalidad del alma humana (2).

* * *

No cabe duda que son las obras de Fernán Caballero de una persona instruida con el estudio de los libros, de la experiencia y de la meditación. Están escritas despacio, es decir, quizá al vuelo de la pluma, pero solamente después de haber pensado largo rato. No tienen señales de ser fruto de la improvisación ó de los esfuerzos de una fantasía exaltada. Sus huellas se conoce que son de un autor de imaginación, corazón y entendimiento desarrollados y completos. Nótese cómo imagina y cómo pinta. Sus invenciones, en general, tienen todas las partes que necesitan para ser personas de carne y hueso; y sus co-

(1) Alas, *El niño de la bola*, arts. insers. en el periód. *La Unión*, 1880.

(2) Revilla, *La últ. novela del Sr. Alarcón*, trabajos pubs. en *El Globo*, 1880.

lores toda la expresión y variedades para darles vida é interes. Se mueven y los vemos mover; hablar y los oimos hablar: diríase á veces que son copia de la naturaleza, y que el artista no ha hecho más que tomarlas del mundo y ponerlas en sus obras. Pero es un error en el cual ha caido Fernán mismo. La naturaleza no es tan verdadera. Sus creaciones humanas no tienen limpidez ni densidad bastante para que el poeta, al recogerlas, pueda impunemente pasarse de refundirlas en su imaginación y darlas al mundo sin aquellos toques que las engrandecen ó embellecen. Creo, sí, que Clemencia, que D. Roque, que Lágrimas, la Gaviota, Constanza y tantas otras figuras han existido real y verdaderamente; pero todas las negaciones del autor no podrán persuadirme que después de haberlas visto, y notado detenidamente todas las líneas de su fisonomía, su imaginación no se haya ocupado en ellas, desarrollando y ampliando aquellos perfiles generales, ni su entendimiento haya completado ese trabajo dándole concordancia, redondeando, por decirlo así, cada figura (1).

Para comprender bién á Fernán Caballero, es preciso tener presente, en primer término, que sus obras no son la expresión pura y sencilla de una fantasía que gusta de presentar al público la turba de imágenes que en ella flotan; sino más bién la labor viva y apasionada de un pensamiento batallador. La novela es para él un arma con que asalta las conciencias y las somete á su imperio (2).

El rasgo supremo y característico de las novelas de Fernán Caballero, es la grande, la completa espontaneidad que bajo todos aspectos le distingue.

---

(1) Luis Carreras, *Fernán Caballero. Sus obras y las novelas de costumbres*, art. que vió la luz en el tom. IV de la *Revista Hispano-Americana*.

(2) Palacio, *Los nov. esp.*—Fernán Caballero.

Nada hay en él que sea efecto de imitación: nada procede y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y cosas vivas y reales. No sé si Fernán Caballero había leido ó no había leido muchas novelas antes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel, dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y solo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresión de la propia figura retratada (1).

Empeñado Fernán Caballero en demostrarnos las excelencias de una época, de una religión y de un sistema político determinados, se ve obligado á desfigurar las cosas ó á dejarnos ver de ellas sino una faz que no es la más noble. Le falta aquella imparcialidad tan amable que la había de hacer simpática á todos. Así es que no ahonda, anda á saltos, no se detiene en ninguna cosa, ó se pára en las que habría solo de tocar ó mostrarnos entre sombras (2).

Todos saben que Fernán Caballero era el pseudónimo, ó mote de guerra, usado en las literarias lides

(1) Pacheco, *Prólogo*, etc.
(2) Carreras, *trab. cit.*

por Cecilia Bohl de Faber, de origen alemán, pero andaluza por carácter y nacimiento.

Educada Cecilia Bohl por su padre con esquisito esmero, adornada estaba de condiciones para hacer famoso su nombre, como, sin quererlo, ha sucedido. Conocía profundamente el latín y hablaba con facilidad admirable el italiano, el francés y el alemán. Su erudición era inmensa: difícilmente se encontrará otro autor moderno en el que abunden tanto las citas y pensamientos de otros escritores. Le era familiar, no solamente la literatura patria, sino la europea. Conocía el Evangelio á fondo, y este era el manantial purísimo é inagotable de sus lucubraciones filosóficas. Con paciencia sin igual, estudió minuciosamente las costumbres andaluzas, y á este género moderno, pero nada fácil, pertenecen la mayor parte de sus novelas, cuadros y relaciones (1).

Muerta Fernán Caballero, si no quedó quien la heredase en la posesión del alma de las gentes sencillas y del pueblo, vino á sustituirla una pléyade, escasa pero lucida, de novelistas que con brío y talento se consagran á la empresa de la novela nacional (2).

* * *

En otro país hubiera sido Fernandez y Gonzalez un grande escritor; aquí ha contribuido en gran manera á la decadencia de las letras, no sin dejar empero producciones dignas de su genio y merecedoras de fama. Pudo ser nuestro Walter Scott, y ha sido nuestro Ponson du Terrail.

Si á su enorme dosis de imaginación é inventiva

(1) M. Polo y Peyrolón, *Fernán Caballero*, art. pub. en el tom. II de *La Ciencia cristiana*.
(2) Emilia Pardo, *Est.* ya menc.

hubiera agregado, merced al estudio, igual cantidad de reflexión, corrección y buen gusto, Fernandez y Gonzalez sería el mejor de nuestros novelistas. Nadie le aventaja en invención ni en habilidad para dar interes y movimiento á sus ficciones; pero es inútil buscar en ellas aquel detenido estudio y acabada pintura de los caracteres, de las épocas y de los lugares, aquella verosimilitud y naturalidad, aquella intención moral y aquella discreción y buen gusto que reclama la novela contemporánea.

Émulo de Alejandro Dumas, no ve en la novela otra cosa que la acción, y á esta lo sacrifica todo. Aglomerar aventuras, buscar efectos, causar sorpresas, hacer desfilar ante el lector sucesos y personajes á cual más extraordinarios, en suma, reproducir bajo formas modernas el libro de caballería; tal es su objetivo, y tal también el de la funesta escuela que ha fundado entre nosotros (1).

Quede sentado que Fernandez y Gonzalez manifestó en otro tiempo, muy lejano por desgracia, disposiciones felicísimas para la novela histórica. Pero no hay que atribuirle tampoco con afán hiperbólico aptitudes que no ha tenido jamás. Si las mostró, nada comunes para el cultivo de este género, nunca dió la más leve señal de poseerlas para la novela de costumbres, social, realista ó como quiera denominarse.

El condestable D. Álvaro de Luna, *Men Rodriguez de Sanabria*, *El cocinero de su Magestad*, y *Los Monfies*, son novelas históricas en que, á más de observarse con algún cuidado los requisitos del género, revela el autor cualidades excepcionales para brillar en él (2).

---

(1) Revilla, *Bocet. lit.*—D. Manuel Fernandez y Gonzalez.
(2) A. Palacio, *obra cit.*

El número y la estensión de las obras de Fernandez y Gonzalez—que constituye una cantidad de texto correspondiente á la de 180 volúmenes franceses de 300 páginas en 8.° mayor,—prueban, no solo su prodigiosa fecundidad, sino también su gran laboriosidad.

La flexibilidad de su imaginación para plegarse á todos los géneros, es maravillosa. Todos los que han leido sus obras saben hasta qué punto alcanza el poder de su fantasía para resucitar épocas lejanas; para reconstruir monumentos; para dar, con su poderosa intuición, vida, cuerpo y voz á héroes de los cuales ni aun el polvo queda.

Como prosista es con frecuencia desaliñado; lo que marca de una manera indudable que sus obras son improvisaciones, mucho más desde hace años en que, por haber perdido la vista hasta el punto de no poder leer, ni por consecuencia escribir, dicta.

Las condiciones especiales en que se encuentra colocado Fernandez y Gonzalez; su necesidad de escribir siempre con gran premura, en un término dado, para satisfacer las necesidades de la edición, nos impiden ser severos narrando los defectos de que adolecen sus obras: son bocetos de grandes cuadros que no se han retocado; en que no se ha vuelto atrás para corregir nada; que dejan comprender que las cuartillas van frescas á la imprenta.

Y sin embargo, la mayor parte de los libros de Fernandez y Gonzalez, no se dejan de la mano, una vez empezados á leer; privilegio de su rica, de su inagotable imaginación.

Se comprende al leerle, que sus corazón se sobrepone á su cabeza; que se ha colocado en un bello ideal que le hace ser demasiado severo, demasiado rudo y á veces audaz, respecto de la realidad. Su colorido es vigoroso y á veces llega, en las situaciones dramáticas, hasta lo sombrío, y con mucha frecuencia hasta lo fantástico. Se comprende que sus nove-

las están escritas sin plan, y que los caracteres y los sucesos se van desarrollando por sí mismos, apareciendo á veces contradictorios. Hace sentir con suma facilidad lo patético y lo bravo; á veces, y entonces se conoce que escribe cansado, se hace difuso, supliendo la difusión con la belleza y la facilidad del estilo. Los desenlaces de sus novelas, marcan, por su precipitación á veces, por la languidez otras, el límite inflexible de una dimensión de texto contratada de antemano (1).

---

(1) N. F. Cuesta, *D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Apuntes biográficos*, que aparec. en *El Museo Univ.*, 1864.

ÍNDICE.

	Páginas.
La mujer ante sus detractores. . .	9
Apologistas del sexo femenino. . .	51
Los centinelas del alma.	109
Del beso.	121
Excmo. Sr. D. Dinero.	129
La cervántico-manía.	143
Errores de publicistas extrangeros..	153
Los dos paraisos.	161
Crítica lexigráfica.	169
Sobre el neologismo.	181
Licencias poéticas.	189
El acento en nuestro idioma. . .	197
La poesía anónima.	205
Ojeada al teatro de Calderón. . .	217
La novela y sus cultivadores. . .	261

ERRATAS MÁS NOTABLES.

Páginas	Líneas	Dice	Léase
17	8	España	Esparta
30	7 y 8	especia ísimo	especialísimo
31	15	de falsedad; de astucia y	de falsedad y de astucia;
34	48	hist. polít.	hist. y lit.
36	35	La viaó	La via ó
38	30	Castiilo	Castillo
43	35	vaniedad	vanidad
56	26	suerte	muerte
56	27	id	id
59	15	Perides	Pericles
60	12	Angolo	Angola
94	34	Agreday	Agreda y
97	34	pormeros	pormenores
115	16	cabello	caballo
136	15	Hasta	Harta
151	1	da dado	dado
168	14	Relad	Reland
195	21	s	si
235	14	tener	temer
264	33	on	con
17	23	Arte	Ars
109	12	secreto	escretor
111	8	Acarefos	acalefos
112	20	mictolopos	nictalopos
163	14	telares	talares
171	34	coubrir	couvrir
»	»	chevaus	cheveux
»	35	au	aux
181	12	grecinuo	grecismo
207	24	Uaa	Una

SUSCRITORES DE ALMERÍA.

(1.ª LISTA.)

Excmo. Ayuntamiento (por 50 ejemplares.)

Sr. Gobernador Civil, D. Antonio Dieffebruno.

» » Militar, D. Fernando Díez.

» » Eclesiástico, D. Eduardo Valverde.

» Presidente de la Audiencia, D. Manuel Mendez.

» Delegado de Hacienda, D. Manuel Valcárcel.

» Presidente de la Diputación Provincial, D. Justo Tovar.

» Alcalde de Almería, D. Juan Lirola.

» Comandante de Marina de la Provincia, D. Enrique Chiriguini.

» Juez de 1.ª Instancia, D. Francisco Esteban.

» Director del Instituto, D. Francisco Domenech.

» Presidente del Ateneo, D. Joaquín Ramón García.

» Presidente del Círculo Mercantil, D. José Gonzalez Canet.

» Director de la Sucursal del B. de E., D. Ramón Rodriguez Montero.

» Vice-Presidente de las Obras del Puerto, D. Fernando Roda.

Sr. Administrador de Correos, D. Antonio Lachambre.

» Secretario del Gobierno Civil, D. Manuel de Burgos.

» Presidente de la sociedad «Bienhechora,» D. Agustín Fernandez.

» Gefe de Fomento, D. Manuel C. Rincón.

» Administrador de Propiedades é Impuestos, D. Evaristo Gonzalez.

» Administrador de Contribuciones y Rentas, D. José Bocio.

» » José de Medina.

» » Francisco Jover.

» » José Trujillo.

» » Francisco Maldonado.

» » José María Muñoz.

» » Octavio Cancio.

» » Carlos de Arizcun.

» » Ramon Laynez.

» » Miguel Idañez.

» » Antonio Alvarez Aranda.

» » Luis María Arigo.

Biblioteca del Instituto.

Sr. D. Juan G. Gomez y Ripoll.

» » Luis Terriza.

» » Antonio Villegas.

» » Agustin Arredondo.

Sr. D. Domingo Martínez.
» » Pedro Rull García.
» » Ricardo Martínez.
» » A. Rodriguez Gonzalez.
» » Manuel Martínez.
» » Camilo Bilange.
» » José Martínez Duimovich.
» » Ramón Zapata.
» » Miguel Barbarin.
» » Fernando Cumella.
» » Pascual Vizconti Porras.
» » Enrique Lopez Rull.
» » Antonio Valdivieso.
» » Enrique García.
» » Ramón Fernandez Viruega.
» » Miguel García.
» » Eduardo Perez.
» » Vicente Góngora Gimenez.
» » Francisco Rueda Lopez.
» » Emigdio Barros.
» » Eustaquio R. Zarzosa.
» » José Ramón Oña.
» » Sixto Espinosa.
» » Antonio Cambil.
» » Felipe Garzón.
» » José Navas.
» » Ignacio Gomez de Salazar.

Sr. D. Juan Cassinello y Cassinello.
» » Eulogio Romero.
» » Francisco Valverde.
» » José de la Rosa.
» » Eduardo Entrala.
» » Juan Tortosa.
» » José Galvez.
» » José Rodriguez Valero.
» » Juan J. Escalante.
» » Francisco Gimenez Diácono.
» » Antonio Durán.
» » Antonio Ibarra.
» » José Gomez Talavera.
» » Francisco Roda.
» » Ramón de Sierra Valenzuela.
» » Francisco A. Soler.
» » Juan Lopez.
» » Antonio Torres y Hoyos.

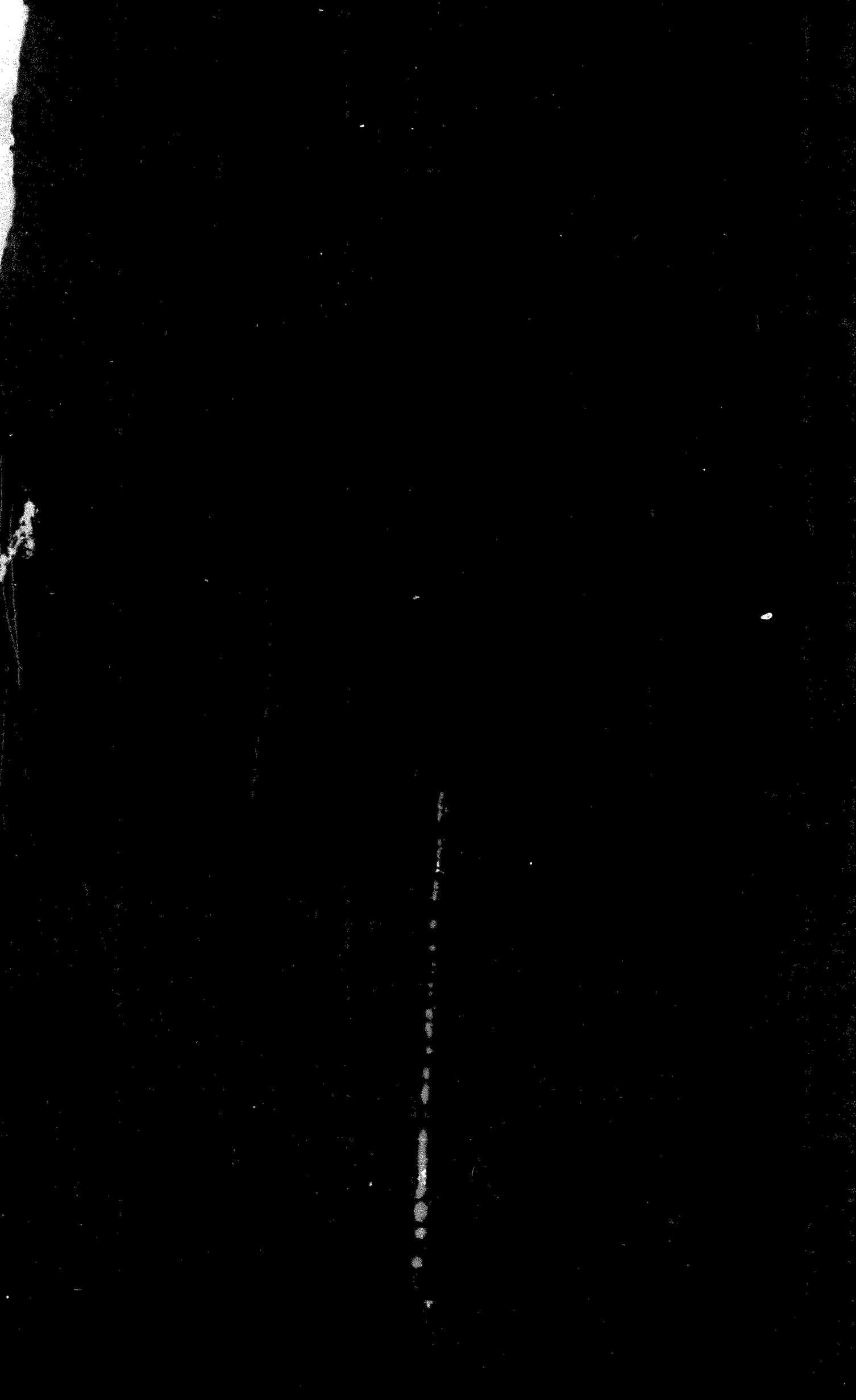
DEL MISMO AUTOR

OBRAS PUBLICADAS

Origen y antigua grandeza de Almería. Estudio histórico-crítico, laureado en público certamen, 1879

Poetas arábigo-almerienses, 1884

EN PREPARACIÓN

Almería antigua

Tirada de esta edición: 500 ejemplares